ANT
XIX
300

18 cms.
R-75.497

Romancero

de

ROMANCES MORISCOS,

compuesto de todos los de esta clase

QUE CONTIENE

el Romancero General,

impreso en 1614.

Por Don Agustin Duran.

MADRID:

Imprenta de D. Leon Amarita. Año 1828.

Se hallará en la librería de Cuesta, *frente á San Felipe el Real.*

ROMANCES MORISCOS

PRÓLOGO.

En un tiempo en que la Europa parece disputarse á porfía la adquisicion de todas nuestras obras de literatura y bellas artes, y cuando cada dia se van agotando las impresiones de nuestros buenos poetas, nos ha parecido vergonzoso no tratar de reimprimir á lo menos algunas de aquellas que nos hacen mas honor. No hace mucho tiempo que los ingleses han comprado á peso de oro, y estraido una infinidad de rarísimos Cancioneros y Romanceros, que es verosimil no volvamos á recuperar. Los pocos que ya quedan sufrirán igual suerte; y antes de muchos años tendrémos que acudir á las bibliotecas estrangeras, si queremos estudiar las obras que nos pertenecen. Este temor nos ha hecho emprender la publicacion de este *Romancero* de Romances Moriscos, el cual contiene todos los que se hallan en el *Romancero general*, añadido y enmendado por Pedro Flores, é impreso en 4.° por Juan de la Cuesta en Madrid, año de 1614. Si nuestro trabajo, como es de esperar, obtuviese una favorable acogida, continuarémos publicando, no solo los demas romances moriscos que se hallan repartidos en otros Romanceros, sino tambien los amorosos, los pastoriles, los históricos, los heróicos, y los satíricos y burlescos que puedan honrar nuestra literatura, ó servir para ilustrar su historia.

Casi todos los Romances que publicamos en este li-

brito pertenecen al siglo XVI, y algunos pocos á principios del XVII. Sus autores son desconocidos; pero sus obras han llegado, y merecido llegar á la posteridad. La gala y la bizarría de espresion que los distingue, el entusiasmo poético que los anima, la riqueza, la armonía y la fluidez de versificacion que los adorna, demuestra que son la verdadera y original Poesía Lírica Castellana. Su cadencia es en general asonante, tomada, segun se cree, de los Arabes; su metro fué al principio octosílabo, y como algunos piensan el de 16 sílabas tambien de los mismos, pero dividido en dos versos iguales, resultando de aqui que la asonancia se observaba en todos los versos pares. No obstante, posteriormente se han hecho con título de romances varias composiciones con igual artificio, y con solo variar el número de sílabas desde 5 á 7.

Al publicar la presente coleccion pudieramos haber presentado en ella solamente aquellos Romances Moriscos mas perfectos y escogidos, suprimiendo los menos buenos; pero hemos creido que asi éstos, como los históricos, deben insertarse todos, pues forman respectivamente una historia de las tradiciones y fábulas populares; y si carecen del mérito literario, suficiente para servir de modelos en su género, tienen á lo menos el de recordar nuestras glorias, pintar nuestras costumbres antiguas, y el de prestar materiales y asuntos, para que los modernos se ejerciten en esta clase de literatura.

Esperamos que el público reciba con benignidad este trabajo, y que con su indulgencia suplirá los defectos en que hayamos incurrido.

ROMANCES DE ABENAMAR.

1.°

Por arrimo su albornoz,
y por alfombra su adarga,
la lanza llana en el suelo,
que es mucho allanar su lanza,
colgado el freno al arzon,
y con las riendas trabadas,
su yegua entre dos linderos,
porque no se pierda y pazca,
mirando un florido almendro
con la flor mustia y quemada
por la inclemencia del cierzo
á todas flores contraria,
en la vega de Toledo
estaba el fuerte Abenamar,
frontero de los Palacios
de la bella Galiana.
Las aves que en las almenas
al aire estienden sus alas,
desde lejos le parecen
almaizares de su dama.
Con esta imaginacion,
que fácilmente le engaña,
se recrea el Moro ausente,
haciendo de ella esperanzas.
Galiana, amada mia,
¿quién te puso tantas guardas?
¿quién ha hecho mentirosa
mi ventura y tu palabra?
Ayer me llamaste tuyo,
hoy me ves, y no me hablas:
al paso de estas desdichas
¿qué será de mi mañana?
¡Dichoso aquel Moro libre
que en mullida ó dura cama,
sin desdenes ni favores,
puede dormir hasta el alba!
¡Ay, almendro, cómo muestras
que la dicha anticipada
no nació cuando debiera,
y asi debe, y nunca paga!
Pues eres ejemplo triste
de lo que en mi dicha pasa,
yo prometo de traerte
por divisa de mi adarga;
que abrasado y florecido
aqui como mi esperanza,
bien te cuadrará esta letra:
del tiempo ha sido la falta.
Dijo; y enfrenando el Moro
su yegua, mas no sus ansias,
por la ribera del Tajo
se fué camino de Ocaña.

2.°

En el mas soberbio monte,
que en los cristales del Tajo
se mira como en espejo
solo de verse tan alto,
el desterrado Abenamar
está supenso, mirando
el camino de Madrid,
descubierto por el campo,
y con los ojos midiendo
la distancia de los pasos.
Quejarse quiere, y no puede;
y al fin se queja llorando:
«¡Oh, terribles agravios!
«sácanme el alma,
«y ciérranme los labios.»
¡Oh, camino venturoso,
que á los muros derribados
de mi patria ingrata llegas,
honrada con mis trabajos!
¿por qué me dejas á mí,
tú que vas llevando á tantos,
en los montes de Toledo,
prision de mis verdes años?
De que seas tan comun
siempre te estoy murmurando;
porque, como te adoré,
de que te pisen me espanto.
«¡Oh, terribles etc.»
El Alcaide de Reduan,
mas envidioso que hidalgo,
me ha puesto en esta frontera
por terrero de cristianos.
Atalaya soy aqui
del Maestre de Santiago;
pero mas lo soy de aquella
maestra de mis engaños:
y porque de ello me quejo,
que solo en esto descanso,
amenaza mi cabeza,
y asi mis agravios callo.
«¡Oh, terribles etc.»
Si callo, me llaman mudo,
y maldiciente si hablo;
y lo que de griegos digo,
lo entienden por los troyanos.
Mordaza me pone el vulgo,
intérprete de mis daños,
si ven, que el alma ofendida
tiene la lengua por manos:
todos miran lo que digo,
mas no miran lo que paso:
maldiga Dios el juez
que no consiente descargos.
«¡Oh, terribles agravios etc.»

3.°

Su remedio en el ausencia,
y sin remedio aunque parta,
falto de todo consuelo,
que todo el mundo le falta,
sale á cumplir su destierro
el desdichado Abenamar,
que por bien amar padece,
y agenas culpas lo causan.

Pide un caballo cualquiera;
porque su yegua alazana,
por ser hembra, no la quiere,
pues al mejor tiempo faltan.
Quita al bonete las plumas
azul, amarilla y blanca;
que no las quiere llevar,
por ser colores de Zaida.
Colores que adoró el Moro,
porque á su dueño adoraba;
y desea aborrecellas,
porque otro Moro las ama.
De su ventura heredero,
de su dama y de su pátria,
á quien en vano se queja,
y á los suyos desagrada;
porque un Moro advenedizo
es poderoso en Granada
á gozar tan libremente
de las prendas de su alma,
y de los floridos años
de su Mora, bella ingrata;
siendo en el talle disforme,
y sin provecho en las armas.
Porque el Rey le favorece,
ó porque en el mar de España
es Señor de dos galeras,
ó porque lo quiere Zaida.
Con esta imaginacion
sus ojos tornados agua,
habiendo pensado un rato
en sus venturas pasadas,
en sus trabajos presentes,
en sus esperanzas vanas,
en mano agena su gloria,
y en las del tiempo sus ansias,
sus riquezas poseidas
de quien las tiene usurpadas,
tan mal pagada su fé,
pues que su fé no se paga.
Para memoria de todo
aquestas divisas manda,
que si es posible, le pinten
en el campo de la adarga,
pues una sola no puede
manifestar su desgracia;
y que tantas desventuras
requieren divisas tantas.
Un verde campo abrasado,
vueltas en carbon las brasas;
y el carbon hecho cenizas,
como están sus esperanzas:
una deseada muerte,
que volviendo las espaldas,
parezca que va huyendo
de quien á voces la llama:
un Rico avariento luego
que una joya encierra y guarda
que teme que se la roben,
porque no puede gozalla:
un gallardo Adonis muerto,
que un puerco le despedaza;
y un invierno que comienza,
con un verano que acaba.
Esto dijo el fuerte Moro,
y convertidas en saña
sus lágrimas y sus quejas,
á la pintura no aguarda.
De ninguno se despide,
y de la vida se aparta,
jurando de no volver
eternamente á Granada.

4.°

Al mismo asunto del anterior.

De su fortuna agraviado,
y sujeto á quien le agravia;
de todo el mundo quejoso,
porque lo está de su dama,
de su patria se querella
el desdichado Abenamar,
y dice que le persigue,
y á los estraños ampara;
y que un moro advenedizo
es poderoso en Granada,
para gozar libremente
de las prendas de su alma,
y de los floridos años
de su bella Mora ingrata,
siendo en el talle disforme,
y sin provecho en las armas,
porque el Rey le favorece,
y porque en el mar de España
es señor de dos galeras,
ó porque le quiere Zaida.
Con esta imaginacion
sus ojos tornados agua,
habiendo pensado un poco
en sus venturas pasadas,
en sus trabajos perdidos,
en sus esperanzas vanas,
en mano agena su bien,
y en la del tiempo sus ansias,
sus riquezas poseidas
de quien las tiene usurpadas,
tan mal pagada su fe,
porque de fe no se paga.
A un page manda que luego
un pintor allí le traiga,
que estas divisas le pinte
en el campo del adarga;
porque una sola no puede
manifestar su desgracia;
porque tantas desventuras
requieren divisas tantas.
Un verde campo abrasado,
vueltas en carbon las brasas,
y el carbon hecho ceniza,
como lo está su esperanza:
un Rico avariento luego,
que una joya encierra y guarda,
que teme que se la roben,
porque él no puede gozarla:
un gallardo Adonis muerto,
que un puerco le despedaza:
un invierno que comienza,
con un verano que acaba:
un jardin verde y hermoso
que se marchita y estraga,
gozado y pisado á solas
de unas groseras abarcas.
Esto dijo el fuerte Moro;
y convertidas en saña
las lágrimas y suspiros
á la pintura no aguarda.
Pide un caballo cualquiera,
porque su yegua alazana,

por ser hembra no la quiere,
pues al mejor tiempo falta.
Quita al bonete las plumas
azul, amarilla y blanca,
que no las quiere llevar
por ser colores en Zaida.
De muger no se despide,
y de la ciudad se aparta,
jurando de no volver
eternamente á Granada.

5.°

Entre leonados rubíes,
entre verdes esmeraldas,
sobre las muertas cenizas
de plumas que fueron pardas,
sacó dos manos asidas
el bonete de Abenamar,
blasonando la unidad
de secreto y su esperanza:
lo azul que descubre el cielo
entre seis estrellas claras;
el valiente cuello ciñen
las rojas venas de Arabia,
y á matices finos cubren
del brazo la corta manga,
y abona de la memoria
los asaltos y emboscadas;
porque lo asaltó en las paces
amor con recias escalas.
Ya pisa el Moro galan
las alfombras del Alhambra,
donde su primo Celin
se casó con Celindaja;
á quien con voz algo triste
de rodillas en sus faldas,
á vueltas del parabien
dijo quedo estas palabras:
¡oh prima del alma mia!
por tu vida que bien asgas
la ocasion de los cabellos,
y de fortuna las alas:
enlaza este pecho tuyo
con la mitad de tu alma:
mil años con él te goces,
y en él tus centellas ardan,
y en las sombras de tu gloria
yo mis tormentos trocara;
ídolo fuera del tiempo
con seguro de mudanza;
y si cual te ves, me viera,
á los celos de tu fama
rindiera amor tus paredes,
sujeto á ofrecerme pagas:
cualquiera mármol cubriera,
todos los bronces pintara,
codicioso de tesoros
al gusto que me sobrara.
El Moro dijera mas;
pero la fortuna avara
ordenó que Azarque fuese
á danzar con Celindaja.

6.º

Fuerte, galan y brioso,
que á toda Granada espanta,
rico de insignias de amor
sale el valiente Abenamar.
Del colorado bonete
lleva la vuelta bordada,
con una cifra que dice:
De amor es mi alegre causa.
Aprieta bonete y frente
una verde sinabafa,
y entre dos moradas plumas
lleva sujeta una blanca.
Enmedio roseta y toca,
una esmeralda medalla,
con una cifra que dice:
Entre dos hay sola un alma.
Capellar y tunicela
lleva de color morada,
y á trechos cifras que dicen:
Eres sol de mi esperanza.
Lleva en el siniestro lado
una fuerte cimitarra,
en un caballo tordillo
todo cubierto de manchas:
el brazo derecho lleva
con una leonada manga,
y banderilla turquesca
en el cabo de la lanza,
y paseando poco á poco
llegó al campo de Daraja;
mas vió que estaba cerrado
por mano de aquella ingrata.
Hizo la seña que suele
á donde un poco se tarda,
que fue para el galan Moro
celos y desconfianza.
Hace saltar su caballo
porque oyese sus pisadas,
y en ello viese la Mora
que con aficion le aguarda.
Echó de ver su desdicha
en la celosa tardanza,
y el corazon animoso
tiernas lágrimas derrama.
Dice: salió verdadera
la sospecha de mi alma,
á donde es bien conocido
tu poca ley, y fe falsa.
Dejasme por un Genízaro
que fue de nacion cristiana,
afrentado por Gomel
en las zambras del Alhambra.
¿A dónde está tu aficion
y aquel amor que mostrabas?
¿las lágrimas que vertias
con amorosas palabras?
¡O mas mudable que el viento,
mas débil que frágil caña,
mas ingrata á mis servicios
que la cruel Atalanta!
No me espanto de todo esto,
ni de lijera mudanza,
porque al fin eres muger,
y solo el nombre te basta.
Dió vuelta el gallardo Moro,
toda la color mudada,
dando al vulgo que decir,
con su alegria vuelta en rabia.

7.º

Asi no marchite el tiempo
el abril de tu esperanza,
que me digas, Tarfe amigo,
¿dónde podré ver á Zaida?
La forastera te digo,
aquella recien casada,
la de los rubios cabellos,
y mas que cabellos gracias:
aquella que en menosprecio
de las damas cortesanas
celebran los Moros nobles
con gloriosas alabanzas.
Voy por vella á la Mezquita,
por vella voy á las zambras,
y aunque tan caro me cuesta
no puedo velle la cara.
Encúbrese de mis ojos,
cierta señal que me agravia,
y aunque mas, Tarfe, me digas,
no tengo celos sin causa.
Despues que á Granada vine,
nunca viniera á Granada,
sale mi Alcaide de noche,
y aun no viene á la mañana.
Enfádanle mis caricias,
y estar conmigo le enfada:
¡no es mucho que yo le canse,
si en otra parte descansa!
Si está en el jardin conmigo,
si está conmigo en la cama,
no solo las obras niega,
mas niégame las palabras:
si le digo, vida mia,
me responde: mis entrañas;
pero con una tibieza,
y un hielo que me las rasga:
y mientras mas le regalo,
como trae vestida el alma
de pensamientos traidores,
enséñame las espaldas.
Si me enlazo de su cuello,
baja los ojos, y baja
la cabeza, y de mis brazos
dá vuelta y se desenlaza,
arrojando unos suspiros
del infierno de sus ansias,
que mis sospechas enciende
y mis contentos abrasa:
si la causa le pregunto,
dice que yo soy la causa;
y miente, que allí me tiene
ociosa y enamorada:
pues decir que le he ofendido,
en infiernos de amor arda,
si despues que le conozco
me he asomado á la ventana;
si he tomado mano agena,
ni he visto toros ni cañas,
y si en parte sospechosa
se han estampado mis plantas:
y Mahoma me maldiga,
si por guardarse en mi casa
la ley de su gusto sola,
la de su alcorán se guarda.
¿Mas para qué gasto tiempo
en darte cuentas tan largas,
si el alcance que le he hecho
tú lo sabes, y lo callas?

No jures, que no te creo.
¡Aquella muger mal haya,
que de vuestros juramentos
redes para el gusto labra!
que son traidores los hombres,
como sus promesas falsas,
muerto el fuego desparecen
como escritas en el agua:
¡del prometer al cumplir
qué jornadas hay tan largas!
¡qué ventas en el camino
tan yermas y tan cerradas!
Ay Dios que me acuerdo cuando..
aqui el aliento me falta,
una congoja me viene:
tenme, Tarfe, no me caiga:
dijo llorando Adalifa,
celosa de su Abenamar,
y en brazos del Moro Tarfe
se ha quedado desmayada.

8.°

Tan celosa está Adalifa
de su querido Abenamar,
que si le miran se ofende,
y se ofende si le hablan.
Si á dicha con otros moros
corre toros, juega cañas,
jamás le pierde de vista
en las fiestas y en las zambras;
y si acaso por su Rey
en defensa de su patria
con las armas al contrario
sale á correr en campaña;
si como no se permite
le fuera decente causa
no lo dejara un momento;
mas siempre le acompañara,
porque en apartarse de él
en vivo fuego se abrasa,
y aun de sus palabras tiene
celos cuando con él habla.
Sus pensamientos le sigue
siempre que sale de casa,
buscando mil invenciones,
y haciendo mil pruebas varias,
porque al fin los celos son
hijos de amor en quien ama,
que los engendra el deseo,
temor y desconfianza;
y como quien quiere bien
jamás se asegura en nada,
son los celos amorosos
efectos de aquesta causa.
Y estando una tarde á solas
con Adalifa Abenamar,
estas palabras le dice
con mil suspiros del alma:
Valeroso capitan,
claro espejo de las armas,
temor de los enemigos,
fuerte muro de Granada,
espejo de la milicia,
archivo en quien mi esperanza
vive, y todo mi contento,
causa de todas mis ansias,
no te espantes que mis ojos
ante tí derramen agua,

porque al fin los ojos son
las alquitaras del alma,
por donde el amor destila
los vapores que derrama
la pena en el corazon
con el fuego que le abrasa,
cuyo valor escesivo
hace que del pecho salga
el agua, con que el dolor
del corazon se descarga;
y como á mí me combaten
fuego, amor, temor, mudanza,
celos y sospechas, lloro,
porque el corazon descansa.
Por Alá te pido y ruego
que aunque te miren las damas
no las mires ni las veas,
porque en hacello me agravias,
que como eres tan galan,
cuanto valiente en las armas,
por galan te dan el premio,
y por valiente la palma.
Abenamar le responde:
Adalifa de mi alma,
si para satisfacerte
es menester que se abra
el pecho, donde te tengo
al natural retratada,
haré por solo tu gusto
puerta en él patente y ancha,
para que tú propia veas,
si acaso no estás turbada,
como Abenamar te tiene
fe inviolable, aficion casta;
y si imaginas que miento,
ruego á Alá que cuando salga
al campo con el Cristiano
me mate á malas lanzadas;
que jamás tenga victoria
cuando á escaramuza salga,
y que cautivo me nieguen
la libertad deseada:
mis enemigos me ofendan,
mis amigos no me valgan,
deudos y bienes me falten
cuando menester los haya;
y finalmente no vea
cumplidas mis esperanzas
para gozar tus amores,
sino que muera de rabia.
Y con esto, vida mia,
se asegure tu esperanza,
cesen tus celos, y cesen
esas perlas que derramas,
que por lo que te he jurado
y por la fe reservada
sola á tí en mi corazon,
que Abenamar no te engaña.
Con esto quedó contenta,
tan satisfecha y pagada,
que trocó desde aquel punto
en fe la desconfianza.

9.°

Albornoces y turbantes
no traen los moros de Gelves,
marlotas ni capellares,
almaizales ni alquiceles

ni traban escaramuzas,
ni alheñan los brazos fuertes,
ni procuran por sus damas,
si estan presentes ó ausentes:
ni de celosas porfias,
ni de amorosas mercedes,
todos de negro vestidos
con vestidos portugueses,
por la muerte de Abenamar,
que de muchos es pariente,
viendo que traga la tierra
á quien tragaba la gente;
y que la muerte y amor
jamas respetó valiente.
En casa del Moro muerto
mil vivos estan presentes;
unos publican la causa
de sus deseos ardientes;
otros que murió de celos,
de desamor y desdenes.
Secas esperanzas viejas
en años mozos y verdes,
lloran sus amigos dél,
y otros dél hay maldicientes,
que hallaron al Moro escrito,
revolviendo sus papeles:
Es mi voluntad, amigos,
que si en Gelves yo muriere,
que me entierren en mi tierra,
porque mas no me destierre,
que en presencia son los males
como en ausencia los bienes.

ROMANCES DE AZARQUE EL GRANADINO.*

1.°

Ensillenme el potro rucio
del Alcaide de los Velez,
dénme la adarga de Fez,
y la jacerina fuerte,
una lanza con dos hierros
entrambos de agudo temple;
y aquel acerado casco
con el morado bonete,
que tiene plumas pajizas
entre blancos martinetes,
y garzotas medio pardas
antes que me vista denme.
Pondréme la toca azul
que me dió para ponerme
Adalifa la de Baza,
hija de Celin Amete,
y aquella medalla en cuadro
que dos ramos la guarnecen,
con las hojas de esmeraldas,
por ser los ramos laureles.
Un Adonis que va á caza
de jabalíes monteses
dejando su diosa amada,
y dice la letra, *muere.*

(*) Este Azarque es el que en las guerras de Granada llaman Malique Alavez, y Adalija, la que llaman Cohaida, ambos distintos del Azarque y Lindaraja de Toledo del Romancero general.

Esto dijo el moro Azarque
antes que á la guerra fuese:
aquel discreto animoso,
aquel galan y valiente
Almoralife el de Baza,
de Zulema descendiente,
caballeros que en Granada
paseaban con los Reyes.
Trajéronle la medalla,
y suspirando mil veces
del bello Adonis miraba
la gentileza y la suerte:
Adalifa de mi alma,
no te aflijas ni lo pienses,
viviré para gozarte;
gozosa vendrás á verme.
Breve será mi jornada,
tu firmeza no sea breve:
procura aunque eres muger
ser de todas diferente:
no te parezcas á Venus,
aunque en verdad te pareces,
en olvidar á su amante
y no respetarle ausente.
Cuando sola te imagines,
mi retrato te consuele,
sin admitir compañia
que me ultraje y te desvele,
que entre tristeza y dolor
suele amor entretenerse,
haciendo de alegres tristes,
como de tristes alegres.
Mira, amiga, mi retrato
que abiertos los ojos tiene,
y que es pintura encantada
que habla, que vive, y que siente:
acuérdate de mis ojos
que muchas lágrimas vierten,
y á fe que lágrimas suyas
pocas moras las merecen.
En esto llegó Galvano
á decirle que se apreste,
que daban prisa en la mar
que se embarcase la gente.
A vencer se parte el Moro,
pues que gustos no le vencen,
honra y esfuerzo le animan,
cumplirá lo que promete.

2.°

Recoge la rienda un poco
para el caballo que aguija,
medroso del azicate
con que furioso le picas.
Que sin uso de razon
á mi parecer, te avisa
de aquel venturoso tiempo
que tú desleal olvidas.
Cuando ruabas mi calle,
midiendo de esquina á esquina
con tus corbetas el suelo,
mis ventanas con tu vista.
¡Oh cruel á mi memoria,
pues por ella me castigas,
abrasando mis entrañas
con esas entrañas frias!
¡Qué de prendas que fiaba
de tu voluntad fingida!

¡qué de verdades me debes!
y yo á tí ¡qué de mentiras!
Ayer temiste á mis ojos,
hoy vences á quien temias,
que amor y tiempo, en mil años,
no están iguales un dia.
Pensaba yo que en tu nombre
mi esperanza fuera rica
en prendas de quien tú eres,
y de quien son mis caricias.
¿A dónde enseñan engaños?
por merced que me lo digas,
defenderéme del tiempo,
y de tí no tendré envidia.
Mas bien pudiera saberlo
si yo saberlo queria,
cuando escuché tus razones
y vi tus quejas escritas.
Disculpas pensabas darme,
no quiero que me las digas:
para la dama que engañas
será mejor que te sirvan.
Ya te cansas de escucharme,
bien será que te despidas
de mi alma y de mis ojos,
como de mis celosías.
Esto dijo al moro Azarque
la bella Zaida de Olías,
y cerrando su balcon,
dió principio á sus desdichas.
El Moro picó el caballo,
y hácia el terreno le guia,
murmurando de su estrella,
que á mil mudanzas le inclina.

3.°

En un balcon de su casa
estaba Azarque de pechos
con el humilde Zegri,
á quien trata mal el tiempo.
Un memorial de sus glorias
estaba Azarque leyendo,
que al pobre Zegri causaba
pena triste, y llanto eterno.
Cuando hácia la puerta Elvira
la larga vista tendiendo,
vió como en el mar de España
sus rayos lanzaba Febo;
y bajándola algo mas
á contemplar, como el suelo
su bella color trocaba,
mudando lo verde en negro;
vió que entraba por la puerta
nueva luz, y otro sol nuevo,
cuyos rayos escedian
á los que esparce del cielo.
Tornó el color á la tierra,
y quitando el negro velo,
anunció con su verdura
un no esperado contento.
Dijo Azarque: aunque mi vista
aquel sol hiere de lleno,
es Zelinda la discreta,
ó me engaña mi deseo.
Bien lo dice su belleza,
pues causa con sus efectos
en las almas donde toca
gloria inmensa, y gozo inmenso.

Reconociéndola el Moro
quitó el bonete de presto,
humillando la cabeza
hasta debajo del pecho.
Celinda se levantó,
y bajando todo el cuerpo,
cumplió al Moro su esperanza,
que no fue favor pequeño:
y de muy alegre, triste,
porque se acabó tan presto,
daba callando mil voces,
que el gozo hace mil estremos.
Siguiéndola con la vista
la dice: mucho te debo,
pues sin haberte servido
das tal pago á mis respetos.
Aqueste favor, Señora,
(aunque yo no lo merezco)
le pondré con los demas,
cuyo número es incierto;
y bastará su memoria
á desterrar mis tormentos,
y entre glorias y pesares
será bastante tercero.
Celinda en esto pasó,
y Azarque dejando el puesto,
ufano con tal merced
se retiró á su aposento.

4.°

Arrancando los cabellos,
maltratándose la cara,
está la bella Adalifa,
porque su Azarque se embarca:
echando tierra en los ojos,
mordiendo las manos blancas,
maldiciendo está el contrario
por quien se hace la jornada.
¡Ay Capitan de mi gloria!
¡General de mis entrañas!
¡Patron de mis pensamientos!
¡Competidor de mis ansias!
¡Lustre de mi rostro alegre!
¡Alegria de mi alma!
¿Donde estás que no te veo,
espejo en que me miraba?
¡Ay, Azarque, mi Señor!
Mi Señor; pues que me mandas.
¿Mándasme que esté esperando?
¡larga será mi esperanza!
Allá tendrás una guerra,
y acá otra guerra te aguarda:
piénsasme dejar en salvo
y estoy metida en campaña.
Ay! si mi ausencia te aqueja,
y mi favor te acompaña,
tú solo serás bastante
para vencer la batalla:
mi fe te encomiendo, Azarque;
Alá vaya en tu compaña,
porque vuelvas con victoria,
pues con victoria te embarcas.
Bien dirás, Azarque mio,
que mugeres son livianas,
mas hay muchas diferentes
como soldados en armas:
nadie me verá sin ti
en baile, sarao y zambra,

ni me verán en conciertos
sino metida en mi estancia:
ya no me verán las Moras
vestir almayzar ni galas,
porque poco le aprovecha
vestirse un cuerpo sin alma.
Con esto llegó Celinda,
prima hermana de Bahata,
y dió fin á sus razones,
pero no le dió á sus ansias.

5.°

De Sevilla partió Azarque,
dejando en ella su alma,
que se la dejó en rehenes
á la hermosa Celindaja;
porque la que lleva el Moro
no es suya, sino prestada,
que á la despedida triste
se la quiso dar en guarda.
Azar de los ojos mios,
dice, pues vas de batalla
armado de piezas dobles,
como la razon lo manda:
que te armes de sufrimiento
te ruego, en esta jornada,
y de firmeza en ausencia
que es causa de la mudanza:
ya sé que por donde vas,
Moras verás mas bizarras,
de mayor donaire y brio,
de mas hermosura y gracia,
donde podrás ocuparte,
y olvidarme con maraña;
mas ninguna te querrá
del modo que esta tu esclava:
pues que vivir yo sin tí,
sin temor, recelos y ansias,
es cosa muy imposible
para quien de veras ama.
Si en algun sarao te hallares
donde acudan mis contrarias,
detén, Azarque, los ojos,
no tiendas la vista larga,
que ojos que de rondon miran
ocasiones de amor hallan.
Y con esto Alá te guie,
Mahoma vaya en tu guarda,
y el cuidado de ti tenga
con que queda Celindaja.

ROMANCES DE ALBAYALDOS EL ANDALUZ.

1.°

En la fuerza de Galera
estaba preso Albayaldos,
grande galan granadino,
de Jerez ginete bravo:
el que robaba en las fiestas
los ojos y los cuidados
de todas las damas Moras
por la gala y por las manos:
el que á la zambra venia
dejando seguro el campo,

que del amor á las armas
vuelo parecen sus pasos.
En la prision una noche,
cuando del bullicio bravo
se desvian juntamente
las fieras y los humanos;
tanto imitaba á su dueño,
que presumiendo Albayaldos
que responderle podria,
asi dice suspirando:
¡Ay libertad, que en vano
al parecer me escuchas, y te
llamo!
A Granada parte el Moro,
sus centinelas burlando,
que no hay estrechos deseos,
con ser tan largos los pasos.
Sus alas le presta amor,
la noche su escuro manto,
la ocasion le dió ventura,
el tiempo seguro espacio.
Francelisa le recibe
en su cuerpo y en sus brazos:
las voluntades le cercan,
los deseos se apartaron.
La envidia muerta de gusto
como al suyo estorba tanto,
contóle á Muley Hamete
la soltura de Albayaldos.
Era Muley un morillo
á bajezas inclinado,
muy envidioso y mal quisto,
celoso por despreciado,
y de su infame costumbre
los embustes aumentando,
á Zegries y Gomeles
rebeló el secreto agravio:
¡Ay libertad, que en vano
al parecer me escuchas, y te
llamo!
Al ruido de la trompa,
y conmoviendo los labios,
huyó el preso que tenia
Francelisa en bellos lazos;
y dejando el alma en ellos
el cuerpo se puso en salvo,
que amor, ocasion y tiempo
cegarán á cien mil Argos.
La ronda del Rey le busca,
mas no parece Albayaldos,
que ya se volvió á Galera,
á su reyno y á su banco.
En la prision está el Moro,
y el amor está á su lado,
la venda encima los ojos,
debajo del brazo el arco.
Albayaldos le decia:
llévame, niño, un recado
á Francelisa, pues tienes
tan buena ventura en dallos:
dile, Amor, que mil prisiones,
guardas, peligros, contrarios,
vencerá el atrevimiento
que en mis esperanzas hallo,
á cuya ley, y á tus flechas,
mis sentimientos encargo.
Fuése Amor á Francelisa,
y esto repite Albayaldos.
¡Ay libertad, que en vano
al parecer me escuchas, y te
llamo!

2.°

A los soldados que hacian
en la puerta Elvira guarda,
aquel espantoso rayo,
el Giron de Calatrava;
el que tantos, y tan buenos,
sacó á la fuerte Granada,
habiéndolos saludado
les dice con faz humana:
Amigos, decí al Rey Chico,
que si licencia le es dada,
un Cristiano aventurero
de los de la cruz de grana,
quiere entrar en la ciudad
á correr algunas lanzas:
que lo permita su Alteza,
pues de fiesta Real se trata.
Fueron, y como volviesen
concediéndole la entrada,
se puso en espacio breve
en la nueva y ancha plaza,
cuyos abiertos terrados,
miradores y ventanas
estaban curiosamente
adornados y entoldadas;
y la gente entretenida
al son de confusas cajas,
de sutiles inventivas,
y de singulares galas.
Iba en un rucio andaluz,
de vistosa piel rodada,
con una bella cubierta,
cual la misma nieve blanca,
de finísimo brocado,
con lazos de oro bordada,
y sembrada á breves trechos,
de lo mismo mil lazadas:
blancas y vistosas plumas
con oro fino argentadas,
como el famoso Maestre,
sin diferenciar en nada:
en cuyo siniestro lado
del capellar se mostraba
aquella insignia gloriosa
de la gran cruz colorada:
y habiendo al Rey y á la Reina
saludado, y á las Damas,
con inclinar la cabeza,
y dado vuelta á la plaza,
fue conocido de muchos,
y de Muza que le abraza,
dando á su vista la Corte
de alegria muestra estraña.
Llegóse al mantenedor,
que era el valiente Abenamar,
con quien habiendo corrido
con gran destreza tres lanzas,
ganó una rica cadena,
que dos mil doblas pesaba:
besóla, y dióla á la Reina
con cabeza y vista baja,
que de su valor quedó,
y cortesía admirada.
Oyendo mil parabienes
y gloriosas alabanzas,
rindiendo mil corazones
de aquellas Moras gallardas,
atropellando su vista
las mas recatadas almas,

tan ricas con su presencia,
cuanto pobres de esperanzas,
llorosas de los efectos
de su ausencia dura, amarga,
vuelve al caballo las riendas
para dejar á Granada;
mas el valiente Albayaldos,
sediento de gloria y fama,
pide batalla al Maestre,
de lanza, espada y adarga,
que para el siguiente dia
con gages quedó aceptada.

ROMANCES DE GAZUL.

1.°

Desesperado camina
ese Moro de Villalba,
maldiciendo su ventura,
porque en tal tiempo le falta:
no porque le den cuidado
los bandos que hay en Granada,
entre los linages nobles
de Abencerrages y Audallas:
ni tiene envidia á los Moros
que son del Rey la privanza,
ni los cargos ni Alcaidías,
con las insignias honradas:
solo estima el fuerte Moro,
le deje la bella Zaida,
guiada por las razones
de unas fingidas palabras.
Y considerando el Moro
su mucha hermosura y gracia,
dice con suspiros tristes,
sacados de allá del alma:
¿Quién causó tanto desvio?
¿Quién perturba mi esperanza?
¿Quién te mudó del intento
firme, bella Mora Zaida?
¿Quién hizo que mis trofeos
del lauro y altiva palma
dejasen de coronar
esta frente desdichada,
sino algunos falsos pechos
de intencion falsa y dañada,
que hicieron tu condicion
del Leon, ó Tigre Hircana?
¡Oh lenguas de maldicion!
¡Calumniadoras de fama!
¡Salteadores de las honras!
¡Almacenes de cizañas!
¡Alcázares de malicia!
¡Torres de desconfianza,
que no sabiendo lo cierto
sentencian con ley contraria!
¡Alá permita, crueles,
se paguen vuestras marañas,
en otra tal ocasion,
ó en cosa que tanto os vaya!
¡y que veais, inhumanos,
pechos falsos, lenguas falsas,
como os da el cielo castigo
por la merecida paga!
¡Oh cuán justos os mostrais
en la apariencia y palabras,

y soís peores que lobos
entre las ovejas mansas!
Ardiendo se parte el Moro
en una amorosa llama,
despedido de gozar
de la bella Mora Zaida:
y al sagrado Tajo dice
mirando sus olas claras:
¡Ay rio, si hablar supieras
para declarar mis ansias,
á quien mirando te está
la tarde, noche y mañana,
en el fin de tu corriente,
y en la feliz Lusitania!

2.°

Si tan bien arrojas lanzas
como las cañas arrojas,
no pretendas por galan,
que á los Gazules deshonras.
No las zambras ni las fiestas
de las Granadinas Moras,
que el nombre de fuerte pierdes
cuando el de cobarde cobras:
deja el vistoso albornoz,
el almayzar y marlota,
y no te precies del oro,
que á tu linage desdoras:
mira que las armas son
de mas honra y menos costa,
y que los que no son nobles
con ellas nobleza cobran:
mide, Albenzaide, tu gusto
con el estado que gozas,
que á veces de altos deseos
nacen esperanzas locas:
huye de tu pensamiento,
porque de plumas se adorna,
ligeras para subirte,
para sustentarte flojas:
no te arrojes en el mar,
donde tantos vientos soplan,
ya de furioso desden,
ya de encubierta lisonja:
la libertad que se pierde
con gran trabajo se cobra,
y mas la que va perdida
por una imposible cosa.
Esto decia Gazul,
el que la fama pregona,
puesto en olvido por pobre
de la bella Zaida Mora.

3.°

Cuando de los enemigos,
en roja sangre bañado,
defiende nuestras riberas
mas que los otros gallardo;
cuando deja la marlota,
y desnuda los damascos,
vistiendo malla sangrienta
de los despojos contrarios;
cuando de tu Abencerrage,
si tienes hidalgo trato,

cuanto es mayor el peligro
has de tener mas cuidado:
entonces, ingrata Mora,
en olorosos brocados
á mano agena te rindes,
y das de mano á tu amo.
Borraste el blason antiguo
de los Reyes tus pasados,
y pones menguantes lunas
en tus chapiteles altos.
Alá me vengue de tí;
aunque para ser vengado
bastante venganza das,
y asi la darás llorando,
cuando de esos largos dias
vieres que quedan burlados
con sus concertados gustos
tus gustos desconcertados.
¡Qué contento será verte
cuando llegues á abrazallo,
mezcladas tus trenzas rubias
entre su copete blanco!
Y cuando de la otra Mora
las gracias te esté contando,
y sus hijos atropellen
tus alfombras y tu estrado;
y cuando dejes las aguas
de Genil fértil y claro,
y vayas á las riberas
del turbio y corriente Tajo,
donde no hay Abencerrages,
ni aquel tropel de caballos
que desde tus miradores
mirabas correr gallardos.
Soledad te ha de causar,
ingrata, el tiempo pasado,
cuando en el presente mires
todas tus glorias en blanco.
Y las divisas y amores,
los papeles regalados,
palabras y juramentos
en tu daño conjurados,
todos han de ser verdugos
de tus años malogrados,
cuando entregados los veas
á tan bien logrados años.
El tiempo es padre de celos,
y quien tiene tiempo largo,
detrás de mil celosias
aun no estará asegurado.
Serás celada en la corte,
serás celada en el campo,
serás celada en las fiestas,
y en las zambras y saraos.
Celada serás en todo,
y con ser celada tanto,
nunca celada pondrás
á tus disgustos cansados.
Darás muy flaca disculpa
cuando digas: que forzados
de tu padre, respondieron
el sí, que lastima á tantos.
Goza de lo que escogiste
con ese descargo falso,
que donde amor se atraviesa,
no hay padres reverenciados.

4.°

Límpiame la jacerina;
vé presto; no tardes, page,
que para el fuego que tengo
por muy presto será tarde;
y quítame del bonete
las verdes plumas que Azarque
me dió, cuando fuí á su boda,
pues se han vuelto plumas aire.
Pondrásme unas plumas negras,
y una cifra que declare:
plomo son dentro en el alma,
pues del alma el peso sale;
y á mi marlota amarilla
le quitarás los diamantes,
y harás que se los pongan
de un fino y negro azabache;
porque llevando lo negro
con lo amarillo, señale
mi suerte desesperada,
suerte que sin suerte sale;
y unos llanos borceguíes,
no guarnecidos ni graves,
que á quien le falta la tierra
es muy justo que se allane.
Dame la lanza de guerra,
la de los dos hierros grandes,
que de la sangre cristiana
están templados con sangre;
que quiero que en esta nuestra
nuevamente se acicale,
porque he de pasar si puedo
un cuerpo de parte á parte.
Y ponme en el tahalí
de diez el mejor alfange,
y la vaina tambien negra,
porque á lo demas iguale;
y el caballo que me dió
de presente, por su padre
el Cristiano de Jaen,
que no quise otro rescate;
y si no estuviere herrado
harás luego aderezarle,
que pues no acierto con gentes,
acierte con animales:
y mudarás las correas
que tengo en los acicates;
y sino dales con tinta,
no se vean los esmaltes.
Aquesto dijo Gazul
un martes triste en la tarde,
tarde triste para él,
y al fin despojos de Marte,
pues en él le vino nueva,
que el miércoles adelante
se casa su bella Mora
con su enemigo Albenzaide,
Moro rico de nacion,
aunque de torpe linage;
pero venció la riqueza
á tres años de amistades.
Todo aquesto puesto á punto
lo tiene, y comienza á armarse,
que pues amor le desarma,
no es mucho contra amor se arme.

La primer señal de Venus,
mostrando su estrella sale,
cuando sale de Sidonia,
y para Jerez se parte.

5.° (1)

Sale la estrella de Venus
al tiempo que el sol se pone,
y la enemiga del dia
su negro manto descoge;
y con ella un fuerte Moro
semejante á Rodamonte,
sale de Sidonia airado;
de Jerez la vega corre
de donde entra Guadalete
al mar de España, y por donde
de Santa María el puerto
recibe famoso nombre.
Desesperado camina,
que siendo en linage noble,
le deja su dama ingrata
porque se suena que es pobre,
y aquella noche se casa
con un Moro feo y torpe,
porque es Alcaide en Sevilla
del Alcázar y la Torre.
Quejábase tiernamente
de un agravio tan enorme,
y á sus palabras la vega
con dulces ecos responde:
Zaida, dice, mas airada
que el mar que las naves sorbe,
mas dura é inexorable
que las entrañas de un monte,
¿cómo permites, cruel,
despues de tantos favores,
que de prendas de mi alma
agena mano se adorne?
¿Es posible que te abraces
á las cortezas de un roble,
y dejes el árbol tuyo
desnudo de fruta y flores?
¿Dejas tu amado Gazul,
dejas tres años de amores,
y das la mano á Albenzaide
que aun apenas le conoces?
Dejas un pobre muy rico,
y un rico muy pobre escoges,
pues las riquezas del cuerpo
á las del alma antepones.
Alá permita, enemiga,
que te aborrezca y le adores,
y que por celos suspires,
y por ausencia le llores,
y que de noche no duermas,
y de dia no reposes,
y en la cama le fastidies,
y que en la mesa le enojes,

(1) Para colocar este romance entre los de las guerras de Granada, hay que pasar por un anacronismo, pues en este tiempo ya Sevilla era de los Cristianos, y no podia ser Albenzaide Alcaide de Sevilla ni de su Alcázar.

y en las fiestas y las zambras
no se vista tus colores,
ni aun para verlas permita
que á la ventana te asomes;
y menosprecie en las cañas,
para que mas te alborotes,
el almayzar que le labres
y la manga que le bordes,
y se ponga el de su amiga
con la cifra de su nombre,
á quien le dé los cautivos
cuando de la guerra torne;
y en batalla de Cristianos
de velle muerto te asombres,
y plegue Alá que suceda
cuando la mano le tomes;
y si le has de aborrecer,
que largos años le goces,
que es la mayor maldicion
que pueden darte los hombres.
Con esto llegó á Jerez
á la mitad de la noche;
halló el palacio cubierto
de luminarias y voces;
y los Moros fronterizos
que por todas partes corren
con sus hachas encendidas
y con libreas conformes.
Delante del desposado
en los estribos alzóse,
y arrojándole la lanza
de parte á parte pasóle.
Alborotóse la plaza,
desnudó el Moro el estoque,
y por mitad de la gente
hácia Sidonia volvióse.

6.° (1)

Cuando por prados amenos
Febo su ganado impone
de noche á pacer los henos,
sale la estrella de Venus
al tiempo que el sol se pone.
Y cuando con rayos de oro
Febo busca otro horizonte,
sala Diana y su coro,
y con ella un fuerte Moro
semejante á Rodamonte.
Es el Moro enamorado,
aunque amor no le socorre;
y como desesperado
sale de Sidonia airado,
de Jerez la vega corre.
Va de noche sin almete;
y como su sol se esconde,
con el camino arremete
por donde entra Guadalete
al mar de España, y por donde
toma el camino mas tuerto
por no ser visto de hombre,
y por donde va encubierto,
Santa María del Puerto
recibe famoso nombre.
Su cierto mal adivina,

(1) Este romance es una glosa del anterior.

y aunque de trato tan doble
la venganza determina,
desesperado camina,
siendo de linage noble.
Y como es metal la plata
que ha vencido siempre al cobre,
y el Moro no se rescata,
le deja su dama ingrata
porque se suena que es pobre.
Las leyes de amor traspasa;
y porque no quiere tope
hombre que es pobre su casa,
aquesta noche se casa
con un Moro feo y torpe:
y sin tenerle mancilla,
quiere su pecho le borre;
y al otro da mano y silla,
porque es Alcaide en Sevilla,
del Alcázar y la Torre.
Con el gran dolor que siente
blasfema á veces su nombre;
y como olvidado ausente,
se quejaba dulcemente
de un agravio tan enorme.
Como cólera le ciega
y no sabe quien le esconde,
en llanto y voces se anega,
y á sus palabras la vega
con dulces ecos responde.
Ingrata que eres casada
sin que mi lanza lo estorbe,
y como el nombre le agrada,
Zaida, dice, mas airada
que el mar que las naves sorbe.
Como el agravio es notable,
va cual otro Rodamonte
diciendo: ¡ah, muger mudable,
mas dura é inexorable
que las entrañas de un roble!
Déjasme en tan gran fatiga
con los primeros favores,
cual pajarillo en la liga.
¿Cómo es posible, enemiga,
despues de tantos amores?
Mil vidas dejaré en calma
primero que atrás me torne;
pues me has negado la palma,
que de prendas de mi alma
agena mano se adorne.
Mira, cruel, lo que trazas,
y si este pecho tan noble,
y esta alma que es tuya enlazas,
¿es posible que te abrazas
con las cortezas de un roble?
Pierdo el juicio, y me destruyo
de que á un tronco dés favores
que no se vió fruto suyo,
y dejas un árbol tuyo
desnudo de fruta y flores.
Por un nieto de Acenul
metido en cien mil dolores,
vestido el alma de azul,
dejas tu amado Gazul,
dejas tres años de amores.
Solo porque no so Alcaide,
ingrata, me desconoces,
no habiendo como yo nadie,
y dás la mano á Albenzaide
que aun apenas le conoces.
Yo quiero cese mi pico;
pues noblezas no conoces,
que aunque es en dinero chico,

dejas un pobre muy rico,
y un rico muy pobre escoges.
Yo haré que quede en calma
el alma á que te dispones,
y que no goces la palma;
pues las riquezas del cuerpo
á las del alma antepones.

7.°

La bella Zaida Zegrí,
á quien hizo suerte avara
esposa y viuda en un punto
por una arrojada lanza,
sobre el cuerpo de Albenzaide
destila líquida plata;
y convertida en cabellos
esparce el oro de Arabia.
Las manos en las heridas
por dó el Moro se desangra
pone, y en Gazul los ojos,
que está lidiando en la plaza.
¡Oh cruel mas que celoso!
le dice con voz turbada:
ruego á Alá que de esta empresa
presto recibas la paga,
y que en medio del camino
cuando á tu Sidonia vayas,
encuentres, aunque sea solo,
á Garci-Perez de Vargas,
y que en viéndole te turbes,
y con fuerza desmayada
no puedas regir la rienda
ni cubrirte con la adarga.
Cautivo quedes ó muerto,
¡valiente solo en la fama!
¡Guerreador entre libreas
no entre arneses y corazas!
Y si á Sidonia volvieres
á los ojos de tu amada,
celos, se vengan á hacer
sospechas averiguadas.
Torna, deja los amores
de fe burladora y falsa,
por cuya mudanza espero
hacer honrosa mudanza.
Envaina, perro, el alfange;
vuelve, traidor, las espaldas,
pues estás hecho á volver
la fe; y á nunca á guardarla.
Nunca tú tuviste amor,
ni vienes de buena casta,
que el amador bien nacido
jamás procuró venganza.
Torno á decir, que permita
Alá, que tan mal te vaya
en guerra, en paz, en amor,
que pierdas con la ganancia.
Tu dama la de San Lucar,
cuando vuelvas sea casada,
y en parte donde no pueda
verte cuando á vella vayas;
y si casada no fuere,
verdad no te diga en nada,
enfádenle tus servicios,
y cánsenle tus palabras.
El Moro estando en aquesto
en la plaza se hace plaza,
y deja que el viento lleve
sus quejas y sus palabras.

8.ª

Por la plaza de San Lucar
galan paseando viene
el animoso Gazul,
de blanco, morado y verde.
Quiérese partir el Moro
á jugar cañas á Gelves,
que hace fiestas el Alcaide
por las treguas de los Reyes.
Adora una bella Mora,
reliquia de los valientes
que mataron en Granada
los Zegries y Gomeles.
Por despedirse y hablarla
vuelve y revuelve mil veces,
penetrando con los ojos
las venturosas paredes;
y al cabo de un hora de años
de esperanzas impacientes,
vióla salir á un balcon
haciendo los años breves,
y arremetiendo al caballo
por ver el sol que amanece,
haciendo que se arrodille
y el suelo en su nombre bese,
con voz turbada la dice:
No es posible sucederme
cosa triste en esta empresa,
habiéndote visto alegre.
Allá me llevan sin alma
obligacion y parientes;
mas volverá mi cuidado
por ver si de mí le tienes:
dame una empresa ó memoria,
y no para que me acuerde,
sino para que me adorne,
guarde, acompañe y esfuerce.
Celosa estaba Celinda,
que envidiosos, como suelen,
á Zaida la de Jerez
dicen que de nuevo quiere.
Airada responde al Moro:
Si en las cañas te sucede
como mi pecho desea
y el tuyo falso merece,
no volverás á San Lucar
tan ufano como sueles,
á los ojos que te adoran
y á los que mas aborreces.
Mas plegue á Alá que en las cañas
los enemigos que tienes
te tiren secretas lanzas
porque mueras como mientes,
y que traigan fuertes jacos
debajo los alquiceres,
porque si quieres vengarte
acabes y no te vengues:
tus amigos no te ayuden,
tus contrarios te atropellen,
porque muerto en hombros salgas
cuando á matar damas entres;
y que en lugar de llorarte
las que engañas y entretienes
con maldiciones te ayuden,
y de tu muerte se huelguen.

El Moro piensa que burla,
que es propio del inocente,
y alzándose en los estribos
tormarle la mano quiere:
miente, le dice, Señora,
el Moro que me revuelve,
á quien esa maldicion
le caiga, porque me vengue.
Mi alma aborrece á Zaida,
y de su amor se arrepiente,
que su desden y tu amor
han hecho mi fuego nieve.
Malditos sean tres años
que la serví por mi suerte,
pues me dejó por un Moro
mas rico de pobres bienes.

Oyendo aquesto Celinda
aqui la paciencia pierde,
cerró la ventana airada,
y al Moro el cielo que tiene.
Pasaba entonces un page
con sus caballos ginetes,
que los llevaba gallardos
de plumas y de jaeces:
la lanza con que ha de entrar
toma, y furioso arremete,
haciéndola mil pedazos
contra las fuertes paredes,
y manda que sus caballos
jaeces y plumas truequen,
de verdes en leonadas,
y parte furioso á Gelves.

9.°

A media legua de Gelves
hincó en el suelo la lanza,
y echándose sobre el cuento
Gazul á pensar se para.
Pensando en las maldiciones
de su Celinda, y de Zaida,
está diciendo: fortuna,
siempre me fuiste contraria;
y entre suspiro y suspiro
un ay con rabiosa saña
arranca del fuerte pecho,
sin otras razones varias.
El ausencia de Celinda
no me atormenta ni cansa,
porque fuera sin razon
maldiciéndome adamalla.
Con esto, indignado y fiero,

enristró su fuerte lanza,
y contra un nudoso roble
hizo tres trozos el asta.
Quitó al caballo el jaez,
y la empresa de su dama,
como si fuese leon,
con los dientes despedaza.
A una cinta de oro y seda
que le puso en la celada
su enamorada Celinda,
tambien le da justa paga.
Sacó un retrato del pecho,
y cuanto su fuerza basta,
despide rompiendo el aire
porque burle su mudanza:
¿para qué quiero yo adornos,
si llevo adornada el alma

de maldiciones injustas
por premio de mi ganancia.
Mas me vale ir despojado,
pues lo voy de la esperanza,
y aunque no de los cuidados
que me atormentan y cansan:
yo tomaré en estos robles
de mi mal cruda venganza.
¿Mas qué digo? ¿estoy en mí?
no tienen sentido plantas.
Quitó el freno á su caballo,
y echóle por la ventana,
diciendo: Vé á tu albedrío,
que así me dijo á mi Zaida.
El caballo estando suelto
al punto á correr arranca,
y él prosigue su camino
á pie, sin yelmo ni lanza.

10.

Cual bravo toro vencido
que escarba la roja arena,
de su Celinda afrentado,
Gazul á San Lucar deja.
Desesperado vá el Moro
en una alazana yegua,
con un jaez leonado,
de su congoja la muestra.
En naranjado y en negro
lo blanco y lo verde trueca,
y lo amoroso morado
en rabia cruel y negra.
Una marlota vestida
de blanco y azul á medias,
y en la parte que era azul
unas nubladas estrellas.
Listados van los volantes
de encarnado y seda negra,
el bonete azul escuro,
cielo de luto y tristeza:
solamente el tahalí
del alfange verde lleva;
porque él solo ha de vengarse
de quien revuelve su esfera:
y de la triste color
que queda en la seca arena,
el Moro lleva la toca
que el nervioso brazo aprieta:
negros son los borceguíes,
y negras las estriberas;
negras las ligas y cabos,
y barcinas las espuelas:
no lleva lanza alheñada,
que ya la volara en piezas
en la pared de su dama,
cuando le cerró la puerta:
lleva datilada adarga,
y en ella una nueva seña,
que es un cielo escuro y triste,
y en medio una luna llena:
llena, pero ya eclipsada,
y alrededor esta letra:
tan oscura como clara,
y tan cruel como bella;
y pues le quitó Celinda
las alas con que alto vuela,
no quiere plumas el Moro
en su gallarda cabeza.

Miércoles á medio dia
Gazul por los Gelves entra;
vase derecho á la plaza,
y á jugar cañas comienza:
no le conocen las damas
por la trocada librea,
ni le conoce su Alcaide
hasta que mas cerca llega.
Las adargas pasa el Moro
cual de blanda ó tierna cera,
con los veloces bohordos
que tira en la fuerte vega:
no hay quien al Moro resista,
la gente se hace afuera,
que viene desesperado
y por las obras lo muestra.
Alborótase la plaza,
y solo Gazul se queda
diciendo, al cielo mirando
con voz colérica y recia:
¡Ojalá las maldiciones
de Celinda se cumplieran,
y en mi pecho atravesadas
alheñadas lanzas viera!
¡Y que en lugar de llorarme
las damas me maldijeran,
y muerto afrentosamente,
en hombros de aquí saliera!
¡Y que nadie me ayudara,
porque dar gusto pudiera
á aquella airada leona,
que ver mi muerte desea!
Aquesto diciendo el Moro
la veloz yegua rodea,
jurando de no volver
donde Celinda lo vea.

II.

En el tiempo que Celinda
cerró airada la ventana,
y la disculpa á los celos
que el Moro Gazul le daba,
confusa y arrepentida
de haberse fingido airada,
por verle y desagraviarle
el corazon se le abrasa;
que en el villano de amor
es muy cierta esta mudanza,
y la danzan muchas veces
los que de veras se aman:
y como supo que el Moro
rompió furioso la lanza
que llevaba para entrar
en Gelves á jugar cañas;
y que la librea verde
habia trocado en leonada,
sacó luego una marlota
de tafetan rojo y plata,
y un bizarro capellar
de tela de oro morada,
lleno de costosas perlas
los rapacejos y franjas,
con un bonete cubierto
de zafiros y esmeraldas,
que publican celos muertos
y vivas las esperanzas,
con una nevada toca
con plumas verdes y blancas,
y con acerados hierros
una lanza naranjada;

que el color de la veleta
tambien publica bonanza;
un liston de verde claro
con que trajese la adarga,
con una letra que dice:
Guárdele bien quien bien ama.
Informándose primero
á donde Gazul estaba,
y que las fiestas de Gelves
á otro dia se dilatan,
á una casa de placer
aquella tarde le llama:
y diciéndole á Gazul
que Celinda le aguardaba,
al page le preguntó
tres veces si se burlaba:
que son malas de creer
las nuevas muy deseadas,
á lo menos las que esperan
personas enamoradas:
y afirmándole que sí,
sin hablarle mas palabra,
se sale á ver en la gloria
de los ojos de su dama.
Encontróla en un jardin
que un almoradux cortaba,
y dejaba las violetas
azules, por las moradas:
entre mosqueta y jazmin
un ramito concertaba,
poniendo lo blanco al pecho
y lo morado en el alma.
Viéndose el Moro con ella,
apenas los ojos alza,
que quien sale de lo oscuro
turbacion el sol le causa.
Celinda le asió la mano,
un poco roja y turbada,
y al fin de infinitas quejas,
que en tales pasos se pasan,
dijo Gazul: ¿Es posible,
Señora, que des tal paga,
á quien por Alá te juro
que cuando sin tí se halla,
moriria á no traerte
en la idea retratada?
Y si de Jerez me acuerdo
mátenme de una lanzada,
del modo que yo maté
al desposado de Zaida;
ó véate yo en los brazos
de quien mas celos me causa,
y que por desesperarme
tiernos favores le hagas,
si el Moro que te ha informado
te dijo verdad en nada.
La Mora quedó con esto
satisfecha y muy pagada,
y entre ellos el aficion
con mas firmeza que estaba,
que de revolver amantes
otra cosa no se saca.
Vistióse al fin las presas
con las manos de su dama;
y sobre un caballo overo
con los jaeces de plata,
un bozal de oro morado,
moradas plumas y banda,
despues de haberse abrazado
con palabras regaladas,
se parte Gazul á Gelves
contento á jugar las cañas.

De los trofeos de amor
ya coronadas sus sienes,
muy gallardo entra Gazul
á jugar cañas á Gelves,
en un overo furioso
que al aire en su curso escede,
y en su pujanza y vigor
un leve freno detiene.
La librea de los pages
es roja, morada y verde,
divisa cierta y colores
de la que en su alma tiene.
Todos con lanzas leonadas
en corredores ginetes,
adornados de penachos
y de costosos jaeces:
él mismo se trae la adarga,
en quien un Fenix parece,
que en vivas llamas se abrasa
y en cenizas se resuelve.
La letra, si bien me acuerdo,
dice: *Es inconveniente*
poderse disimular
el fuego que amor enciende.
Llegado á dó estan las damas,
en los arzones se mete:
en pie se pusieron todas,
bien ciertas que mas merece.
Entre ellas estaba Zaida,
de quien un tiempo doliente
fue favorecido el Moro,
aunque agora la aborrece.
Fue causa una sinrazon,
que en amantes mucho puede,
y viene á ser quien la hizo
el arrepentido siempre.
Con ellá estaba Zafira,
y Alminda, que dueño tiene
en grado muy allegado
con los Granadinos Reyes;
y como vido á Gazul,
renovóse el accidente,
y tanto cuanto le mira
mas le adora y mas le quiere
y asi cual puesta en balanza,
dando el alma mil vaivenes,
celosa y arrepentida
diversas cosas revuelve.
Alminda que vido á Zaida
que de nuevo se entristece,
para divertirla dijo
le descubra lo que siente.
Turbada la respondió:
Una imaginacion fuerte
ha sido la causadora
de este mal que á puntos crece:
mejor será, dijo Alminda,
refrenarla, porque suele
despues de haber discurrido
dar al traves las mas veces:
bien muestras, le respondió
la de Jerez, que no sientes
los celos y fantasías,
ni sabes qué son desdenes;
que á saberlo, soy bien cierta
que otra compasion tuvieses
de mí, que padezco y muero
de este mal que tú no entiendes.

Tomó Zafira la mano,
y la plática suspende,
el alboroto y estruendo
de los que á las cañas vienen:
estaban ya las cuadrillas
dentro del cerco y palenque,
con berberiscas naciones
y marlotas diferentes.
Al son de bárbaras trompas
los caballos impacientes,
con relinchos y bufidos
por medio la turba hienden:
revuélvense unos con otros,
y con ánimos valientes
con leves cañas procuran
ofenderse cuanto pueden.
Duró gran rato la fiesta;
pero fue como sucede,
que todo á la fin se acaba,
todo se acaba y perece.
Daba prisa el cano tiempo
á Apolo; porque detiene
su velocísimo carro,
de su tardanza impaciente:
y cuando llegó al ocaso,
su contrario que lo siente
con no menos movimiento,
bate las alas y viene;
á cuya venida todos
por medio al campo arremeten,
y de su esfuerzo pagados
mandaron cesar los jueces.

13.

Despues que el fuerte Gazul
volvió de Gelves con vida,
de correr celosas cañas
para su dulce Celinda;
en la plaza de San Lucar
la misma tarde á la brida
se presenta dando vueltas
al puerto de su alegria.
De morado y recamado
un rojo alquicer traía,
y un bonete verde oscuro
con la toca tunecina:
los adornos del caballo
van con la misma divisa,
solo muestra el borceguí
de oro la labor pajiza;
que ya la desconfianza
trae bajo del pie metida,
porque Celinda está cierta
que á la ingrata Zaida olvida.
Con tanta gracia pasea
de ver la luz de su vida,
que el caballo aun de las piedras
saca polvo cuando pisa.
Labrando un caparazon
para su Gazul Celinda
estaba en esta ocasion
sola, triste y retraida.
Quiso dibujar un lirio
en un recamo que hacia,
y sobre el dibujo puso
una rosa alejandrina:
echó en el color de ver
que no es la flor que queria,

y queriéndola quitar
la mano el intento quita;
que en los sucesos de amor
cuando el paso desvaría,
truecan suerte los efectos
por dó el corazon los guia:
y viendo que á sus antojos
cuanto mas menos atina,
deja la labor y sale
enojada de sí misma:
y viendo al fuerte Gazul
que á otra cosa no atendia,
deja el balcon presurosa
y luego á llamarlo envia:
y dando razon de Gelves,
y de su buena venida,
dejando frias sospechas,
entregaron ambas vidas.

14.

Estando toda la corte
de Almazor, Rey de Granada,
celebrando del Bautista
la fiesta entre Moros santa,
con ocho Moros vestidos
de negro y tela de plata,
que llevan ocho rejones
y en ellos mil esperanzas:
seguros de su ventura,
de muchas pruebas pasadas,
y mas en el fuerte brazo
que ha dado al mundo fianzas,
(que algunas veces la suerte
suele á los hombres de fama
llevarlos por los cabellos
á la fortuna contraria),
entra el valiente Gazul
señoreando la plaza,
que con ir solo por ella
toda la ocupa y levanta:
hijo de sí por sus obras,
para gloria de su fama,
y para nobleza suya,
es Alcaide de la Algava.
Los ojos del pueblo lleva
el caballo entre las plantas,
y en los apacibles suyos
los hermosos de las damas.
Pasa delante del Rey,
del Príncipe y de la Infanta,
y haciendo su cortesía,
el caballo y lanza para.
Despues del galan paseo
en que fue vista su gala,
los toros salen al coso
y al riesgo de su pujanza.
El Moro toma un rejon
y el diestro brazo levanta:
furioso acomete y pica,
uno encuentra y otro pasa.
Del toro el aliento frio
el rostro al caballo espanta,
y la espuma del caballo
al toro ofende la cara.
Admirada está la corte
del airoso brio y gracia,
porque ningun lance pierde
y mil voluntades gana.

En este tiempo la suerte
á la postrera le llama,
porque sale un bravo toro,
famoso entre la manada:
no de la orilla del Bétis,
ni Genil, ni Guadiana;
fue nacido en la ribera
del celebrado Jarama:
bayo, el color encendido
y los ojos como brasa,
arrugados frente y cuello,
la frente bellosa y ancha,
poco distantes los cuernos,
corta pierna y flaca anca,
espacioso el fuerte cuello,
á quien se junta la barba:
todos los estremos negros,
la cola revuelta y larga,
duro el lomo, el pecho crespo,
la piel sembrada de manchas:
Harpado llaman al toro
los vaqueros de Jarama,
conocido entre los otros
por la fiereza y la casta.
En cuatro brincos se pone
en la mitad de la plaza,
y casi en la blanda arena
el hendido pie no estampa.
Sale al encuentro Gazul,
como si fuera montaña,
alzando el brazo en el hombro
vibrando al rejon el asta:
saca el codo junto al pecho,
llega el puño, el brazo saca,
y picando el fuerte cuello,
cuero, carne y vida rasga:
el fiero toro derriba;
el suelo mide la espalda,
los pies que en la tierra herian
al cielo vuelven las plantas:
con el furor natural
vuelve á un lado, prueba y alza
la tierra, que el cuerpo herido
no tiene mas que arrogancia;
de cuya herida en un punto
revuelta en la sangre, escapa
la vida, dejando á muchos
envidia de tal hazaña.
Juntóse el Moro valiente,
á quien sigue y acompaña,
oyendo los parabienes
de caballeros y damas;
porque otra cosa no escucha
desde andamios y ventanas,
sino que fue grande suerte
de aquel famoso de Algava.

15.

Al tiempo que el sol esconde
debajo del mar su lumbre,
y de rojos arreboles
colora el aire y las nubes,
llegaba el fuerte Gazul
á Alcalá de los Gazules,
con cuatrocientos hidalgos
de los Moros Andaluces:
y apenas llegaba, cuando
«suenan tiros y arcabuces,

«atabales y trompetas,
«chirimías, sacabuches,
«que venía á echar de España
«á Zulema, Rey de Tunez,
«que estaba ya apoderado
«de Marbella y sus alumbres.»
Y aunque entra de noche el Moro
no quiere ni pide lumbres,
que el claro sol de Celinda
quiere solo que le alumbre;
y á la entrada de la villa
«suenan tiros y arcabuces etc.»
Todas las damas por vello
á los miradores suben,
solo su esposa Celinda
del suyo se esconde y huye.
Como no sale Celinda,
el corazon se le cubre
de temerosas sospechas,
de celosas pesadumbres;
y apeándose en Palacio
«suenan tiros y arcabuces etc.»
Gazul del caballo baja
y á ver á su esposa sube;
hállala sola y tan triste
que en suspiros se consume.
El Moro llega á abrazalla,
y ella se aparta y rehuye.
Y él dice: ¿cómo es posible
que tal conmigo se use?
Y antes que ella le responda
«suenan tiros y arcabuces etc.»
Al fin le dice con ira,
traidor, ¿á dónde se sufre
que en cuatro meses de ausencia
de escribirme te descuides?
Humilde responde el Moro:
mi bien, no es bien que me culpes,
pues la pluma sin la lanza
tomar un punto no pude:
abrazáronse y al punto
«suenan tiros y arcabuces etc.»

16.

Del perezoso Morfeo
los roncos pífaros suenan,
que se tocan, porque el dia
hace con la noche treguas;
ya del bullicioso vulgo
las trampas y tratos cesan,
y del pequeño al mayor
con el dulce sueño huelgan:
solo el triste canto se oye
de nocturnas ayezuelas,
y el retumbido del vulgo
hace un ru, ru en las orejas.
En medio de este silencio
de Zaida las quejas suenan,
que con temor de la muerte
cuando todos duermen, vela,
«que no hay quien quiera
«morir, aunque la muerte sea ligera:»
que como hay tantos malsines,

por congraciarse con ella
le han dicho, como Gazul
de dalle la muerte ordena.
Toma el vestido de un Moro
y el suyo de Mora deja,
y asi sale á media noche
de Jerez de la Frontera:
«que no hay quien quiera etc.»
En un ligero caballo,
con una lanza ligera,
tan animosa, que es harto
que Gazul algo la esceda:
y á cada paso que da
vuelve hácia atrás la cabeza,
que con el miedo imagina
su enemigo va tras ella:
«que no hay quien quiera etc.»
El camino real dejó
porque la dejen sospechas,
y hácia Sevilla camina,
por una oculta sendera;
y aunque el caballo brioso
va corriendo á rienda suelta,
con el temor, le parece
que no anda mas que una piedra:
«que no hay quien quiera etc.»
Aunque quiere ir con secreto
los suspiros no la dejan,
que le salen por la boca,
cual furiosas escopetas.
Cada momento se para,
y escucha si gente suena;
y como no suena nadie
apresura su carrera:
«que no hay quien quiera etc.»
Antojósela que el aire
la habla, y dice: esposa, espera,
haré de tí un sacrificio,
que á Albenzaide grato sea.
Con aquesta fantasia,
va mas que no viva, muerta;
y aunque el temor la desmaya,
saca fuerzas de flaqueza:
«que no hay quien quiera etc.»
Llegó á vista de Sevilla,
y aguardar que noche sea,
y á las diez se va á apear
á casa de una parienta,
donde estuvo algunos dias;
y en siendo del todo cierta,
ser mentira lo pasado,
se torno á Jerez contenta.
«Que no hay quien quiera
«morir, aunque la muerte sea ligera.»

ROMANCES DE ABENUMEYA.

1.°

El gallardo Abenumeya
hijo del Rey de Granada,
con enemigos valiente,
discreto y galan con damas;
ausente y enamorado
de la hermosa Felisarda,

hija de bravo Ferri,
que es Capitan de la guarda,
por la vega de Genil
en una yegua alazana
parte solo, porque á solas
quiere gozar de sus ansias.
Son las colores que viste
conformes al mal que pasa,
porque si vieren sus ojos,
vean lo que sufre el alma.
Viste leonada marlota,
y en ella flores moradas,
que entre congojas y penas
florida está su esperanza:
en un albornoz pajizo
unas columnas bordadas
por mostrar que á su firmeza
combaten desconfianzas:
puso en la adarga una luna
con una banda morada,
por dar muestras que de amor
nace el temor de mudanza.
Banderilla lleva azul
junto al hierro de la lanza,
que celos son ocasion
de hacer yerros quien bien ama:
una toca en su cabeza
de oro y de seda encarnada,
plumas, garzotas y bonete
recoge, aprieta y enlaza,
y en el rizo de las plumas
una muerte de esmeraldas,
y de aljofar esta letra:
Muerte es esperanza larga.
Mas aunque parte galan,
apercibido va de armas,
porque son de fino acero
los forros de aquestas galas.
Suspirando va y diciendo:
mi querida Felisarda,
no borres de tu memoria
á quien te escribió en el alma:
mira que por causa tuya
traigo vestida la malla,
siempre la lanza en la diestra,
siempre embrazada la adarga,
venciendo en escaramuzas,
y saliendo de batallas,
herido por ser de celos,
do acero ni fuerzas bastan.
Diciendo esto el Moro ausente
sacó del pecho una carta,
y con ella mil suspiros
con que al viento fresco abrasa.
Quiso leella, y no pudo,
porque lágrimas cansadas
y espesas nubes de penas
lo impiden con fuego de agua.
La carta con lo que llora,
moja, enternece y ablanda,
y con suspiros la enjuga,
y aun es mucho no quemalla.
Siente las frescas heridas,
y en busca de quien las causa
vuelve á Granada los ojos,
y el alma á su Felisarda,
y mira del Albaicin
adonde vive su dama,
los dorados chapiteles
y las antiguas murallas.
Por las de un jardin que tiene
ve que se asoma una palma,

que á pesar del grave peso
levanta sus verdes ramas.
Mora de mis ojos, dice;
si como dices, me amas,
fáciles inconvenientes
fácilmente atropelláras.
¡Mas ay! que el tiempo descubre
mi firmeza y tu mudanza:
la firmeza de mis obras,
lo falso de tus palabras.
¡Mal haya yo, que por tí
traigo revuelta á Granada!
mis deudos me ponen ceño,
no me pueden ver tus guardas;
mas aunque enemigos crezcan,
desdenes y ausencia larga,
nada bastará á mudarme,
que contra mí nada basta.
En esto oyó que á rebato
tocan en el Alpujarra,
y como á quien tanto importa,
parte á morir ó libralla.

2.°

El gallardo Abenumeya,
gran guerrero sobre el agua,
general de las galeras
de Muley, Rey de Granada:
aquel que hizo estragos
contra las velas cristianas,
se sale estragado el pecho,
porque ha visto una mudanza.
No se queja de fortuna,
pues jamás le fue contraria;
mas quéjase y con razon
de la bella Celindaja,
camarera de la Reina,
y por Muza amartelada,
de que fue causa una ausencia,
que siempre para en mudanza:
por lo cual hace le pinten
en el campo de la adarga
una nao veloz que al viento
rompiendo del mar las aguas,
(porque en pasando una ola
no queda señal formada,
que es condicion de mugeres,
de quien no hay firme palabra),
y que al fin de su viage
da de traves en la barra,
como ha dado su ventura
por muger y por mudanza;
y que sirva el pensamiento
de popa bien levantada,
á causa de que en amar
nadie al Moro hizo ventaja:
y que sirva de piloto
su firme fe y su palabra,
para apartalle del daño
que le causó una mudanza:
y que sean escotillones
los dos ojos de su cara,
por donde le entró á ver
una aficion mal lograda:
y quiere esté un estandarte
en el mástil de la gavia,
para mostrar que en un tiempo
tuvo á la fortuna en nada;

y una letra en el bauprés
que diga en lengua cristiana:
todos estos mis servicios
tuvieron injusta paga,
que podrá ser que con esto
conozca su Mora ingrata,
que á un capitan de la tierra
gana un general del agua.

Con esto se partió el Moro
camino de la Alpujarra,
para llegar á Almería,
á donde dejó su armada.
Y promete que jamás
creerá de muger palabra,
porque son plumas en viento,
ó escrituras en el agua.

ROMANCES DE ZAIDE.

1.°

Zaide ha prometido fiestas
á las damas de Granada,
porque dicen que su ausencia
de fiestas las tiene faltas:
y para poder cumplir
lo que promete á las damas,
concierta con sus amigos
de hacerles fiestas y zambras.
Entre muchas que imagina,
concierta una encamisada,
para las damas secreta,
y para el vulgo callada.
Y antes que la clara Aurora
el pecho se rasgue y abra,
entra el venturoso Moro
con su ilustre camarada:
hecha escuadra de cincuenta
va toda bien concertada.
Zegries con los Gomeles,
Azarques con las Audallas,
Vanegas y Portoleses,
Abencerrages y Mazas,
Alfarríes y Achapices,
Fordaques con los Ferraras,
madrugan para coger
á las damas descuidadas,
deseosos de ver libre
lo que encubren tocas blancas.
Cabezas y cuerpos ciñen
de unas floridas guirnaldas;
muchas cañas llevan verdes,
y en las manos blancas hachas.
Ya los clarines comienzan,
ya las trompas y dulzainas,
ya los gritos y alaridos,
ya las voces y algazara.
Ya los añafiles tocan,
ya les responden las cajas,
y el envidioso Albaicin
con mil ecos acompaña.
Los azorados caballos
con los cascabeles andan,
moviendo tanto ruido,
que á la ciudad amenazan.
Unos corren, otros gritan,
otros dicen: para, para,

sigan orden, vayan todos
la calle de la Alcazaba.
Otros dicen, la Gerea
no se deje, ni su plaza:
otros de Vivataubin
vuelvan luego á la Alpujarra,
la calle de los Gomeles,
la plaza de Vivarrambla;
corran toda la ciudad,
viva Albolun, y el Alcázar.
Las damas que el dulce sueño
las tiene muy descuidadas,
al ruido dispiertan todas,
y acuden á sus ventanas.
Cuál muestra suelto el cabello
preso de una mano blanca;
cuál por descuido no cubre
su blanco pecho y garganta.
Descuidadas salen todas
al cuidado alborotadas,
aunque del cuidado nace
á cada Mora mil ansias.
De pechos, y en pechos puesta
á la ventana asomada,
está tan bella una Mora,
que mil pechos abrasaba.
Miran las Moras la fiesta,
cómo corren, cómo paran,
y tan solo Zaida mira
al aposento de su alma.
Zaide corre una carrera,
y Muza su camarada,
luego todos á la folla
corren la cascabelada.
Tanto se enciende la fiesta,
y con tantas veras anda,
que no se viera la fin
si el sol no les madrugara.
Determinan recogerse,
dejan la fiesta acabada,
piden lugar á la gente,
diciéndola: aparta, aparta.

2.°

Ya que la Aurora dejaba
de Titon el lecho, y vuelve
á la tierra el rostro hermoso
con la claridad que suele,
sale un Moro descompuesto
que Zaide por nombre tiene,
disfrazado, solo al fin,
que es lo que de amor pretende.
No trae adarga, ni lanza,
caballo, pluma en bonete,
ni la marlota bordada,
plumas, cifra, ó martinetes;
aunque al lado del vestido
una letra se parece
que declara, en Aljamía:
asi me tratan desdenes.
Vestido un débil gaban,
porque con vestido leve,
es mas honor la nobleza,
y mas oculta parece;
y con la falta que muestra
de le faltar lo que quiere,
vá gallardo el fuerte Moro,
porque hoy amor le enriquece,

y aunque por montes camina
á do gentes no parecen,
es el ver su gallardía
lo que desearse puede.
Y que su Zaida no ignora
como es el hijo de Hamete,
Alcaide de los castillos
que hacen á Granada fuerte,
pues oro, plata ni sedas
no dan honor, ni enriquecen,
que la mancha en un linage
oro quitarla no puede;
porque nunca Febo sale
si la noche prevalece,
ó cuando ya la mañana
con luz abundante crece.
De celos vive seguro,
que es don que no se concede
á aquellos que son amantes,
ni á todos los que pueden.
Lleva solo un rico alfange
oculto do no parece,
y bien seguro de sí,
aunque mas armas no lleve;
y de su patria Granada
le manda amor que se ausente
hácia do vive su Zaida,
en cuya ausencia se muere,
por ser la mas bella dama
que cria el sol del oriente.
Vive ausente de la corte,
porque el Rey así lo quiere.
Es hija de un Alfaquí,
á quien el Rey mucho debe;
allegado á la corona,
del mismo Rey descendiente;
y porque no se permite
casar con Moro pariente,
no es hoy su yerno el Rey,
de lo cual vive impaciente.
Ella dió su mano á Zaide
despues de muchos reveses,
y palabra de ser suya,
si el tiempo no lo impidiese.
Despues de andar sus jornadas,
cansado de verse ausente,
llegó á vista de la torre
que dentro á su Mora tiene.

3.º

Fijó pues Zaide los ojos
tan alegres cual conviene,
por ser el tiempo cumplido
de su tan propicia suerte;
y dice: ¡dichoso muro,
y dichosas tus paredes,
á donde vive mi Zaida,
y mi alma que ella tiene!
Dichoso el suelo que pisa
con razon llamarse puede,
pues en él sienta sus plantas
hechas de fuego y de nieve;
y mas dichoso tú, Zaide,
si dar fin Alá quisiese
á esta tan terrible ausencia,
en que pensé que muriese.
El descanso de esta vida,
si durase para siempre,

¡cuántos mas le procuraran
de los que buscarle suelen!
Y si la mortalidad
que nos convida á la muerte,
aunque con tarda esperanza,
esperarla nos conviene;
ya desde luego la espero,
y en Alá primeramente,
que el fin dichoso, en tus brazos
me dará próspero alegre:
y si en la mas alta cima
me hallase, y se permitiese,
y mi amor hiciese efecto,
dichosa seria mi suerte.
¡Bella Zaida de mis ojos!
¡dichoso si ya te viese
en estos rendidos brazos,
dichosos entre mil gentes!
Llega pues, verás tu Zaide,
que nombras galan y fuerte,
el cual en saber amarte
á todos pasa y escede.
Debiera ser tu belleza
tan libre como la muerte,
aunque si tan libre fuera
dieras á mil mundos muerte.
¡Bella Zaida! llega á tiempo
que alcance mi avara suerte
la palma de tu valor,
pues es deuda que me debes.
Y como la vido el Moro,
dijo: ¡si Alá permitiese
que para alumbrar mis hechos
tal sol no se oscureciese!
y porque mi lengua muda
temo que no manifieste
lo mucho que noto en tí,
dígalo quien mas sintiere.
La Mora responde: Zaide,
si de tí cierta estuviese
que traias la lengua muda,
juro que te obedeciese;
mas temo que tus palabras
á la fin se me volviesen
por remate de amistad,
cada una una serpiente.
Zaide respondió: señora,
si en mí tal jamás hubiere,
quiero me falte la tierra,
y el cielo su luz me niegue.
Con esto los dos asientan
una amistad firme y fuerte,
para no faltar jamás,
si no falta con la muerte.

4.°

Mira, Zaide, que te aviso
que no pases por mi calle,
ni hables con mis mugeres,
ni con mis cautivos trates,
ni preguntes en qué entiendo,
ni quién viene á visitarme,
ni qué fiestas me dan gusto,
ni qué colores me placen.
Basta que son por tu causa
las que en el rostro me salen,
corrida de haber querido
Moro que tan poco sabe.

Confieso que eres valiente,
que rajas, hiendes y partes,
y que has muerto mas Cristianos
que tienes gotas de sangre:
que eres gallardo ginete,
y que danzas, cantas, tañes,
gentil hombre, bien criado,
cuanto puede imaginarse:
blanco, rubio por estremo,
esclarecido en linage,
el gallo de las bravatas,
la gala de los donaires:
que pierdo mucho en perderte,
que gano mucho en ganarte,
y que si nacieras mudo
fuera posible adorarte;
mas por éste inconveniente
determino de dejarte,
que eres pródigo de lengua,
y amargan tus libertades,
y habrá menester ponerte
quien quisiere sustentarse,
un alcázar en el pecho,
y en los labios un alcaide.
Mucho pueden con las damas
los galanes de tus partes,
porque los quieren briosos,
que hiendan y que desgarren.
Y con esto, Zaide amigo,
si algun banquete les haces,
el plato de tus favores
quieres que coman y callen.
Costoso fue el que me hicistes,
venturoso fueras, Zaide,
si conservarme supieras
como supiste obligarme;
pero no saliste á penas
de los jardines de Tarfe,
cuando hiciste de tus dichas
y de mi desdicha alarde,
y á un morillo mal nacido
me dijeron que enseñastes
la trenza de mis cabellos,
que te puse en el turbante.
No pido que me la vuelvas,
ni tampoco que la guardes;
mas quiero que entiendas, Moro,
que en mi desgracia la traes.
Tambien me certificaron
como le desafiastes
por las verdades que dijo,
que nunca fueran verdades.
De mala gana me rio,
¡qué donoso disparate!
tú no guardas tu secreto,
¿y quieres que otro lo guarde?
No quiero admitir disculpa,
otra vez vuelvo á avisarte;
esta será la postrera
que me veas y te hable.
Dijo la discreta Mora
al altivo Abencerrage,
y al despedirle replica,
quien tal hace que tal pague.

5.ª

Mira, Zaida, que te digo
que andas cerca de olvidarme,
determinada sin causa
de aborrecerme, y dejarme.
No preguntas en qué entiendo,
ni consientes visitarme,
mis recaudos aborreces,
mis billetes te desplacen.
Confieso que eres hermosa,
bizarra y de lindo talle,
y que con donaire y brio
bailas, danzas, cantas, tañes.
Y que has muerto mas Cristianos
que tienes gotas de sangre
no con espada ni lanza,
sino con armas mas graves:
que emponzoñas con la vista,
y encantas con el lenguaje,
y con unas y otras cosas
matas hombres á millares:
que pierdo mucho en perderte,
y gano mucho en ganarte;
y si solo me quisieras
fuera posible adorarte;
mas por este inconveniente
determino de quedarme
de la suerte que me dejas,
huyendo tus novedades;
que eres pródiga en amar
y presta en determinarte,
ligerísima en querer,
y mas ligera en mudarte.
Habrá menester ponerte
quien quisiere sustentarte,
firmeza en la voluntad,
y al corazon un alcaide.
Mucho valen las mugeres
de tantas gracias y partes,
porque hay pocas tan discretas,
que en general poco saben:
mas por eso, Zaida amiga,
cuando quieren que las amen,
al arca de sus favores
no ha de hacer mas de una llave.
¡Costosa es la que me diste!
venturoso fuera Zaide
si conservarte supiera
como supo enamorarte;
mas no bien hube salido
de los jardines de Tarfe,
cuando en mi lugar pusiste
un infame Bencerrage,
no porque enseñé la trenza
que pusiste en mi turbante,
ni conté de tus favores
á alguno la menor parte:
de esto no estarás quejosa,
ni llamarás disparate
no guardar yo tus secretos,
y querer que otro los guarde;
que quien como hombre las siente,
callar como piedra sabe;
y aunque de quejas reviente
te prometo que yo calle.

ninguna puedes tener
de mí, sino es por amarte,
que soy estremo en quererte,
y tú estremo en despreciarme;
mas quien de mugeres fia
es justo que asi le traten,
y que por mí digan todos:
quien tal hace, que tal pague.

6.°

¿Di, Zaida, de qué me avisas?
¿quieres que muera y que calle?
No des crédito á mugeres
no fundadas en verdades;
que si pregunto en qué entiendes,
ó quién viene á visitarte,
son fiestas de mi tormento
ver que visitas te aplacen.
Si dices que estás corrida
de que Zaide poco sabe,
no sé poco, pues que supe
conocerte y adorarte.
Si dices son por mi causa
las que en el rostro te salen,
por la tuya, con mis ojos
tengo regada tu calle.
Confiesas que soy valiente,
y tengo otras muchas partes:
¡pocas tengo, pues no puedo
de una mentira vengarme!
Mas si ha querido mi suerte
que ya el quererme te canse,
no pongas inconvenientes
mas, de que quieres dejarme:
no entendí que eras muger
á quien novedad aplace;
mas son tales mis desdichas
que en mí lo imposible hacen,
y hanme puesto en tal estremo
que el bien tengo por ultrage,
y alábasme para hacerme
la nata de los pesares.
Yo soy quien pierdo en perderte,
y gano mucho en ganarte;
y aunque hablas en mi ofensa
no dejaré de adorarte.
Dices, que si fuera mudo,
fuera posible adorarme;
si en mi daño yo lo he sido,
enmudezco en disculparme.
¿Hate ofendido mi vida?
¿quieres, señora, matarme?
Basta decir que yo hablé
para que el pesar me acabe.
Es mi pecho calabozo
de tormentos inmortales:
mi boca la del silencio,
que no ha menester alcaide.
El hacer plato y banquete
es de hombres principales;
mas de favores hacello
solo pertenece á infames.
Zaida cruel, hasme dicho
que no supe conservarte:
mejor te supe obligar,
que tú has sabido pagarme.
Mienten los Moros y Moras,

miente el infame de Tarfe,
que si yo le amenazara,
bastara para matarle:
á ese perro mal nacido
á quien yo mostré el turbante,
no le fio yo de secretos,
que en bajos pechos no caben.
Yo le he de quitar la vida,
y he de escribir con su sangre,
lo que tú Zaida replicas:
quien tal hizo, que tal pague.

7.

¿Dime, Bencerrage amigo,
qué te parece de Zaida?
¡por mi vida que es muy fácil!
para mi muerte es muy falsa.
Este billete la escribo,
escucha, y silencio guarda,
que su beldad estimé,
y quiero estimar su fama.
¡Oh Mora, imágen del tiempo
en condicion y mudanza,
hipócrita en los amores,
logrera en las esperanzas!
ya tu voluntad y gustos
van por leyes de las galas,
que á cada tocado nuevo
nuevos pensamientos sacas.
Confieso que eres mas bella
que las flores con el alba;
mas al fin, hay varias flores,
y tú tambien eres varia.
Espejo eres de hermosura,
pero tienes una falta,
que á todos haces buen rostro,
¡notable vicio en las damas!
Nuevas parecen mis quejas,
pues no te llamo inhumana;
¡mas ojalá cruel fueras,
y no tan afable y mansa!
que aunque dieras tarde el fruto,
fuera firme como palma,
que á costa de mis tormentos
de ella te hiciera guirnaldas:
mas ayer se vino un huésped,
y ya le ofreces el alma:
no sé, Zaida, como es esto,
pues otra me tienes dada.
Si tantas almas tenias,
dijeraslo, y no te amara,
que yo no tengo mas de una,
y no sé cumplir con tantas.
¡Ay, Zaida, cómo te temo!
deja que el huésped se vaya,
y verás tras su partida
su fe partida y quebrada:
pero dirás que no sientes
ausencia, porque no amas,
y que yo quedo en la corte
esclavo antiguo de casa.
¡Muy mal conoces mi gusto!
¡mucho te estimas y engañas!
¿que tengo yo faltas, Mora,
para entretenerte á faltas?
Quien media vez me ofendió,
entera no ha de contarla,

que en muger, un solo yerro,
á quien sufre mucho agravia:
mas esto al fin te aconsejo,
y es dar al viento palabras,
que al primero que admitieres
le des las prendas del alma.
Ten ya en tus amores fe,
no condenes tu honra y fama
con amor falso y fingido,
que sin fe nadie se salva;
y no firmo este papel,
pues no soy á quien llamabas
antes con razones dulces,
y sin razones estrañas;
pero bien entenderás
los efectos y la causa,
que aunque tú mas disimules,
bien sabes á quien agravias.
Esto mostró al Bencerrage
el bravo Alcaide de Baza,
y cerrándole, lo envia
á la misma Mora Zaida.

8.ª

Reduan, anoche supe
que un vil Atarfe me ofende,
y en un infierno insufrible
trocada mi gloria tiene:
que un pecho que fue diamante
en cera blanda le vuelve,
mis contentos en pesares,
y en favores sus desdenes.
Tanto pudo su porfia,
y mi ausencia tanto puede,
que es ya lo que nunca ha sido,
y yo no lo que fui siempre.
¡Qué de abrazos que la debo!
¡Qué de suspiros me debe!
que ardiendo van de mi pecho
y se hielan en su nieve.
Gloria la daban mis prendas
y consuelo mis papeles;
lo que mi lengua decia
eran inviolables leyes.
Pasó este tiempo dichoso,
por ser dichoso tan breve,
y en mil pesares y enojos
se trocaron mis placeres.
¡Quién tal creyera! olvidóme,
y olvidado me aborrece
por un Moro advenedizo,
que no sé de quién desciende.
El si le dió á sus porfias,
y unas fiestas hacer quieren,
y tienen de salir ambos
vestidos de tela verde.
¡Húelgate, Mora enemiga,
aunque á mi pesar te huelgues!
¡entra ufana en Vivarrambla,
donde mis penas te alegren!
A aqueste infame Morillo
que aborrezco, y favoreces,
átale al brazo tu toca
para que las cañas juegue,
que por Alá que has de verla
teñida en su sangre aleve,
y en la tuya la tiñera;
mas soy hombre, y muger eres.

¡Por Mahoma que estoy loco!
¡mi sangre en las venas hierve!
¡la paciencia se me acaba
y mi juicio se pierde!
pero no me tenga el mundo
por el Alcaide de Velez,
ni me favorezca el cielo,
ni la tierra me conserve,
muera á manos de un cobarde
sin que tenga quien me vengue,
si á esta ciudad, si á este infierno,
á donde mi honra muere,
no la escandalizo, y vengo
mis agravios con la muerte
de ese Morillo cobarde,
que es infame, y se me atreve,
á quien quitaré la vida,
y mil vidas, si mil tiene.
Resuelto estoy, Reduan,
de vengarme, ó de perderme;
que un noble si está ofendido,
facilmente se resuelve.

9.°

Cuando el noble está ofendido,
es resolucion discreta
por satisfacer su agravio
arriesgar vida y hacienda.
Pero esto se ha de entender,
cuando aquel que hizo la ofensa
tiene sugeto capaz
para hacer la recompensa.
Y respondiendo á tu carta,
la cual ví letra por letra,
y lo que tu dama escribe,
claro su discurso enseña:
diréte en razones breves
lo que el deseo me ofrezca;
que errar ó acertar la cura
consiste en la vez primera.
Primero he sido en saberlo,
por ser en mi amistad deuda,
y lo seré en aplicarte
el remedio que convenga.
Si dices que un Moro infame,
de sangre baja y pechera,
en tu ausencia él y tu dama
muestran efectos de ausencia,
¿qué mejor venganza quieres?
¿qué mas tu alma desea,
pues obligaciones tuyas
las pagas con bolsa agena?
A ella en pago del delito
le será castigo, y pena
el trueco de su mudanza,
que muchos siglos posea.
Y si á los gozos presentes
tus memorias tienen muestra,
será flor de maravilla,
que con el alba recuerda.
Pasan estas novedades
y la Fortuna que vuela,
poniendoos en su balanza
hará ver la diferencia.
Contemple en el galan nuevo
la bella rueda y cabeza,
llegue á los pies de su sangre,

y olvidársele ha la rueda.
A entrambos conocerá
cuando sea menos la hoguera,
que quien ve quemar su casa,
no es mucho memorias pierda.
Si en las fiestas que ordenaren
sacaren verde librea,
darán pregon, que es un tonto,
y ella, que es lo que se precia;
que aquel que á una alma mudable
la voluntad y fe entrega,
por castigo bien le basta
la esperanza de esta feria.
Si tus prendas le alegraban,
en las mugeres las prendas
es precio en que se remata
falsedad en almoneda.
Si en tí se cerró el remate,
ha habido una puja nueva,
y son bienes de menores,
que se abre el remate, y cierra.
Aire, suspiros y abrazos
de tu memoria destierra,
que el bronce y el aire vano
mal podrán esculpir letras.
Deja muertes y alborotos,
ven, y con verlos te alegra,
que la venganza mayor
será no hacer cuenta de ella.

10.

Si tienes el corazon,
Zaide, como la arrogancia,
y á medida de las manos
dejas volar las palabras;
si en la vega escaramuzas
como entre las damas hablas,
y en el caballo revuelves
el cuerpo, como en las zambras;
si el aire de los bohordos
tienes en jugar la lanza,
y como danzas la toca
con la cimitarra danzas;
si eres tan diestro en la guerra
como en pasear la plaza,
y como á fiestas te aplicas,
te aplicas á la batalla;
si como el galan ornato
usas la lucida malla,
y oyes el son de la trompa
como el son de la dulzaina;
si como en el regocijo
tiras gallardo las cañas,
y en el campo al enemigo
le atropellas y maltratas;
si respondes en presencia,
como en ausencia te alabas,
sal á ver si te defiendes
como en el Alhambra agravias.
Y si no osas salir solo,
como lo está el que te aguarda,
algunos de tus amigos
para que te ayuden saca.
Que los buenos caballeros,
no en palacio, ni entre Damas,
se aprovechan de la lengua,
pues es dó las manos callan.

Pero aquí que hablan manos,
ven, y verás como habla
el que delante del Rey,
por su respeto callaba.
Esto el Moro Tarfe escribe,
con tanta cólera y rabia,
que donde pone la pluma
el delgado papel rasga.
Y llamando á un page suyo,
le dijo: vete á la Alhambra,
y en secreto al Moro Zaide
da de mi parte esta carta;
y dirásle que le espero
donde las corrientes aguas
del cristalino Genil
al Generalife bañan.

II.

No faltó, Zaide, quien trujo
á mis manos tus dos cartas,
por las cuales ví que en una
en ausencia me maltratas.
Tratasme injustamente,
de severa, cruel, tirana,
no echando de ver que tú
eres el principio y causa
de la que Zaide he tenido
para mostrarme enojada,
por ser tú blando de boca,
y no tener rienda en nada.
Y para no renovar
nuestras historias pasadas,
me ha parecido escribirte
solas aquestas palabras,
movida de que tambien
en la segunda me tratas
de afable, mansa y benigna,
conociendo tu desgracia:
y lo mejor que hay en ellas
es que pusiste las plantas
por testigos de tu pena,
porque te oyesen sus ramas,
las cuales, segun sospecho,
han de quedar enseñadas
á ser oráculo y templo
de la Sibila Cumana.
¡Gran trabajo tienes, Moro,
por tener tan mala fama,
de quien como de la lumbre
huyen hoy de tí las damas!
Pero porque te arrepientas
quiero mostrarme ya mansa,
pues no hay piedra donde no
haga el curso alguna entrada.
Bien hiciste de apelar
de tu sentencia ya dada;
pues no hay juez tan riguroso,
en quien piedades no haya.
De mí te sabré decir,
que aunque tus obras son malas,
tengo, como nací noble,
noble corazon y entrañas.
Notando que una Leona,
aunque esté furiosa y brava,
si el Leon se le humilla,
ella se humilla, y le halaga;
pero si acaso el Leon,
el amistad celebrada

no la sabe conservar,
le aborrece y le desama.
Harto, Zaide, creo he dicho,
para que entiendas de Zaida,
estar agena de culpa,
y libre de tus palabras.

12.

Cese, Zaida, aquesa furia,
que á fe que te entiendo, Zaida,
que deseas verme muerto,
pero muerto por tu causa.
Si tu lengua me despide,
¿por qué tus ojos me llaman?
Y si en público te hielas,
¿por qué en secreto te abrasas?
La razon de estos efectos
no te la pregunto, Zaida;
pero díganlo tus ojos,
que yo sé que no lo callan.
Avisasme que te deje;
tén aviso en tus palabras,
que á do se trata de amor
hiere quien de aviso trata.
Pintasme lindo en estremo;
pero el publicar mis gracias,
solo es darme lo que es mio,
como quien me echa de casa.
Dices que soy blanco y rubio:
¡blanco me tienen desgracias,
pero negra es mi ventura,
por ser rubia tu mudanza!
¡Pareceme que te loas,
viniendo á dejarme, ingrata!
son las honras que me haces
como el que ha muerto en el alma.
Pero si naciera mudo,
públicas que me adoraras:
mil lenguas tener quisiera,
porque todas te alabáran.
Aquese alcázar que dices,
en mi pecho no hace falta,
porque todo es fortaleza
por el primor de mis ansias.
Solo el Alcaide en mis labios
falta, porque ya en mi alma
tenia guarda de Alcaide,
hija de Alcaide de guarda.
Interpreta estas razones,
que yo sé que son bien claras,
si no es que las escurezcan
los nublados de tu saña.
Los galanes de mis partes
mucho pueden con las damas;
mas poco puedo contigo,
porque partes no te espantan.
Los platos de sus favores
los sabios comen, y callan;
mas si el manjar es sabroso,
¿qué sabrá el que no lo alaba?
En esto muestras ser niña,
pues eres tan poco sabia
en los sucesos de amor,
en que esperiencia se alcanza.
La trenza de los cabellos
no enrede la verdad, Zaida,
basta que enrede las vidas

de falsarios que me agravian:
jamas publiqué ser tuyo,
solo ella lo publicaba,
llevando escrito tu nombre
en el valor que mostraba.
Mejor sé guardar secretos,
ríete de buena gana,
que no aquellos que te han dicho
soy hablador de ventaja;
y admite agora disculpa,
si te place, bella Zaida.

13.

Gallardo pasea Zaide
puerta y calle de su dama,
que desea en gran manera
ver su imágen y adorarla;
porque se vido sin ella
en una ausencia muy larga,
que desdichas le sacaron
desterrado de Granada:
no por muerte de hombre alguno,
ni por traidor á su dama;
mas por dar gusto á enemigos,
si es que en el Moro se hallan,
porque es hidalgo en sus cosas,
y tanto que al mundo espantan
sus larguezas, pues por ellas
el Moro dejó su patria:
pero á Granada volvió
á pesar de ruin canalla,
porque siendo un Moro noble,
enemigos nunca faltan.
Alzó la cabeza y vido
á su Zaida á la ventana,
tan bizarra y tan hermosa
que al sol quita su luz clara.
Zaida se huelga de ver
á quien ha entregado el alma,
tan turbada y tan alegre,
y cuanto alegre turbada:
porque su grande desdicha
le dió nombre de casada,
aunque no por esto piensa
olvidar á quien bien ama.
El Moro se regocija,
y con dolor de su alma,
por no tener mas lugar,
que el puesto no se le daba,
por ser el Moro celoso
de quien es esposa Zaida,
en gozo, contento y pena
le envió aquestas palabras:
¡Oh mas hermosa y mas bella
que la Aurora aljofarada!
¡Mora de los ojos mios,
que otra en beldad no te iguala!
¿dime, fáltate salud
despues que el verte me falta?
¡Mas segun la muestra has dado
amor es el que te falta!
Pues mira, ¡diosa cruel,
lo que me cuestas del alma,
y cuántas noches dormí
debajo de tus ventanas!
y mira que dos mil veces
recreándome en tus faldas,
decias: El firme amor

solo entre los dos se halla.
Pues que por mí no ha quedado,
que cumplo, por mí desgracia,
lo que prometo una vez;
cúmplelo tambien, ingrata.
No pido mas que te acuerdes,
mira mi humilde demanda,
pues en pensar solo en tí
me ocupo tarde y mañana.
Su prolijo razonar
creo el Moro no acabara,
si no faltara la lengua,
que estaba medio turbada:
la Mora tiene la suya
de tal suerte, que no acaba
de acabar de abrir la gloria
al Moro con la palabra:
vertiendo de entrambos ojos
perlas con que le aplacaba
al Moro sus quejas tristes
dijo la discreta Zaida:
Zaide mio, á Alá prometo
de cumplirte la palabra,
que es jamas no te olvidar,
pues no olvida quien bien ama;
pero yo no me aseguro,
ni estoy de mí confiada,
que suele el cuerpo presente
ser la vigilia doblada;
y mas que tú lisongeas
que ya lo tienes por gala,
de ser como aqui lo has dicho,
no habiendo en mí bueno nada:
sé muy bien lo que te debo,
y pluguiese á Alá quedara
hecho mi cuerpo pedazos
antes que yo me casara;
que no hay rato de contento
en mí, ni un punto se aparta
este mi Moro enemigo
de mi lado y de mi cama;
y no me deja salir,
ni asomarme á la ventana,
ni hablar con mis amigas,
ni hallarme en fiestas ó zambras.
No pudo escuchalla mas
el Moro, y asi se aparta,
hechos los ojos dos fuentes
de lágrimas que derrama.
Zaida no menos que él
se quita de la ventana,
y aunque apartaron los cuerpos
juntas quedaron las almas.

14.

Memoria del bien pasado,
no me aflijas ni atormentes,
que el hacer discursos tristes
no es para tiempos alegres.
Yo ya perdí mi contento,
si acaso pude tenelle,
mezclado entre los temores
del mal que tengo presente.
¡Ingrata! con tus mudanzas
tanto mis veras ofendes,
que vuelves mi ardiente pecho
mas helado que las nieves:

los males que le causabas
estimaba mas que bienes,
y agora los bienes tuyos
mas que males me parecen.
Tu memoria era bastante
en mi pena á entretenerme,
y agora con tu memoria
mi pena se aumenta y crece:
tu hermosura me alegraba
cuanto agora me entristece,
que la memoria ofendida,
mi fe y agravio me ofrece.
Jamas conocí otro cielo
sino aquel donde estuvieses;
ya conozco que fue engaño
y que me engañé en quererte.
En estos afectos mios
claro puede conocerse,
que al fin una sinrazon
mas que mil razones puede:
la mudable condicion
en el sugeto que tienes,
no puede ser cosa tuya
sino solo de mi suerte:
ya no te acuerdas de mí
sino para aborrecerme,
que ya en esto te parezco,
aunque siento el parecerte.
Pluguiera al cielo, enemiga,
que las partes que tú tienes,
no fueran tan de estimar,
por no sentir el perderte.
Esto dijo el Moro Zaide
y por un monte se mete,
cuyos árboles copados
del sol la entrada defienden.

15.

Zaide esparce por el viento
las cenizas de unas cartas,
agora tan enojosas
cuanto en otro tiempo caras.
Y aunque revuelve razones
para poder disculparlas,
no halla ninguna que baste,
que no hay disculpa á mudanzas.
Dice: Si escrituras fuisteis,
habeis parecido falsas,
no por falta de firmeza,
mas por sobra de desgracia.
Y si fuisteis testimonios
de algunas veras pasadas,
indebido fue tal nombre,
pues veras tarde se acaban.
Si fuistes obligaciones,
ya sin razon son negadas;
¡pero quien niega las propias
poco en agenas repara!
Y si fés, fuistes fingidas,
pues estais tan olvidadas:
si palabras, mentirosas,
pues son las obras contrarias.
Por estas y otras razones
os he entregado á la llama,
que no es justo tener prendas
de deudor que tan mal paga.
Yo me acuerdo de otro tiempo
que ningun fuego os quemara,

porque siendo en vuestra ofensa
mis lágrimas le apagaran;
mas vuestro mudable dueño
ha hecho en mí tal mudanza,
que á faltarme agora fuego
os quemara el de mi rabia.
Lleve el viento esas cenizas,
pues llevó mis confianzas;
y llévese mis memorias
que ya en perderlas se gana.
Mas dijera, mas no pudo,
que le atajan las palabras,
las sinrazones presentes,
y las razones pasadas.

16.

Algun fronterizo Alarbe
de los pecheros comunes,
Zaide, mal quisto y traidor
fue tu padre, no lo dudes:
entre la fineza noble
de tu abuelo el gran Adulce,
el sayal de tu bajeza
por mil partes se descubre;
y como lo falso opones
á la verdad de que huyes,
oropel de la nobleza
te llaman, y Rey de embustes.
Engañóme tu semblante,
amistad contigo tuve,
mis secretos te fiaba,
¡mira en qué parte los puse!
Mira, pues lo miran todos,
¡qué Moro á mi lado truje,
que á sus enemigos teme,
y á sus amigos destruye!
A la bella Lindaraja,
sobrina del Rey de Tunez,
escribiste que en Granada
alabarme de ella supe:
que sus favores contaba,
gustando que se divulgue
mi ventura, y su firmeza,
porque se ofenda y me culpe:
si tú fueras el dichoso
desde el suelo hasta las nubes,
á su nobleza infamaras,
que es obra de tus costumbres.
De mí ya saben las damas
que hago que se sepulte
su favor en mi silencio,
porque mas mis glorias duren.
Ausentéme de la Corte,
y porque sus trazas use
tu condicion engañosa,
y el amor el mando usurpe,
á Zafira que me amaba
osaste decir, que busque
ocasion para valerte,
y que en tu ocasion la ocupe.
¡Mal te fue con las dos Moras!
porque el amor nunca sufre
cautelas en sus verdades,
ni tinieblas en sus luces.
Quien tal amistad mantiene
consigo mismo se junte,
pensamientos suyos trate,
de los agenos no cure.

Oro puro ha de ser todo
lo que en amistad reluce:
hidalguía con traicion
respetos bajos arguye.
El pecho de un caballero,
si hay vileza que lo enturbie,
por mal nacido y villano
es digno de que le juzguen.
Zaide, prevenid el pecho,
no haya lanza que ejecute
la venganza que debeis;
mirad que el plazo se cumple.
Mirad mucho por la cara
que habrá filos que la crucen,
volviendo por las ofensas
de las que ciñen estuches;
que aunque mas vuestro linage
os defienda y asegure,
ha de caer con la muerte
quien traidores pasos sube.

ROMANCES DE TARFE.

1.°

Abrasado en viva llama,
bravo, feroz y rebelde,
porque está hecha de yelo
la que tanto fuego enciende:
sentado está el moro Tarfe,
y no en el pecho que quiere,
frontero de los palacios
de Celia; por quien padece.
Vióla estar á la ventana
con hermosa y grata frente,
pero los esquivos ojos
daban muestras de crueles,
mostrando el bravo rigor
que con él tuviera siempre,
haciendo su duro pecho
con sus rayos transparente;
y muestra el Moro en la cara
mil colores diferentes,
que en ver el estremo de ellas,
unas van, y otras se vuelven:
y sudando de corage
se limpia el rostro mil veces,
con un velo que le dió
la hija del moro Hamete:
y porque Celia en miralle
algun tanto se suspende,
de mudanza temeroso
dice que arder se parece.
La mas sublime merced,
cruel, que puedes hacerme,
es, que de veras me avises,
si me quieres ó aborreces;
porque le pague á Adarifa
lo mucho que tú me debes:
que me adora, y no la estimo,
y tú de verme te ofendes;
y celoso de traicion
de los que envidia le tienen;
con mil amorosas ansias
dice apretando el bonete:
miente el traidor homicida
que con Alia me revuelve,

y si fuere mas que uno,
todos cuantos fueren mienten.
Cegries ó Bencerrages
salgan, aunque sean veinte,
Sarracinos ó Aliatares,
Adarifes ó Gomeles,
que yo soy el moro Tarfe,
espejo de los valientes:
que á la corte soy venido
á pasear con los Reyes,
como paseó mi padre
en los palacios de Gelves;
y por mí dejan sus aguas
las bellas ninfas del Bétis,
y ellas harán que mi nombre
en la corte se celebre:
y sepan quien es el Tarfe,
y de qué sangre desciende,
y que me hagan la salva
los demas de alta progenie,
y que en solo oir mi nombre
los mas arrogantes tiemblen.
Mienten otra vez, les digo,
los que al contrario dijeren:
salga gente de Granada;
suelten plumas y alquiceles;
suelten las bandas moradas,
y las de esperanzas verdes
sus usurpadas divisas
de damas que no merecen:
pongan cascos acerados
y yelmos de finos temples,
sabrán si cumple mi lanza
lo que mi lengua promete:
que por Celia he de morir;
pero antes de mi muerte,
quedará el suelo teñido
de sangre de estos aleves.

2.º

En dos yeguas muy ligeras,
de blanco color de cisne,
se pasean en Granada
Tarfe y el Rey de Belchite:
iguales en las colores,
porque iguales damas sirven,
que el Tarfe sirve á su Celia,
y el Rey sirve á Doralice:
con bandas verdes y azules
los gallardos cuerpos ciñen,
cubiertas de naranjado,
que el verde no se divise:
marlotas y capellares
moradas y carmesíes,
bordadas de plata y oro,
y esmeraldas y rubíes:
los almaizares leonados,
color congojosa y triste,
plumas negras y amarillas,
porque sus penas publiquen.
En las letras y divisas,
algun tanto se distinguen,
que lleva el Rey en la adarga,
hecha de varios matices,
una dama muy hermosa,
y un gallardo Rey humilde,
con la corona á sus pies,
sufriendo que se la pisen,

y un corazon abrasado,
con una cifra que dice:
De hielo nace mi llama,
y el hielo en mi fuego vive.
La dama lleva en la mano,
y encima su frente insigne,
dorado cetro y corona,
porque se entienda que rige;
y en la mano izquierda un mundo,
porque le manda y oprime,
y la fortuna humillada,
que el paso á su rueda impide.
No lleva el Tarfe divisas,
porque no se escandalice
Adalifa, que de Celia
celos al Moro le pide.
Solo lleva por empresa
un verde ramo apacible,
y un retrato cuyos ojos
vivas centellas despiden,
y en todo el ramo esta letra,
que en arábigo prosigue:
Aunque tus rayos me abrasen,
fia que no me marchiten:
y arrancando muy veloces,
porque sus damas los miren,
acabando la carrera
el Rey dijo á Doralice:
Aunque las diosas sagradas
tu hermosura te envidien,
¿por qué con tu gloria y cielo,
pena y infierno permites?
Dime pues ¿qué mas deseas?
¿qué mas al cielo le pides
que tener á un Rey sujeto,
si de Reyes sucediste?
Ya no te pido favores,
ni que me adores ni estimes,
sino que uno solo escojas,
de los muchos que te sirven,
porque veo que á cualquiera
en tu servicio le admites,
asi al de bajo linage,
como á el de alto y sublime:
Y en los saraos y zambras
de ordinario te persiguen
los Audallas y Aliatares,
Azarques y Almoradies,
Zegries y Bencerrages,
Sarracinos y Adalifes,
y con cara alegre y grata
á ninguno nos despides,
que á todos matas de amor
con un falso amor que finges.
Quitas la vida y el alma,
y tú con mil almas vives:
si no quieres enmendarte,
me desengañes y avises,
que damas hay en la Corte
que desean de servirme;
y la hermosa Bindarrafa
desde Antequera me escribe
con cien mil celosas quejas,
diciendo: ¿cómo es posible
que mis letras y mis cartas
dentro en tu alma no imprimes,
pues que tú impreso en la mia
aunque estás, ausente vives?
Y con esto cesó el Rey,
y el Tarfe á Celia le dice:
Celia, y cielo te llamaba,
mas ya encantadora y Circe,

porque en tu sereno cielo
de oscuras nubes cubriste,
y en los soles de tu cara
tu crueldad hace eclipse,
y al que antes del sol vestías,
de oscuras tinieblas vistes;
y antes que la santa fiesta
del Bautista solemnice,
por Alá que he de sacarte
de la patria donde vives;
y esto no será en tu mano,
de que yo me determine,
pues sabes que el mundo es poco
para poder resistirme,
pues he disipado á Francia
de valientes paladines,
y tengo en toda Vandalia
teñidos los arracifes
de los de la cruz de grana
y los de flores de lises,
y de teñir en Granada
Alambras y Zacatines,
aunque no suele mi alfange
en tan vil sangre teñirse:
y en esto oyeron tocar
á rebato los clarines,
y mas ligeros que el viento
se parten sin despedirse.

3.º

A un balcon de un chapitel,
el mas alto de su torre,
alto estremo de hermosura,
y alteza de los amores,
estaban dos damas moras,
en suma beldad conformes:
suma que es suma en quien suma
mil sumas de corazones:
la una se llama Celia,
y otra Jarifa es su nombre,
Jarifa que agudas flechas
y jaras tira á los hombres.
Salian Tarfe y Gazul
por delante sus balcones,
delante las que adelante
se adelantan á sus dioses,
y las Moras desde arriba
tiran piedras por favores,
piedras que empiedran el alma,
y las piedras blandas ponen:
y tiran juntos con ellas
claros rayos de sus soles;
claros que al mas claro sol
clara ventaja conocen.
Los Moros alzan los ojos
viendo las llamas feroces,
llamas que en llamas abrasa,
y llama á quien no conoce;
y la clarífica luz,
la clara vista quitóles,
vista que mil veces vista
hace que á revista tornen.
Juzgan los Moros por gloria
el perder la luz entonces,
en la luz que á la luz priva,

y sin luz da luces dobles:
y tienen puestos los Moros
velos de varias colores,
varios que á varias amantes
dan varias muertes enormes:
bájanse del chapitel,
y en el corredor se ponen,
corredor que corre almas,
y alcanza las que mas corren,
y mirándolas de cerca
dan mas vivos resplandores,
vivos que dan á los vivos
vivas muertes y pasiones:
y á los Moros les hicieron
que la luz perdida cobren,
perdida, mas bien ganada;
ganada, pues bien perdióse:
y alegres y satisfechos
ligeros la plaza corren,
plaza que á tantos aplaza,
y emplaza en pleitos de amores.

4.°

Mora Zaida, hija de Zaide,
no quiero que mas te burles,
con burlas que tanto aumentan
las penas que mi alma sufre.
No quieras cubrir el cielo,
que siempre en mirarte tuve,
para descubrir los males
que tus favores me cubren.
Si te pido la palabra
que me díste, no te escuses
con cautelosas razones;
dí que no quieres: concluye.
No muestres tanto desprecio,
ni te altives, ni te encumbres,
pues de gravedades locas
cualquiera que ama huye.
Porque mil Moros te quieran
no te pongas en las nubes,
que los discursos mas llanos
usan ya los mas ilustres,
que ya no hay Moros Zegries,
ni otros semejantes busques,
que hagan cueva por desdenes
á sombra de un acebuche.
El tiempo con que te burlas
á tí propia te destruye,
que el pasarsete tus años
entre los Moros se ruge.
Cásate, Zaida, si quieres,
porque es cosa que te cumple,
no aguardes que los que juzgan
tantas verdades desnuden.
Y si quieres aguardar
que el tiempo este caso cure,
mira tú cuán sin piedad
todas las cosas consume.
Dame el premio que merecen
mis presentes pesadumbres,
y al hacer salva, á la sorda
suenen tiros y arcabuces.
Y en el campo de mi fe
pon luz con tu clara lumbre,
para que oigan con mi triunfo
chirimias sacabuches.

Esto dijo el Moro Tarfe
con los acentos mas dulces,
como aquel que en solo amar
es flor de los Andaluces.

5.°

Católicos caballeros,
los que estais sobre Granada,
y encima del lado izquierdo
os poneis la cruz de grana;
si en los juveniles pechos
os toca de amor la brasa,
como del airado Marte
la fiereza de las armas;
si por las soberbias torres
sabeis volar una caña,
como soleis en la vega
furiosos volar las lanzas;
si como en ella las veras
os place el burlar de plaza,
y os cubris de blanda seda
como de ásperas corazas;
seis sarracenas cuadrillas,
con otras tantas cristianas,
el dia que os diere gusto
podremos jugar las cañas;
que no es justo que la guerra
(aunque nos quemais las casas)
llegue á quemar los deseos
de nuestras hermosas damas;
pues por vosotros están
con nosotros enojadas,
por vuestro cerco prolijo
y vuestra guerra pesada.
Y si tras tantos enojos
quereis gozar de su gracia,
como á la guerra dais treguas,
dadlas á nuestras desgracias:
que es grande alivio del cuerpo
y regalo para el alma,
arrimar la adarga y cota,
y echarse plumas y banda;
y al que mejor lo hiciere
doy desde aqui mi palabra,
en señal de su valor,
para que viva su fama,
atar á su diestro brazo
una empresa de mi dama,
dada de su blanca mano,
que es tan bella como blanca.
Esto firmó en un cartel,
y lo fijó en una adarga
el valiente Moro Tarfe,
gran servidor de Daraja,
en las treguas que el Maestre
de la antigua Calatrava
hizo por mudar de sitio
y mejorarse de estancia;
y con seis Moros mancebos,
de su propia sangre y casa,
y algunos Abencerrages,
se le envió á la campaña.
Recibenlos en las tiendas,
y sabida su demanda,
dando el Maestre licencia
se aceptó para la Pascua.
Y respondiendo al cartel
con razones cortesanas,

hasta salir del Real
á los Moros acompañan.
Cesan las trazas de guerra,
y los que del juego tratan,
cierran la puerta al acero,
y ábrenla al damasco y galas.
Moros y Moras se ocupan,
mientras el plazo se pasa,
ellos en correr caballos,
y ellas en bordarles mangas:
y los dos competidores
de la pendencia pasada,
hacen paces entre sí,
y olvidan cosas pasadas.
Viendo Almoradí, el galan,
que Tarfe se le aventaja,
y que es señor de la Mora,
que es señora de su alma,
porque en público ó secreto
cien mil favores la daba,
dando á entender que le quiere
mas que á su vida y su alma;
una noche muy oscura,
para el caso aparejada,
se salió el gallardo Moro
al terrero del Alhambra.
Y en llegando, que llegó,
vió una Mora á la ventana,
á quien con joyas tenia
de muy atrás grangeada:
hablóla, y dijo: ¿señora,
es posible que Daraja,
aunque no me canse yo,
de maltratarme no cansa?
Aquellos ojos que tienen
mas que el cielo estrellas, almas,
cuya luz mata mas Moros
que el Maestre con su espada,
¿cuándo los volverá mansos?
¿ó cuándo volverá mansa,
dejando á Tarfe que tiene
menos manos que palabras?
Que no soy yo como él,
tan cumplido de arrogancias,
pues lo que él gasta en decirlas,
gasto yo en ejecutarlas.
Bien saben en la ciudad
que por mi brazo y mi lanza
ha sido mil veces libre
de la potencia cristiana.
Esto Almoradí decia,
cuando Tarfe, que llegaba,
dió el oido á las razones,
y el brazo á la cimitarra.
Figurósele al valiente
alguna cristiana escuadra,
y dejando la marlota
volvió al Moro las espaldas.
Salió Daraja al ruido,
conoció á Tarfe en el habla,
el cual le dió la marlota,
que era azul, con oro y plata.

ROMANCES DE ABINDARRAEZ.

1.°

Abindarraez y Muza,
y el Rey Chico de Granada,
gallardos entran vestidos
para bailar una zambra.
Un lunes á media noche
fue de los tres concertada,
porque los tres son cautivos
de Xarifa, Zaida y Zara.
El descomponerse el Rey,
cosa entre Reyes no usada,
y darle Muza su ayuda,
poco galan sin las armas
(que es hombre que noche y dia
tiene ceñida la espada,
y para dormir se arrima
en un pedazo de lanza)
halo causado un desden
que tiene en los ojos Zaida,
y amores de un Bencerrage
que adora los suyos Zara.
Abindarraez es mozo,
y siempre de amores trata:
Fátima muere por él,
y á Jarifa rinde el alma.
Al fin ordena la fiesta
la desórden que amor causa,
que al mas cuerdo hará mas loco
celo y gusto de su dama.
Para cumplir con la gente
echaron fama en Granada,
que ha venido cierta nueva
que Antequera era ganada.
Es la fiesta por Agosto,
y entra el Rey toda bordada
una marlota amarilla,
de copos de nieve y plata,
con una letra que dice:
Sobre mi fuego no basta.
Gallardo le sigue Muza,
de azul viste cuerpo y alma,
labradas en campo de oro
unas pequeñas mordazas,
cuya empresa de ellas dice:
Acabaré de acaballas.
Abindarraez se viste
el color de su esperanza,
unas yedras sobrepuestas
con unas tocas doradas:
un cielo sobre los hombros,
con unas nubes bordadas,
y en las yedras esta letra:
Mas verde cuanto mas alta.
Sacaron á las tres Moras,
que eran la flor de la sala,
eran el adorno de ella,
y lo mejor de sus armas.
Arbindarraez brioso,
con una vuelta gallarda,
pisó á Fátima en el pie,
y á su Xarifa en el alma.

La mano le suelta al Moro,
y asi le dice turbada:
¿para qué entraste encubierta,
traidor, la engañosa cara?
Arroja el fingido rostro,
que el propio tuyo te basta,
pues que te conocen todos
por mi daño y su venganza.
Con mil caricias el Moro
la blanca mano demanda,
y ella replica: no quieras
mano en la tuya, agraviada:
baste que Fátima diga,
en conversacion de damas,
que estimas en mas su pie
que mi mano desdichada.
Abindarraez turbado
sale huyendo del Alhambra:
si verde salió el Moro,
de negro vuelve á la sala.
Entre tanto el Rey y Muza
estaban con Zaida y Zara,
cansados de tantas vueltas
que son de amor las mudanzas.
Como estaban disfrazados,
recostáronse en sus faldas:
cuando hablan enmudecen,
y cuando están mudos hablan.
Tambien se cansarán ellas,
que el cuerpo muerto no cansa
como el vivo aborrecido
que quiere forzar el alma.
Levántase un alboroto,
que la Reina se desmaya:
la fiesta se acabó en celos,
que amor con ellos acaba.

2.°

Despues que con alboroto
pasó el bailar de la zambra,
dó el gallardo Abindarraez
dejó agraviada su dama,
pisando á Fátima el pie
en la presencia de Zara,
y se entraron con la Reina
á divertirla sus damas;
juntanse en conversacion
Xarifa, Fátima y Zara,
que Zaida está con la Reina,
que la entretiene y regala:
son estas las mas hermosas,
y de mas nombre en Granada:
tiene Fátima en los ojos
paraisos de las almas,
y en sus rubios cabellos
el rico metal de Arabia,
en cuyos lazos añuda
las almas mas libertadas.
Tiene Xarifa la frente
de un liso marfil sacada,
con sus mejillas hermosas,
y sus labios de escarlata:
son las manos de cristal,
nieve el pecho y la garganta,
adonde el fuego de amor
invisiblemente abrasa;
y aunque en su comparacion
es algo morena Zara,

en discrecion y donaire
á las demas aventaja,
que la flor de la hermosura
en breve tiempo se pasa,
y es don que jamás se pierde
la discreccion y la gracia.
Es su plática de amores,
y de los agenos tratan,
que las mudanzas del Moro
cada cual las siente y calla.
Lástimas son de Muley,
y libertades de Zaida,
que agora Xarifa llora,
y las considera Zara,
pues ama á quien la aborrece,
y Xarifa á quien la engaña,
y Fátima está contenta
pues las deja por su causa;
y como los corazones
siempre por los ojos hablan,
respondió á su pensamiento
Xarifa diciendo: basta,
que no quiero otro castigo,
ni pretendo otra venganza,
que la que te puede dar
la mentira de mis ansias,
que pronto verás el rostro
de la fortuna contraria
con mas luto y mas tristeza
que yo la tengo en el alma;
que si levanta tu pie,
y si mis manos abaja,
es una misma la rueda
que me humilla y te levanta,
que ya me subió el favor
no sé si diga mas alta.
¡Mal anduve en no tenello
cuando juntamos las palmas!
Zara que ha vivido siempre
de favor necesitada,
dijo: dichosa la Mora
que jamás ha sido amada.
Si con celosos disgustos
los gustos de amor se pagan,
el no habellos conocido
es mas segura ganancia.
Fátima que estuvo atenta
á una y á otra desgracia,
coligiendo de sus daños
una consecuencia llana,
dijo: quien tan sin razon,
y tan sin por qué os agravia,
merece que le castigue
la que mas quiere del alma.
Dijera mas, si á deshora
no hubiera llegado Zaida
á decirlas que la Reina
á mucha prisa las llama,
y al levantarse juntaron
estrechamente las palmas,
diciendo: muera su fé,
y viva nuestra esperanza.

3.°

En la ciudad Granadina,
en lo mejor de la plaza,
que es la casa venturosa
por Medoro celebrada,

y la que pinta su pluma
de varias flores y plantas,
vive allí una dama Mora,
flor de la flor de las damas,
la cual se llama Xarifa
de la Torre y de la Alhambra:
á esta sirve un Bencerrage
que le dió asiento en el alma,
al cual le dan guerra celos,
que los disimula y calla
en el turbante y divisa,
que jamás muestra mudanza:
á un page de quien se fia,
no suyo, mas de su dama,
acordó de preguntalle
si con su Xarifa habla
un Zegrí que se pasea
por delante sus ventanas:
y el page que es secretario,
de presto le desengaña,
diciéndole que el Zegrí
sirve á otra Mora gallarda,
á quien se humilla el amor
como á su madre sagrada.
Y con esto el Bencerrage
aplacó su ardiente llama,
pero no mitigó el fuego,
que su corazon le abrasa,
que quedando satisfecho
mas el vivo amor le inflama,
y del page se despide,
y va contento á su casa:
y tiene razon el Moro,
porque la Mora que ama
puede hacer competencia
con Venus, Juno y Diana,
que es tanta su discrecion,
y su hermosura tan rara,
que las Musas del Parnaso
tienen envidia á su fama.
Y si hace escura noche,
revoltosa y temeraria,
con solo ella abrir sus ojos
la hace apacible y clara;
y del sol los claros rayos
los revoca y los contrasta,
porque no es el sol mas de uno,
y son dos los de su cara,
cuya clarífica luz
alumbra á toda Granada,
y á dicho de todo el mundo
es la hechura mas alta
que ha hecho el pincel sutil
de naturaleza sábia,
y es un retrato divino,
por quien Alá nos declara
las divinas hermosuras
de su corte Soberana.

4.°

Celoso y enamorado
rompe los aires con quejas
el gallardo Abindarraez,
Moro gallardo y de prendas.
Enamorado y celoso
quejándose de su estrella,
dice, y mira á la ventana
de Xarifa Mora bella.

¡Ventana! ¡divino cielo!
en cuyas hermosas verjas
vi cautiva mi esperanza
que mi libertad espera;
si del cielo haces ventanas
y haces cielo de la tierra,
dame los hermosos rayos
que el cielo á los tristes niega.
«Rabiosos celos etc.»
Mis dichosas esperanzas
fueron sombra, humo y niebla,
esposas mis pensamientos,
y mi libertad cadena.
Sufrí esperanzas dichosas:
penas en el mar de penas,
dejad que mi pensamiento
lleve al cielo mis querellas.
«Rabiosos celos etc.»
Y tú, hermosa Xarifa,
causa de mi mal primera,
y en esta prision esquiva
de mi alma carcelera:
no quites, Xarifa hermosa,
las prisiones en que pena,
mas pues de su muerte gustas,
su muerte te venga fiera.
«Rabiosos celos etc.»
Pero con tormentos mas
no verás mas clara prueba
que la verdad en el potro,
te la confiesa sin vueltas.
Y si para mas tormentos
mi larga prision ordenas,
haz tu querer y tu gusto,
pues que la tienes sujeta.
«Rabiosos celos etc.»
Miraba el Moro celoso,
y vió de dentro una seña,
en que le avisa que aguarde,
que está la gente dispierta.
Y quítase el Moro luego
de su puerta, porque suena
gente en la calle, de ronda,
y témese no le vean.
«Rabiosos celos etc.»

5.°

Fátima y Abindarraez,
los dos estremos del Reino,
ella por estremo hermosa,
y él valiente en todo estremo,
Abencerrage de fama,
del Rey de Granada deudo,
Capitan de Alora, cuando
doraba su rostro el vello:
aquel que con los peligros
daba descanso á su pecho,
mostrando en él y en los ojos
de un amante y amor tierno:
el que por su fe y su Rey
ha mostrado en poco tiempo
que lo que en la edad faltaba,
sobraba en valor y esfuerzo,
y en las cortes de Almería,
las últimas que se hicieron,
hizo gran servicio al Rey,
guardando al Reino sus fueros,

tanto que los Alfaquies
decretaron en consejo,
que se le hiciese una estátua
por reparador del Reino,
y de esto y de su valor,
estando el Rey satisfecho,
por gratificarle en algo
parte de lo que habia hecho,
le ha nombrado por Alcaide
de aquel belicoso suelo,
donde bebe el mar de España
las aguas de Tajo y Duero.
Aqui estaba Abindarraez
ocupado en su gobierno,
presente de sus cuidados,
y ausente de sus contentos:
cuando á la ausente Xarifa,
que no lo está de sus duelos,
sino presente á su pena,
y de su gloria el destierro,
hablando con un retrato,
que le sacó de su pecho,
donde está mas natural
que puede en tabla ó lienzo:
despues de decir callando
mil amorosos conceptos,
que mas que una lengua ó libro
habla á veces el silencio,
dijo: amiga de mis ojos,
vida de mi pensamiento,
no verte como solia
me es otro nuevo tormento.

6.°

Ya llegaba Abindarraez
á vista de la muralla,
donde la bella Xarifa
retirada le esperaba,
sin un punto de sosiego,
diciendo: ¿cómo se tarda
mi contento que no viene?
¿si le goza allá otra dama?
Mas ay triste que no temo
que olvido sea la causa,
temo cuitada el peligro,
que viniendo de Cartáma
se le ofrezca algo en Alora
con los Cristianos de guarda,
que corren de noche el campo
todos juntos en escuadra,
donde ni le basten fuerzas,
ni jugar lanza y adarga:
mas si esto le sucediese,
¿para qué quiero yo el alma?
imposible es que yo viva,
ni podrá vivir quien ama,
viendo á su querido muerto
por su causa en la batalla.
Con estas y otras congojas
de llorar no descansaba,
y otras veces de tristeza
en su estrado se arrojaba;
y otras veces se ponia
de pechos en la ventana,
y de almena en almena
el campo en torno miraba.
No le dá miedo estar sola,
ni las sombras la espantaban,

ni los nocturnos bramidos
que suenan en las montañas;
que lo mas priva lo menos,
y de lo mas recelaba.
Por su amado gime y llora,
de sí no se le dá nada:
y dando en esto un suspiro
quitóse de la ventana.
Entra luego su leal dueña,
que alegre y regocijada
le dice: que Abindarraez
con el cuento de la lanza
dió tres golpes á la puerta,
qué es la seña concertada:
que en ella arrendó el caballo,
y ya sube por la escala.
¡O cuán gallardo y bien puesto!
¡Cuán rico y lleno de galas!
Cuando ya el valiente Moro
estaba dentro en la sala,
aljuba rica vestida
con alamares de plata:
altas plumas en la toca,
prendidas con la medalla;
el pomo del rico alfange
es una águila dorada,
cuyo puño está entallado
en riquísima esmeralda.
De aquesta suerte entra el Moro,
sin poder hablar palabra,
que el contento que da amor
no es contento si se habla;
hasta que ya poco á poco
va cobrando fuerza el alma
con la cual satisfaccion
los dos amantes se abrazan;
y aquella noche celebran
la boda tan deseada.
Tambien se partieron juntos
para Alora en la montaña,
con un tan rico presente
cual de los dos se esperaba.
El Alcaide los recibe,
y sin precio los rescata,
usando de su largueza,
y virtud acostumbrada,
teniendo por justo precio
el cumplirle la palabra
tan cumplidamente el Moro,
pues iba con él su dama.

ROMANCE DE ABENZULEMA.

Aquel rayo de la guerra
Alferez mayor del Reino,
tan galan como valiente,
y tan noble como fiero;
de los mozos envidiado,
y admirado de los viejos;
y de los niños y el vulgo
señalado con el dedo:
el querido de las damas
por cortesano y discreto,
hijo hasta allí regalado
de la fortuna y el tiempo:
el que vistió las Mezquitas
de victoriosos trofeos,
y el que pobló las mazmorras
de Cristianos caballeros;

el que dos veces armado
mas de valor que de acero,
á su patria libertó
de dos peligrosos cercos:
el gallardo Abenzulema
sale á cumplir el destierro
á que le condena el Rey,
ó el amor que es lo mas cierto.
Servia á una Mora el Moro,
por quien andaba el Rey muerto,
en todo estremo hermosa,
y discreta en todo estremo.
Dióle unas flores la dama,
que para él flores fueron,
y para el celoso Rey
yerbas de mortal veneno;
pues de la yerba tocado
le manda desterrar luego,
culpando su lealtad
para disculpar su yerro.
Sale pues el fuerte Moro
sobre un caballo overo,
que á Guadalquivir el agua
le bebió, y le pació el heno.
Tan gallardo iba el caballo,
que en grave y airado vuelo,
con ambas manos media
lo que hay de la cincha al suelo.
Con un hermoso jaez,
bella labor de Marruecos,
las piezas de feligrana,
la mochila de oro y negro:
sobre la marlota negra
un blanco almaizar se ha puesto,
por vestirse las colores
de su inocencia y su duelo.
Bonete lleva turquí,
derribado al lado izquierdo,
y sobre él tres plumas presas
de un preciado camafeo.
No quiso salir sin plumas
porque vuelen sus deseos,
si quien le quita la tierra
tambien no le quita el viento:
bordó mil fierros de lanzas
por el capellar, y enmedio
en arábigo una letra
que dice: *Estos son mis yerros.*
No lleva mas de un alfange
que le dió el Rey de Toledo,
porque para un enemigo
él le basta y su derecho.
De esta suerte sale el Moro
con animoso denuedo,
enmedio los dos Alcaides
de la Alhambra y Marmolejo:
caballeros le acompañan,
y le sigue todo el pueblo,
y las damas, por do pasa,
se asoman llorando á verlo:
lágrimas vierten agora
de sus tristes ojos bellos,
las que desde los balcones
aguas de olor le vertieron.
La hermosísima Balaja
que llorosa en su aposento,
las sinrazones del Rey
le pagaban sus cabellos,
como tanto estruendo oyó,
á un balcon salió corriendo,
y enmudecida le dijo,
dando voces con silencio:

vete en paz, que no vas solo,
y en mi ausencia ten consuelo,
que quien te echó de Jerez
no te echará de mi pecho.
El con la vista responde:
yo me voy, y no te dejo:
de los agravios del Rey
para tu firmeza apelo.
Con esto pasó la calle,
los ojos atrás volviendo
dos mil veces, y de Andujar
tomó el camino derecho.

ROMANCES DE MUZA.

1.°

De celos del Rey su hermano
el alma tiene abrasada
el valiente Moro Muza,
honra y gloria de Granada,
diciendo: ¿Rey, porqué quieres
tiranizar á mi dama,
pues que yo tambien soy Rey
á donde reina mi alma?
Dala en pago á mis servicios,
pues es justa la demanda,
y déjame gozar de ella,
asi goces de la Alhambra;
que si aquesto me concedes
no se verá contrastada
de poder de los Cristianos
mientras quisiere mi lanza;
y á mas te prometo, Rey,
con aquesta otra hazaña,
que es traerte cada dia
doce cabezas cristianas:
y si me das á mi gloria
como la razon demanda,
te traeré por tu cautivo
al de la cruz colorada:
gozemos vida quieta,
pues que podemos gozalla,
tú con aquestas victorias,
yo con ellas y con Zara.

2.°

Desterró al Moro Muza
el Rey Chico de Granada,
por tenerle envidia á él,
y mucho amor á su dama.
En un caballo morcillo
armado de todas armas,
parte á cumplir el destierro
por dó su dama moraba.
Al ruido del caballo
asomóse á la ventana,
y el Moro por despedida
con mil suspiros la habla.
No temo la partida,
ni la gran sinrazon que el Rey
me ha hecho,
ni temo corta vida,

que el mundo es muy estrecho
para mí que te tengo á tí en mi
pecho.
Mas el mal de la ausencia
hará el efecto en tí que en otras
suele;
fáltame la paciencia,
y esto es lo que me duele,
y no poder hallar quien me con-
suele:
y para consolarme,
suplícote tu intento me declares
de vivir ó matarme,
pues cuanto te acordares
tendré de vida, y muerte si ol-
vidares.
Respondió la Mora airada:
Por Mahoma y por su ley,
que holgara me oyera el Rey
que por tí lo es de Granada;
mas en tu valor confio
que creerás bien de mí,
que te quiero mas á tí
que al Rey que por fuerza es
mio.
Pierde, señor, los estribos
de tanta desconfianza,
que si tus brazos son vivos
me cobrarás por la lanza.
Si el Rey buscare ocasion,
gozará por su maldad
el alma sin libertad,
y el cuerpo sin corazon.

3.°

Afuera, afuera, aparta, aparta,
que entra el valeroso Muza,
cuadrillero de unas cañas:
treinta lleva en su cuadrilla
Abencerrages de fama,
conformes en las libreas
de azul y tela de plata;
yeguas de color de cisne
con las colas alheñadas,
y de listones y cifras
travesadas las adargas:
atraviesan cual el viento
la plaza de Vivarrambla,
dejando en cada balcon
mil damas amarteladas.
Aqui corren, alli gritan,
aqui vuelven, alli paran,
acullá los vereis todos
prevenirse de las cañas.
La trompeta los convida,
ya les incita la caja,
ya los clarines comienzan
á concertar la batalla:
ya pasan los Bencerrages,
ya las adargas reparan,
ya revuelven, ya acometen
los Zegries contra Mazas.
El juego se va encendiendo,
de veras ya el juego anda,
no hay amigo para amigo,
las cañas se vuelven lanzas.
El Rey Chico que conoce

la ciudad alborotada,
en una yegua ligera,
de cabos negros y baya,
gritando con un baston
por ver la fiesta acabada,
va diciendo: afuera, afuera,
con rigor, aparta, aparta.
Las damas hacen lo mismo
desocupando ventanas,
porque la misma pendencia
riñen ellas en sus almas.
Muza, que conoce al Rey,
por el Zacatin se escapa,
y la demas de su gente
le sigue por el Alhambra.
Mandólos el Rey prender,
y en Generalife aguarda
particularmente á Muza,
por gozar de su esperanza:
mas dentro de tercer dia
de las prisiones los saca,
resultando de el enojo
una muy hermosa zambra.

4.°

Admirada está la gente
en la plaza Vivarrambla
de verle tirar á Muza,
en una fiesta una caña.
Entró bizarro y gallardo,
mas que Audalla el de las galas,
mas fuerte que Reduan
sufre al contrario en batallas.
Con librea berberisca,
turquesada y pespuntada,
sembrada de piedras verdes,
que señalan su esperanza;
aunque le matan los celos,
que todo el cuerpo le abrasan,
cuya causa es Bajamed,
tesorero de su alma.
Trae el brazo arremangado
con una toca leonada;
triste y trabajosa seña
de su perdida esperanza.
Trae una adarga pequeña,
con una banda encarnada,
pintado allí el Dios Cupido
con una flecha dorada;
bonete con muchas plumas
de color amortiguada,
una cifra le rodea
que dió á Albenzaide la ingrata;
una cadena de oro,
muy estrecha, al cuello atada,
con esta letra en el pecho:
Preso tiene cuerpo y alma.
Cuando le vieron entrar,
la gente suspensa estaba,
diciendo: ya entra Muza,
flor y honra de Granada.
Lléva una caña en la mano,
blanca mas que nieve blanca,
porque la piensa teñir
antes que del juego salga.
Comenzó la escaramuza,
unos con otros se traban;
ya se vuelven y revuelven;
casi parece batalla.

Muza revuelve con ira
contra quien su amor le asalta:
hízole una mala herida
con una delgada caña.
Rompióle adarga y librea,
tiñendo el caballo y plaza
con la sangre, que á porfia
sale afligiendo á Daraja.
Ella comenzó á dar gritos
desde su alta ventana,
diciendo: Moros, libradle
de aquesta tigre de Hircania.
Luego se deshace el juego,
acuden á ver que pasa,
ven al Bencerrage herido,
y que Muza ufano anda.

5.ª

Mira, Muza, que te aviso
que con Zaida no me trates,
ni en las zambras, ni en las fiestas
no la hables ni acompañes;
ni en las justas ni torneos,
ni en cañas, ni en fiestas tales,
no salgas con su librea,
que es librea de un infame,
que un Moro de pocas prendas
venga á decir, y se alabe,
que estuvo á solas conmigo
en los jardines de Tarfe.
¡Oh perro, si te lo oyera,
por Alá si te topase,
que con estos pocos dientes
á bocados te acabase!
¿Es posible, dí, traidor,
traidor y de baja madre,
que en pecho hidalgo y noble
cupiesen palabras tales?
Porque juro por Alá,
asi goce yo á mi padre,
perro, que rabiando esté
entre fieros animales;
y que el cielo todo junto
sobre mí caiga y me abrase,
y que viva en pena eterna,
sin remedio de mi padre;
y que el Moro por quien muero,
no me quiera ni me ame,
ni á las fiestas donde fuere
mi cifra no le acompañe;
si antes que pasen tres dias
no le cuento yo á mi Azarque
la injuria que me has hecho,
porque no te dí una tarde
una cinta que tenia
labrada para mi Azarque,
para salir al torneo
el miércoles por la tarde:
pero ya entenderás, perro,
que la hice para Azarque,
Moro valiente y brioso,
mas que otro Abencerrage;
y si acaso la viera
puesta en cuerpo tan infame,
por Alá que te abrasara
de cólera y de corage;
pero agora pagarás
tu atrevimiento que usaste
en decir palabras feas,
y la boca tan infame.

Y con aquesta congoja,
se entrára á ver su padre,
que estaba enfermo en la cama
de una enfermedad muy grave.

6.°

La calle de los Gomeles
deja atrás y el alameda,
y en una yegua alheñada
furioso cruza la vega:
y en llegando á un claro arroyo
vuelve airado la cabeza,
y á la inespugnable Alhambra
dice Muza con soberbia:
levantadas fuertes torres,
que al cielo con vuestra alteza
la tierra comunicais,
y espantais acá en la tierra;
vanos muros y mezquitas,
famosas torres bermejas,
relumbrador chapitel,
donde el sol se para y llega;
no penseis que en ese estado
en que os veis, y esa grandeza,
mucho os dejará durar
el cielo con su inclemencia,
que su rigor os pondrá
en tan miserable vuelta,
que aun á penas las señales
de lo que fuisteis se vean.
Pero quédaos un consuelo
que á mí triste no me queda,
que es el verme á mi caido
de otra mas sublime alteza.
Y no me derribó el tiempo,
sino solo la dureza
de un seco y helado pecho,
Parca airada de firmeza.
Daraja, dura é ingrata,
mas inexorable y fiera
que los levantados riscos
de las mas nevádas sierras,
goza de tu Abencerrage,
goce él de tí, norabuena,
que poco le durará
si otro Muza se atraviesa.
Mas hágale Alá dichoso,
y á mí tanto en esta empresa
que cuando le hayas dejado
á verte mis ojos vuelvan,
no para quererte mas,
sino para que tú mesma
me dés venganza de tí,
si de tí das recompensa.
Basta lo que te he querido,
que pues no quieres te quiera,
á este arroyo doy que lleve,
tus memorias y mis quejas.
Nada quiero ya de tí;
palabras te suelto y prendas,
y aun mi ley voy á dejar,
porque tú vives en ella.

7.°

Gallardo en armas y trages,
sin amores y con galas,
que es mucho para soldado
cuidar tan poco de damas:

cansado de aborrecer
sale Muza de la Alhambra,
por defenderse de amor
y defender á Granada:
que teme mas un enfado
que amor muchas veces causa,
que el rigor inexorable
de mil espadas y lanzas:
el capellar lleva blanco,
doradas todas las franjas,
y esta letra de oro en ellas:
Desespero en la venganza.
Unas granadas partidas
en marlota azul y blanca,
y esta letra: *En gracia estoy*
cuando parto de Granada.
Lleva un alma y una muerte
divididas en la adarga,
y este epiteto siguiente:
A desviarte del alma.
Era el caballo morcillo
con aderezos de plata,
de verde claro el jaez
bordado de seda baya,
y de morado esta letra:
Esperanza de amor vaca,
huye de mí, que no admito
de amor ninguna esperanza.
El borceguí lleva azul,
porque así los zelos trata;
trae un bonete bordado
con una pluma dorada,
y por volante esta letra:
Las amorosas palabras
son mas que ligeras plumas,
y mas que plumas livianas.
Pasó por junto á un balcon
donde con celos le aguardan,
sin esperanza ninguna
la bella Xarifa y Zara.
Descuidado Muza dellas,
y de sus cuidados y ansias,
fue á pasar, mas no pasó,
que el paso las dos le atajan:
que estaban ardiendo en fuego,
vertiendo sus ojos agua,
juntas le piden les dé
lo que les robó apartadas:
Xarifa el alma le pide,
lo mismo le pide Zara,
y él les responde admirado:
¿dónde tengo tantas almas?
Si una que tengo pedis,
¿cómo á las dos podré dalla?
¿el alma puede partirse?
no, que no se parte el alma:
dejadme, y dejadla á ella,
que temo que quien sin causa
dejó ayer á Abindarraez,
dejará á Muza mañana.
Con esto se fue, y las Moras
llamando en vano se cansan,
que oye el que no quiere oir
menos, mientras mas le llaman.
Quedaron.... pero mal digo,
que no queda quien bien ama,
pues que va tras quien pretende
desco, memoria y alma.

9.°

Sobre el acerado hierro
que Muza lleva en la lanza,
de esmalte color de fuego,
pintadas lleva unas llamas,
sobrepuesto un corazon
abierto, que el hierro pasa,
y por remate de arriba
aquesta letra que habla:
Hierro soy, y soy la causa,
que á mi ser hierro me basta.
Llevaba la banderilla
de las colores del alma,
que son verde y amarillo,
y en medio una letra blanca:
dos medias de entrambos lados
que las colores enlazan,
y abajo esta letra puesta
en lugar de fleco ó franja:
Desesperada esperanza,
si cual luna haces mudanza.
Lleva un bonete tejido
de plumas verdes y blancas,
ceñido sobre la frente,
con una banda encarnada:
colgando al ayre dos cabos
sin rapacejos ni galas,
y por penacho esta letra
sobre una gargota larga:
Tanto temo lo que es nada,
que lo que es algo me basta.
Viste un capellar azul
y una marlota leonada:
sobre un caballo morcillo
embraza una negra adarga,
pintada en ella un Cupido
que quiebra, quema y abrasa
dos coronas, y esta letra,
que bien la enigma declara:
Sus propias fuerzas quebranta
la voluntad del que ama.
No sale el Moro arrogante,
ni es la enigma de arrogancia,
que agravios de tanta envidia
así le esfuerzan que salga;
y porque en tal ocasion
no le vale fuerza de armas,
lleva en la espada esta letra
escrita sobre la vayna:
El agravio que me agravia
es el no ser yo agraviada;
porque al fin es solo el Rey
quien de tanto bien aparta
á un Moro, que fama y hechos
conoce el mundo y alaba.
Desterrada su persona
de la ciudad de Granada,
parte á cumplir su destierro
hablando aquestas palabras:
«No va el alma desterrada
«pues queda presa en Daraja.»

10.

De aljofar grande y cuajado
sobre tela de oro y seda,
entre rubíes y esmeraldas
hechas ahorradas targetas,
que unas llevan camafeos,
otras muy preciosas piedras,
otras llevan escorpiones
de á seis y siete cabezas:
los campos de la labor
que los revoltones cierran,
son pequeños corazones
cada uno con tres saetas:
los frisos de cada parte
dos enlazadas cadenas,
hechas de oro de martillo
que toda la laborean:
de unos dorados cabellos
que las tinieblas destierran,
hechas de varias labores
unas muy curiosas trenzas:
cabellos, labor y lazos
esmaltan catorce letras,
que dan bien claro á entender,
que dicen: *La dura ausencia*:
sobre una marlota azul
todo esto Bernardo lleva,
y el campo de la marlota
lleno de nubes y estrellas,
que alrededor de un topacio
engastado en oro y perlas,
ocho puntas de diamantes
lleva cada una de ellas:
las nubes eran de plata
con espantosas cometas.
Por encima el tocado
una media luna lleva,
por ser cosa mas movible,
que ciñe el cielo y esfera,
y motejar á Daraja
ser movible en lo que muestra,
no por Bernardo el galan;
mas de Muza por quien entra
á correr cañas y toros
y solemnizar la fiesta.

11.

Marlotas de dos colores
de verde claro y morado,
bordadas de fino aljofar,
sembradas de muchas manos
asidas unas de otras,
firme amistad señalando;
bonetes á la turquesca
encima de fuertes cascos
debajo de las marlotas
de mallados fuertes jacos,
que aunque van á lo galan
iban á un honroso caso,
en dos caballos overos
con furia el suelo pisando,
y con dos dorados frenos
blandamente gobernados:

las lanzas llevan tendidas,
los brazos arremangados,
adargas en los arzones,
y por divisa dos manos,
asidas una de otra,
la de un Moro y un Cristiano,
con una letra que dice:
Hasta la muerte guardo,
se sale el fuerte Maestre
y Muza el enamorado,
que el amor de Sarracina
los lleva asi disfrazados:
al uno llevan amores,
otro de amistad los lazos,
y asi entraron en Granada
para su fin deseado.

12.

Mira el cuerpo casi frio,
que está despidiendo el alma,
del malogrado mancebo
Maestre de Calatrava,
el valiente Moro Muza,
que era hermano de Abenamar,
Rey de Granada y su Reino,
y Señor del Alpujarra;
y trayendo á la memoria
el amistad celebrada
entre Muza y el Maestre,
cuando por fuerza de armas
sacaron los dos amigos
de la fuerza de la Alhambra
á Arbolea, hermosa Mora,
á quien Muza mucho amaba,
y mirando el lacio cuerpo,
que roja sangre derrama,
le toma en sus brazos Muza,
y llorando asi le habla:
¡cuán desdichado fue el dia
que yo salí de Granada
á socorrer á Galera,
que nunca en Galera entrara!
¡Ay de mí que mejor fuera
no estar con el Rey en gracia,
que ver morir en mis brazos
tal amigo y tal espada!
Despierta, amigo, le dice,
y háblame una palabra,
si no quies que la pasion
deje mi cuerpo sin alma.
Procura sacar el Moro
la flecha que fue la causa
de su muerte, y no se atreve
por no hacer mayor la llaga.
Despertaron al Maestre
las lágrimas que derrama
en su macilento rostro
su leal amigo, á quien habla:
á Dios mil gracias le doy
porque para sí me llama,
y asi suplicarte quiero
que tomes la ley cristiana;
pues con ella vivirás
vida alegre y regalada,
y cuando acabes la vida
será tu ánima salva.
Muza se lo prometió,
y viendo que ya le falta

color y vital aliento,
y que está el cuerpo sin alma,
mandó le den sepultura,
y él se partió á Granada
para dar cuenta á su Rey
de su infelice jornada,
y á Córdoba despues fue
con voluntad presta y llana
para volverse cristiano,
como pedido le estaba.

13.

A la orilla del Genil
escribe una carta Muza,
tan á solas que no hay nadie
sino el agua que le escucha.
Hizo de una caña verde
con el alfange una pluma,
y con agua y flor de malva
tinta para hacer la suma.
Ya de un pedazo de toca,
por no haber papel, se ayuda,
tirando con pies y manos
para quitar las arrugas.
Tanto tiró que rompió
por medio de una costura,
y despidiendo un suspiro
dijo: ¿qué quieres, fortuna?
Vueltos los ojos al cielo,
pudo contemplar la luna,
y dijo: ¡qué alta que estás,
y cuán de presto te mudas!
Y pues las cosas del cielo
de hacer mudanzas se ocupan,
¡no es mucho se mude el suelo,
mas es mudanza corrupta!
Con todo tomó el tocado,
y lo que está roto añuda,
escribe, y de agravio tiembla,
aunque de corage suda.

14.

Acompañado, aunque solo,
de pensamientos y agravios,
sale de Granada Muza
desmentido y desterrado.
Desdeñado de Daraja,
de sus amigos dejado,
de Baxamed desmentido,
desterrado de un hermano:
agravio, deshonra y celos,
tres fieras suertes de agravios
para sus tres condiciones,
galan, valiente y hidalgo.
Por la orilla del Genil
bate el furioso caballo
que el acicate morisco
baña en sangre y todo el campo.
Como parte tan furioso,
parece que van temblando
las ondas del manso rio,
que reconocen su brazo,
desde que con el Maestre
de la Cruz de Santiago

azotó sus blancas ondas,
de sol á sol peleando.
Detuvo el caballo un poco,
el freno de espuma blanco,
y detuvo el de su ira,
mas rebelde que el caballo;
y vuelto el rostro á Granada,
dijo sus torres mirando:
Granada donde nací,
de adonde me han desterrado,
la envidia que á muchos buenos
no deja por muchos malos,
que mueran adonde nacen,
sino por Reinos estraños,
esta me fuerza á dejarte
cercada de los Cristianos,
de adonde espero que pronto
serán tus hijos esclavos;
y aun agora por tus puertas
un Pulgar, soldado bravo,
hincó su puñal sangriento
con un pergamino blanco,
y mató á un Tarfe tuyo
un muchacho Garcilaso.
Hoy te posee Almanzor,
pero mañana Fernando.

15.

De unas cañas que jugaron
en la plaza Vivarrambla,
muy enojadas salieron
cuatro damas cortesanas,
porque sacó el Bencerrage
Baxamed con arrogancia,
en lengua arabiga escrita
esta letra en el adarga:
Seguro voy de alcanzar
vitoria en cualquier batalla,
pues me admite en su servicio
la que todo lo avasalla.
Celinda se sintió de esto,
y Sarracina bramaba,
Celindaja dió mil gritos,
Jarifa muere aunque calla.
¿Dónde se sufre, decian,
que tal se diga en la plaza,
sabiendo que entre nosotras
sobra la hermosura y gala?
Cuando todo aquesto supo
del Bencerrage la dama,
determina de las cuatro
tomar entera venganza.
Quiso darles á entender
como del amor triunfaba,
y que no hay Moro galan
que no la sirva en Granada:
y asi á Celinda y Jarifa,
Sarracina y Celindaja
las convidó al Xaraguí
á una merienda Daraja,
á la cual las cuatro fueron,
seguras de la celada,
vestidas las dos de verde,
las dos de color leonada.
Salió Daraja de azul,
con bordaduras de plata,
colores del Bencerrage,
á quien tiene dada el alma.

Al brazo derecho trae
una verde banda atada
que Jarifa dió á Hamete
en el sarao de la Alhambra:
al cuello cadena de oro,
de que cuelga una medalla,
retrato de Sarracina,
y prenda de Muza cara.
Un anillo de un rubí
su mano blanca adornaba,
que Azarque le dió á Celinda
en trueco de una esmeralda:
un plumage en la cabeza
trae de tres garzotes blancas
que Celindaja le envió
para que jugase cañas.

Las damas cuando la vieron
se miran, pero no hablan,
porque allí ve cada una
de su soberbia la paga.
Daraja muy al desgaire
se muestra disimulada,
y al descuido comenzó
á tratar de nuevas galas.
Merendaron, pero poco,
que celos quitan la gana,
y dieron la vuelta tristes
de ver su fe mal lograda;
pero la dama quedó
de su afrenta bien vengada,
y ninguna Mora quiso
con ella jamas baraja.

16.

Los ojos vuelve á Granada
desde la espaciosa vega
el valiente Moro Muza
lleno de congoja y pena,
quejoso de los agravios,
del Rey su hermano y la Reina,
y del Moro Bajamed,
por quien el Rey le destierra.
Solo va, aunque pensativo,
formando entre sí querellas
contra fortuna de amor,
contra Cupido mil quejas.
A todo paso camina,
porque la noche serena
va desencerrando el sol
y acrecentando su pena.

Perdió de vista á Granada,
y cuando no pudo vella,
dice al cielo suspirando:
¡ay del ay que al alma llega!
A la orilla de Genil
detuvo un poco la yegua,
y á sus peregrinos ojos
les ruega que el agua viertan.
Allí entretuvo la noche,
y entre sí mil veces piensa
de olvidar á quien le olvida,
y amar á quien dél se acuerda.
De pechos sobre el arzon,
la mano en el pecho puesta,
vertió sus fuentes el Moro,
y el rio sus fuentes lleva.

17.

Cuando las veloces yeguas,
al son de trompas y cajas,
parece que desempiedran
la plaza de Vivarrambla;
todo es marlotas, bonetes,
capellares, tocas, bandas,
argentados borceguíes,
plumas, volantes y galas:
estas fiestas se hacian
á la hermosa Daraja,
y el Rey está mas contento
que cuando ganó á Granada.
Sola Sarracina, sola
está temiendo y turbada,
hasta que el valiente Muza
cumpla su palabra dada.
No tarda el gallardo Moro,
que antes que la noche clara
se manifieste á los hombres,
y Apolo esconda su cara,
viene á interrumpir las fiestas
y á publicar su venganza,
y en lugar de galas viste
ante duro y dura malla.
Bien acompañado va,
pues sabe el mundo que basta
para conquistar mil Reinos
sola una Cruz colorada.
El trage morisco lleva
el Maestre que en España
dió tanto ser y valor
á la gente castellana.
Llegan de presto al balcon,
donde Sarracina aguarda,
tan turbada y temerosa
como la Ciudad lo estaba;
y sin aguardar un punto
se arrojó por la ventana:
Muza la recoge y pone
de su caballo á las ancas.
Viéronse en terrible aprieto,
porque los Moros se arman,
y salen á defendelles
que de la Ciudad no salgan:
pero luego que conocen
al bravo de Calatrava,
y que es el valiente Muza
quien le sigue y acompaña,
dejan la plaza y las calles,
y vanse luego á la Alhambra,
y ellos se vuelven contentos
adonde su gente aguarda.

18.

Hacen señal las trompetas,
el clarin, pífaro y caja,
el fuerte y valiente Muza
suspende la gente y plaza.
Con el semblante enojoso
no hay quien le mire á la cara:
sobre la ceja el bonete,
remolinada la barba.

Amarilla es la librea,
albornoz, marlota y manga,
que viste quien desespera,
color de desesperanza.
Lleva adarga berberisca,
pesada y nerviosa lanza,
y una toca atada al brazo,
y al cuello una cimitarra.
Va en un furioso caballo,
con unas cervunas manchas,
que al son de los instrumentos
el pie y la mano levanta.
Halo puesto Audalla en campo
por los amores de Zara,
que en la presencia del Rey
puso el gaje y la palabra.
Era Muza entre los Moros
el Moro de mayor fama,
y Audalla entre los galanes
el galan de mayor gala.
Procuró el Rey concertarlos,
mas como en amor no hay trazas,
fue el concierto entre los dos
confusion desconcertada:
y asi con gallarda muestra
se presenta el Moro Audalla,
tan galan como discreto
en una yegua alazana.
Viste marlota de tela
blanca, de rosas bordada,
rosado es el arbornoz,
y alli las rosas son blancas:
un derrocado bonete,
con cinco plumas rizadas,
una blanca y dos azules,
una roja y otra gualda.
Lleva la red de Vulcano
por divisa en la medalla,
y acude la letra, y dice:
La de amor mas fuerte enlaza.
Partiéronles los Jueces
el sol, la plaza y las armas,
dejando solo á fortuna
que dé al vencedor la palma;
y en un tiempo Audalla y Muza
la escaramuza trabáran;
pero desigualan luego
con la desigual batalla;
que tirando Muza un golpe
Audalla pierde la adarga:
tocóle de paso el hierro,
y en medio en medio del alma.
Revolvió Muza con otro,
y Audalla rindió las armas,
para no rendir la vida,
que la guarda para damas.

19.

Las riberas del Genil
el fuerte Muza pasea,
tan desdichado en amores,
como dichoso en la guerra.
Hay una Mora en Granada,
tan hermosa y tan discreta,
que para su pecho ha sido
lo que para Troya Elena.
De esta se sale quejando,
y por señal de tristeza

alquicel morado viste
sobre una marlota negra.
Sola una pluma amarilla,
desesperada firmeza,
el rojo bonete adorna,
y con sus brazos enreda.
Amaba Zaida un Morillo
de los Gomeles de Tebas,
mas galan para las damas
que fuerte para la guerra,
y por estas novedades
el antiguo amor desprecia
del pagano mas gallardo
que empuñó lanza gineta.
Dióle el Moro la palabra
de jamás hablarla ó verla,
porque sabe que con Muza
no puede hacer competencia,
y porque Moros hidalgos
puestos de por medio quedan,
para escusar desafios
y que se turben las fiestas;
porque la flor de Granada
toros corre, y cañas juega,
á instancia del Rey que vino
vitorioso de Antequera;
pero Zaida mas mudable,
cuando parece serena,
que el mar que el viento combate,
al Abencerrage inquieta.
Ella le busca, y le mira
en el palacio y la vega,
dando á Granada ocasion
que la murmure y la ofenda;
y aunque los ojos de Muza
tiernamente la contemplan,
que es muger, y apasionada,
ningun respeto la enfrena.
Hasta en el Templo le incita
con sus colores y empresas:
de algunos respetos libre
de su rendida se precia.
Con estos agravios Muza
en su locura la deja,
que celos averiguados
cuanto amor enciende, hielan.
¡O fiera, viene diciendo,
mas que las silvestres fieras,
que ellas aman quien les ama,
tú adoras quien te desdeña!
A quien te huye persigues,
y á quien te sigue desprecias:
ó no me quisiste, ingrata,
ó quieres que te aborrezca.
No tienes de piedra el alma,
que por mas piedra que fueras,
mis lágrimas te ablandaran,
que ablandar suelen las piedras.
Matáronme tus favores,
que á los mas discretos ciegan,
que quien no sabe qué es bien,
poco mal tiene que sienta.
Solas aquestas memorias
son las prendas que me quedan
por echar de los sentidos
adonde viven por fuerza.
Obras y palabras tuyas
me persiguen y atormentan,
aunque todas son palabras,
pues el viento se las lleva;
pero el tiempo que las cosas

acaba, consume y trueca,
podrá ser que á tu mudanza
y á mi firmeza se atreva,
no porque espero, enemiga,
que á la fe pasada vuelvas,
que habiendo vivido en otro,
es bien que en mi pecho mueras;
mas porque estando yo libre,
aficionada te veas,
donde me enfaden tus glorias,
y me burle de tus penas.
Con tan tristes quejas Muza
dió de los pies á la yegua,
y del falso rio Genil
desamparó las riberas.

ROMANCES DE REDUAN.

1.°

Con dos mil ginetes Moros
Reduan corre la tierra,
todos los ganados roba,
y amenaza las fronteras:
de los muros de Jaen
reconoce las almenas,
y entre Ubeda y Andujar
pasa como una saeta,
«y las campanas de Baeza
«alarma tocan apriesa.»
Con tanto silencio pasan,
que parece que concuerdan,
con lo mudo de las trompas,
los relinchos de las yeguas;
pero al fin las atalayas,
que estaban á trechos puestas,
con las hachas encendidas
unos á otros se hacen señas.
«Y las campanas etc.»
Favoréceles la noche
con sus confusas tinieblas;
pero son tantos los fuegos
que por todas partes dejan
en las malogradas mieses
y en las humildes chozuelas,
que sirven de luminarias
de tan lastimosas fiestas.
«Y las campanas etc.»
Al no pensado rebato
se levantan y se aprestan
Caballeros con sus lanzas,
peones con sus ballestas.
Los Hidalgos de Jaen,
de Andújar la gente buena,
y de Ubeda los Nobles
todos hacen de sí muestra.
«Y las campanas etc.»
Abre el sol las del Oriente,
y los Cristianos sus puertas:
vienen á juntarse todos,
poco mas de media legua,
y puestos en son confuso
el eco y aire resuenan
armas, pífaros y cajas,
relinchos, voces, trompetas,
«y las campanas de Baeza
«al arma tocan apriesa.»

2.°

Pues que te vas, Reduan,
á las fiestas de Pisuerga,
mas por lo que tú te sabes,
que por hallarte en las fiestas;
si acaso jugares cañas,
para que saques por letra
tres sinrazones te escribo,
si hay quien escribirlas pueda.
Hoy te vas, ayer viniste,
como si venido hubieras
á engañarme solamente,
pues me engañas y me dejas.
Dices que vas á jugar,
yo creo que siempre juegas;
lo que ganas, tú lo sabes,
lo que pierdes es sin cuenta.
Grangeas el ofender,
que el engañarme es ofensa:
si se pierde en consentirla,
se pierde mas en hacerla.
Engañasme con decir
que á las fiestas vas por fuerza:
si algo supieras de amor,
yo sé que por fuerza fueras.
Dos Moras allí te aguardan,
que cada cual de ellas piensa
que sola te da cuidado,
y que solo vas á vella.
Yo vine solo á saber,
para que por todas sienta,
que me desengañes presto,
y que te debo mas que ellas.
No puedes satisfacerme,
aunque poderoso en rentas,
que un alma de firme fe
mas que el mundo vale y pesa:
solo pudieras pagarme
con dejarme en recompensa
la tuya, que está en mil partes
hecha piezas, y en tí entera.
He venido solo á ser,
á dónde de nuevo pruebas
el hacer nuevos engaños
para sinrazones nuevas.
Véngueme el cielo de tí,
que si el cielo no me venga,
tienes mil almas hurtadas,
y no bastará la tierra.
Plegue á Alá que en el camino
nunca su sol te amanezca,
y que la luna se esconda
para que el camino pierdas:
que tropiece tu caballo,
y tus espuelas se pierdan,
que el caballo mas brioso
no caminará sin ellas;
y que si no se perdieren
cuando le piques no sienta,
y que los pasos que diere,
todos hácia atrás se vuelvan.
Si te defiende la noche,
que la noche es tu defensa,
por ser gran madre de engaños,
y abrir á los tuyos puertas;
cuando á la vista llegares
de aquellas dos Moras bellas,

conozcante el alma falsa,
y búrlense y no te crean.
Menospréciente por otro
que de casta infame sea,
que si te dejan por otro,
no dirán que te desprecian:
y si en las fiestas entrares,
se vuelvan las burlas veras,
y tu adarga sea de vidrio,
y el brazo de blanda cera;
y entre las ligeras cañas
te arrojen lanzas secretas
que el corazon te atraviesen,
porque como matas mueras.

3.°

¡Diamante falso y fingido,
engastado en pedernal!
¡Alma fiera en duro pecho,
que ninguna fiera es mas!
¡Ligero como los vientos,
mudable como la mar!
¡Inquieto como el fuego
hasta hallar su natural!
si las lágrimas que vierto,
fueran lenguas para hablar,
injurias me faltarian
para culpar tu maldad.
¡Qué injurias podré decirte!
mas no te quiero injuriar,
porque al fin quien dice injurias
cerca está de perdonar.
A todas dices que son
las que contento te dan,
para tu gusto mentira,
y que yo soy tu verdad;
y con esto piensan todos
que debo á tu voluntad
cuantos caminos emprendes
para que te deba mas.
Si como yo conociesen
tu condicion natural,
á otro blanco mirarian,
á donde tus flechas van.
Yo sé, traidor, que estas quejas
muy poca pena te dan,
porque al fin quien dice injurias
cerca está de perdonar.
Cansado estoy, enemigo,
de sufrir y de llorar,
causa agena y propios daños,
tu placer y mi pesar.
Mis enemigos acoges,
porque al fin conoces ya,
que cuando no puedan obras,
palabras me matarán.
Sospechas dudosas fueron
causa de todo mi mal,
y celos averiguados
convaleciéndome van.
Al cielo quiero dar voces;
pero mejor es callar,
porque al fin quien dice injurias
cerca está de perdonar.
Asi Fátima se queja
al valiente Reduan,
en el jardin del Alhambra
al pie de un verde arrayan.

El Moro que está sin culpa,
aunque no sin pena está,
asióle la blanca mano,
y asi la comienza á hablar:
Cesad, hermosas estrellas,
que no es bien que lloreis mas,
que si á mí me llamais piedra,
en piedras haceis señal;
y no penseis que me agravio
de injurias que me digais,
porque al fin quien dice injurias
cerca está de perdonar.

4.°

De lejos mira á Jaen,
con vista alegre y turbada,
el valiente Reduan
que prometió de ganalla.
Con los ojos la pasea,
y en todas partes la halla
cercada de muros fuertes
que enflaquecen su esperanza.
Mira la encumbrada roca,
de altas torres coronada,
cuya altura le parece
que á las estrellas llegaba.
Los ojos puestos en ella,
grave congoja en el alma,
dando un gran suspiro el Moro,
á la bella ciudad habla:
¡Ay Jaen, cuánto me cuesta
no haberte tenido en nada,
y ser mas largo de lengua
que de ventura y de lanza!
Pues dí con loca osadía
á mi Rey la fe y palabra
de acabar en una noche
lo que en un siglo no basta.
Hallo ahora á mi persona
á lo imposible obligada,
pues es mas cierto el perderme,
que darte á mi Rey ganada:
de dó vengo á conocer
ser verdad averiguada,
quien presto se determina,
arrepentirse á la larga;
y de arrepentirme tarde
será mi muerte temprana,
pues he de entrar en Jaen,
ó he de salir de Granada;
y es lo que mas me lastima,
que prometí á Lindaraja
de no volver á sus ojos
sin ser la empresa ganada;
y volviéndose á sus Moros,
consejo les demandaba;
cinco mil eran de guerra,
todos de lanza y adarga.
Dicen que es la tierra fuerte,
de muro y torre cercada,
y muy fuertes caballeros
los que dentro de ella estaban;
y que en pérdida tan cierta,
ó en tan dudosa ganancia,
la mas segura fortuna
es no llegar á tentalla.

5.º

Resuelto ya Reduan
de hacer su palabra buena,
arremete hácia Jaen
una mañana serena,
al son de una clara trompa
que por el aire resuena,
con ruido semejante
al cielo cuando atruena,
sobre un ligero caballo
que blandamente se enfrena,
juntando el cuento y la punta
de una lanza como entena,
sin aguardar á su gente
que de seguille está agena,
porque su temeridad
toda junta la condena.
Estando cerca del muro,
creyendo de la melena
tener presa la fortuna,
que al fin cumple lo que ordena,
salió una furiosa Xara
por entre almena y almena,
que dió muerte á Reduan,
y á Jaen sacó de pena:
y mientras del cuerpo el alma
se aparta y desencadena,
dijo con voz lamentable,
tendido en la seca arena:
gloria fuera, Lindaraja,
morir, mas no entre Cristianos,
sino en parte dó tus manos
me hicieran la mortaja:
que cosa es muy conocida,
que si de esta suerte fuera,
aunque mil veces muriera,
mil veces me dieras vida.
Yo no llevo en esta muerte,
Lindaraja, algun pesar,
por á Jaen no ganar,
sino por solo perderte:
y aun temo, que el que en rehenes
te tiene, habrá de gozarte,
y estimará mas ganarte,
que ganar dos mil Jaenes;
mas si Mahoma algun bien
me tiene de hacer, le ruego,
que esté mas fuerte á su ruego,
que para mí fue Jaen;
y pues la muerte me ataja,
cúmplanse ya mis deseos,
y en los campos Eliseos,
te aguardo, mi Lindaraja.

ROMANCES DE ZARA, ESPOSA DEL REY BOABDIL.

1.º

La libre Zara, que un tiempo
no le dió para quejarse
á mil lastimados pechos,
ya esparce quejas al aire.

La que tuvo un Rey por suyo,
tan discreto como afable,
si no amara por ser Rey
mudanzas y novedades,
sentida de ellas, acusa
la causa de donde nacen,
de su punto menosprecio,
y del mismo infamia grande;
que un Rey, ejemplo de todos,
en su condicion mudable,
el fin que de sí promete
es dar principio á desastres.
Quísete, dice, enemigo,
porque amando me obligaste,
si puede reinar amor
en pechos tan desiguales.
Los que vieron que pasabas
á menudo por mi calle,
como no te acuerdas de ella
han dado en maravillarse.
Sospechan que te sucede
lo que á los falsos amantes,
que es el cumplir sus deseos
de los amores remate:
que pensar que es porque importa
que los Reyes se recaten,
tras tan largas apariencias
llegó el recato muy tarde;
pero de que el poco tuyo
eches de ver, no te espantes,
que el ser tan poco, me cuesta,
lo que no podrás pagarme,
pues diste causa á las lenguas
de hartos Moros principales,
porque tú no se las cortas,
de ofenderte y agraviarme.
Mas bien te conocen todos,
y que corta mas se sabe
la agudeza de la tuya,
que los filos del alfange:
señales de que te precias
de galan entre galanes,
mas que de Rey que castiga
liviandades semejantes:
y en fin, como te conoces
cargado de culpas graves,
dejaste de verme al punto
que de ser firme dejaste.
Mas quien ha tenido lengua
para no decir verdades,
¿cómo es posible que tenga
ojos para visitarme?
No siento el dejar de verte
por el gusto de mirarte,
que no mueve gentileza,
que cubre tantos azares.
Eres cual campo florido
donde suelen albergarse
mil serpientes ponzoñosas,
homicidas de ignorantes;
pero á la reputacion
que corrompen obras tales,
importaba que acudiera
el pecho de donde nacen;
que á no ser de que me veas
el fruto tan importante,
mas me alegrara la nueva
que tengo, de que te apartes.
Anda la corte revuelta,
revueltas las voluntades,
que de su amistad estrecha

no es posible que se aparten.
Si te dejaren los tuyos,
no hay de qué maravillarte,
que al Rey que no guarda fe
bien es que le desamparen.

2.°

En la reja de la Torre,
por donde la bella Zara
dió un tiempo favor á un Rey,
labrando estaba una banda.
Cuatro labores á trechos
en la rica labor gasta,
alternando plata y oro,
entre seda azul y nacar:
no para empresa de Moro,
que jamás quiso alabarla,
sino una que le dió
ella al Rey, y el Rey á Zaida;
que bastára solo aquello
á dar puerta á mil mudanzas,
sin la que ella ha visto de él,
tan mal puesta ante su cara:
y asi no pone los ojos
en las labores que labra,
porque da cuenta á Dalife,
secretario de sus ansias.
Bien sabes, Dalife, dice,
como estan sacrificadas
las memorias de mis gustos
con muy evidentes causas,
y como convierto en humo
las reliquias de mis gracias,
pues las quemó casi el fuego
de un Rey con falsas palabras.
No lo digo porque entiendas
que en mí nobleza hizo mancha,
que un Rey, ni todos los Reyes,
para mancharla no bastan;
que aunque él para mí sea Rey,
seré yo para él Infanta,
que baste á hacer fementido
á quien quisiere mancharla:
ni menos porque colijas
que me quema en las entrañas
este fuego de los celos
que tantos pechos abrasa;
sino solo porque adviertas,
si has dado palabra á damas,
que no importa que la guardes,
pues los Reyes no la guardan;
aunque en noble cortesía
á cualquiera es de importancia
que la palabra se cumpla
á quien se diere, aunque falsa,
principalmente á mugeres,
pues tan facilmente cambian
lo que se cumple con ellas,
cuanto mas lo que les falta.
No digo que no le quise
por mil razones fundadas,
que fuera de ser el Rey,
las muestra muy á la clara.
Es muy galan y discreto,
compuesto en su trato y habla,
es grave donde conviene,
y muy afable entre damas:
y si por esto le quise,
por esto mismo me agravia

su mudanza á que le olvide,
y le aborrezco en el alma;
y si la Mora á quien sirve
es de un General hermana,
yo lo soy de quien gobierna
á su Granada y mi patria.
Bien sabes que mis parientes
por respeto mio, se holgaban
de acreditar su nobleza,
y guardarle las espaldas;
y lo que en este suceso
me maravilla y espanta,
es, que no advierte en razon
obra que importa á su fama:
que aunque es Rey, es solo uno,
y los hijos de Granada
son mas, y sin ser mis deudos,
ver que sin ellos no es nada.
La ataja Dalife luego,
diciendo: Zara, ya basta,
que diré que no son quejas,
sino celos que te dañan;
que la culpa no fue tuya,
ni de mudable te cuadra
el nombre, aunque todo el mundo
por fe y Alcorán se guarda;
mas no te podré negar,
que es justo estés enojada,
pues la Mora á quien visita,
los pasos de amor le ataja,
como tú los atajaste
por el voto de ser casta,
que teneis hecho á Mahoma
en su mezquita sagrada,
á cuya causa vivís
en vuestras torres cerradas,
cada una de por sí,
con mucha clausura y guarda,
que por eso supo el vulgo
tan claro, que el Rey te amaba,
pues en tu torre á menudo
con veras te visitaba,
y por no poder salir
á ver los toros ó cañas,
te enviaba por servirte,
músicas, tragedias, zambras.
Déjale, Zara, si quieres,
que es procurar poner tasa
á los hombres en sus gustos,
y á las corrientes del agua;
que si sabe una muger
que un hombre firme la ama,
confiada en la firmeza,
por momentos idolatra.
Aun les parece que es poco,
que á mas llega su arrogancia,
que lo que es poco aniquilan,
y lo que es mucho amenazan.
Dime, Zara, las colores
que son tuyas y te agradan;
dejemos estas razones,
pues lo mejor es dejarlas.
Quiso responder la Mora;
mas entró entonces una Aya
á decirle, que entre luego
á la cuadra, que le aguardan.
Partióse luego Dalife,
quedando ella algo turbada:
tomó el Aya la labor
y entróse luego á la cuadra.

3.°

La mañana de San Juan
salen á coger guirnaldas,
Zara, muger del Rey Chico,
con sus mas queridas damas,
que son Fátima y Xarifa,
Celinda, Adalifa y Zaida,
de fino cendal cubiertas,
no con marlotas bordadas:
sus almaizales bordados,
con muchas perlas sembradas,
descalzos los albos pies,
blancos, mas que nieve blanca.
Llevan sueltos los cabellos,
no como suelen tocadas,
y mas al desden la Reina,
por celosa y desdeñada;
la cual llena de dolor
no dice al Rey lo que pasa,
ni quiere que en la ocasion
su pena sea declarada.
Estando de varias flores
las Moras ya coronadas,
con lágrimas y suspiros
á todas la Reina habla:
quise, Fatima, juntaros,
porque sois amigas caras,
para quejarme á las tres
de como me trata Zaida,
cuya hermosura pluguiera
á Alá que no la criara,
pues en ella está mi daño
presente de cara á cara.
Sabreis como el Rey la quiere
mas que á la vida y el alma,
de dó resulta mi daño,
pues veis con él soy casada,
el cual no creo que sabe
que sé de esto lo que pasa,
antes entiendo lo sufre
receloso de enojalla:
responde sin detenerse
Zaida, perdida y turbada,
y á veces con el color
que tiene la fina grana:
Si acaso no se supiera
quien soy por toda Granada,
dañáranme tus locuras,
muger inconsiderada.
Jamás Reina me has creido,
antes escudriñas causas,
mas para mi mal durables,
que sonlo para tus ansias.
Doite bastantes razones,
y tan bastantes, que bastan
creer que no son creidas,
aunque las ponga en la plaza:
y en ellas te digo, Reina,
que no fueras coronada,
que no me es mas ver al Rey,
de que á tí celosa airada.
Si piensas que tu corona
codicio, estás engañada;
déjame ya si te place,
ó saldréme de Granada:
pero el Rey que no dormia,
antes bien las escuchaba,

sale diciendo que callen,
con voces muy alteradas.
La Reina que lo conoce,
encubrió el estar turbada,
y con un aplauso afable
le recibe, y asi habla:
nunca suelen los galanes
entrar donde estan las damas,
sin que primero licencia
por ellas les sea otorgada.
El Rey le replicó luego:
á mí nunca me es vedada,
ni ha de ser donde estais vos
y donde estan vuestras damas.
Los Reyes todo lo pueden,
respondió la Reina airada,
y tambien sé yo que tienen
algunos dobles palabras.
El Rey gustó de callar
porque la vido enojada,
y metiendo otras razones
se fueron para el Alhambra.

ROMANCES DE CELIN, SEÑOR DE ESCARICHE.

1.°

Por divertirse Celin
fiestas ordena en Granada,
en desgracia del Rey Chico,
y en ausencia de su dama.
Secretas hace sus fiestas
con dos amigos del alma,
galanes y Abencerrages,
hombres de palacio y plaza.
Esta vez quiere atreverse
á mil respetos y guardas,
solo por dar un buen dia
á tanto penar sin causa;
«que una prision muy larga
«la vida gasta, y la paciencia
acaba.»
A la cristiana los viste
de villanesca bizarra,
con tafetanes el rostro,
caperuza, sayo y capa.
Blanco, leonado, amarillo,
congojas sin esperanza,
dieron al disfraz colores
y memorias á Adilaja.
Pensado lleva Celin
de hacer famosas hazañas,
y dejar melancolías
que la buena sangre gastan;
«que una prision muy larga,
«la vida pierde, y la paciencia
acaba.»
Ya las yeguas y jaeces
van alterando á Granada;
todos dicen de Celin,
¡bravas justas! ¡bravas lanzas!
no queda Mora Zegrí
que no se ponga á ventana,
y todas dicen, á ver
el galan de las desgracias.
Como saben ya su historia,
quisieran verle la cara,

que en las hazañas no miran,
porque ya saben las damas,
«que una prision muy larga
«la vida gasta, y la paciencia
acaba.»
Para verle entrar de noche,
aunque viene á la cristiana,
la puerta de Elvira encubre
la hermosura del Alhambra.
Allí tratan de aquel tiempo
que fue dichoso en Granada,
envidiado de mil Moros,
y querido de mil damas:
otros cuentan en corrillos
los amores de Adilaja,
diciendo, que ya los dos,
ni se escriben ni se hablan;
«que una prision etc.»
Como ven que no venia,
para la fiesta le aguardan,
haciendo mucho mayores
los deseos y esperanzas.
Adilaja con las nuevas
muy celosa y enojada,
le escribe al Moro que deje
fiesta que le ofende el alma.
A la mitad del camino
recibió el Moro esta carta,
dió vuelta luego á Jaen,
trocando en luto las galas;
«que una prision muy larga,
«la vida gasta, y la paciencia
acaba.»

2.º

Vestido el cuerpo de cielo,
y de sus glorias el alma,
con mil estrellas y soles,
y mil cifras coronadas,
entra á correr la sortija
Celin, á quien acompañan
catorce Moros Zegries,
los mejores de Granada,
en un caballo andaluz,
de la generosa raza
que al sacro Guadalquivir
le suele pastar la grama:
castaño oscuro, fogoso,
cabos negros, gruesas ancas,
ancho pecho, recios brazos,
corto cuello, cola larga,
chica cabeza y orejas,
crines grandes encrespadas,
gallardo, brioso y fiero,
y humilde al freno que tasca.
Alborótase la gente,
y en los tablados se alza,
bendiciéndole mil veces
por donde quiera que pasa.
Todo el mundo le bendice,
y la envidia avergonzada
se esconde en algunos pechos
que de envidiosos no hablan.
Desde su balcon le mira
la dulce y tierna Adilaja,
original de mil soles,
que en la marlota llevaba.

Levanta el Moro los ojos
y hácia su dama los baja,
que siempre su hermosura
la trae por las nubes altas.
Contempla Celin su cielo,
aunque con vista turbada,
porque el resplandor divino
turba las vistas humanas.
Quedaron mudos los cuerpos,
solas las almas se hablan,
que en las luces de los ojos
iban y venian las almas.
Licencia pide Celin,
Adilaja se la daba,
para que corra con Muza
en su presencia tres lanzas.
Muza se pone en el puesto,
gallardo corre su lanza,
y Celin le ocupa luego
con postura mas gallarda.
Vuelve furioso el caballo
á la carrera la cara,
pone la cola en el suelo
y entrambos brazos levanta:
llámale con las espuelas
y con el freno le llama,
responde fiero y humilde,
y vuela sin tener alas.
Celin con aire del cielo
afuera la lanza saca,
y al tercio de la carrera,
corva el brazo, aprieta el asta;
abrígala con el pecho,
y abrigándola la baja
á ley de galan, y cierto
á lo que mandan las armas.
Para veloz el caballo,
tanto que en el arena blanda
apenas juzga la vista
la herradura ni la estampa.
Derriba Celin el brazo,
vuelve á su lugar la lanza,
oprime el freno el rigor,
y pára el caballo á raya.
Corre otras dos, y en la Corte
admirada de mirarlas,
levantan hasta los cielos
la voz de sus alabanzas.
En esto se puso el sol,
y la noche con sus alas
cubrió de confusas nieblas
los palacios y la plaza.
Dieron hachas á Celin,
y regocijo á Granada,
quedando por mil razones
gloriosa la casa de Alva.

ROMANCES DE CELIN AUDALLA.

1.º

Las soberbias torres mira,
y de lejos las almenas,
de su patria dulce y cara,
Celin, que el Rey le destierra:
y perdida la esperanza
de jamas volver á vella,

con suspiros tristes dice:
¡Del cielo luciente estrella!
«¡Granada bella!
«mi llanto escucha, y duélate mi pena.»
¡Hermosa playa que al viento
das por tributo y ofrenda,
tanta variedad de flores,
que él mismo se admira en vellas!
Verdes plantas de Genil,
fresca y regalada vega,
¡dulce recreacion de damas,
de los hombres gloria inmensa!
«¡Granada bella etc....!»
¡Fuentes de Generalife,
que regais su prado y huerta,
las lágrimas que derramo
si entre vosotros se mezclan,
recibidlas con amor,
pues son de amor cara prenda!
Mirad que es licor precioso
á donde el alma se alegra;
«¡Granada bella etc....!»
¡Aires frescos que alentais
lo que el cielo ciñe y cerca,
cuando llegueis á Granada,
Alá os guarde y mantenga!
para que aquestos suspiros
que os doy, le deis en mi ausencia,
y como presentes digan
lo que los ausentes penan.
«¡Granada bella!
«mi llanto escucha, y duélate mi pena.»

2.º

La hermosa Zara Zegrí,
bella en todo y agraciada,
discreta, porque sirvió
á la Reina en el Alhambra;
hija del Alcaide Hamete
que tuvo en tenencia á Baza,
llora triste y afligida
su cautiverio y desgracia
en el porfiado cerco
del Rey Fernando de España:
ya despues de muchos dias,
por falta de vituallas,
se entregó el mísero Alcaide,
siendo su casa asolada.
La bella Zara le cupo
á la Condesa de Palma,
que acompañando á la Reina,
se vino al cerco de Baza.
La Condesa le pregunta
á Zara, en qué se ocupaba,
y qué ejercicio tenia
en el Alhambra en Granada.
Llorando la Mora dice:
Señora, asentaba plata,
labraba la seda y oro,
tañía, tambien cantaba;
pero agora solo sé
llorar mi mucha desgracia,
porque aunque merced me haceis

á la fin fin soy tu esclava:
y para pasar el tiempo
de cautiverio en tu casa,
labraré, si gustas de ello,
una nao bien aprestada,
navegando viento en popa;
luego la mar alterada
con las olas por el cielo,
y que las velas amaina,
y en la alta gavia esta letra
que diga en lengua cristiana:
No hay bonanza que no vuelva
en gran tormenta y borrasca;
y por orla en la labor
que diga en letra de Arabia:
Podrá ser que Alá permita
que tenga fin mi desgracia.
Muy bien me parece, Mora,
esa labor que tú trazas,
que es conforme á mi deseo,
y al tiempo en que tú te hallas.

3.°

En Palma estaba cautiva
la bella y hermosa Zara,
y aunque en Palma tiene el cuerpo,
en Baza la vida y alma;
porque imagina está en ella
el Moro Celin Audalla,
ignorante del tormento
que el Moro por ella pasa:
y aunque la quiere y estima
la Condesa, y la regala,
no es parte para que el llanto
amaine un momento en Zara;
y para se consolar
de la gran pena que pasa,
á otra cautiva la cuenta
su pasion, y de dó mana.
Habrás de saber, le dice,
que yo he nacido en Granada,
adonde serví á la Reina
diez años dentro en la Alhambra.
Servíla de Camarera,
tuve su riqueza en guarda,
queríame por estremo,
y yo por estremo amaba,
no á la Reina, mi Señora,
aunque obligada la estaba,
sino á un Moro, que es mi sol,
y mi bien: Celin Audalla
era galan y de estima,
y por eso le estimaba;
teníale por mi sol,
porque con él me alumbraba.
Cielo le llamé, mas fue
para mí toda desgracia.
Causóla el venir mi padre;
¡pluguiera Alá no llegara!
á servir el Alcaidía
y la Tenencia de Baza.
Vino el Moro á le servir
con el cuerpo, á mí con la alma,
poniéndose á mil peligros,
porque á mi padre agradaba.
Asaltóse la ciudad,

y fue mi alma asaltada,
perdiendo padre y amigo,
y yo sujeta y esclava.
Fuése el Moro, y yo no creo
ser posible que se vaya
el corazon con el cuerpo,
dejándome á mí su alma;
y para que la labor,
que es testigo de mis ansias,
manifieste mi dolor,
diré en la lengua de Arabia:
Si llevaste el corazon,
pienso que me quedó el alma:
y en otro lado pondré:
No faltará mi palabra:
y pondré en tercera orla:
Firme estará mi palabra:
y en la cuarta por remate:
En jamas habrá mudanza:
y en medio de la labor
una ave Fenix pintada,
que de las cenizas frias
saca vivas esperanzas;
y un montero que le tira,
y un mote que dice: *Aguarda,*
porque no es justo que tires
á quien la vida le falta.
Esto decia la Mora,
cuando la Condesa llama,
diciéndole: ¿A donde estás?
¿por qué no respondes, Zara?

4.°

El animoso Celin,
hijo de Celin Audalla,
el que fue Alcaide de Alora
y de la villa de Alhama;
mira el fuerte sitio el Moro,
el Alcázar, la muralla,
las aportilladas torres
de la destruida Baza.
Quiere despedirse el Moro,
y llama la patria amada,
imaginando que está
en ella el bien de su alma.
Quéjase de la fortuna,
y entre sí confuso habla:
¿En qué te ofendí, le dice,
para tomar tal venganza,
despues de tantos trofeos
que me dió la bella Zara,
haciéndome mil favores
en los juegos y en las zambras?
Y agora quiso mi suerte,
digo, quiso mi desgracia,
que el Rey Fernando pusiese
cerco á la ciudad de Baza.
Usó conmigo clemencia,
que Alá pluguiera no usara,
para libertar el cuerpo,
y quedar cautiva el alma.
Esto diciendo, se quita
la marlota que llevaba
de verde, morado y blanco
en amarillo aforrada,
y dice: sirva el aforro
por ser color que me cuadra.

Las verdes plumas no quiero,
pues se perdió mi esperanza:
de la adarga borraré
el lince que declaraba
que mis ojos en mirar
á los de lince ganaban.
Tambien borraré la letra,
que dice en lengua cristiana:
Mucho mas rinde mi brazo
que lo que la vista alcanza;
y ese tahalí azul
ya no es cosa que me cuadra,
pues me falta la ocasion
de celos, no por mudanzas.
La toca morada dejo,
porque aunque amor no me falta,
podrá ser que halle otro
que pueda mejor gozalla.
Con esto la lanza toma,
y muy ligero cabalga:
suelta al caballo la rienda
para que dó quiera vaya,
diciendo: camina tú,
y busca el bien que me falta,
que yo no te guiaré
sino es á buscar desgracias.

5.º

Celoso vino Celin
de su regalada Griega,
porque sabe que el poder
no hace á las almas fuerza;
y que el imperio del mundo,
y voluntad de sus tierras,
se le ha de esquitar en algo,
y teme que allí no sea.
Sabe que la mas hermosa
es al doble de soberbia,
y que al fin la libertad
aun en el amor no es buena.
Ve suya á su hermosura,
y quiere mayores prendas,
que los cuerpos sin las almas
tambien los goza la tierra.
Su pensamiento, en quien cabe
sujetar al mundo en guerra,
ya dudoso dignamente
de la de algun hombre tiembla.
El que de muy generoso
se fiaba de cualquiera,
ya se recela de todos,
y no hay verdad en que crea:
el que siempre á sus oidos
trajo cajas y trompetas,
ya se humana á imaginar
de un nuevo Celin querellas.
Si mira á su Zara, llora
de verla el alma encubierta,
que quisiera al chico mundo
volver lo de dentro á fuera.
Su armada pone en olvido:
solo adora la galera
que en la isla de Coron
le hizo tan rica presa.
Aquella en su gran Mezquita,
por cosa sagrada cuelga,

votando cada diciembre
en su memoria una fiesta.
Zara cautiva y Señora,
ya se alegra, ya se queja,
que menos aviva el gusto
el cetro que una terneza.
Y entre los mismos abrazos
de sus parientes se acuerda,
con que los brazos afloja,
que la obligacion aprieta;
y en medio de las razones
cien mil suspiros degüella,
haciendo de ellos justicia
porque sin cordel confiesan.
Mil veces al Gran Señor
á darle gusto se esfuerza,
y si presto no volviese,
amor se entraria á vueltas;
pero es enemigo al fin
de encogimiento y vergüenza,
y verdugo de los gustos
propios la memoria agena.
Gran cosa es la Magestad,
mas no hay pensar que convenga
con el amor, que es muchacho,
y sin respetos se huelga.
Las holguras de Coron,
frescas, gustosas y bellas,
con sus lágrimas las tiene
en la memoria mas frescas.
Buena fuera la gran Corte,
mas como no goza della,
cánsala el desasosiego,
y el ruido la desvela.
¿Qué es esto? ¿cómo, gran Zara,
lo que todas no deseas,
que es que venga tu linage
á ser Señor de esta tierra?
Vida, regalo, Señora,
ojos, alma, esposa tierna,
corazon, entrañas, gloria,
descanso, esperanza eterna,
ojos, frente, cuello, boca,
cabellos mios, estrellas,
claro cielo, nieve, grana,
soles, oro, rubies, perlas;
cómo mi gran voluntad,
hermosa Zara, desprecias?
¿Por qué te llamas cativa
si mi voluntad gobiernas?
Favorece tu gran Patria,
que aunque estuve mal con ella,
si quieres haré por ti
que vuelva á lo que antes era.
Zara, obedece á Celin,
y mira que te lo ruega
condolido un tu cautivo
y natural de tu tierra.

6.°

Por la puerta de la Vega
salen Moros á caballo,
vestidos de raso negro,
ya de noche al primer cuarto,
con hachas negras ardiendo,
un ataud acompañando.
«¿A dó vá el mal logrado
«Celin, del alma y vida despojado?»
Matóle el pasado dia

sin razon un Moro airado
en una fiesta solemne
de que hubo presto el pago:
llóralo toda Granada,
porque en estremo es amado.
«¿A dó vá el desdichado etc.?»
Con él van sus deudos todos,
y un Alfaquí señalado,
y cuatro Moras hermanas,
con muchos en su resguardo;
y dicen al son funesto
de un atambor destemplado:
«¿A dó va el desdichado etc.?»
Mesan los rubios cabellos
que enlazan á un libertado,
y de entre ellos va saliendo
un licor claro y salado,
y sobre rostros de nieve
vierten el color rosado.
«¿A dó vá el desdichado etc.?»
Y los Moros que mas sienten
ver tan espantoso caso,
llevan roncas las gargantas;
y aunque en son callado y bajo,
dicen los Moros y Moras,
mil suspiros arrojando:
«¿A dó vá el desdichado etc.?»
Una Mora, la mas vieja,
que de niño lo ha criado,
sale llorando al encuentro,
mil lágrimas derramando,
y con furia y accidente
pregunta al bando enlutado:
«¿á dó vá mi hijo amado
«Celin, del alma y vida despojado?»
¿A dó vais, bien de mi vida?
¿Cómo asi me habeis dejado?
¿Qué es del amor increible
que siempre me habeis mostrado?
¿Quién eclipsó vuestros ojos,
luz de los mios cansados?
«¿Dó vais, mi hijo amado
«Celin, del alma y vida despojado?»
¿Dónde os llevan, hijo mio,
en estos pechos criado?
¿Quién mudó vuestro color
y el rostro apacible y claro?
¿Quién ha sido el homicida,
y de ánimo tan osado?
«¿A dó vá mi hijo amado
«Celin, del alma y vida despojado?»
Diez y seis años hoy hace,
ved cuán contados los traigo,
que vuestra madre os parió,
y yo os crié en mi regazo:
yo crié un fuerte muro,
aunque lo veo derribado,
«pues faltais, mi hijo amado
«Celin, del alma y vida despojado.»
Con estas lamentaciones,
sin que la sientan dar cabo,
de lágrimas hace rios
por adonde van pasando.
Y á darle la sepultura
dentro en su Villa han entrado,
«del triste y desdichado
«Celin, del alma y vida despojado.»

ROMANCES DE AUDALLA.

1.°

Contemplando estaba en Ronda,
frontero del ancha cueva,
el valiente Moro Audalla,
que vá la vuelta de Teba;
que un honroso pensamiento
de su voluntad lo lleva
de su Patria desterrado,
por hacer del hado prueba.
Parado sobre el caballo,
la lanza en el hombro puesta,
unas veces mira al pueblo,
y otras hablando se eleva.
¡O Patria desconocida,
presto oirás de mí la nueva,
que si envidia te ha movido,
mayor envidia te mueva!
Ya que me diste ocasion
que tu propia sangre beba,
no permita el alto Cielo
que haga lo que yo no deba;
y antes que del frio invierno
el sol la humedad embeba,
verás que mi claro nombre
con mas valor se renueva.
¡Mal haya el halcon ligero
que en ruin presa se ceba,
y el que padeciendo sed
aguarda á que el cielo llueva!
¡Mal haya quien no se ampara
del frio si ve que nieva,
y el que espera que en su casa
otro menor se le atreva!
Dijo: y antes que el enojo
la sangre mas le remueva,
volvió riendas al caballo,
y vá la vuelta de Teba.

2.°

Ponte á las rejas azules,
deja la manga que labras,
melancólica Xarifa,
verás al galan Audalla,
que nuestra calle pasea
en una yegua alazana,
con un jaez verde oscuro,
color de muerta esperanza.
Si sales presto, Xarifa,
verás como corre y para,
que no lo iguala en Jerez
ningun ginete de fama.
Hoy ha sacado tres plumas,
una blanca y dos moradas,
que cuando corre ligero,
todas tres parecen blancas.
Si los hombres le bendicen,
peligro corren las damas:
bien puedes salir á verle,
que hay muchas á las ventanas.

¡Bien siente la yegua el dia
que su amo viste galas!
que vá tan briosa y loca
que revienta de lozana;
y con la espuma del freno
teñidas lleva las bandas,
que entre las peinadas crines
el hermoso cuello enlazan.
Xarifa, que al Moro adora,
y de sus celos se abrasa,
los ojos en la labor,
asi le dice á su Aya:
dias há, Celinda amiga,
que sé como corre y para:
quien corre al primer deseo,
al segundo para el alma.
No me mandes que le vea,
¡pluguiera á fortuna varia,
que como sé lo que corre,
él supiera lo que alcanza!
Muy corrida me han tenido
sus carreras y mis ansias:
las secretas por mi pena,
las públicas por mi fama.
Por mas colores de plumas,
no hayas miedo que allá salga,
porque ellas son el fiador
de sus fingidas palabras:
por otras puede correr,
de las muchas que le alaban,
que basta que en mi salud
el tiempo toma venganza.

3.°

Despues de los fieros golpes,
que con gran destreza y saña
se dieron los fuertes Moros
Azar y el valiente Audalla,
Azar se quedó en su tierra,
no olvidando á Celindaja,
y Audalla vuelve á la Corte
á ver á su Lindaraja.
Por tener celos el Moro
de Albenzaide que la amaba,
que por ser rico, y él pobre
teme quiebre la palabra.
Dice: ¡Lindaraja mia!
¡dulce prenda de mi alma!
haz que muera esta sospecha
que en mi corazon escarba.
No permitas que Albenzaide
se ponga alegre guirnalda,
ni que de esperanzas mias
lleve triunfando la palma;
y volviendo el rostro al cielo
vió que en medio su jornada
estaba ya el rojo Febo
dando al mundo luz dorada,
y con la pesada fiesta
la gente en silencio estaba,
temiendo el grave rigor
que sus claros rayos lanzan.
Entrando por Val del Moro,
queriendo tomar posada,
se acordó que en el cortijo
un álamo grande estaba,
que con sus ramos hojosos,
cubriendo del sol la cara,

hace una agradable sombra,
que á sueño convida y llama.
Camina derecho á ella
á descansar, que se halla
fatigado del calor,
que cuerpo y alma se abrasa:
entrado que fue en la cerca
vió que destroncado estaba:
sabida la causa, fue
porque pidieron las damas
á los galanes del pueblo,
que le despojen de ramas
que les hace el gesto feo
y verdinegras las caras.
Suspira el Moro, diciendo:
amor artero, ¿en qué andas,
que no contento con hombres,
gustas que mueran las plantas?
Mostrádome has con el dedo
la prueba de las mudanzas,
con que renuevas mi pena
y pagas al que te ama.
Vuelve al caballo la rienda,
ardiendo en celosa llama,
y por en medio del pueblo
la lanza en el hombro, pasa
jurando no descansar
antes de ver á su dama,
que de medrosas sospechas
no se escapa quien bien ama.

4.°

A los suspiros que Audalla
arrimado á un fresno arroja,
las fieras bajan humildes
de las encumbradas rocas.
Ayúdanle á sus lamentos,
con gritos y voces roncas,
porque hasta los animales
de su pena se congojan.
Es la ocasion de su llanto
Daraja, una ingrata Mora,
hija de Zulema, Alcaide
de Guadix, Velez y Ronda;
que sin mirar los servicios
de dos años, quiso agora,
por una injusta sospecha,
borrarle de su memoria;
y fue que en cierto sarao
sobre una blanca marlota
sacó escrita aquesta letra:
Aborrezco á quien me adora.
Entendió que se decia
por ella, y por sí lo toma,
y sin aguardar mas causa
privó al Moro de su gloria.
Desterróle á media noche
con esta palabra sola:
Si á quien te adora aborreces,
que te olvide tanto monta.
Cerró con esto el balcon,
y Audalla con mas congoja
se sale desesperado
al mismo instante de Ronda.

5.º

Galanes, los de la Corte
del Rey Chico de Granada,
quien dama Zegrí no sirve,
no diga que sirve dama;
ni es justo, pues que se emplea
su fe tan mal, que le valgan
del amor los privilegios,
ni las leyes de la gala;
ni que delante la Reina
en los saraos de la Alhambra
se le consienta danzar
entre sus damas la zambra;
ni que el dulce nombre de ella
le cifre en letras grabadas,
ni bordado en la librea
le saque en fiesta de plaza;
ni que pueda del color
de su dama sacar banda,
almaizar listado de oro,
travesado por la adarga;
ni atar al robusto brazo
mano blanca, toca blanca
para tirar los bohordos
y para jugar las cañas;
ni que ponga en camafeo
ni en targeta de oro ó plata,
debajo de ricas plumas,
su retrato por medalla;
ni yegua color de cisne,
de clin ni cola alheñada
para ruar el terrero,
la puerta ni la ventana.
Esto plantó en un cartel
el enamorado Audalla,
galan, Zegrí de linage
y que bella Zegrí amaba;
pero las damas Gomeles,
que eran muchas y muy damas,
y las pocas Bencerrages
que han quedado desta casta,
y algunas Almoradies,
este papel enviaban,
siendo por voto de todas
Fátima la Secretaria.
Audalla, si á cortesía
no está sujeto quien ama,
perdona lo que leyeres;
si lo estás, escucha y calla,
que damas hay en la Corte
que ya que por su desgracia
les falte gracia contigo,
pluma y pico no les falta
para quedar satisfechas,
ó podrán muy poco ó nada,
contra ofensas de carteles
satisfacciones de cartas.
Sobre el cuerno de la luna
las damas Zegris levantas;
pero hasta llegar á ellos
todo es aire lo que pasas:
á sus galanes prefieres
privilegios y ventajas
en máscaras y saraos,
en juegos y encamisadas:
prefiérelos norabuena,
y dales blason y fama

de gala, de ocio y de paz,
en guerra, batalla y armas.
¿Mas qué se le dará de esto,
ni qué tendrá por infamia
quien no quiso perdonar
al regalo de su casa,
viendo el Cristiano que tiene
la ciudad asi sitiada,
y de católicas tiendas
coronada la campaña;
y viendo que en nuestro tiempo
de Genil las olas claras
ha dos años que se beben
con tanta sangre como agua;
y que á los demas galanes
son libreas las corazas,
refriegas los caracoles,
y los bohordos son lanzas;
y quien sabe prometer
con soberbia y arrogancia
la cabeza del Maestre
de la Cruz de Calatrava,
cuando prendieron al Rey
en sangrienta lid trabada,
el Alcaide y los Donceles
el fuerte Conde de Cabra,
y partiendo á Santa Fe,
mas á vella que á estorballa,
despues de ocupado un dia
en aquesta empresa escasa,
con mas salud que partió,
y mas luciente la lanza,
y la adarga mas entera,
y la yegua ni aun sudada,
viendo que las damas quedan
del Alhambra en la muralla,
para mirar los guerreros
y para ver lo que pasa,
por tener contino vuelta
á su Señora la cara,
al primer encuentro vuelve
al Cristiano las espaldas?
Sírvase de eso quien gusta
de este amor, de esta crianza,
y de ver hombres en hechos,
y leones en palabras,
que gozara de mil años,
muy segura y confiada,
que si de edad no muriere,
no morirá de lanzada.

6.°

Galanes, damas Gomeles,
con las de esotros bandos,
nosotras Moras Zegries
saludes os enviamos.
La carta que le escribisteis
á nuestro Audalla preciado,
despues de andar en la Corte
de una mano en otra mano,
vino á parar en las nuestras;
si nos pesó lo callamos:
baste que nos dió contento,
que Audalla hubiese hallado
quien de escribir sus hazañas
haya tenido cuidado,
y de que sus coronistas
seais, sin que os dé salario:

aunque nosotras queremos
que se os señale muy largo,
pues tan largas habeis sido,
y tan bien habeis glosado.
El cartel que en el Alhambra
fue por Audalla plantado,
no hablaba con las damas,
sino con los cortesanos,
con los que os quieren y adoran,
y serviros es su trato:
de ellos era el responder,
y á vosotras escusado;
mas á falta de hombres buenos
habeis por ellos hablado.
Juntasteis vuestro Cabildo,
usurpasteis cetro y mando,
y elegisteis Secretaria,
que escribió lo decretado.
¡Por cierto fue grande hazaña!
¿Pues no visteis el agravio
que á los galanes hicisteis,
á quien hacer era dado
el descargo del cartel,
pues era solo en su daño?
Habeis mostrado con esto
que entre todos ha faltado
quien satisfacer pudiese
con tal descargo á tal cargo;
ó que estiman en tan poco
ser de vosotras amados,
que el aumento de palabras
(que es nada) estiman en algo.
¿Muza por ventura duerme?
¿ó solo sabe en Palacio,
delante del Rey y las damas
mostrarse brioso y bravo?
¿Ha cobrado el ramillete?
¿Ha ya de la vega echado
al Maestre y los demas
que nos matan con rebatos?
¡Bien se parece, pues vemos
á Bajamed tan lozano,
aunque aldabadas ahora
da á las puertas el Cruzado!
Decid que Muza responda
á Audalla, que no al Cristiano:
y si escusarse pretende,
por vivir desesperado,
como lo muestra en salir
de amarillo disfrazado,
tome por él la requesta
Abindarraez gallardo,
muestre los grandes favores
que ha de Xarifa alcanzado,
y cuán diestro y suelto es
en hacer mal á un caballo,
y en sujetarle y volverle
ya de este, ya de aquel lado:
mas como no es en las veras
como en las burlas probado.
ni jamás se vió en batalla
con los Cristianos lidiando;
no es justo se cargue de armas
en que no está ejercitado,
y mas viviendo Aliatar
que en esto es cual él probado,
pues por no tenerse envidia
ambos á dos han jurado
no quitar cristiana vida,
ni manchar con sangre el campo.
Visto que no tratan de armas,

serán estos escusados,
y suplirá Reduan
la falta de tantos faltos:
galan que ganó á Jaen
en una noche soñando,
y engañado con tal sueño,
le tuvo por acabado;
y asi prometiendo al Rey
darle á Jaen en las manos,
sin ver los inconvenientes
que pudieran estorbarlo,
á la conquista partió,
y dió á ella tan buen cabo,
que hoy Granada es del Rey Chico,
y Jaen de don Fernando.
Volved por estos galanes,
queredlos y acariciadlos,
favorecedlos, servidlos,
que es justo ser estimados;
pues segun sus claros hechos,
muy cierto aseguramos,
que si del lodo no os ponen,
se les contará á milagro.

7.°

Mira, Tarfe, que á Daraja
no me la mires ni hables,
que es alma de mis despojos,
y criada con mi sangre,
y que el bien de mis cuidados
no pueden mayor bien darme
que el mal que paso por ella,
si es que mal puede llamarse.
¿A quién mejor que á mi fe
esta Mora puede darse,
si há seis años que en mi pecho
tiene la mas noble parte?
Esto dijo Almoradí,
y escuchóle atento Tarfe,
entrambos Moros mancebos,
y de los mas principales;
y arqueando entrambas cejas
con airosos ademanes,
sin cólera le responde,
pidiendo le escuche y calle.
Dices que Daraja es tuya,
y que de su amor me aparte:
si lo hiciera, si á mi vida
tanta vida no costase.
Nunca tú por su servicio,
como yo escaramuzaste,
ni en su presencia al Maestre
caballo y lanza ganaste:
caballeros de la Cruz
cautivos no la enviaste,
ni las medias lunas nuevas
entre sus tiendas plantaste;
ni con agua hasta los pechos
por Genil atravesaste,
para quitar al Maestre
la cabeza de Albenzaide;
ni delante de las damas,
entre el rio y el adarve,
tres cabezas de Cristianos
á tu dama presentaste;
ni es bien que suyo se miente
quien salió ayer al alcance,

y fue postrero en salir,
y primero en retirarse;
y que cuando entre esos Moros
cristianos despojos parten,
se está rizando el cabello,
tratando de retratarse.
Retrátate, Almoradí;
pero es bien que te retrates
de tus mugeriles hechos,
y en cosa de hombres no trates;
pues suena mal que te estés
entre invenciones y trages,
cuando tus deudos y amigos
andan cubiertos de sangre;
y cuando con los contrarios,
sin que ganemos ni ganen,
nos matamos mano á mano,
tú con las Moras te mates;
y que en vez de echarte al hombro
la malla y turqués alfange,
te eches bordadas marlotas,
y vayas á ruar calles:
mira que es fama en Granada,
y aun en el campo se sabe,
que hay un Moro entre nosotros,
Almoradí de linage,
que cuando á la escaramuza
los Moros mancebos salen,
con un enfermo accidente
se finge por escusarse.
Mira pues si son hazañas
estas que tus brazos hacen,
para que mi bella Mora
me deje de amar y te ame.
Mira si te favorece
como á los demas galanes
los favorecen sus Moras
con empresas y almaizares.
La mañana de San Juan,
cuando á escaramuzas sales,
nunca de su blanca mano
blanca toca te tocaste;
ni en las zambras y saraos
se sabe que te mirase,
como á mí que me miró,
mandándome que descanse,
y los dos danzamos juntos
cuando se casó Albenzaide;
y vive Alá, que me pesa
de que tanto se declare,
porque su valor y prendas,
su discrecion y sus partes,
de mas de un dichoso Moro
merecen enamorarse.
Deja los intentos locos,
si ya no quieres que pase
á mas que conversacion
las arrogancias que hablaste:
refrena la lengua un poco,
y piensa, que el hablar hace
contínuamente gran daño
donde se siente el ultrage;
porque ha de entender el juez,
primero que sentenciare,
las culpas, que no sentencie
la pena de la otra parte:
mira que aunque cuesta poco
el hablar, suele estimarse
una palabra en mas precio
que el oro que un reino vale;

asi que, apartarte es bien
del principio que tomaste,
sin querer que nadie goce
de lo que tú no alcanzaste,
sino es, Tarfe, que te sueñas
que puedes Señor llamarte,
en ser servidor de damas;
pero no que ellas te amen.
El Almoradí acabó,
dejando al galan de Tarfe
entre turbado y furioso,
prometiendo de vengarse.

8.°

El espejo de la Corte,
aquel celebrado Audalla,
el querido de su Rey,
y el mas noble de su casa;
respetado por su sangre,
y temido por su espada,
amado del reino todo,
respetado de las damas;
corrido de que en la corte
del Rey Chico de Granada
no se guarde aquel decoro
que las leyes de amor mandan,
á Tarfe y Almoradí,
que fueron de ello la causa,
el uno con damerías,
y el otro con arrogancias;
en una fiesta solemne
que se hizo en el Alhambra
la noche que se casaron
Benzulema y Celindaja,
hallando Audalla ocasion
para lo que deseaba,
los dos de la competencia
le oyeron estas palabras.
Mis amigos sois entrambos,
y entrambos sois de mi casa,
y como á tal, mis razones
escucharéis si no os cansan.
No fuera bien, caballeros,
que á costa de agena fama,
den los cuerpos á entender
las pasiones de las almas,
y que todo el vulgo diga
por las calles y las plazas,
que Tarfe y Almoradí
se acuchillan por Daraja;
que el uno la llama suya,
y el otro suya la llama;
que uno se alabe de cosas
que el otro tambien se alaba,
y que estimeis en tan poco
el valor de vuestra dama,
que os pinteis favorecidos
los dos, y digais que os ama.
Yo tengo por muy sin duda,
y en toda la Corte es fama,
que á entrambos os favorece,
y á ninguno ha dado banda.
Pésame de que se entienda
entre la gente cristiana,
que la que en Granada vive
es tan poco cortesana;
pues dirá Puertocarrero,
famoso Señor de Palma,

que en las honras femeniles
ensayamos las espadas,
y que cortan nuestras lenguas
en el honor de las damas,
harto mas que en sus aceros
cortan nuestras cimitarras;
que acá nos echamos plumas,
cuando ellos nos echan lanzas,
y deshonramos las Moras,
cuando ellos honran las armas;
que prometemos cabezas,
cuando hay en las nuestras falta,
y nuestra braveza toda
se convierte en amenazas.
Si Tarfe de esta Señora
quiere grangear la gracia,
hacerlas, y no decirlas,
son las finas arrogancias;
y si Almoradí pretende
por lo lindo grangearla,
tenga mayor el secreto,
y menor la confianza.
En esto salió la Reina
con el Rey á ver la zambra,
y asi cesó por entonces
la plática comenzada.

9.º

Aquel que para es Amete,
éste que corre es Audalla,
el que en tu fe mal segura
fatigan sus esperanzas.
¡Qué firme que va en la silla!
¡Qué bien que embraza la adarga!
¡Qué segura lanza lleva!
¡Qué bien matizada manga!
Tres veces paró la yegua,
hizo mesura otras tantas
á tu balcon, cuyas rejas
son mas que tu pecho blandas.
Tras tantas nubes de olvido,
por favor divino aguarda
de tu sol los rayos bellos,
que á dalle su gloria salgan.
Acábense las tinieblas
de su pena y tu venganza:
bellísima Zara, espera,
abriré las dos ventanas;
¿qué imágen como la tuya,
desde Genil á Jarama
sustenta y compone el tiempo,
adora y pinta la fama?
Eres mucho para vista,
fueras mucho para amada;
pero con las veras hielas,
y con las burlas abrasas.
Audalla vuelve á correr,
estremo de gala y armas,
tú le alabas, y él te adora,
para que le adores basta.
Esto á Zara le decia,
viendo en Granada unas cañas,
Záfira la de Antequera,
y asi la responde Zara:
¿Qué necedad me encareces?
¿Qué estremo de galas y armas,
de mis querellas principio,

y fin de mis alabanzas?
¡Qué mal informada vives!
¡Qué poco sabes de Audalla!
¡Qué de verdades desmienten
á sus apariencias falsas!
Irá muy firme en la silla,
porque es el correr mudanza,
su lanza segura rige
peligrosa mano varia.
Tantas damas son las suyas,
que si de todas alcanza
solo un punto de favor,
podrá matizar diez mangas:
para aqui y alli la yegua;
su voluntad nunca para;
humildes mesuras finge
con alma rebelde, ingrata;
facilidades humildes
le ocupan, sabiendo Audalla,
que á disfavores humildes
bajos favores no igualan.
Yo confieso que me burlo;
confiesa tú que es hazaña
pasar de amor los peligros
con mil cautelas de guarda.
Záfira, tú convaleces,
el aire colado pasa,
esta sala está muy fria,
volvámonos á la cuadra.

ROMANCE DE SALER ZEGRI.

Mientes, y si acaso el Rey
los ampara en esta causa,
en su cara le diré
al Rey, que me lo levanta
por no pagarme el servicio
que debe á mi brazo y lanza,
creyéndose de quien quiere
acreditarse con gracias.
Por la puerta de palacio,
los ojos vueltos en brasa,
bravo y furioso Saler
sale empuñando la espada.
¿No saben los Bencerrages,
dice volviendo la cara,
que no sufren los Zegries
que les toquen en la fama?
Mienten otra vez, les digo,
y repito estas palabras
por si hay tan valiente alguno,
que de lo dicho se agravia.
¿Qué Cristianos habeis muerto,
ó escalado qué murallas?
¿O qué cabezas famosas
aveis presentado á damas?
¿Cuándo vencisteis alguno
de los de la Cruz de grana?
¿Pensais que empuñar gineta,
es como volar las cañas?
En el usurpado escudo
blasonais de las hazañas,
¿dónde estan los Coroneles
de Reyes que os deben párias?
Finalmente, ¿qué habeis hecho
para decir en las plazas,
y ante el Rey, que los Zegries
mejor que lo hacen hablan?

Y cuando de noche estais
durmiendo en las blandas camas,
¿quién si no son los Zegries,
salen á hacer calvalgadas?
Cuando los Cristianos vienen
sobre vuestra hacienda y casa,
¿á quién acudis los Moros,
vertiendo los ojos agua?
Sepa vuestro bando junto
que á todo junto en campaña
le daré á entender que soy
Zegrí, si todo me aguarda:
y si por ser yo no osais,
escogé en toda Granada
el menor de los Zegries,
que él os dirá quien se alaba.

ROMANCES DE ADULCE.

1.º

Aquel Moro enamorado,
que de las batallas huye,
mal parece que en palacio
honroso lugar ocupe:
el que al Maestre no ha dado
entre las bermejas cruces
bote de lanza ó flechazo,
con valientes no se junte:
el que á su competidor
favor conocido sufre,
con el duelo de amadores
comedidamente cumple:
el que no dice en las plazas
cautivos Cristianos truje,
que estan sirviendo á mi dama,
de galanes no murmure:
el que no saca en las fiestas
cuadrilla y galas azules,
no embrace adarga de fe,
ni lanza gineta empuñe.
Esto dice Abindaraja,
ultrajando al Moro Adulce,
enemigo de Albenzaide,
que baldonalle presume:
bajezas contaba de él,
que tan infames costumbres
aun no pudieran hallarse
en los Alarbes comunes.
Habia zambra en palacio,
y casábase aquel lunes
Aja, la prima del Rey,
con un Infante de Tunez.
Galvana la Cordobesa
era gran cosa de Adulce,
y viendo que son malicias
las faltas que le atribuye,
á Abindaraja responde:
¿Tú piensas que de las nubes
bajó tu Moro Albenzaide?
pues ruégote que me escuches.
Adulce, de sangre Real,
tiene el vencer por costumbre,
y es el lugar mas honroso
cualquiera lugar que ocupe.

Cuando el hierro de su lanza
allá en la vega reluce,
no está seguro el Maestre,
aunque sus valientes junte.
Alguno que compra esclavos
ha dicho, cautivos truje,
á fuego y sangre ganados,
¡bien haya quien de él murmure!
No compite con los hombres,
tampoco bajezas sufre
de amadores generales
que con mil galanes cumplen.
Brocados saca á las fiestas,
no tafetanes azules,
como algunos, que es vergüenza
que lanza gineta empuñen.
Vale Adulce por mil Moros
como Albenzaide; no busques
alguna ocasion forzosa
en que la cara le crucen.
Si á Adulce quisiste bien,
si no te quiso, concluye
con olvidalle callando,
no me agravies ni le culpes,
que á no estar á donde estamos,
el cuchillo de mi estuche
esa lengua te cortara,
porque con ella no injuries.
Levantóse Abindaraja
diciéndola: no te burles,
porque aqui me vengaré
de quien aqui me lo jure.
Alborotóse el palacio,
Reduanes y Gazules,
Zulemas y Abencerrages,
que son los bandos ilustres,
salieron desafiados:
Albenzaide retó á Adulce,
que á guisa de caballeros,
y valientes andaluces,
al campo se salgan solos,
y despues que desmenucen
sus lanzas largas y gruesas,
y á las espadas se ajunten;
el Caballero animoso
que al otro en tierra trabuque,
pueda gozar de su dama
conforme el padrino juzgue.
¡O maldito seas, amor,
que no hay bien que tú no mudes,
ni cordura tan fundada
que mil veces no la turbes!
Escubres públicos celos,
y amor secreto descubres;
con ciertas enemistades,
terribles marañas urdes:
tiempo vendrá que las damas
contra tu poder se aunen;
pero sepamos ahora
cómo esta guerra concluye.

2.ª

La noche estaba esperando,
y apenas cierra la noche,
cuando el fuerte Moro Adulce
á su casa se recoge.

De esperanzas viene rico,
pero de ventura pobre,
porque aunque son verdaderas,
no habrá lugar que las goce.
Armándose estaba el Moro;
mas no contra sinrazones,
que estas no tienen defensa
en hidalgos corazones;
porque como no las hacen,
ni las temen, ni conocen,
y aunque es grande honor vengallas,
no ha de ser con todos hombres.
Seguro estaba y contento
con las sombras de la noche,
que le fuera claro dia,
y ocasion de nuevo nombre,
á no prendello el Alcaide
con falsas informaciones,
ó con alguna ocasion,
que es la moneda que corre,
por quien el peso y la espada
no es mucho que caiga y corte,
y que la vara derecha
una y mil veces se doble.
Dicen que se halló en la muerte
del infeliz Agramonte,
y que se trazó en su casa,
acogiendo los traidores.
Desarman al Moro luego,
y enciérranlo en una torre,
armándose de paciencia
contra agravio tan enorme,
y paseando por ella,
él mismo se habla y responde,
que como no tiene hierros,
no le pusieron prisiones.
Mirando está las paredes
que lo cercan y le esconden,
las relucientes estrellas
que le fueron claros soles,
cuya luz anticiparon
dando nuevos resplandores,
para ser testigos fieles
del fin de sus pretensiones.
¡Ay Aja! dijo, ¿qué es esto,
que siempre son tus favores
prueba de mi desventura,
que la publican á voces?
¿Qué sirve esperar el bien
y procurar ocasiones,
si la libertad me quitan
solo porque no los logre?
Desto, hermosa Aja, infiero
que estarémos ya conformes,
porque á no ser esto asi
no me prendieran entonces;
pues solo para que viera
que viene á menos tu nombre,
me sobrara libertad,
porque en desdichas me sobre.
Desta suerte se quejaba
Adulce, cuando á la torre
le van á ver sus amigos,
todos valientes y nobles.

3.º

En la prision está Adulce
alegre, porque se sabe
que está preso sin razon,
y le quieren mal de valde.
Esto es causa que en el Moro
es la pena menos grave,
pues no quiere libertad,
si con ella han de culpalle.
Piensan que ha de hacer por fuerza
lo que de grado no hace,
enmudeciendo las leyes
para que los mudos hablen.
Arrimado está á una reja
que hace mas fuerte la cárcel,
pena un tiempo de traidores,
castigo ya de leales.
Alzó los ojos al cielo,
temiendo que se le cae,
y dijo: siempre padezco
por leal y por amante.
¡Ay Aja ingrata! ¿qué es esto
que enmedio de mis pesares
hallo viva la memoria
de mis bienes y mis males,
y todo porque no pueda,
ingrata, desengañarme,
pues con quererte en naciendo,
pienso que te quise tarde?
A otra reja me vi asido
mas baja, porque alcanzase
las promesas de tu boca,
puesto que ya no se guarden.
¿Cómo quieres, dí, que crea
que el aire se las llevase,
estando los dos tan cerca
que apenas pasaba el aire?
¿Cómo no te desengañas
de que asi quise engañarte,
si enmedio de los favores
siempre me viste cobarde?
¡Agora, ingrata, te pesa
de que te sirva y te ame,
y no quieres ser querida
quizá por desobligarte!
¿Quién derribó por el suelo
el edificio admirable
que alzó amor á las estrellas,
de que apenas hay señales?
Déjame de sus ruinas
una piedra, que declare
la mudanza que hizo el tiempo,
sin poder jamás mudarme.
Mucho debo á sus amigos;
todos dicen que me guarde,
¿mas de qué sirve ¡cruel!
si viene el consejo tarde?
¿De qué aprovecha el socorro,
y que todo el pueblo llame,
si está la casa abrasada
cuando la campana tañen?
¿Quieres, ingrata, que pierda
el premio de ser constante,
y que si es la causa firme,
que la pena sea mudable?
No, para tanta belleza

no hay tormento que sea grave,
pues la ofensa de quererte
se defiende con amarte.
Los ojos vuelve, enemiga,
y podrá ser que esto baste,
pues para corta ventura
cualquier favor será grande.
Verás lo mucho que quiero,
y lo poco que me vale,
y que no es bien que me pierda,
donde es justo que me gane.
Llamaron en esto al Moro,
que lo esperaba su page,
que venia muy contento
con una carta que trae,
donde Adalifa le escribe
el pésame de sus males,
y Adulce dijo: ¡qué importa,
si Aja gusta que me acaben!

4.° (*)

Al camino de Toledo,
á donde dejó empeñada
la mitad del alma suya,
si puede partirse el alma,
se sale Zaida la bella,
y á su pensamiento encarga
que se entregue á sus suspiros,
y á ver á su Adulce vaya:
«Que ausencia sin mudanza
«comienza en celos, y en morir
acaba.»
A cualquiera pasagero
que se detenga le manda,
y si á Toledo camina,
llorando le dice Zaida:
¡Venturóso tú mil veces,
y yo sin dicha otras tantas!
tú porque vas á Toledo,
y yo por quedar en Sagra:
«Que ausencia etc.»
Adulce, que en su memoria
está mirando la estampa
que pintaron sus deseos,
como en el alma la aguarda,
al dolor de Zaida bella
con triste llanto acompaña,
á sus suspiros con quejas,
con voces á sus palabras:
«Que ausencia etc.»
¡Ay Zaida del alma mia!
¿Quién de mis ojos te aparta?
¿Qué respetos mal nacidos
á los mios acobardan?
¿Cómo no trueco la vida
por la gloria que me llama,
tu verdad y mis deseos,
tu favor y mi esperanza?
«Que ausencia etc.»
A tu imágen hablo en sueños,
y sin duda que me hablas

(*) Este romance habla de un Adulce Toledano, distinto del de los anteriores.

en triste llanto deshecha,
de haberme apurado en llamas.
Imagino que te acercas,
y como el llanto no basta
contra tan inmenso fuego
la huyo por no abrasalla.
«Que ausencia etc.»
Luego celoso me finjo,
sospechando que á mis ansias
busco segundo remedio,
cansado de apaciguallas.
Agraviado la has, responde,
tu fantasia te engaña,
que salud de ageno gusto
al gusto del alma estraga.
«Que ausencia etc.»
Zaida, espera en la fortuna
y en el tiempo que no para,
y á entrambos los trueca el mundo
con la rueda y con las alas;
y anima tu pecho tierno
para que con vida salgas
deste golfo de tormento,
sin que digan por tu causa,
«que ausencia sin mudanza
«comienza en celos, y en morir acaba.»

ROMANCES DEL ALCAIDE DE MOLINA.

1.°

Batiéndole las hijadas
con los duros acicates,
y las riendas algo flojas,
porque corra y no se pare,
en un caballo tordillo,
que tras de si deja el aire,
por la plaza de Molina
viene diciendo el Alcaide:
«Alarma, Capitanes,
«suenen clarines, trompas y atabales:
dejad los dulces regalos,
y el blando lecho dejadle:
socorred á vuestra Patria,
y librad á vuestros padres.
No se os haga cuesta arriba;
dejad el amor suave,
porque en los honrados pechos
en tales tiempos no cabe.
«Al arma, Capitanes, etc.»
Anteponed el honor
al gusto, pues menos vale;
que aquel que no le tuviere,
hoy aquí podrá alcanzalle;
que en honradas ocasiones,
y peligros semejantes,
se suelen premiar las armas
conforme el brazo pujante.
«Al arma, Capitanes, etc.»
Dejad la seda y brocado,
vestid la malla y el ante,
embrazad la adarga al pecho,
tomad lanza y corvo alfange;
haced rostro á la fortuna;

tal ocasion no se escape;
mostrad el robusto pecho
al furor del fiero Marte.
«Al arma, Capitanes, etc.»
A la voz mal entonada,
los ánimos mas cobardes,
del honor estimulados,
ardiendo en cólera salen
con mil penachos vistosos
adornados los turbantes,
y siguiendo las banderas
van diciendo sin pararse:
«Al arma, Capitanes, etc.»
Cual tímidas ovejuelas,
que ven el lobo delante,
las bellas y hermosas Moras
llenan de quejas el aire,
y aunque con femenil pecho
la que mas puede mas hace,
pidiendo favor al cielo
van diciendo por las calles:
«Al arma, Capitanes, etc.»
Acudieron al asalto
los Moros mas principales,
formándose un escuadron
del vulgo y particulares;
y contra doce mil Cristianos,
que estan talando sus panes,
toman las armas furiosos,
repitiendo en su lenguage:
«Al arma, Capitanes,
«suenen clarines, trompas y
atabales.»

2.°

El Alcaide de Molina,
manso en paz y bravo en guerra,
con sus Capitanes todos
llegó á la vista de Atienza,
de dó volvió victorioso
sin daño y con grande presa
de cautivos bautizados
y de cristianas banderas.
Entró por la puerta el Moro,
y corriendo á media rienda,
á la calle de su dama
soberbio y contento llega.
Dos vueltas por ella dió,
y al dar la tercera vuelta,
desterrando sus temores,
Celinda salió á una reja,
diciendo furiosa y loca:
si tú tuvieras vergüenza,
ni corrieras en mi calle
ni paráras en mi puerta.
¡Mal haya Celinda Mora,
tan determinada ó necia,
que para vivir en paz
se aficionó de la guerra!
Por ser tu alfange temido,
mas que no por tu nobleza,
ofrecí á tu nombre solo
lo que ves en tu presencia,
sin considerar primero
que es claro que no conciertan
con entrañas de diamante
entrañas que son de cera.

¿Qué importa que mis regalos
en paz y en amor te tengan,
si al son de pífano ronco
en furia y odios los truecas?
No niego yo que no acudes
con voluntad á mis quejas;
pero acudes con mayor
al ruido de una escopeta.
Pues esas cosas estimas,
justo es que esas cosas quieras,
que pues en tanto las tienes,
menos soy, y mas son ellas.
Ciñete tu corvo alfange,
embrázate tu rodela,
y llama á tu fiel Acates,
que te lleva las saetas:
sal á hacer escaramuzas
por el monte y por la vega,
en tu caballo el tordillo
y en tu fronteriza yegua:
tala los cristianos panes,
roba las cristianas tiendas,
desde el campo de Almazan
hasta el monte de Sigüenza:
deja á Celinda del todo,
pues tantas veces la dejas,
y acude á tus obras vivas,
pues que me haces obras muertas.
No te llamarán mis ojos,
aunque viendo su miseria,
llorarán sin ver los tuyos,
mi soledad y tu ausencia.
Esto dijo, y al momento
cerró del balcon las puertas,
sin tener lugar el Moro
de poderla dar respuesta.
Colérico de lo oido,
apretando entrambas piernas,
furioso corrió al castillo,
suspenso entre culpa y pena.

3.°

Tambien soy Abencerrage
de los buenos de Granada,
y tambien me ví en la vega
con el de la Cruz de grana:
tan presto acudo á sus Reales
como algunos á las zambras,
y me precio de mi alfange,
como otros de su dulzaina:
si puedo hablar en consejo
preguntenselo á mi lanza,
que ella dá fe de mis obras:
veisla aquí, Zegríes, habladla.
No porque vivo en Castilla,
y fuera de esta comarca,
es menos fuerte mi brazo,
ni son menos mis palabras.
Acaso ¿cuál de vosotros
dejó como yo su Patria
por vivir entre Cristianos,
siempre alerta, y siempre al arma?
¡Mal haya quien os consiente,
cobardes, estar en casa,
Sardanapalos de amor,

ya danzando, ya entre damas!
¡Bien con esos ejercicios
vuestras fronteras se guardan,
y de los contrarios reinos
bien los sembrados se talan!
A mí toca, no á vosotros,
el salirme del Alhambra,
que no es bien hallarme yo
dó tantos cobardes se hallan:
ni que salgan mis consejos
dó no hay ninguno que salga
á probarlos como cuerdo
en el campo y con la espada.
Entre valerosos brazos,
entre venerables canas,
lo que dije se estimó,
y lo que hice se estimaba;
mas como el cielo os dotó
de fuerzas tan moderadas,
de tan flacos corazones,
no quereis que os diga nada,
porque como es mi consejo
para que dejeis las galas,
siguiendo de vuestros padres
en la guerra las pisadas,
desechaisme por estraño,
y es justo que yo me salga,
como estraño mi valor
de vuestra bajeza estraña.
Si agraviados os sentis,
aqui os aguardo en la plaza:
salid diez, ó veinte, ó treinta,
ó toda Granada salga,
á lo menos no direis
que me visteis las espaldas,
pues mas que una infame vida
estimo una muerte honrada.
No si puedo os jactaréis
que me ultrajasteis la fama
mientras esta fuerte diestra
lanza enristra, embraza adarga,
que ó moriré por Alá
ó con vuestra sangre cara,
si el honor me habeis manchado,
limpiaré á mi honor las manchas.
Salió diciendo el Alcaide
de Molina y sus estancias,
poniendo mano al alfange,
de una junta no acertada.

ROMANCES DE AMETE ALI.

1.°

Amete Alí Bencerrage,
Moro valiente y gallardo,
con marlota y capellar,
de pardo, amarillo y blanco,
sale con otros amigos
presuntuoso, alegre, ufano,
y llevan tras sí los ojos
libres, sujetos y francos;
pero llegado á Genil,
rio claro, fresco y manso,

se aparta de la cuadrilla,
libre, solo, suelto y bravo:
parte á descubrir su pecho,
firme, amoroso é hidalgo,
donde ventura le espera
con victoria, triunfo y lauro.
Va publicando valor
su gala, persona y brazo,
y asi ganó de su dama
ojos, lengua, pecho y mano.
Tomó para posesion
oro, coral y alabastro,
que son en guerras de amor
despojos, premios y pago.
Celinda soberbia un tiempo,
por su rostro, talle y garbo,
fue la que dió fin de guerra,
dando entrada, tienda y campo.
Mas fue su dar recibir
trueco, logro, usura y cambio,
pues la entregó el vencedor
alma, vida, honor y estado;
y asi de dos se hizo uno,
de un amor un ser y un trato,
del cual procedió un Infante,
niño hermoso, rojo y blanco.
En las selvas de Diana,
su escondrijo, cueva y manto
le dejaron porque sirva
á Ceres, á Pan y á Baco.

2.°

De verde y color rosado,
en señal que vive alegre,
y al fornido brazo atada
una toca tambien verde;
con plumas verdes y azules
poblado un azul bonete,
mas por parecer galan
que por celosos desdenes:
la lanza y adarga negra,
toda sembrada de sierpes,
que en su ponzoñosa lengua
una oreja todas tienen,
y en medio de ella estos versos
en arábigo parecen:
Desa dañada intencion
mi inocencia me defiende:
en un potro remendado
viene el valeroso Amete,
el mas gallardo galan
que en Granada hallarse puede.
Sale de Ubeda furioso,
y á Baeza el paso tiende,
que hay alarde general,
y es fuerza hallarse presente.
Temeroso de fortuna,
porque su daño pretende,
dió principio á sus querellas
hablando con las serpientes:
¡Polilla de mi esperanza!
¡Niebla de mi sol alegre!
¡Carcoma de mis deseos!
¡Cardillos de mis papeles!
no pretendais desterrarme,
envidiosos de mis bienes,
que tengo á amor de mi parte,
y tiene de defenderme:

«y tú, fortuna, tente,
«no gustes de que muera estando ausente.»
No permitas que en el pecho,
donde mi sangre deciende,
estos áspides dañados
sus bajos intentos siembren:
ni el justo cielo lo quiera,
pues mi fe no lo merece,
ni Zaida en su pensamiento
sus falsos silvos encierre.
«Y tú, fortuna, etc.»
No des la vuelta á la rueda,
ni el clavo quites del eje,
ni permitas que yo diga:
Subióme para perderme:
ni con las nieblas de ausencia
mi esperanza se me anieble,
pues es claro que el olvido
se hace fuerte en los ausentes.
«Y tú, fortuna, etc.»
Y ya que por mi desdicha,
todo este bien se me niegue,
por lo que toca á Celinda
ser escuchadas no deben;
ni es justo que á sus querellas
amor las orejas cierre,
y es bien que ella hablando ablande
lo que endurecer pretenden:
«Y tú, fortuna, etc.»
Esto dijo, y descubrió
la ciudad y muros fuertes,
y de Almanzor las banderas
que tremolando se estienden.
Salen los de dentro afuera
á ver quién el Moro fuese,
que haciendo corbetas altas,
ufano diciendo viene:
«Tente, fortuna, etc.»
En medio de los balcones
mil damas bellas se ofrecen,
satisfaciendo al deseo
con el contento de velle:
el vulgo todo le sigue,
dando voces: viva Amete;
y agradeciendo el favor
dice en la mano el bonete:
«Tente, fortuna, etc.»
Llegó en casa del Alcaide,
recibióle alegremente
con trompetas y añafiles,
y músicas diferentes.
Apeóse de su potro,
y despidiendo la gente
se subió á la fortaleza,
diciendo entre sí mil veces:
«Tente, fortuna, tente,
«no gustes de que muera estando ausente.»

ROMANCES DE CELINDOS.

1.°

Con semblante desdeñoso
se muestra el rostro de Zaida,
pretendiendo de acabar
de Celindos vida y alma.

Es Moro de mucha estima,
Alcaide de Alora y Baza,
sobrino del gran Zegrí,
primo hermano de Abenamar.
Causó el desden de la Mora
en el Moro una tal llaga,
tan penetrante que llega
á lo último del alma.
Zaida muy contenta desto,
que de cruel se gloriaba,
quiere mostrárselo claro
con hechos, obras, palabras;
y asi se viste de verde,
color alegre y galana,
bien diferente de aquella
que saca el Moro de Baza,
porque salió de amarillo,
que es color desesperada;
azul que denota celos;
morado que muere el alma.
Sacó la Mora una aljuba,
de muertes toda sembrada,
junto á ellas una cifra
barreteada de plata,
con cuatro perlas de estima,
Muera, no tenga esperanza.
Sacó una toca turquesca,
de cuya punta colgaba,
una almalafa cubierta
azul, blanca y colorada,
con flor de lises de oro
entre águilas de plata:
la basquiña á media pierna,
con una media leonada:
las ligas verdes y rojas,
bordadas con seda parda:
una zapatilla azul,
que de seis puntos no pasa,
hecha con tanto primor,
cual jamás se hizo en Granada:
en cada una un corazon
con unas pintadas brasas,
y una letra que decia:
Es muy duro; estas no bastan:
puestos al lado dos niños,
que parece que las matan,
y una cifra que les dice:
No las mateis, niños, ardan.
Parte la gallarda Mora
á casa de Celindaja,
tan hermosa como esquiva,
cruel, desabrida é ingrata.
Era Celindaja prima
de aquesta Mora lozana,
y casábase aquel dia
con Aliatar el de Ocaña.
A convidarla envió,
que viniese, que habia zambra,
escaramuza de Moros,
juegos, disfraces y danzas.
Obedecióla la Mora,
y asi partió, acompañada
de dos Moros, primos suyos,
y hermanos de Celindaja.

2.°

Cubierta de trece en trece
por los girones y mangas
de mil roeles azules
una marlota morada,
un capellar amarillo,
terciado con unas bandas
de carmesí guarnecido,
con rapacejos de plata:
un turquesado bonete,
con cuatro lazadas blancas,
que cuatro medallas tiene,
y en cuatro piedras sus armas;
entre dos plumas pajizas,
una verde y dos moradas,
y la verde muy oscura
como de muerta esperanza,
y una letra de oro escrita,
que la pluma verde enlaza,
que dice: *Entre amor eterno*
mas muerta vive en el alma;
de azul, blanco y amarillo
teñida lleva la lanza,
y al brazo una toca negra,
y una esfera en el adarga,
con una letra en el campo,
que dice en lengua cristiana:
Ni mas alto el pensamiento,
ni mayor fuego en el alma,
que esperanza de imposibles
es fe que nunca se paga;
y por orla mil antojos,
que unos á otros se traban,
y por las lunas de todos
dos calaveras de plata
con una letra que dice:
O no mirar, *ó mirallas*;
unos borceguíes negros,
solo la vuelta dorada;
dos grillos por acicates,
con tanto primor y gracia,
que declaran su prision
batiendo una yegua baya,
que lleva un rico jaez
y una mochila dorada,
bordada de mil trofeos,
de manoplas y de espadas,
trompetas, yelmos, escudos
y de cabezas cortadas;
una banderilla azul,
con unas verdes granadas,
y en Morisco aquesta letra:
Maduran para ser agrias;
sale el famoso Celindos,
Alcaide de Alora y Baza,
convaleciente de heridas,
mas no de amores de Zaida.

3.ª

A los torreados muros
de su Jaen, dulce y cara,
dulce porque nació en ella,
cara pues le cuesta el alma,
revuelve á mirar Celindos,
el biznieto de Abenamar,
el que fue Alcaide de Ronda,
y á Estepa tuvo en su guarda.
No va desterrado el Moro
por sucesos y desgracias;
destiérrale una sospecha
por no poder desterrarla,
de que su Zaida querida
le ha quebrado la palabra
que dió de guardar la fe
mal cumplida y bien jurada.
Sale galan, aunque triste,
para mostrar por sus galas
que parte rico y contento,
pues de ello gusta su dama:
con muchos racimos de oro
una marlota encarnada,
acuchillada á reveses
y en tela verde aforrada,
de lazos y nudos ciegos,
á trechos toda bordada,
con esta letra que dice:
Mientras mas me desengaña:
capellar de parda seda,
forrado en tela de plata,
bordado todo de abrojos;
por letra: *Cuando me dañan:*
negro tambien el bonete,
con las plumas variadas,
pajizas, blancas y azules,
moradas, verdes y pardas:
una medalla las prende
con una esmeralda falsa,
y esta cifra á la redonda:
Tu promesa y mi esperanza.
Ceñido un dorado alfange,
una veleta en la lanza
azul, que siempre los celos
traen á la muerte cercana:
pintado un ardiente fuego
en el campo de la adarga,
y la letra dice: *Muera*
quien á dos amores ama:
desnudo el brazo derecho,
y atada una toca blanca,
empresa de su querida,
y de amor humildes parias:
caballo rucio tordillo,
jaez de carmesí y plata,
dos balanzas por estribos,
que aquí estriba el que mas
ama.
Sirve el Moro de fiel,
aunque no le sirve nada;
mas por mostrar á Celinda
que como murió, asi acaba.
Llegó el caballo á la orilla,
al agua se arroja y lanza,
como en señal de que siente
del dueño la ardiente llama:

á nado pasa el caballo,
y él como á acabar ya pasa,
no repara en que se moja,
pues morir no le repara.
Salió á la arenosa orilla,
y vuelve á mirar su Patria,
hincando la lanza en tierra,
y arrimado el rostro al asta:
contempla los edificios,
alta roca y fuerte alcázar,
á quien su firmeza opone,
y halla su semejanza:
aquí vieras, Mora, dice,
si como yo me miraras,
un monte de sufrimiento,
y un alcázar de inconstancia:
y si como yo te miro,
te miraras, en tí hallaras
un alcázar de soberbia,
de dureza una montaña.
Pase por tí aquella aprisa,
cual tú por mis cosas pasas.
Aun no saliste á verme,
como á cosa ya pasada,
para ver en mi librea
mi firmeza y tu mudanza,
reparando en mis colores
lo que en gustos no reparas.

4.°

Mal os quieren Caballeros
de Antequera y de Granada,
Celindo, porque presumen,
que os quieren mucho las damas.
Hablan de vos en ausencia,
y si estás entre ellos, callan:
murmuran de vuestros hechos,
y acreditan os la fama,
porque no mostrais papeles
de Xarifas, ni de Zaidas,
como algunos, cuyos pechos
no son pechos sino plazas;
porque de vuestras divisas
nunca se supo la causa,
y respetando favores
agradeceis esperanzas:
ya sabeis que concertaron
los Gomeles unas cañas,
y que salen los Zegríes
en competencia á jugarlas.
Salid, Celindo, á las fiestas,
y sacad plumas y mangas
del color de vuestros gustos,
y de la fe de vuestra alma;
que yo aseguro que os miren
algunas que nunca os hablan,
y que tengais mas promesas
que tienen ellos palabras.
Pedidle favor al tiempo,
y á fortuna dadle gracias,
que entrambos han de valeros
á pesar de sus mudanzas;
y á la amiga de Adalifa
no os canseis de sobornalla,
porque el amor solicite
y á vuestra ventura valga:
que una amiga de otra amiga

mil imposibles alcanza,
y montes de inconvenientes
cuando importa los allana.
Esto escriben á Celindos
dos damas del Alpujarra,
que en secreto le respetan,
y en público le maltratan.

ROMANCE DE CELALBA.

Celalba, Mora, que al mundo
el bien de amor representas,
Alba en nombre, y al fin Alba,
que el suelo adornas y alegras:
tú que de tu hermosa boca
suspensos los hombres dejas,
y á los que robas las vidas,
con matarlos los recreas;
ya que de mis esperanzas
la flor me coges y llevas,
y de mi gusto y amor
has hecho dichosa prueba;
quiero darte mi consejo,
si mi edad florida y nueva,
y ser partes con pasion
no contradicen mi lengua.
Vive, Señora, á tu gusto,
que la voluntad sujeta
es polilla del contento,
y las lágrimas le anegan.
No gustes de soledades,
aunque eres sola en belleza,
que el sol con ser bello y solo
á todos mira y calienta.
¡Ah Mora sabrosa y dulce!
¿es posible que la tierra
tiene y sustenta morales
que nos den fruta tan bella?
¿Quién habrá que sus deseos
y apetitos no te ofrezca,
pues en tí sola el dechado
de la hermosura se encierra?
Ese Alcaide que te guarda,
rios por sus ojos echa
de tristes celos bramando,
aunque en el bramar acierta.
Quiere tenerte escondida,
y con recato encubierta;
mas eres luz de hermosura,
y la luz mucho se muestra.
Presume que su cuidado
será de tus gustos rienda,
y no vé que sus sermones
acrecientan mas tu tema.
¡Mal conoce las mugeres,
que aquello que se les veda
quieren gustar lo primero,
imitando á la primera!
¿No vé que son como el agua,
que si su curso refrenan,
busca venas diferentes
por donde bien correr pueda?
¿Ni que la que finge mas,
que es su corazon de piedra,
si con oro la martillan
al momento da centellas?
¿Ni sabe que es como el árbol
que por industrias y pruebas

viene á dar fruto primero
que quiere naturaleza?
Al fin de sus ignorancias
le da merecida pena,
pues siendo vivo tu gusto
pretende ser tu albacea.
Celalba, por Alá santo,
que si le burlas y ciegas,
he de adorarte cual luna,
como lo manda mi secta.

ROMANCES DE ZULEMA.

1.°

Aquel valeroso Moro,
rayo de la quinta esfera,
aquel nuevo Apolo en paces,
y nuevo Marte en la guerra;
aquel que dejó en memoria
de mil hazañas diversas,
antes de apuntalle el bozo
por punta de lanza hechas;
aquel que es tal en el mundo
por su esfuerzo y por su fuerza,
que sus mismos enemigos
le bendicen y le tiemblan;
aquel por quien á la fama
le importa que se prevenga,
para contar sus hazañas,
de mas alas y mas lenguas:
Zulema al fin, el valiente,
hijo del fuerte Zulema,
que dejó en la gran Toledo
fama y memoria perpétua;
no armado, sino galan,
(aunque armado mas lo era)
fue á ver en Avila un dia
las fiestas como de fiesta.
En viéndole, la gran plaza
toda se alegra y se altera,
que ver en fiestas al Moro
les parece cosa nueva.
En los andamios Reales
los Adalifes le ruegan,
que se asiente, aunque se temen
que á todos les escurezca.
Bendiciéndole mil veces
su venida y su presencia,
le dan las damas asiento
dentro en sus entrañas mesmas;
pero al fin Zulema enmedio
de los Alcaides se sienta,
que lo fueron por entonces
de la mayor fortaleza:
cuando mas breve que el viento,
y mas veloz que cometa,
del celebrado Xarama
un toro en la plaza sueltan,
de aspecto bravo y feroz,
vista enojosa y soberbia,
ancha nariz, corto cuello,
cuerno ofensible, piel negra.
Desocúpale la plaza
toda la mas gente de ella,
solo algunos de á caballo
aunque le temen le esperan:

piensan hacer suerte en él,
mas fuéles la suya adversa,
pues siempre que el Toro embiste
los maltrata y atropella.
No osan mirar á las damas
de pura vergüenza dellas,
aunque ellas tienen los ojos
en otra fiera mas fiera:
á Zulema miran todas,
y una disfrazada entre ellas
que hace á todas la ventaja,
que el sol claro á las estrellas,
le hizo señas con el alma,
(de quien son los ojos lengua)
que esquite aquellos azares
con alguna suerte buena.
La suya bendice el Moro,
pues gusta de que se ofrezca
algo que á la bella Mora
de sus deseos dé muestra:
salta del andamio luego,
mas no salta, sino vuela,
que amor le prestó sus alas,
como es suya aquesta empresa;
cuando ve que á un hombre el toro
con pies y manos le huella,
y siendo sujeto al hombre
agora al hombre sujeta.
A pie se parte á librarle,
y aunque todos le vocean,
no lo deja, porque sabe,
que su victoria está cierta:
llega al toro cara á cara,
y con la indomable diestra
esgrime el agudo alfange
haciéndole mil ofensas:
retírase el toro atras,
líbrase el que estaba en tierra,
grita el pueblo, brama el Toro,
vuelve á aguardarle Zulema.
Otra vez vuelve á embestille,
y mejor que la primera
le acierta, y riega la plaza
con la sangre de sus venas:
brama, bufa, escarba, huele,
anda alrededor, patea,
vuelve á mirar quien le ofende,
y de temelle da muestras.
Tercera vez le acomete,
echando por boca y lengua
blanca y colorada espuma,
de corage y sangre hecha;
pero ya cansado el Moro
de verle durar, le acierta
un golpe, por dó á la muerte
le abrió una anchurosa puerta:
levanta la voz el vulgo,
cae el toro muerto en tierra,
envídianle los mas fuertes,
bendícenle las mas bellas,
con abrazos le reciben
los Azarques y Vanegas,
las damas le envian el alma
á darle la enhorabuena,
la fama toca su trompa,
y rompiendo el aire vuela,
Apolo toma la pluma,
yo acabo, y su gloria empieza.

2.°

Aquel esforzado Moro,
Abencerrage Zulema,
espejo de valentía
y retrato de nobleza;
aquel paciente amador,
y guerrero sin paciencia,
que fue muro de su patria
y reparo de su secta;
en un caballo español
sale rompiendo la tierra,
el cual con tropel menudo
bate la menuda arena,
y casi toca en la cincha
sin tocarle él con la espuela,
convirtiendo en blanca espuma
un freno de color negra.
El Moro sale gallardo
y gallarda su librea,
que con mucho amor la hizo
y no sin mucha prudencia.
La marlota es naranjada
en señal de su firmeza,
y no de verde color,
que ya no se precia de ella;
pues como dichoso amante
la esperanza tiene muerta,
porque goza de su dama,
y con esto ya no espera.
Lleva el capellar pintado
de una dulce primavera,
porque dentro de su alma
todo es placer cuanto lleva;
y lleva el bonete azul,
no porque celoso venga,
sino porque de su cielo
es la color mas perfecta;
y lleva un rico cendal
que le ciñe la cabeza,
prenda de su amada Mora,
y de su amor dulce prenda.
Lleva ademas por divisa
una venturosa emblema,
señal de infinito amor
y no de poca soberbia.
Era pues el ave Fenix
ya de ceniza cubierta,
cubierta mas no quemada,
y si quemada no muerta;
porque recibiendo vida
levantaba la cabeza,
y en la mas ardiente llama
mostraba mejor su fuerza.
Esto lleva el rico amante,
y en arábigo esta letra:
Así recibo yo vida
de la dama que lo ordena;
porque amaba sumamente
á Zara, una Mora bella,
estimada en la ciudad
por su antigua descendencia,
y de la Reina estimada
como universal Princesa;
aunque servida en la Corte
no sin mucha competencia.
Servida, mas no pagada,
sino solo de Zulema,

que cómo fino amador
en su pecho la celebra.
Págale cumplidamente,
y aun procura que le deba,
no para mas libertad
sino para mas cadena;
y asi por esta ocasion
trajo esta rica librea,
declarando en la pintura
lo que gozaba por ella.
Cruza por el ancho coso,
donde está su dama llega,
mírale toda la gente
y admirada le celebra.
El Moro como es galan
usa de su gentileza,
que atraviesa la estacada
y á Zara el pecho atraviesa.
Llegóse al primer balcon
que era dó estaba la Reina;
humilla el esquivo cuello
y al momento se endereza;
y es mucho para tal Moro
usar de tanta llaneza,
haciendo agora en la paz
lo que no quiso en la guerra.
Bate el caballo feroz
con la rigorosa espuela,
y coge su dura lanza
para tal efecto hecha:
un hierro con otro junta,
y no con mucha braveza,
que si la mano apretara
en fuego la convirtiera;
mas viéndose ya subido
en el punto que desea,
humillar hace al caballo
y la dura lanza quiebra,
diciendo con voz altiva,
aunque de arrogancia llena:
Todo es poco, bella Zara,
en tu divina presencia.

3.°

Del Alhambra á media noche
sale gallardo Zulema,
ciego de cólera y celos,
si acaso los celos ciegan.
Bajaba el valiente Moro
de noche por ver si en ella
puede con su oscuridad
dar lumbre á cierta sospecha,
de que su querida Zara,
Mora hermosa y discreta,
alma de su pensamiento,
la fe y palabra le quiebra:
tenia celos el Moro
del Alcaide de Marbella
que en Granada residia,
porque su calle pasea.
Cuanto lleva en el vestido
va publicando su pena,
que quiere ya publicalla,
y lo diga su librea.
La marlota verde oscura,
señal de esperanza muerta;
de una cadena bordada
llevaba fija esta letra:

Mi esperanza cautivé;
y como se vió sujeta,
dudando de su rescate
vino á morir en cadena.
El bonete carmesí
y en él una pluma negra,
y por letra: *Mi alegria*
compite con mi tristeza.
Caballo rucio rodado,
y escrito en entrambas riendas:
Ha rodado por mi mal
de mi fortuna la rueda.
En el campo del adarga
llevaba una calavera,
y un mote en la frente escrito
en que dice: *Ya estoy cerca.*
Un borceguí datilado,
dorado solo la vuelta,
que dice: *Si vuelta está,*
dificil será volvella.
Una banderilla azul
en una lanza gineta,
y dice la letra: *Celos,*
hincadsela hasta que muera.
Ceñido un dorado alfange,
dorado jaez y espuelas,
y toca dorada al brazo,
que es de su Zara la empresa.
Llegado al sitio y lugar
á donde su amada prenda
vivia, aunque en sus entrañas
tiene morada mas cierta:
vió la ventana cerrada,
y por no volver sin vella,
con el cuento de la lanza
dió un pequeño golpe en ella.
Su dama, que descuidada
estaba de la novela,
por un pequeño postigo
se asomó por ver quien era.
No le conoció tan presto
estando un rato suspensa;
Zulema picó el caballo,
allegándole mas cerca,
diciéndole: Sol del mundo,
que en los ojos reverberas,
abrid toda la ventana
desterraréis las tinieblas.
Ella que le conoció,
le dijo: Amado Zulema,
ese nombre es propio vuestro,
yo luna basta que sea,
que ya sabeis que á la luna
el sol su lumbre le presta;
y si acaso tengo alguna
la recibo de la vuestra.
Zulema le dijo: ¡Ay Zara,
cuánto en el alma me pesa
de que te cuadre ese nombre
de luna, y que yo sol sea!
porque la luna en el cielo,
viendo el sol en su presencia,
no da de sí luz ninguna
señal que de ello le pesa;
y cuando se alegra mas
es cuando su sol se ausenta,
y creo que tú lo imitas
en esto por darme pena.
Respondió Zara turbada:
¡qué bien de ver se te echa
en eso, y en venir tarde,
que los celos te hacen guerra!

Desecha, Zulema amigo,
ese dolor que te aprieta,
aunque escaramuza y pages
veas delante mis puertas,
pues soy de peña á sus dueños
cuanto para tí de cera.
Zulema algo asegurado
solo la dá por respuesta:
¡plegué á Dios que al mucho curso
no se allane la carrera!
Con esto se parte el Moro,
humillando la cabeza,
con intento de mudar
caballo, lanza y librea.

4.* (*)

Lo que puede aborrecida
la muger que olvida tarde,
hoy se prueba en mis desdichas,
que de amor y olvido nacen.
Del linage de Tarife,
(aunque fue de humildes padres)
nací Bencerrage al mundo
para morir Bencerrage.
Heredé sus desventuras,
gran mayorazgo de males,
poca hacienda y mucha envidia,
madrastra de mi linage.
En la campaña valientes,
en el terrero galanes,
amigos de valerosos
y enemigos de cobardes,
no tuvo dama Granada
que Bencerrage no amase,
que solo el nombre tenia
rendida la mayor parte.
Ha crecido cierta envidia
entre el vulgo variable:
dicen, que amaron la Reina;
si la amaron, Dios lo sabe,
dejáronme al fin muy niño,
tan sin amparo de nadie,
que por solas mis desdichas
he conocido mis padres,
que con las suyas pudieran
las mias ser solo iguales,
pues el tiempo y la fortuna
han hecho en mí ejemplos grandes.
Quise á la Mora mas bella
que mira el pastor de Dáphne,
desde la mar donde muere,
hasta el cielo donde nace.
Desaméla, aunque á creerlo
muy pocos se persuaden;
mas quien lo entiende me diga
lo que pueden libertades.
¿Qué quieres, ingrato amor?
¿por qué perseguir te place

(*) El Zulema de este Romance es un personage distinto de los anteriores.

la vida que no te ofende
con muerte que ha de pesarte?
¿Por qué lloras contra mí
tú que en mi favor lloraste?
Ausente estoy de tus ojos,
quizá será aquesto parte.
Esto contaba Zulema
á su Señor Albenzaide,
junto á la mar donde quiere
y á las piedras que combate.

ROMANCES DE ZEGRI.

1.°

A sombras de un acebuche,
entre robles y jarales,
habia una cueva oscura
labrada por un salvage,
valiente moro Zegrí,
Señor de los Alijares,
y salvage por desdenes
de una dama Abencerrage.
De frutas verdes y secas
se mantiene, porque sabe
que mantiene verde y seca
la esperanza de sus males.
Estando pues en su cueva,
oyó gemir en un valle
á una leona fiera
que de su leon no sabe:
hundia el aire con quejas,
y luego rompiendo el aire
á sus querencias volvia
bramando, porque bramasen:
mas como en guerra de celos
el mas fuerte ménos vale,
pensando que no es querida
vivá pena, y muerta cae.
Suspirando dice el Moro:
¡amor de juicio sales!
con los hombres te haces fiera,
y con fieras hombre te haces:
deja á esa leona muerta
por tu gusto, y por amante,
que otra mas brava te espera
mantenida con mi sangre.
Seis años me desterró,
que se cumplen esta tarde,
y mañana parto á vella
con bruto dolor y trage.
Sola una merced te pido,
que si á Granada llegare,
la vean aquestos ojos
porque los suyos acaben.

2.°

En un aposento oscuro,
el mas de toda la casa,
entre las ocho y las nueve
un dia por la mañana,
Zegrí, dicho el montañes
por nacer en la Alpujarra,

la marlota se desnuda,
y el turbante se quitaba,
que ha puesto para ir á ver
á la hermosa Belisarda:
halo arrojado en el suelo,
y él se ha arrojado en la cama,
y con ardientes suspiros
consigo mismo ansí hablaba:
¿A dónde vas, atrevido?
¿A dónde tanta arrogancia?
¿No miras cuán poco vales,
y el valor de Belisarda?
¿Quién eres tú, y quién es ella?
dos mil veces replicaba.
Levantóse como un rayo
y abre todas las ventanas,
y toma tinta y papel
y la escribe aquesta carta:

«Señora, el dejar de veros
«no es porque me falta gana,
«sino por no dar disgusto
«á quien mi disgusto causa,
«porque tu gusto no pierda
«lo mucho que el mio gana;
«en no verte pierdo mucho;
«mas no pierdo, que tú ganas.
«Perdona, Señora mia,
«las pesadumbres pasadas,
«que pues las causó locura,
«bien me disculpa ignorancia.
«A mis importunaciones
«tambien has dado tú causa,
«dándome tales favores,
«que el menor de ellos bastaba
«para poder competir
«con el mejor de Granada.
«Tú, mi Señora, me diste
«grandísimas esperanzas
«de mejorar los favores
«que agora van á la larga:
«pensé que fuera subiendo
«como quien sube por gradas;
«mas pensando ganar tierra
«voy perdiendo la ganada.
«Los favores que me das,
«si es que te salen del alma,
«no hay á qué los comparar,
«pues pensarlo pone calma:
«mas si son por cumplimiento
«suplícote no los hagas,
«pues son dineros de duende
«que en sombra se desbaratan;
«cuartos que llaman de fraile,
«que en el mercado no pasan;
«pesas que por no ser justas
«estan del rollo colgadas;
«obras hechas en pecado
«que no aprovechan al alma,
«son obispados de anillo
«cuya renta no se paga;
«voz de guitarra sin cuerdas,
«fuerzas de cuerpo sin alma;
«el beso y la paz de Judas,
«cartas y escrituras falsas.
«Yo para decir verdad,
«harto dudo si me engañas:
«veo señales de amor;
«pero tibias y aun heladas,
«que por mas que estoy sin verte
«nunca veo que me llamas:
«cuando de tí me despido
«nunca me dices aguarda;

«si al cuello te echo los brazos
«los quitas y desenlazas;
«si llego mi rostro al tuyo,
«el tuyo muy presto apartas,
«y por mas que te lo ruego
«nunca quieres ver mi cara:
«haces reparo á mis manos
«las veces que se desmandan:
«todas estas son señales
«de voluntad no muy sana.
«Con todo aquesto, Señora,
«te quiero ir á ver mañana:
«será para darte gusto,
«porque le tendrias sin falta,
«que aunque al entrar no lo tengas,
«tendráslo cuando me salga;
«si dijeres: Mal venido,
«dirás: Norabuena vayas.
«Diciéndote estas sospechas
«tú me has dicho que son falsas,
«y que por no agradecellas
«pongo á tus favores tachas;
«y esto en buen romance es
«persuadirme que me amas:
«si es así, y me das lo mas,
«¿cómo en lo menos reparas?
«Yo me daré por vencido
«con la vista de mañana,
«si entonces viere que estás
«corregida y emendada.
«Sé larga en lo que nos resta
«si hasta aquí no fuiste larga:
«si del secreto recelas
«harán que le haya mis trazas,
«que habiéndotelas yo dicho
«no te han parecido malas;
«¡pero harto malas son
«si no han de servir de nada!
«Ya sabes que en el secreto
«nadie en el mundo me iguala,
«con esto solo concluyo,
«con que doy fin á mi carta;
«que si el favor que me diste,
«le diste de buena gana,
«no habrá cosa que me niegues,
«pues es verdad apurada,
«que es fácil ganar la villa,
«la fortaleza ganada.»
Habiendo la carta escrito
la cierra, y para envialla
llamó un page que la lleve;
mas recélase de dalla,
que para cosa tan grave
ninguno hay de confianza:
ni al flaco papel se atreve
cargar carga tan pesada,
envolvióla en un papel
y en su escritorio la guarda.

3.º

Al venturoso Zegrí
la hermosa Celindaja,
con mas lágrimas que letras
está escribiendo una carta.
Soberbio es el sobreescrito,
que es soberbia su esperanza:

Al ídolo de mi gusto,
tan al justo de mi alma.
« Si temo viéndote ausente,
« no te admires, prenda cara,
« porque este mónstruo de ausencia
« pare imposibles mudanzas:
« y mas tú, olvidado Moro,
« que con encomiendas flacas
« sabes hacerte tan fuerte
« que borras memorias hartas.
« Hablo, amigo, de esperiencia,
« que conozco tus ventajas,
« y temo propias sospechas
« cuando á agenas tierras vayas.
« Tu descuido me promete
« cuidado por nueva causa,
« que eres para ser querido,
« y no han de faltarte esclavas.
« La que dejaste en Toledo
« con tu memoria descansa:
« ¡quiera Alá, dichoso Moro,
« que allá esté desocupada!
« En mi corazon te mira
« las tardes y las mañanas,
« que el espejo de mi pecho
« son tus primeras palabras.
« En mi alma tu fe guardo,
« si es que cual tuya la tratas:
« vén, visítala, Zegrí,
« que se confiesa agraviada.
« Si me engañares, al menos
« una muger flaca engañas,
« culpada de voluntad,
« que no pequé de ignorancia.
« ¡Ay Moro del alma mia!»
Aqui suspensa y turbada,
renovando sentimientos,
borra las letras que estampa:
crece el nublo de suspiros,
los ojos el papel bañan,
falta á la mano el aliento,
y á la pluma tinta falta.
La Mora que las encierra,
como es la Mora encerrada,
tocó á recoger el cuarto
de la Reina y de las damas:
Celindaja dobló el pliego,
y á quien lo que es le demanda,
dice que son devociones
que pasa cada semana.

ROMANCE DE ARLAJA.

En el aceruelo Arlaja
puestos los dos soles tiene,
eclipsadas ambas lunas
con las lágrimas que vierte:
mil veces pone los ojos
en la labor, y la vuelve,
porque turbada de celos
el tino y los puntos pierde:
dos mil se le corta el hilo,
y no el hilo de sus fuentes,
que como nacen del alma
son perpétuas sus corrientes.
Moro, dice, mas ingrato
que los ingratos de allende,

pues en condicion ingrata
á esos bárbaros escedes;
dime, Arlaja ¿qué te ha hecho
que le das tantos desdenes?
¿Es posible que no estimas
la palabra que le ofreces?
Si no me quieres, cruel,
¿por qué en valde me entretienes?
Y si dices que me amas,
quiéreme como me vendes.
Ten lástima de tu Arlaja
si de tí mismo la tienes,
que vendrás á hacer al fin
lo que agora no resuelves.
Bien sé que besas y adoras
otras mas altas paredes;
mas no lo son en firmeza,
que es firmeza de papeles.
Poca guarda es la que guardan
altas torres, lienzos fuertes,
que cuando quisiere el alma
los hallará trasparentes.
Quiere bien en una parte,
no quieras en tantas veces,
que es forzoso no querer
si tan partido anduvieres.
¿No ves que es notable agravio
seguir tantos pareceres,
y pagar con un amor
á tres ó cuatro quereres?
¡Qué poco te cuesta amar,
que tras cada canton mueres!
Bien parece que no amas,
pues á ninguna aborreces.
Envidia te tengo, Moro,
no á tu amorcillo, que mientes:
¡oh quién pudiera mentir
por querer siquiera á veinte!
De gallarda complexion,
de hermosa voluntad eres;
tú vendrás á amar por tiempos
algun millon de mugeres.
¡Plegue á Alá que quieras tanto
que de puro amor revientes,
y que aborrezcas á todas
cuando finges que las quieres!
O que dés en otro estremo,
pues de estremo á estremo vienes,
que te suban mas de punto
lo que tú tanto encareces;
y que pues eres Narciso,
pues Narciso te pareces,
de tí mismo te enamores,
pues no te bastan mugeres.

ROMANCES DE ARBOLAN.

1.°

Sobre lo verde y las flores
unas Moras enlazadas,
amarga fruta que dieron
sus floridas esperanzas,
sacó el gallardo Arbolan
en una muestra gallarda,

muestra con que al mundo muestra
lo que se muestra en su cara.
No lleva mote en la empresa,
que mudo emprendió sus ansias,
y el ser mudo no le muda
la mudanza de su dama.
Callando á su calle llega,
y al pasar por ella, pasa
tan duros pasos de muerte
que el menor pasa de raya.
Tan mirado y tan temido
mira el balcon de Guahala,
que aunque á la mira estuvieran
mil ojos, no le miraran;
la cual de cabellos bellos
unos lazos desenlaza,
lazos que en lazos de amor
rendidas almas enlazan:
y entre matas de un jazmin
tiende sus matas doradas,
matas que matan á todos,
y por ninguno se matan.
Cayóle una cinta verde
que el Moro alcanzó, y alcanza
tan rico alcance su gloria,
que no viviera alcanzada.
Ella por cobrar su prenda,
una su criada llama,
criada, y criada al gusto,
de quien es norte en crianza;
y díjole que subiese
una lista enamorada,
que entre las Moras de un Moro
de verde se hace morada;
que si tantas Moras moran
como en su Aljuba en su alma,
alma Mora, Aljuba y Moras
no moririan solitarias.
Él, apuntando la cinta
con la punta de la lanza,
punta que su punta esfuerza
sin faltar punto á su fama,
dijo: las Moras nacieron
de una que sembré en el alma,
una, tan una en belleza,
cuanto es una en las mudanzas.
Cogílas sin merecerlo,
de mil flores plateadas,
flores que bien eran flores,
pues tan de flores se pasan,
y no teñirán tu cinta,
porque de sangre se pagan,
sangre de la mejor sangre
que vertió sangre cristiana.
Si es yerro no obedecerte,
yerro el hierro de mis armas,
que cautivo que tú hierras,
yerra mucho si te enfada.
De aqui la pruebe á quitar
tu prenda, quien en tu casa
prendas sin prendas merece,
porque aprenda á celebrarlas.
Con esto atajó la rienda
al caballo, y á las ansias,
parte á acaballo á caballo,
y en mil partes parte el alma.

2.°

Sale de un juego de cañas
vestido de azul y verde
el valeroso Arbolan,
casi al punto que anochece,
en un alazan caballo,
adornado de jaeces,
lleno el freno de penachos,
y el pretal de cascabeles.
De San Lucar sale el Moro,
y camino va de Gelves,
tan melancólico y triste,
cuanto vino ayer alegre;
porque una morada toca
que á su Mora dió en retrue-
que
de un hermoso camafeo,
en un verdoso bonete,
vió que la llevaba puesta
(si los ojos no le mienten)
en lo blanco de la adarga
su competidor Amete.
A sus lástimas tan justas
á responder no se atreve
el eco por no enojalle,
que aun hasta el eco le teme.
¡Maldito sea, dice el Moro,
quien se fia de mugeres,
pues sabe son mas mudables
que los años, dias y meses!
¡Malditos sean sus halagos,
si halagos decirse pueden,
pues halagan con la paz,
y armada la guerra tienen!
¡Malditas sean sus palabras,
maldito cuanto prometen,
pues prometen y no cumplen,
y sin dádivas no quieren!
¡Maldita su falsa risa,
pues cuando rien aborrecen,
y cuando muestran amor
es cuando mas se endurecen!
¡Malditos sean sus favores,
y el amor falso que tienen,
pues quieren al que no ama,
y al que las ama aborrecen!
¡Malditos sean los gemidos
que dan, si ausentes los tienen,
pues no lloran por la ausencia,
sino temiendo que vienen!
¡Mal haya tambien mi dicha,
pues cuando florecer debe,
con la niebla de unos celos
se aniebla, marchita y pierde!
¡Mal hayan mis esperanzas,
pues estaban ayer verdes,
y hoy se han tornado amarillas
con un cierzo de desdenes!
¿Qué me importa á mí, di, Guala,
que me mires siempre alegre,
pues que segun hoy he visto,
sin duda entonces me vendes?
¿Qué me importa que tú digas,
que por mí vives y mueres,
pues segun hoy has mostrado
fingidamente hablar debes?
Entre los fingidos tratos

que á entrambas partes prometes
sin inclinarte á ninguna,
á él piadosa, á mí clemente;
mas vale que te declares
y esos ademanes dejes,
pues que con ellos me engañas,
y suspenso á Amete tienes.
Con esto vivirás leda,
y alegre vivirá Amete,
y yo moriré contento
por ser tú quien me da muerte.
Podreis gozaros los dos,
y yo gozaré mi suerte,
que será una corta vida,
colgada de esos placeres.
No pudo hablar mas el Moro,
que lágrimas le detienen,
y un sudor que ha procedido
de celosos accidentes.

3.°

El mas gallardo ginete
que jamás tuvo Granada,
cortés, galan y discreto,
brioso en jugar las cañas,
diestro en una y otra silla,
y mucho mas en las armas;
fuerte cual acero en ellas,
y cual cera entre las damas;
diamante entre los alfanges,
gracioso en bailar las zambras,
sal en las conversaciones,
y medido en las palabras:
vestido de una marlota
medio azul, medio encarnada,
efectos que causa el Moro
en la bella Mora Guala:
el capellar amarillo,
que es color desesperada;
azul el turbante y toca,
por unos celos que trata.
Pártese con razon poca,
y auséntase de su dama;
él va vestido de fiesta,
y ella de luto en el alma.
Camina para Jaen
solo por jugar las cañas,
cuando Guala pierde el rostro
de los contentos del alma.
Es Mora, cuya hermosura
mil corazones enlaza,
y viendo libre á Arbolan,
de esta manera le habla:
¡Arbolan! ¡valiente Moro!
¿tan flacamente me amas,
que con pequeña ocasion
de mi presencia te apartas?
¡Oh si pudiera seguirte,
y como que te espantaras
viendo en mí la fortaleza
de amor, que en tí se acobarda!
El ver partir á Arbolan
tanta pena le dió á Guala,
que cayó la Mora enferma
al tiempo que él caminaba;
y á Moras que le preguntan
de su enfermedad la causa,

responde con fingimiento
y con palabras dobladas.
Menos dobleces la toca
tiene, que el Moro llevaba,
que son los que Guala muestra
en el mal y en las palabras.
Solo á Zara que es su amiga,
y de su Arbolan hermana,
quejas y ocasion le cuenta
con plática clara y llana.
¡Ay Zara, querida amiga!
¡cuán mal tu hermano me trata,
que con ausencia rabiosa
ya por momentos me acaba!
Y estas palabras diciendo
se le quedó desmayada;
flaqueza del mal que tiene,
y fuerza de amor lo causan.

4.°

Preso en la Torre del Oro
el fuerte Arbolan estaba,
por mandado de su Rey,
con cuatro Alcaides de guarda;
no porque traidor ha sido
contra su corona en nada,
sino por celos que tiene
de su idolatrada Guala:
«Ay querida Guala,
«triste del que sin verte muerte
aguarda.»
Manda que suelto no sea,
sino para mas venganza,
con dos pesadas cadenas,
que pies y manos le traban:
viéndose de aquella suerte,
sin remedio de esperanza,
suspirando dice á voces,
asomado á una ventana:
«Ay querida Guala,
«triste etc.»
Y luego volvió los ojos,
y á Guadalquivir miraba,
diciendo: Rey inhumano,
ya obedezco lo que mandas.
Mandásteme poner hierros,
y cargásteme de guardas,
ambas á dos, cosas son
no sin gran misterio causa.
«Ay querida Guala,
«triste del que sin verte muerte
aguarda.»

ROMANCES DE ALIATAR.

1.°

De la naval con quien fueron
tan inclementes los hados,
que es prueba de la fortuna,
y fe de sucesos varios;
en una playa desierta,
sus rotas velas dejando

á reparar, si es posible
repararse rotos cascos,
vuelve Aliatar á Castilla
para que el Rey Toledano
por tierra ó por mar le ocupe
en mas peligrosos cargos;
que de su linage noble
las proezas imitando,
del gran Alfaquí su padre
desea seguir los pasos.
Pasando pues su camino
por la ciudad, á quien damos
el blason y la memoria
del escudo Castellano,
Adalifa, Mora bella,
amiga de amor de paso,
puso en el Moro los ojos
para mudarse y quitallos.
Ya suspira porque ha de irse,
ya llora porque ha llegado,
ya del tiempo forma quejas,
ya le llama Dios humano;
ya su muerte le da celos,
ya sus celos son engaños,
ya detiene á sus deseos,
ya da rienda á sus cuidados,
ya se le antoja que es Dido,
ya que Aliatar el Troyano,
huésped, robador de fe;
mas no hay fe donde hay agravios.
Mil promesas hace el Moro
contra el poder de los años,
cuyo curso allana montes,
y encumbra los valles llanos.
En esto llegó el ausencia,
cirujano de cuidados,
vida de presentes gustos,
muerte de gustos pasados.
Asi se trocó Adalifa,
y en su pensamiento vario
voló á otros nuevos desvios
regida de olvido ingrato;
y Aliatar, porque no entienda
que de su olvido hace caso,
sobre la arena escribió
de su ligereza el cargo.

2.°

Alcaide, Moro Aliatar,
con la Reina os congraciasteis:
mas son aquestas razones
de muger que no de Alcaide:
dijiste no habia bonete
de Moro, dó no se halle
toca de dama ó cabellos,
medalla, cifra ó plumage,
y que las damas avisan
de que las esclavas salen,
de las damas mensageras
á visitar los galanes;
que de papeles hay muestra
en el terrero las tardes,
como si el mostrar papeles
no fuera bajeza grande;
que rondando algunas noches
encontrais al Moro Azarque,

debajo las celosías,
á donde suelen hablarse.
Si le topais ó le veis,
prendedle ó acuchilladle,
y sino callad de dia,
como de noche, cobarde.
De la discreta Xarifa
siendo mentira, contastes,
que señas hizo en Genil
al Moro de Ocaña Azarque;
y á las dos Galvanas bellas,
(siendo quien son los Galvanes),
sin respeto y con malicia
de altaneras las tratastes.
Del cuarto de nuestras damas
hiciste injusta cárcel,
y apagando la ocasion
encendiste voluntades.
Alguna aficion dormia;
yo sé que la despertaste:
mucha privacion es fuerza
que en mucho apetito pare.
Mentís, Alcaide traidor;
mentís, Aliatar infame,
y perdonad, que las damas
asi me mandan que os trate;
pues de esas falsas razones,
y de ese traidor semblante,
no hay honra que esté segura,
ni nobleza sin ultrage.
Los galanes caballeros
sirvan damas principales,
que en amores de esta suerte
ningun desacato cabe.
Teneis entrañas dañosas,
presumís grandes maldades,
gobernais agenos bienes,
para el fin de vuestros males.
Las sospechas que soñais
poblicaislas por verdades.
¡Ay de vos, y cómo os veo,
que en pie os morireis, Alcaide!
Damas servisteis un tiempo;
allegad y preguntalles
quién sois vos, y quién son ellas,
sabreis bajezas notables.
Jamás tuvisteis amigos
que seis dias os durasen;
señal de malos respetos
no conservar amistades.
A las armas, Moro amigo,
dejad malicias aparte,
y en vez de damasco y sedas,
vestid jacerina y ante,
que las manchas en que la honra
á tantos buenos echastes,
han de salir con lavarlas
en vuestra alevosa sangre.

3.°

Azarque, Moro valiente,
en ausencia me infamaste,
diciendo palabras que eran
mas de muger que de Azarque.
Dices que te puse mal
con la Reina y con los grandes,
y que soy cobarde: mientes;
tú mientes y eres cobarde.

Mira, Azarque, lo que dices
otra vez antes que hables,
que si tu lanza es temida,
ya de mi lanza temblaste.
Dijiste, ¡pobre Aliatar!
en pie morirás, Alcaide:
yo te mataré en presencia,
porque ausente no me mates:
haces hechos con palabras,
y obrando, hechos no haces,
que has alcanzado la fama
sin que la fama te alcance:
si mandan darme la muerte
las damas, ven á matarme,
y podrás volver sin vida
á quien mi muerte esperare;
que soy mas bravo y furioso
que tú en mi ausencia mostraste:
haréte agravio en los ojos
antes que en el pie me agravies;
mira que valen muy poco
palabras que poco valen,
pues las palabras y plumas
dicen que las lleva el aire.
Considera que no puedes
ausente hablar disparates,
que es el ánimo que encierras,
y quien las sabe las tañe.
Conozco bien tus espaldas,
que tengo señas bastantes,
por dó tus fingidos hechos
no los sigas ni te jactes:
deja el nombre de valiente,
que no es razon que lo infames;
pues se da nombre de hechos
á quien hechos hacer sabe.
Búscame, Azarque famoso,
que cuando á dicha me halles,
podrás matizar mi lanza
en el matiz de tu sangre;
mas el viento se las lleva,
que como el viento se gaste,
aire, palabras y plumas,
todo es aire, y tú eres aire.

4.º

Con el título de Grande
que le dió el Rey por sus armas,
el fiero Moro Aliatar
va de Antequera á Granada.
Colgada del almaizar
llevaba su cimitarra,
la izquierda mano en la rienda,
y la derecha en la lanza.
Dos tocas sobre el bonéte,
y polvo sobre la cara,
lágrimas sobre los ojos,
y cuidados sobre el alma.
Del caballo por el aire
vuela la cola alheñada,
las manos huellan las cinchas,
y la espuma el freno mancha:
de plata los acicates,
que con la sangre que saca
parecen sus blancas puntas
coral en cabo de plata.
Iba tan ligero el Moro,
que si algun suspiro daba,

desde donde le comienza,
á media legua le acaba.
No lleva preciosas piedras,
porque aljofar y esmeraldas
las dejó cuando se vino,
en dientes y ojos de Arlaja.
Por el semblante su pena,
y por los ojos sus ansias,
y de todo la ocasion
por la divisa declara
un águila, cuyo pico
se cebaba en las entrañas
de un sacre, con esta letra:
Por envidia se las saca.
Déjale, envidia, en mi daño,
dice el Moro, porque habla
á solas, y le parece
cualquiera sombra Abenamar.
¿Si con mi daño no medras,
por qué mi ventura agravias,
y haces que se marchiten
tu fama y mis esperanzas?
¡Ay amiga de mis ojos!
ya no temo tu mudanza,
que mis prendas, por ser tuyas,
no es posible sean falsas.
Muestra varonil esfuerzo,
mira que será gran falta
que mis armas te se rindan,
y te rindan sus palabras.
Dijo, y olvidóse luego
de los respetos que guarda,
y para vengar su injuria
á su pariente amenaza.
No espera verse delante,
ni su respeto se guarda,
porque va mas que el caballo
presurosa la venganza:
lo que topa desmenuza,
y á los hombres despedaza,
y escápase de sus manos
la luna, por estar alta.
Dijo: si el temor de verme,
Abenamar, no te mata,
espera para la vuelta;
y en esto se entró en Granada.

5.°

Denme el caballo de entrada
que me dió el Rey de Marruecos,
aquel morcillo brioso
que pisa galan y recio:
aquel que rompe la tierra
y vuelve al amor del freno
las vueltas que á ver mi dama
da mi triste pensamiento:
quitadle el verde jaez,
y enjaezadmele luego
de negro, porque declare
la pena y mal de que muero.
La marlota quiero negra,
y negro el tocado quiero,
y las plumas del penacho
como el vestido que llevo:
las cañas negras tambien,
porque se haga negro el juego,
que quien tiene el pecho triste,

color no le alegra el pecho.
Solo el velo de la adarga
quiero que no vaya negro,
sino azul, porque declare
los negros celos que tengo.
Todo de negro vestido,
por el arenal del puerto
entró Aliatar en el coso
acosando su tormento:
vido á su Zoraida bella,
y parte luego corriendo,
deseando de hablarla;
mas no cumplió su deseo,
que su contrario Celin
pasó cerca de su puesto,
y al pasar le echó Zoraida
prendas que mas le prendieron.
Echóle una toca verde,
y una flor morada enmedio,
dándole fe y esperanza,
y á Aliatar muere de celos.
Parte Celin tan ufano
cuanto Aliatar descontento,
y sin acabar su pena
principio ponen al juego.
Hicieron dos ó tres suertes,
y el Alcaide se está quedo,
defendiéndose de cañas
que pretenden ofenderlo.
Tiróle Celin la suya;
mas con un enojo intenso
su caña tiró Aliatar,
que fue tiro sin remedio,
porque dándole en la adarga
le pasó la adarga y pecho,
abriendo al alma camino
por donde salió al momento.
Apeóse del caballo,
y fue donde estaba el muerto:
quitóle la toca verde,
esperanza de sus duelos;
y volviendo á cabalgar,
fuese á Zoraida diciendo:
mal guarda Celin tus prendas,
tan grande amor pretendiendo.
Quédate, tirana ingrata,
que en tu memoria esta llevo,
que quiero hacer prendas propias,
prendas que para otro fueron.

6.°

No con azules tahalíes,
corvos alfanges dorados,
ni coronados de plumas
los bonetes africanos,
sino de luto vestidos
entraron de cuatro en cuatro,
del mal logrado Aliatar
los afligidos soldados:
«Tristes marchando,
«las trompas roncas, los tambores destemplados.»
La gran empresa del Fenix,
que en la bandera volando
apenas la trató el viento
temiendo el fuego tan alto,
ya por señas de dolor

barre el suelo y deja el campo,
arrastrado entre la seda
que el Alferez va arrastrando:
«Tristes etc.»
Salió el gallardo Aliatar
con cien Moriscos gallardos
en defensa de Motril
y socorro de su hermano:
á caballo salió el Moro,
y otro dia desdichado
en negras andas le vuelven
por donde salió á caballo:
« Tristes etc.»
Caballeros del Maestre,
que en el camino encontraron,
encubiertos de unas cañas,
furiosos le saltearon:
hiriéronle malamente,
murió Aliatar mal logrado,
y los suyos, aunque rotos,
no vencidos se tornaron:
« Tristes etc. »
¡Oh cómo lo siente Zaida!
¡y cómo vierten llorando
mas que las heridas sangre
sus ojos aljofar blanco!
Dilo tú, Amor, si lo viste;
mas ¡ay que de lastimado
diste otro nudo á la venda,
por no ver lo que ha pasado!
« Tristes etc. »
No solo le lloró Zaida;
pero acompáñanla cuantos
del Albaicin á la Alhambra
beben de Genil y Darro;
las damas como á galan,
los valientes como á bravo,
los Alcaides como á igual,
los plebeyos como á amparo:
« Tristes marchando
« las trompas roncas, los tambores destemplados. »

ROMANCES DE MULEY.

1.º

A la vista de los Velez
el fuerte Muley camina,
que era la vuelta de Alora,
donde el amor le encamina:
en un retrato los ojos
de la bella Sarracina,
y besándole mil veces
á decille asi principia:
¡O tesoro de mis males,
y de mis querellas mina!
¿es posible que tus manos
contra mi pecho se inclinan?
Acuérdate de las flores
que cogí en Gualdamedina,
y que en presencia y ausencia
Muley ante tí se inclina:
ablanda ya el corazon
de esmeralda diamantina,
y no pienses que en desdenes
tu falsa aficion se afina.

Buscando voy tu calor,
como la fiel golondrina,
que se va huyendo del golpe
de la furiosa marina:
que porque me viste hablar
en la zambra con Cevina,
quisiste contra tu fama
ser á tu gusto divina.
No uses de los dobleces
que usó la cauta Armelina:
mira que mi pensamiento
á pensar en tí no atina.
Si te hablo, dicesme,
que me voy de la bolina;
y si te miro callando,
eres contra mí malina.
No sé, Mora, qué te hago,
pues con furia repentina
te defiendes de un rendido
con escudo y jacerina.
Con esto llegó á un arroyo
de una fuente cristalina,
y á la sombra de un nogal
su lacio cuerpo reclina.

2.°

Echada está por el suelo
Alcalá de los Gazules
por el Santo Rey Fernando,
dia de S. Pedro un lunes.
Los chapiteles de plata,
que amenazaban las cumbres,
con el humo y con las llamas
su rojo arrebol encubren.
Su alcázar, mezquita y baños
vomita alquitran y azufre,
á cuyas llamas las armas
de los Cristianos relucen;
y dejando la ciudad,
una cuesta arriba suben,
haciendo desde lo alto
mil luminarias y lumbres,
cuando su Alcaide Muley
al Cristiano Rey descubre
desde una arruinada torre,
que ya se quiebra ó se unde,
y dice: «Llega, Cristiano,
«saquea, roba y destruye,
«pues que has vencido el linage
«que al mundo de sangre cubre.
«Los Gazules llevas presos,
«de esta tierra honra y lumbre,
«y te afirmo que Granada
«cercada un año no dure.
«Cuando veniste á Alcalá,
«dentro en mis baños lo supe:
«dejé la toca de seda,
«que mi frente ciñe y cubre,
«á las torres de mis armas
«con mis Moros me retruje:
«salí al campo porque nadie
«de ser cobarde me acuse;
«mas llévanme el alma presa
«en una Mora de Tunez
«que fue de esta tierra fuego,
«y de estos ojos la lumbre.
«Diómela su padre el Rey;
«de Africa á España la truje

« en una fusta turquesa,
« que de oro y seda compuse
« toda la popa dorada:
« hice que mi estrado ocupe
« con cien Cristianos vestidos
« de telas blancas y azules.
« Celebráronse las bodas,
« mañana un año se cumple:
« martes, dia de desgracia,
« que se acabaron hoy lunes.»

ROMANCES DE ALMORALIFE.

1.°

El mayor Almoralife,
de los buenos de Granada,
el de mas seguro alfange,
y el de mas temida lanza;
el sobrino de Zulema,
Visorrey de la Alpujarra,
gran Consejero en la paz,
fuerte y bravo en la batalla,
en socorro de su Rey
se va á la mar desde Baza,
mas animoso y galan
que el hijo del Moro Audalla;
tanto que al mundo su nombre
seguras fianzas daba,
que verdaderas saldrian
sus dichosas esperanzas.
Albornoz de tela verde
y de pajizo de gualda,
marlota de raso al uso
de azules linos sembrada,
por mostrar que allá en la guerra
escubre con esperanzas
los lirios que ya son verdes
y fueron flores moradas:
con cuatro Moros detras,
solo en una yegua baya,
que quien quiere adelantarse
bien es que delante vaya:
recogiendo pues la rienda,
cesando el trote paraba,
por no sentir por la posta
la ausencia de Felisalva.
Saca un retrato del pecho,
que aun á sacalle no basta,
porque salen tras la vista
las imágenes del alma.
Amada Mora, le dice,
que parece que me hablas
con ceño porque te dejo,
y dejándote me agravias:
¿cómo me miras alegre,
pues yo te ví esta mañana
tan enojada conmigo
que contigo te enojabas?
Si no lloras como peña
que está dura y hecha un agua,
¡mucho me quieren tus ojos!
¡mucho debo á tus entrañas!
Si el arrancar tus cabellos
no es sentimiento que engaña,
¡muchos cabellos, amiga,

por mi respeto te faltan!
Habla ya, que á tu pintura
la darán vida mis ansias,
dejando mi cuerpo triste
vacío y con fuerzas flacas.
Felisalva, no te entiendo;
las suertes estan trocadas,
hoy callas tú, y hablo yo,
ayer hablaste y callaba.
¡Mal haya aquel amador
que al retrato de su dama
le dice sus sentimientos,
pues que no sienten las tablas!
¡mal haya aquel que la mira
en retrato mesurada,
él llorando, flaco y triste,
y ella compuesta y ufana!
¡Ay pundonor, que me llevas
á meterme en una barca,
y entre las ondas y el cielo
cargado de acero y malla!
¡Ay mis baños y jardines
que al mejor tiempo os dejara!
Mas si dejo mi contento,
¿qué hago en dejar mi casa?
Amiga, por nuestro amor
que si vives en mi alma,
suspirando me la envies,
que no venceré sin alma.
Con esto los cuatro Moros
á media rienda le alcanzan,
esconde el retrato y pica,
hablando de guerra y armas.

2.º

De la armada de su Rey
á Baza daba la vuelta
el mejor Almoralife,
sobrino del gran Zulema;
y aunque llegó á media noche,
á pesar de las tinieblas
desde lejos divisaba
de su ciudad las almenas.
Aquel chapitel es mio,
con las águilas de César,
insignia de los Romanos
que usurparon esta tierra.
La torre de Felisalva
apostaré que es aquella,
que en fe de su dueño altivo
compite con las estrellas.
¡O gloria de mi esperanza,
y esperanza de mi ausencia!
¡Compañía de mi gusto,
soledad de mis querellas!
Si de mi alma quitases
los recelos que la quedan,
y algunas facilidades
que de tus gustos me cuentan:
si tu belleza estimaras,
como estimo tu belleza,
fueras ídolo de España,
y fama de agenas tierras.
Dijo, y entrándose en Baza
á sus Moros dió la yegua,
y del barrio de su dama
las blancas paredes besa.

Hizo la seña que usaba,
y al ruido de la seña
durmieron sus ansias vivas,
y Felisalva despierta.
Salió luego á su balcon,
y de pechos en las verjas,
á su Moro envia el alma
que le abrazase por ella:
apenas pueden hablarse,
que la gloria de su pena
les hurtaba las palabras,
que en tal trance no son buenas.
Al fin la fuerza de amor
rompió al silencio la fuerza,
porque sus querellas mudas
por declararse revientan;
y la bella Felisalva,
tan turbada cuanto bella,
estando atento su Moro
á preguntalle comienza:
Almoralife galan,
¿cómo venis de la guerra?
¿matastes tantos Cristianos
como damas os esperan?
¿Mi retrato viene vivo,
ó murió de las sospechas
que á su triste original
le dan soledades vuestras?
Dèl vuestro sabré deciros
que parece que le pesa
de que faltándole el ver,
vivir y mirarle pueda.

3.°

Descargando el fuerte acero,
desciñéndose la espada,
desembrazando el escudo,
quitando el peto y espalda;
desatando el bracelete,
echando acullá la maza,
besando la toca azul,
que es celos, y celos rabia;
de corage y de ira lleno,
de la perdida emboscada
está el fuerte Moro oyendo
el aviso de la Alhambra.
El Rey manda que en el punto
suba á su Real sala,
donde está toda la corte
decretando cierta causa:
un page viene corriendo
del cielo dó está su dama,
y como viene del cielo
trae del cielo una embajada.
Gallardo Moro, te espera,
dice el page, quien mas te ama;
y el mensagero replica:
el Rey y la corte aguardan.
Vuelve el rostro de ira lleno,
y no contra quien le agravia,
mas contra sí; y quien pregunta,
pregunta, responde y calla.
Está un poco enmudecido,
que acontece á quien bien ama,
que quien no sabe de amor
pocos tragos de estos pasa.
El Rey, dice el mensagero,

mala espina tendrá; y calla,
que es destreza al fuerte toro
saber medille la vara.
Cada cual le está incitando,
que no halla poco quien halla
los mensageros tan fieles,
que en esto no tengan falta.
¡Almoralife! ¿qué esperas
que hay peligro en la tardanza?
Dice el Moro: ¿quién me espera?
Responde el page: tu dama:
Felisalva, Almoralife:
Almoralife, aquella alba
que te suele dar luz pura
cuando á tu noche le falta,
piensa que vienes herido,
ó que sirves á otra dama,
que te cura las heridas
que amor y el rebato causan:
vióte venir de la guerra,
no alzaste á verla la cara:
¡cara cuesta tu venida!
¡tu venida cuesta cara!
¡Moro, mira por tus ojos,
que son espías del alma,
y en amor son sobrescritos
de las amorosas cartas!
Mejora con tu presencia
la venida de Granada:
asi el cielo no empeore
tu jornada y suya á Baza.
Deja de estar pensativo,
piensa como está tu dama:
aunque mal digo no pienses,
no pienses hasta mañana.
Ven, donde verás el daño
que hace verdadera causa
de imaginar si la truecas
por otra que mas te agrada.
Eres tú sol, sola Fenix
es ella, y en tí se abrasa,
y quedarás con cenizas
solas si en venir te tardas.

ROMANCE DE GALVAN.

Con su riqueza y tesoro
Galvan sirve á Moriana:
ella se deshace en lloro,
por ver que siendo Cristiana
está cautiva de un Moro;
y su doloroso afan,
que sus tristezas le dan,
pasa, sin osar decillo,
Moriana en el castillo
con este Moro Galvan.
Robóla el Moro atrevido
de la huerta de su padre,
sin ser de nadie impedido,
de los ojos de su madre,
y poder de su marido.
En su castillo y lugar
la quiere tanto adorar,
que en un jardin recostados
jugando estan á los dados,
por mayor placer tomar:
y tanta pena sentia,
que por victoriosa palma

tiene cuanto alli perdia:
ella aunque triste en el alma
muestra en el rostro alegría;
y solo en ver su beldad.
está tan sin libertad,
que echado en la yerba verde,
cada vez que el Moro pierde,
pierde una villa ó ciudad.

ROMANCES DE XARIFE.

1.º

Una parte de la Vega
que el Genil y Darro bañan,
cuyas aguas enriquecen
el Xaraguí de Granada,
como mejor posesion,
amena y de mas ganancia,
dejó en dote Amete, Persa,
á su hija Celindaja,
Mora que entre Moras bella
la llama quien vella alcanza;
y alcanza tanto poder
que nadie alcanza á miralla,
sin que al momento no rinda
alma, corazon y entrañas,
que son despojos y gages
que ofrecen los que bien aman.
Estaba prendado de ella
un bizarro de Cartama,
y préciase de bizarro
porque es bizarra su dama.
A las nueve de la noche,
cuando comienza Diana
con su clarifica lumbre
á tender rayos de plata,
parte el Moro venturoso
á verá su Celindaja,
á ver su pena y su gloria
si en un supuesto se hallan.
No le cabe la alegria
que lleva dentro en el alma,
y quiere que las riberas
gocen hoy de sus ganancias.
Suelta la voz, dando al viento
mil donaires, mil palabras,
que el amor tenia esculpidas
como piedra en sus entrañas.
Sintió gran rumor y estruendo
entre las espesas matas,
que los ecos de sus glorias
esperan nuevas mudanzas.
Dos dispuestos Moros siguen
con callada y veloz planta
por el rastro de las voces
y de la alegre algazara
al Moro, y como los siente,
vibrando fuerte la lanza,
con horrísono sonido
vuelve rienda, embraza adarga,
aprieta la toca al brazo,
pone hebilleta y enlaza:
encaja el verde bonete,
da de espuelas, presto salta.
Traidor, dice el uno de ellos,
villano, de vil canalla,

aguarda, aguarda, que vengo,
que vengo, que vengo, aguarda:
apercíbete, Morillo,
escúdate con la adarga,
que si no te escudas presto
pasarte he con esta lanza.
Gallardo se muestra el Moro
oyendo el aguarda, aguarda,
y pelea embravecido
de la noche á la mañana,
que no teme aquesta guerra
quien salió de otra mas brava.
Ya las puertas de occidente
pasa la clara Diana,
y con claros rayos Febo
dora las cumbres mas altas,
y como si en aquel punto
comenzaran la batalla,
andaba la escaramuza
los dos contra el de Cartama.
Xarife viéndose solo,
el dulce nombre declara
que rumiaba entre los dientes
de su hermosa Celindaja;
y habiéndole pronunciado,
sin derribar mas la maza,
deja su mayor contrario
la comenzada batalla.
Muy venturoso, le dice,
de muy valiente le alaba;
¿mas cómo no lo serás,
si te ayuda Celindaja?
Goza, Moro, lo que es mio,
que yo te doy la palabra
de jamás te lo estorbar
en fiestas, zambra ó batalla.
Fuese siguiéndole el Moro
que habia venido en su guarda,
y Xarife dió la vuelta
para tornarse á Cartama.

2.°

Sobre destroncadas flores,
junto á la fuente del Cisne,
sentada está Celindaja,
mas hermosa que no libre.
Mirando está al verde prado
sus colores y matices,
que con el sol resplandecen,
y con el agua reviven.
No le alivian sus cuidados
verdes plantas y jazmines,
ni las horas regaladas
de las sombras apacibles:
el mal que en el alma siente,
cualquier contento le impide,
que las flores, fuentes, fiestas
mas al afligido afligen.
Por un pequeño recelo,
que dentro del pecho vive,
consiente amor en sus leyes
que muera el amante triste.
Asi Celindaja muere,
y aunque muere no lo dice;
á mas padecer mas calla,
sin á nadie descubrirse.
Quiere quejarse, y no puede,
y una vez y otra repite;

mas cansado el sufrimiento
al viento la voz despide:
pensamientos amorosos,
¡dichoso el que no os admite,
cuanto pobre y desdichado
quien por vosotros se aflige!
Decid, ¿por qué os cautivais-
teis?
Declarad todo el orígen,
si no es tan secreto el caso
que pierda algo por decirse:
mas si de veras amais,
olvidar es imposible,
y mas si con el amor
teneis la fortuna firme.
¡Ay quién supiera dó estás,
mi regalo y mi Xarife!
¿Si acaso vives con otra?...
¡mas ay, si con otra vives!
El Moro que oyó el lamento
procura presto encubrirse,
para oir el tierno llanto
de su Mora, y lo que dice;
pero no pudo aguardar,
ni el sufrimiento sufrirse,
que el firme amor en su pe-
cho
le hace que de priesa aguije.
Con mil suspiros comienza
á hablarla, y la mano á asirle,
diciendo: mi Celindaja,
¿quién hay que del bien te
prive?
¿tiene por ventura el mundo
Aliatares ni Adalifes,
Gomeles, Muzas ni Azarques,
Sarracinos ó Zegríes,
que cualquiera en tu servicio
no se postre y arrodille,
y para mas agradarte
á besar tus pies se incline?
¿Mas qué es lo que dije ahora?
¡Cobarde! ¿qué es lo que dije?
que si no soy yo, ninguno
puede pretender servirte.
Descubre el rostro la Mora,
como el sol tras el eclipse,
tan apacible y alegre,
cuanto alegre y apacible;
y el enamorado Moro,
que en sus razones prosigue,
á vueltas de mil ternezas
á su Celindaja dice:
Sosiégate, gloria mia,
haz que tus ojos me miren,
que en ley de Moro te juro
que jamás mi ley te olvide.
Aquese dolor se aplaque,
porque el mio se mitigue,
y recibe en holocausto
esta vida que en tí vive.
Con el fin de estas razones,
ambos á dos se despiden,
diciendo: Alá te acompañe:
Alá te acompañe y guie.

3.°

Al Alcaide de Antequera
el Rey de Granada escribe,
que contra el Rey Castellano
diez y seis lanzas le envie;
las ocho que partan luego,
y á Jaen las encamine,
y que aperciba las otras
para el tiempo que le avise.
Besa Zulema la carta,
y ejecuta lo que pide,
escogiendo de sus Moros
los mas fuertes Adalides.
En este tiempo á la Corte
le fue forzoso partirse
á poner en paz dos Moros
que tratan guerras civiles;
y á su hijo noble encarga
que al Rey las lanzas envie,
pues el honor de los dos
en esta empresa consiste.
Un domingo salen todos
al son de sus añafiles,
los caballos cordobeses
y los soldados Zegríes.
De amarillo, azul y blanco
los ocho Moros se visten,
colores de Celindaja,
por quien suspira Xarife:
bonetes de mezcla llevan,
y con bandas verdes ciñen
las plumas blancas terciadas
que verlas todas impiden.
Alfanges de Tunez penden
de doblados tahalíes:
las mazas en el arzon,
y las lanzas en el ristre;
bayos llevan los jaeces,
las sillas blancas y firmes,
los estribos plateados,
y negros los borceguíes.
La trompeta que los llama
un fuerte soldado sigue,
que va por cabo de todos,
y la fuerte escuadra rige.
En un pendon de damasco
(aunque se precia de humilde)
por orla bordado lleva
del Alcaide el nombre insigne;
y las bandas de sus armas
con las otras que dividen
los cinco leones fuertes
de no domadas cervices.
Los Moros salen á verlos,
y las Moras los bendicen,
porque van aventajados
á los Muzas y Alfaquíes.
Gallardo sale este dia
en una yegua Xarife,
que las alas hurtó al viento,
y la color á los cisnes,
con una estrella en la frente,
aleñadas cola y clines,
y un jaez azul, bordado
de aljofar y de rubíes.
En la adarga lleva un sol
y una muerte negra y triste,

:

con unas letras doradas
que dicen: *Cuando se eclipse.*
Blancas y amarillas plumas,
entre tocas tunecíes,
con un alquicel bordado
de estrellas y flor de lises:
un alfange de Toledo,
con el puño de amatistes,
y en lugar del pomo de oro
una cabeza de tigre.
La gruesa lanza de fresno
parece en sus manos mimbre,
que como el viento las plumas
asi la juega y esgrime.
Oido se ha la trompeta
dentro de Generalife,
cuando por verle las damas
desamparan los jardines.
El Moro mira las rejas,
obligando á que le miren;
y viendo á su bella ingrata
asi la requiebra y dice:
Si vivir sin esos ojos
fuera á mi alma posible,
ó pudiera de la tuya
sin la muerte dividirme,
yo fuera á servir al Rey,
no porque privanza envidie,
mas por traerte despojos
de algunos Cristianos libres.
Lo que es posible en tu nombre,
y la ocasion me permite,
en los soldados se muestra
y en los colores que visten.
Quien tiene cautiva el alma
mal puede llamarse libre,
y el que parte sin morir
no diga que no le olviden:
ellos se van, y te ofrecen
los Cristianos que cautiven,
mientras lo queda su dueño
de los ojos por quien vive.
Alegre la hermosa Mora,
de que no quiere partirse,
y que solo con las lanzas
al Rey de Granada sirve,
cúbrele desde el balcon
de azucenas y alelíes,
y el Moro favorecido
de la reja se despide.
Sacó la lanza gallardo,
y por hacerse invisible
al viento deja suspenso
de que la yegua le imite.

4.°

Ardiéndose está Xarife
en el fuego de Daraja:
véla en ageno poder,
y él se ve en el de mil brasas:
sus suspiros son el viento,
en que se enciende esta llama:
sus quejas son las centellas,
y el humo sus esperanzas.
No cura ya del jaez
ni de la pluma bizarra,
ni de bordar el aljuba,
ni del color de la manga:

solamente se desvela
en el hábito del alma,
que amor, como le parece,
ya le estrecha, ya le enfada:
huye de gente los dias;
llorando las noches pasa,
y á voces se queja al viento
con semejantes palabras:
Daraja, tanta hermosura
¿cómo tan mal empleada?
¿cómo voluntad tan libre
se volvió tan presto esclava?
¡Que dejes á tu Xarife,
que no vale menos que ama,
y que siendo el que es Muley
le quieras mas que á tu alma!
¿Tanto te va en ver sin vida
al que en servirte la gasta?
¿Tanto te va, fiera bella,
en que te noten de ingrata?
Si huelgas como enemiga
de ver mi muerte temprana,
yo mismo la buscaré,
si quien la busca la halla;
que cuando en escaramuzas
al encuentro no me salga,
estando cerca mi estoque
no he menester su guadaña;
y si la muerte que digo
te parece muy honrada,
haz que me mate á traicion
ese que ya me la trata.
Fácil le será matarme,
aunque en armas menos valga,
pues en tenerte consigo
sin ellas me quita el alma;
y tú vivirás contenta
cuando por toda Granada
la muerte de tu Xarife
por todos fuere llorada.
Cuando te contare alguna
de menos duras entrañas
á dónde hallaron mi cuerpo,
y quién le lavó las llagas;
cuántas lanzadas tenia,
y cuántos golpes de espada,
y cuántas horas estuvo
sin conocerle en la plaza;
¿qué te faltará aquel dia
para bienaventurada,
si no te turba el contento
ver mi desdicha acabada?
Podrás despues de yo muerto
ir libremente á las zambras;
podrás sacar en las fiestas
una gala y otra gala;
podrás gozar de la vega,
y ponerte á la ventana,
y entre las Moras amigas
alabarte de esta hazaña:
y como tendrán mis huesos
la tierra por dura cama,
bien te ha de valer mi muerte
para vivir descansada,
si menos ha de celarte
el que sabes tú que trata
mas de vengarme de ti,
que yo de pedir venganza.

5.ª

Al lado de Sarracina
Xarife está en una zambra,
hablando en su amor primero,
de que fue la Secretaria.
¿Sois vos (le dice la Mora)
Xarife aquel de Daraja,
aquel de fe templo, aquel
mónstruo de perseverancia?
Tres años há, caballero,
que os llora por muerto España:
si muerto, ¿cómo en el mundo?
si vivo, ¿cómo sin alma?
El enamorado Moro,
por satisfacer la dama,
ni en voz humilde ni altiva
asi la lengua desata.
El hilo de nuestras vidas
en mano está de las Parcas,
ellas le rompen y tuercen,
que fuerza de Amor no basta.
A cada cual su carrera
de una vez se le señala;
no hay mas alargar la corta,
no hay mas acortar la larga.
Si hubiera querido el cielo,
(que para mas mal me guarda)
puerta han dado mis empresas
á mas de un morir de fama:
mas de una vez el Maestre
midió conmigo su lanza:
mas de un golpe de los suyos
guarda por blason mi adarga.
En la traicion de Muley,
y en la libertad de Zaida,
si no derramé la vida
fue culpa de mi desgracia;
aunque fue (si bien se mide)
cosa por razon guiada,
que no es justo pueda el hierro
lo que no puede la rabia.
Ví triunfar á mi enemigo,
de quien me venció sin armas,
yo el cuello puesto en cadenas,
y él su frente coronada:
ví adornados sus trofeos
de mil laureles y palmas,
y el ave de Ticio fiera
cebarse de mis entrañas.
¡Entonces, entonces, muerte,
á buena sazon llegaras;
tuviera el sepulcro el cuerpo
dó tuvo su cielo el alma!
Muriera donde á lo menos
supiera el mundo la causa,
donde mis placeres, donde
murieron mis esperanzas.
Mas si está ordenado arriba,
vivamos, pase esta farsa,
que quien hasta aqui ha sufrido
sufrir podrá lo que falta.

6.°

En la vega está Xarife
mirando el famoso alcázar
que á Generalife sirve
de fuerte, corona y guarda;
y al mismo tiempo que el sol
doraba la luz al alba,
y el rocío de sus ojos
deshizo el sol de Daraja,
á cuyo fuego tambien
desató la lengua helada,
y descubrieron las quejas
detenidas en el alma.
¡Bien he visto, dice el Moro,
si las sospechas engañan,
pues han salido mas ciertas
que fueron imaginadas!
Por el primero favor
me diste una pluma ingrata,
imágen del seco fruto
de mi perdida esperanza:
pensé que el grande calor
del amor que me mostrabas,
fertilizara tu pecho,
tierra estéril, seca y tarda,
y que la palma me diera
el dulce fruto temprana;
¡pero quien siembra en arena
que coja viento y palabras!
Llegóse ya la ocasion
en que pudieran mis ansias
hallar remedio en tu pecho,
y estaba en él tu mudanza;
pero como de mi mal
no fuiste mas que la causa,
al apurar de la fe
se conoció que eras falsa.
¿Para qué finges, cruel,
imposibles y amenazas?
Pero si amaras, supieras
que no las teme quien ama.
Los mayores imposibles
amor deshace y allana,
porque es como el rayo fuerte
que lo mas fuerte quebranta.
Como dos contrarios juntos
para vencer se señalan,
así amor en imposibles
su poder muestra y levanta.
No te espantes si el desden
y el alma desengañada
puedan tanto, que me fuercen
á que del tiempo me valga,
y que busque mi remedio
y procure mi venganza;
que un desden sana con otro,
si amor con amor se paga.
No es mucho que el fuego sea;
puede ser la nieve tanta
que venza lo menos fuerte
con la calidad contraria.
No te fies de los ojos
que cuando quieren me matan,
pues la fuerza de un disgusto
la mayor paciencia acaba.
A muger que quiere bien
¿qué impiden tias ni hermanas,
pues los muros y las torres
suelen ser débiles cañas?

Amor que mira en respetos,
¿por qué causa amor se llama,
si al Amor le pintan ciego
porque no repara en nada?
Esas tibiezas y celos,
recelos, dudas, palabras
no son efectos de amor,
que al amor nada le espanta.
Sin quemarse el vivo fuego,
y á pie enjuto pasa el agua,
ásperos montes camina
y al aire estiende sus alas.
Quien pone duda en su gusto
mucho descubre del alma,
yo á lo menos bien conozco
que no le tienes, Daraja.
Si una vez se apaga el fuego
no hayas miedo que renazca,
que no he de ser como el Fenix,
aunque he sido Salamandra.
Esto dijo, y suspirando
picó su yegua alazana,
y entró en Granada furioso
por la puerta del Alhambra.

7.°

No la Reina de las aves
cuando se abate á la presa,
no la flecha de Diana
sale del arco tan presta,
como parte de Jerez
el Nieto del gran Zulema:
bien se le parece al Moro
que amor las alas le presta.
La vuelta va de Toledo,
jurando no dar la vuelta
hasta allanar el alcázar
de quien depende esta empresa.
Véle al pasar su Daraja,
y reconoce la yegua,
no la empresa de la adarga
que como olvidado es nueva.
Lleva en lugar del ayunque
y del monte (aunque lo fuera)
un hacha verde encendida,
con otra amarilla y muerta.
Sin letra va la divisa,
que es el alma de la empresa,
que mientras vive su alma
no quiere empresa con ella.
Verde toca, verdes plumas,
verde la manga, y cubierta
de menudo aljofar, verde
borceguí, mochila y cuerda:
verde la aljuba que viste
llena de blancas estrellas,
y por los verdes estremos
se ve lo pajizo apenas.
Conócele y desconoce
la dama, mira, arde y tiembla,
ni bien se atreve á llamarle,
ni bien de llamarle deja.
En esto alzó el Bencerrage
con descuido la cabeza,
pudo ser que por miralla,
aunque le pesó de vella;
y como mas de cortés
que de obstinado se precia,

inclina tocado y lanza,
y recoge brazo y rienda.
Ella con voz alterada
le dijo, viéndole cerca,
despues de algunos suspiros
y alguna lluvia de perlas:
Xarife, ¿para matarme
tan galan y tan apriesa?
¿Qué promete esa verdura?
¿Qué hachas quieren ser esas?
¿Es Zaida la verde y viva,
y yo la amarilla y muerta?
¿O son hachas de sus bodas
que sirven á mis exequias?
Irás muy gallardo agora
á la comenzada empresa,
si no está cansado el cielo
de sufrir mil insolencias.
¿Piensas que por ser galan
y haberte puesto en la overa,
por ser de prueba el adarga
y la lanza algo mas gruesa,
y por ser (como otras muchas)
esta jornada en mi ofensa,
puedes allanar los montes
y hacer de los valles sierras?
¡Camina, ingrato, camina!
¡Pretende muger por fuerza!
¡Trabaja de romper solo
por tantas gradas y puertas!
que si de los justos cielos
algo puede la clemencia,
yo espero ver de tu cuerpo
cebadas aves y fieras;
y el corazon que me diste
y agora, traidor, me llevas,
pasado de tantas lanzas,
como de amorosas flechas.
No siempre la ciega diosa
temeridades aprueba,
ni siempre cerrado el cielo
está de un triste á las quejas.
Esto dijo demudada,
y sin aguardar respuesta,
en confusion á Xarife,
y al mundo dejó en tinieblas.

8.º

Fiel Secretario Lisaro,
el forastero Xarife,
sabiendo tus pretensiones,
por esta carta te pide,
que á la discreta Daraja
no la rondes ni visites,
ni gozar de sus favores
procures ni solicites:
que no la escribas billetes,
porque si alguno la escribes,
el alma que tengo en ella
lo ve luego, y me lo dice:
que es harto mejor que ocupes
en servir al Rey que sirves
la pluma, que no ocupalla
en billetes mugeriles.
Hanme dicho que procuras
con mil astucias y ardides,
apartarme de sus ojos,
siendo una cosa imposible.

Cánsaste en valde, Lisaro,
si della quies dividirme,
que dos almas que son una
solo el morir las divide.
Mil Moros hay en Granada,
tan gallardos y gentiles,
que hurtan la hermosura á Apolo
y esfuerzo y valor á Alcides:
y aunque algunos pretendieron
asistir en lo que asistes,
salióles al fin la suerte
de la color de los cisnes:
que este ceguezuelo amor,
como es hecho de imposibles,
lo que es fácil dificulta,
facilita lo difícil.
Yo he visto Moras gallardas
despreciar Moros sublimes,
y despues poner su amor
en un page que las sirve;
porque en gustos no hay disputa,
ni en amor leyes que obliguen,
ni en las mugeres razon
que su gusto les limite.
Significote estas cosas,
porque me han dicho que dices
mal de mí, y que de Daraja
te maravillas y ries,
porque poniendo su amor
en un forastero humilde,
deja un Secretario Real
que la ciudad manda y rige.
Humilde soy, y no en sangre,
que si eres de los Zegríes,
yo soy de los Bencerrages,
y en desgracias pareciles.
Siempre fueron envidiados,
no es mucho que tú me envidies,
que siempre damas nos quieren
y traidores nos persiguen.
Tambien me certificaron
que entre las trazas que diste
para gozar de Daraja,
desterrarme pretendiste.
Preciándote de discreto
muy necia eleccion hiciste,
porque mal, Lisaro amigo,
un cuerpo sin alma vive.
Daraja tiene mi alma,
la suya en mi pecho asiste,
vivir sin mí es escusado,
y yo sin ella imposible;
y pues indicios has visto
de ser esto verosimil,
deja el alma de mi alma
y procura otra alma libre.
Otras Moras hallarás
que te sirvan y acaricien
de voluntad, que el amor
nunca por fuerza se rinde.
Acabada esta razon
cerró la carta Xarife,
y á Lisaro la envió
con un page que le sirve.

ROMANCES DE LISARO.

1.°

Ya por el balcon de oriente
su rostro Apolo mostraba,
las lágrimas enjugando
que vertió su dulce hermana:
por él la encogida rosa
las hojas tiende y ensancha,
y Clicie comienza el curso
que hace mirando su cara.
En esta sazon Lisaro,
á quien fortuna contraria
hizo enemigo á la vida,
y amigo á la muerte amarga;
cuanto infelice gallardo,
en una yegua alazana
con tardo curso camina
por la vega de Granada.
Mil veces la ciudad mira,
en agua los ojos baña,
y procurando hablar
su voz un suspiro ataja;
pero del dolor forzado
voz y suspiro acompaña,
cansado de un dolor fiero
que ya con su vida acaba.
Zoraida, dice, que olvidas
á quien muriendo te llama,
á mis antiguos servicios
pagaste al fin como ingrata.
¿No soy yo quien pudo un tiempo
encender tu nieve helada,
cuando decias: de Lisaro
ha de ser siempre Zoraida?
¿Cómo olvidaste esta fe,
y á quien tanto te agradaba,
condenas á daño eterno
nacido de tu mudanza?
Y tú, Rey, que has conocido
el valor de aquesta espada,
rayo que ofende y deshace
á quien tus leyes no guarda;
pues tal concierto ordenaste,
poco mi vida te agrada,
que mal admite concierto
la division que tal causa.
Dejárasme que muriera
receloso de mi alma,
y no me dieras la muerte
entre muertas esperanzas.
Consintieras que Albenzaide,
por ventura ó por ventaja,
diera fin á aquesta vida
que me ofende sin Zoraida.
Esto dijo, y del turbante
una pluma verde arranca,
y espárcela por el viento
que hasta el cielo la levanta.
Huye de mí, dijo el Moro,
que tu color no me agrada,
pues tras un desden tan claro
no habrá lugar de esperanza.

2.ª

Lisaro que fue en Granada
cabeza de los Zegríes,
mas gallardo en guerra y paz
que el mejor Almoralife,
salió de Alcalá de Henares
donde sirviendo reside
el Alcaidia famosa
que le dió su Rey Xarife.
No va cual suele á Toledo
á jugar cañas, ni viste
morado alquicel de seda,
ni dorado alfange ciñe.
No siembra bonete azul
de granates y amatistes,
ni lleva listadas de oro
blancas tocas tunecíes.
Sale buscando furioso
á su Zoraida, á quien sirve,
y á su padre que la lleva,
siguiendo á quien le persigue.
Encerrarla quiere el Moro
por sospechas que le oprimen,
siendo tal, que puede al templo
llevar el agua del Tiber (*).
Con estas ansias Lisaro
hace que su gente aplique
al color del corazon
el vestido negro y triste.
Cuatro Moros le acompañan,
todos de negro se visten:
de negro son los jaeces,
y de luto los tahalíes.
En alfanges y acicates
relumbran nuevos matices,
y negras las estriberas,
de Córdoba borceguíes:
las lanzas de color negro,
los hierros la vista impiden,
hasta las blancas adargas
con bandas negras dividen.
Yeguas negras andaluzas
que al viento los pasos miden,
solos los frenos son blancos
por la espuma que los ciñe.
Lisaro, solo entre todos
un ramo de laurel ciñe
á la toca del bonete,
entre los penachos tristes.
En el camino se para,
aunque importa que camine,
y mirando el ramo verde
á sus esperanzas dice:
solo en mi deseo pudo
ser poderoso y posible,
nacer de esperanzas verdes
la muerte que le marchite.
En las manos de Zoraida,
alegre ramo, naciste,
con tan dichosos principios
que esperaba alegres fines;
mas en la flor de tu gloria
cuatro enemigos tuviste,
agua, fuego, nieve y viento,
que aun cortado te persiguen:

(*) Hace alusion á las Vestales.

pero aunque voy á la muerte
no he querido que te prive
de que este mi luto veas
tú que mi esperanza fuiste,
para que en mi sepultura
el que te viere imagine,
que el dueño de tanto bien
vivo muere, y muerto vive.
Tales quejas dice el Moro,
cual suele en su muerte el cisne,
cuando amor muestra á Zoraida
que tiene vista de lince.
Lisaro avisa á su gente,
hace que las yeguas piquen,
y los caballos contrarios
que alborotados relinchen.
Pónensele á la defensa;
pero de poco les sirve,
porque al fin vuelve á Alcalá
con su esposa alegre y libre.

ROMANCE DE MOHACEN.

Antes que el sol su luz muestre
la suya Venus nos muestra,
anunciador cierto y claro
de la Aurora y su luz bella,
á tal hora, que en Granada
gran alboroto se suena
de atambores y clarines,
de añafiles y trompetas,
que hacen de la gente alarde,
y tocan á la reseña.
Quiere el Rey salir á vello,
y con sus damas la Reina;
y luego como el sol sale,
salen Moros á la vega,
los mas bravos y galanes
que empuñan lanza ó gineta,
vestidos y aderezados
al fin, como para muestra.
Los que en solo guerra tratan
llevan adornos de guerra,
los que son enamorados
llevan divisas y empresas.
Un gran mirador se hizo
para que los Reyes vean
despues pasar las cuadrillas,
y escaramuzar los dellas.
Ya vienen, y van pasando
de cinco en cinco en hilera
los de Ubeda y Andujar,
los de Córdoba y Baeza,
de Málaga y de Jaen,
de Ecija y de Lucena,
de Velez y de Molina,
de Jerez de la Frontera.
Entre todos se señala
Mohacen el de Antequera,
en su caballo picazo,
con marlota blanca y negra;
negro y blanco el capellar,
cabezadas y estriberas;
negras y blancas las plumas,
las borlas y la bandera:
de negro toda la adarga,
y de plata mil estrellas:
un cendal negro en el brazo,

y el blanco brazo de fuera,
y en la muñeca una ajorca
que le dió de su muñeca
Celinda, de perlas y oro,
linda, mas que el oro y perlas.
Va tan lozano y gallardo
que apenas toca la tierra;
lleva los ojos á todos,
y á todos el alma lleva,
y á quien le rinde la suya
baja el Moro la cabeza;
y vióla mas bella y clara
que el Aurora clara y bella,
diferenciándose á todas,
como la flor á las yerbas.
Mohacen la miró alegre,
y ella le miró risueña,
habláronse con los ojos,
que son de las almas lenguas.
En esto se pasó el Moro,
y ella traspasada queda,
con la mano en la mejilla,
contemplativa y suspensa;
y dijo, considerando
del Moro la gentileza:
Alá, Mohacen, te guarde,
Mahoma te favorezca,
y en guerra ó en paz que trates,
próspero fin te suceda:
respétente los amigos,
los enemigos te teman,
las banderas de sus manos
debajo tus pies las veas:
sea tu lanza de diamante,
las suyas sean de cera,
porque los hieras y mates,
y no te maten ni hieran:
las damas entre galanes
por el mas galan te tengan,
y en las fiestas y en las cañas
mas que todos bien parezcas,
y las damas que quisieres
mucho mas que á sí te quieran;
nunca entre en su pecho olvido,
ni en el tuyo entre sospecha.
Si competidor tuvieres,
á tí solo favorezca,
y si con ella casares
no te engañe ni te mienta,
y tal gusto en ella halles
que á todas dejes por ella;
tengas desengaño en celos,
y sufrimiento en ausencia:
levántete la fortuna,
y fije el clavo en su rueda.
Nunca Celinda acabára,
mas la escaramuza empieza,
y vió ir su Moro delante,
porque á todos atrás deja;
y asi trabada entre todos
duró gran rato la fiesta,
y volviéronse á Granada,
donde otra fiesta se órdena.

ROMANCES DE MANILORO.

1.º

En la mas terrible noche
que envió la tierra al cielo
de viento y oscuridad,
soledad, frio y silencio;
cuando todos se recrean
en blandos y dulces lechos,
deja Maniloro á Ronda,
bramando de mal de celos.
Al cielo pide venganza,
y el suelo tiembla de miedo,
porque conoce sus furias
y ha visto sus golpes fieros.
Maldice su corta suerte,
maldice la fiesta y juego
donde vió la desventura
que recelaba su pecho.
Cuanto llevaba vestido
publicaba su tormento,
con recelosas medallas
y cifras puestas á trechos.
Llevaba una yegua baya,
y escrito en un jaez negro:
Vaya quien supo mudarse
fuera de mi firme pecho.
Con una marlota azul
de esperanza y cautiverio,
llevaba unos eslabones,
y este mote puesto en medio:
Cautivó mis esperanzas
un Moro, no caballero,
que si caballero fuera
no fuera mi mal tan fiero.
En un capellar pajizo
llevaba de azules veros (*)
una cenefa vistosa,
y este mote en medio puesto:
Veros me dió nueva vida,
y fuera vida no veros;
pues de veros vi mis veras
vueltas en burlas y juegos.
Un bonete de brocado
sembrado de camafeos,
y por plumas dos espigas,
y un pájaro en medio puesto,
y dice la letra asi:
Granó sin sazon ni tiempo,
y el pájaro mas cercano
la comió por ser primero;
y por medalla un Delfin,
torcida la cola al cuello,
con una letra que dice:
Del fin me quedó el deseo:
un borceguí turquesado
de dorados sellos lleno,
y en cada sello dos caras,
de donde nació su duelo;

(*) Especie de campanitas de plata y azul, de las que se usan en el Blason, parecidas á la flor llamada *sombrerillo*.

y en medio de un ancho mar
una ballena huyendo,
y por letra: *Mi esperanza*
va llena de descontento.
A los cabos de la adarga
llevaba los cuatro vientos,
con una letra que dice:
El menor pidiera de ellos.
Al lado de la capilla
llevaba en el hombro izquierdo
pintado un blanco unicornio,
y escrito en medio del cuerno:
Uno solo puede dar
á mil mundos descontento,
y el que mas de uno sufriese
sufrirá carga de ciento.
Entre cansadas divisas
iba bramando y muriendo,
y entre rabiosos suspiros
hablando consigo mesmo:
¡Mal haya el hombre que fia
de muger y sus contentos,
pues sabe que sus dulzuras
son ponzoñosos venenos!
A un agravio tan notable
mi brazo pondrá remedio,
con revolcarme en la sangre
del que oscureció mi cielo;
pero no tiene él la culpa,
porque va tras su deseo,
sino tú que le creiste
sus ternuras y requiebros.
¡Mal se sirven dos señores,
que es carga de grave peso,
y bien mas alto se pierde
cuando lleva mas de un dueño!
Mas ten por cierto, Zoraida,
que estás ya muerta en mi pecho,
que Mora que quiso á dos
podrá querer á trescientos.

2.º

En un alegre jardin
que un ancho estanque cercaba,
donde no se puede entrar
sin fuerza de remo y barca,
cuyas cercas de alabastro
con banderillas doradas
ha tejido el arrayan
naranjas, cedros y parras;
á sombra de unos jardines,
recostada entre unas matas
de claveles y alelíes
y de violetas doradas,
gozando del dulce sitio
que está brotando esperanzas,
está la bella Celinda
rendida de ausentes ansias:
como fue su mal con yerba,
entre las yerbas descansa,
pensando que yerbas pueden
sanar heridas del alma.
Una gloria la entretiene,
y esta gloria es la palabra
del Alcaide Maniloro,
Alcaide y Rey de su alma.

Ausencia le hace guerra
y el fuego de sus entrañas,
que está su galan en Ronda,
dó tuvo un tiempo otra dama.
Bien reconoce Celinda
que es de Maniloro amada;
pero temé que la ausencia
es madre de la mudanza,
y teme, que su galan
está dó sirvió á Zoraida,
y llagas viejas de amor
sanan muy tarde, si sanan.
El dia del Santo espera,
á quien la gente villana
celebra la noche y dia
con escaramuza y zambras.
Para este dia la dijo
que le aguardase en su Alcázar,
que estarán de paz los campos
con las bodas de Daraja.
Con esta esperanza vive
de esperar desesperada,
que la esperanza mas corta
el mucho amor la hace larga:
asi, para consolarse
abrió una dorada caja,
á donde tenia dos prendas
de la prenda que mas ama:
la una era un ramillete
de azules flores y blancas,
y besándole, le dice
enternecida y turbada:
de celos y castidad
os vistieron, no sin causa,
para avisarme con vos
que sea celosa y casta.
No faltarán de mí celos
mientras vuestro dueño falta,
ni castidad en mi pecho,
que mi amor mas que esto manda.
Una toca es la otra prenda
con que el Moro jugó cañas,
y del juego vino el fuego
que de juego á fuego pasa;
y descogiendo la toca,
la toca en el pecho y alma,
pensando con tal reliquia
sanar su sedienta rabia.
Como el mordido del perro
con pelos del perro sana,
y al que picó el escorpion
que con su aceite descansa,
asi se cura la Mora
con prendas de amor sus llagas,
y dándole dos mil besos,
con su toca y Señor habla:
sin mas tormento de toca
recibe á prueba mi causa,
pues tengo yo confesado
que nací siendo tu esclava.

ROMANCES DE AZARQUE DE OCAÑA.

1.°

El Rey de Marrueco un dia
el claro Tajo miraba,
lleno de imaginaciones,
y de celos llena el alma.
Miraba como los rayos
del sol hacian en el agua
unas veces oro fino,
y otras veces fina plata,
cuando vido que salian
por entre flores y plantas
el valiente Sarracino
y la bella Galiana;
tras ellos en compañia
Azarque y su Celindaja,
y trabados de las manos
Xarifa con Abenamar,
y á la postre en escuadron
número de muchas damas,
entre las cuales la Reina
viene á ver bailar la zambra.
Llegados en esta forma
todos al Rey se humillaban,
y haciéndose acatamiento
las dos magestades altas,
asientos piden al punto
que ya la zambra tocaban,
cuando vieron la divisa
que Sarracino sacaba.
Era una rueda de fortuna
en una marlota parda,
que sujeta la tenia
á la causa de su dama,
con esta letra que dice,
Jamás me será voltaria.
¿ Quién se teme de la vuelta
de tan hermosa contraria?
Abenamar por Xarifa
otra divisa sacaba,
no menos discreta y bella,
ni del Rey menos mirada.
Un mundo negro era bordado
en un escudo de grana,
con esta letra por orla:
Mas merece quien me manda.
Azarque en el campo verde
y en su marlota morada,
mostraba dos aficiones
ser iguales y contrarias,
que eran dos manos asidas
que en un corazon tocaban,
y enmedio de ellas Cupido
flechando en el arco xaras,
y esta letra le responde:
No se teme la mudanza
en los que igual padecen,
y se pagan con dos almas.
El Rey se picó en la letra
que el bravo Moro llevaba,
viendo que era por su Mora,
y mandó cesar la zambra.
Mas por no dar á entender
el fuego que le abrasaba,

quiso fingir á la Reina
que toca Toledo al arma.
Las damas que lo entendieron,
rogaron á Celindaja
que de su parte le pida
al Rey, que deje la saña.
No fue mucho menester
á la Mora importunalla;
mas fue por daño de Azarque
hacer al Rey tal demanda,
que llamándole pechero
le desterró de su casa
con admiracion de todos,
viendo el hecho y no la causa.
Unos dicen que son celos,
otros que celos no bastan
para afrentar un vasallo
que de noble tiene fama.
Azarque las manos muerde,
desnuda el Moro su espada,
alborotáronse todos,
Celindaja se desmaya;
el Rey desnudó la suya,
Sarracino y Abenamar
en lugar de meter paz
metieron mayor cizaña:
hiciéronse con Azarque,
y son muchos de su banda:
el Rey que solo se vió
procuró dejar las armas;
y en esto paró la fiesta
y el contento de las damas:
volvióse el Rey á Toledo,
y Azarque fuese á su Ocaña.

2.°

Azarque, bizarro Moro,
ordena un juego de cañas
en la célebre Toledo,
en honra de Celindaja,
Mora que al Rey arruina,
y á Azarque encumbra y ensalza,
que le honra y obedece,
y al Rey como á esclavo trata.
Júntase gente diversa,
la mas ilustre de España;
los Gazules de Alcalá,
y de Ronda los Audallas,
bizarros Almoradies,
Vanegas fuertes y Mazas,
de Córdoba Sarracinos,
y Gomeles de Granada,
y otros muchos Caballeros
fuertes, de destreza estraña,
galanamente vestidos
por las manos de sus damas.
Toledo estaba suspenso
de tal bizarría y gala,
de verlos todos iguales
en fuerza, valor y traza.
Entraron pues los Gazules
con marlotas coloradas,
con franjones de oro fino,
y una cifra por medalla:
llevan por divisa un mar
con unas olas muy altas,
con una letra que dice:

A todo el mundo avasalla.
Los Audallas le siguieron
con las marlotas doradas,
bonetes con muchas plumas
pardas, azules y blancas.
Por divisa va Cupido
en una torre muy alta,
con esta letra que dice:
Favorezco á quien me ensalza.
Salieron los Sarracinos,
que mas estos se aventajan,
de azul, morado y pajizo,
y dos higas por medallas.
Llevan por divisa un mundo,
y un Moro que lo contrasta;
una letra va que dice:
Este, y otros mil que haya.
Los de Granada salieron
todos en gran camarada,
galanes á maravilla
con libreas encarnadas,
y sacaron por divisa
una hermosa granada,
y una letra en la corona:
No osará nadie miralla.
Luego vienen los Azarques
que á los demas avasallan,
arrogantes mas que todos,
con las marlotas de gualdas.
Azarque se señaló,
á él reconocen ventaja,
porque su marlota iba
labrada por Celindaja.
Lleva por divisa un sol
que al medio dia llegaba;
la letra que lleva dice:
Disparate es comparalla.
Cuando ella le vido entrar
de su asiento se levanta,
hízole su acatamiento,
y él á ella se inclinaba.
El Rey cuando vido esto,
con cólera ciega y brava
á sus vasallos les grita,
atravesadle una lanza.
Celindaja á los demas
gritó desde su ventana,
y sin temer nada al Rey
con los Caballeros habla:
«Caballeros Andaluces,
«librad su cuerpo y mi alma,
«mirad que matan á dos
«pensando que uno matan.»
Luego la fiesta se vuelve
en una fiera batalla,
Castellanos y Andaluces
allí se dan de las astas.
Galan y dama prendieron,
aunque hay muchos de su banda,
puesto que no hay quien resista
lo que un Rey celoso manda.

3.°

Ocho á ocho y diez á diez juegan cañas en Toledo
Sarracinos y Aliatares contra Adalifes y Azarques.

Publicó fiestas el Rey
por las ya juradas paces
de Zaide, Rey de Belchite,
y del Valenciano Tarfe.
Otros dicen que estas nuevas
al Rey sirvieron de achaque,
y que Celindaja ordena
sus fiestas y sus pesares.
Entraron los Sarracinos
en caballos alazanes,
de naranjado y de verde
marlotas y capellares:
en las adargas traian
por empresas sus alfanges
hechos arcos de Cupido,
y por letra: *Fuego y sangre.*
Iguales en las parejas
les siguen los Aliatares,
con encarnadas libreas
llenas de blancos follages:
llevan por divisa un cielo
sobre los hombros de Atlante,
y un Moro Aliatar diciendo:
Tendréle cuando se canse.
Los Adalifes siguieron
muy costosos y galanes,
de encarnado y amarillo,
y por mangas almaizares.
Era su divisa un mundo
que le deshace un salvage,
y un mote sobre un baston
en que dice: *Fuerzas valen.*
Los ocho Azarques siguieron
mas que todos arrogantes,
de azul, morado y pajizo
y unas higas por plumages;
sacaron adargas verdes
y un cielo azul en que se arden
dos manos, y el mote dice:
En lo verde todo cabe.
No pudo sufrir el Rey
que á sus ojos le mostrasen
burladas sus diligencias,
y su pensamiento al traste;
y mirando la cuadrilla,
le dijo á Celin, su Alcaide:
«Aquel sol yo le pondré,
«pues contra mis ojos sale.»
Azarque tira bohordos
que se pierden por el aire,
sin que conozca la vista
á dó suben ni á dó caen.
Como en ventanas comunes
las damas particulares,
sacan el cuerpo por verle
las de los andamios reales:
si se alarga ó se retira
de mitad del vulgo sale
un gritar: «Alá te guie;»
y del Rey, un *muera*, *dadle.*
Celindaja sin respeto
al pasar, por rocialle
un pomo de agua quebró,
y el Rey gritó: «Paren, paren:»
creyeron todos que el juego
paraba por ser ya tarde,
y repite el Rey celoso:
«Prendan al traidor Azarque.»
Las dos primeras cuadrillas
dejando cañas aparte,
piden lanzas, y ligeros
á prender al Moro salen;

«que no hay quien baste
«contra la voluntad de un Rey amante.»
Las otras dos resistian,
si no les dijera Azarque:
«aunque Amor no guarda leyes,
«hoy es justo que las guarde:
«rindan lanzas mis amigos,
«mis contrarios lanzas alcen,
«y con lástima y victoria
«lloren unos y otros canten:
«que no hay quien baste
«contra la voluntad de un Rey amante.»
Prendieron en fin al Moro,
y el vulgo para librarle
en corrillos diferentes
se divide y se reparte;
mas como falta caudillo
que los incite y los llame,
deshácense los corrillos,
y su motin se deshace:
«que no hay quien baste
«contra la voluntad de un Rey amante.»
Sola Celindaja grita:
«libradle, Moros, libradle;»
y de su balcon queria
para librarle arrojarse:
su madre se abraza de ella,
diciendo: «¿loca, qué haces?
«Muere sin dallo á entender,
«pues por tu desdicha sabes,
«que no hay quien baste
«contra la voluntad de un Rey amante.»
Llegó un recado del Rey
en que manda que señale
una casa de sus deudos,
y que la tenga por cárcel.
Dijo Celindaja: «digan
«al Rey, que por no trocarme,
«escojo para prision
«la memoria de mi Azarque;
«y habrá quien baste
«contra la voluntad de un Rey amante.»
«¡Ay Toledo, que otros dias
«te llamaban los Alarbes
«venganza de aleves pechos,
«y hoy lo has sido de leales!
«Murmure Tajo en sus ondas
«hasta que en el mar se lance;»
y sin que dijese mas
la llevó presa el Alcaide:
«Que no hay quien baste
«contra la voluntad de un Rey amante.»

4.°

Azarque ausente de Ocaña
llora, blasfema y se aflige,
y aunque ausente y olvidado,
poco siente pues que vive.
Jurando está por su amor
y por la espada que ciñe,
dó tiene en la guarnicion
cintas de aquella que sirve,

de no volver á Toledo
hasta que del Tajo al Tiber
sus animosas hazañas
en las mezquitas se pinten.
¡Celindaja de mis ojos!
¿quién te habla? ¿quién te escribe?
¿á quién escribes y hablas,
que mis memorias impide?
Siendo tú de sangre Real,
¿cómo fue posible, dime,
que tan presto quebrantases
la palabra que me diste?
Acuérdate, ¡Mora ingrata!
que paseando en tus jardines,
por darme tu blanca mano
que tropezabas hiciste,
y que alzándote del suelo
hechas de ambar y de almizcle,
unas cuentas me entregaste
porque me mostraba libre;
y al despedirte de mi,
dando suspiros terribles,
me dijiste: «Ten, Azarque,
«cuenta con que no me olvides.»
Tu Rey entró de por medio,
no supe lo que me dije:
entró tu injusta mudanza
que con la luna compites;
que si va á decir verdad,
no hay Rey humano que obligue
á que no se acuerde el alma
de la memoria en que vive.
Con él te quedaste ufana,
sin tí muriendo me vine,
á mí me abrasan los celos,
y él tus abrazos recibe.
Contarásle por baldon,
que pocas fiestas te hice,
que malos motes saqué,
porque mas tu gusto estime.
Cuando diga si me amaste,
yo apostaré que le dices
que tan infame bajeza
de tu valor no imagine,
y que tu esquiva arrogancia
y tu condicion terrible,
apenas la vencen Reyes,
cuanto mas hombres humildes,
porque la madre de Amor
cuando se holgaba allá en Chipre;
si tu consejo tomara
no la infamáran ruines.
El tiempo lo trueca todo:
yo me acuerdo que te vide
tan regaladora mia
como del Rey á quien sirves.

5.°

El eco de las razones
que el amante Azarque habla,
penetraron el sentido
de la bella Celindaja,
porque á las veces Amor
es mensagero del alma,
y mas cuando el corazon
sirve de espia doblada.

Han condenado á la Mora
y á su fe firme y sobrada
unas injustas sospechas,
todas en celos fundadas,
regidas por la pasion
de una alma enamorada,
que hace temerarios juicios
de lo que en su pecho traza;
y recogiendo el aljofar
que destila por la cara,
dice envuelta en mil congojas
mil amorosas palabras:
Bien sé, Azarque, que dirás
á solas haciendo trazas,
que soy luna en hermosura
como lo soy en mudanza;
á que te responderé,
que cuando á la luna tapa
un nublado y la oscurece,
es de los tiempos la causa;
y aunque sé que el falso amor
no admite disculpa en nada,
por satisfacer mi gusto
quiero decir dos palabras;
quizá que con el hablar
apartaré de mi alma
este fuego que la enciende,
al cual no es bastante agua,
sino es la de mis ojos
que muchas veces aplaca
la prision que á mi dolor
da dolor y pasion causa.
Pero si el Rey te enviase
á hacer una jornada,
¿dime si seria forzoso
partirse sin decir nada?
Y si te es forzoso estar
en prision dura y forzada,
y es la voluntad del Rey,
¿por quién será quebrantada?
Y si dices que te dí
mil favores de importancia,
y que agora te los quito
con una ingrata mudanza,
condénasme injustamente
por estar tan encerrada
tu voluntad en mi pecho,
como el corazon y entrañas;
y cada vez que te veo
en los saraos y zambras,
me huelgo, aunque disimulo
con voluntad bien forzada;
y si no quieres creer,
pídote, Azarque, que hagas
prueba de mi firme amor
en cosa en que mucho vaya;
y para mas desengaño
te he de labrar una manga
de blanco, morado y verde,
que es el color que el Rey saca,
con una letra que diga,
escrita en lengua cristiana:
Aunque está cautivo el cuerpo,
está firme la esperanza.
Con esto se entró la Mora
desde el balcon á la sala,
porque entendió que venia
el Rey á donde ella estaba,
mirando como su Azarque
por la vega paseaba,
condoliendo con su pena
á las aves, tierra y plantas.

6.°

Azarque vive en Ocaña
desterrado de Toledo,
por la bella Celindaja,
una Mora de Marruecos:
pensando estaba la causa
de su llorado destierro,
y contra su Rey celoso
dijo rabiando de celos:
por alzarte con mi Mora
dijiste, Rey, en tu pueblo,
que á los Moros de la Sagra
los pedí corona y cetro;
que de un abuelo traidor
no puede salir buen nieto,
y que soy en trage noble
un genízaro pechero.
Si te place, Rey tirano,
hagamos los dos un trueco,
toma mi villa de Ocaña,
y dame en Toledo un cerro,
en cuya cumbre á tu mando
estaré con guardas preso,
mirando como tus Moros
tienen á mi dama en cerco;
que fingiendo que me aguarda,
y que librarla no puedo,
por lo menos moriré,
y vivirás por lo menos.
¡Mal haya el amor cruel
que flechando el arco cierto
traspasa de un solo tiro
vasallos y Reales pechos!
Mora de los ojos mios,
segunda vez te prometo
de rescatar con mi alma
la belleza de tu cuerpo;
que amor que me ha dado un
Rey
por contrario en mis deseos,
me dará fuerzas á mí
para echarte de sus reinos.

7.°

Azarque, indignado y fiero
su fuerte brazo arremanga,
su rojo bonete arroja,
y empuña su cimitarra.
Volantes, medallas, plumas,
albornoz, marlota y mallas,
banderilla, lanza, empresa,
cañas, bohordos y adarga,
maldice, parte, destroza,
desmenuza, quiebra y rasga,
hasta que el suelo cubrieron
pedazos de seda y franjas,
y por el aire esparcidas
iban volando las astas
de los delgados bohordos,
de la lanza y de las cañas.
Tuvo traza de unas fiestas;
y como de amor las trazas

se desbaratan por celos,
celoso las desbarata:
de Celindaja se queja,
de su fortuna se agravia,
por Abenamar pregunta,
y á su Rey tirano llama;
de Albayaldos el de Olías
malamente blasflemaba,
y pidiendo tinta y pluma
asi le escribe una carta:
«Si como damasco vistes,
«vistes jacerina y malla;
«si al campo vas tan furioso,
«como galan á las zambras;
«si como al blando Cupido
«al terrible Marte tratas;
«si escaramuzas de veras,
«como de burlas te ensayas,
«mañana á las diez del dia
«quiero verlo en la campaña,
«y agradécelo, Albayaldos,
«que vives hasta mañana.
«Salga Zulema contigo,
«que pues los dos á mi dama
«la engañasteis por el Rey,
«de los dos quiero venganza:
«y aun de él tomalla pretendo,
«porque el ardor de mi saña
«irá envuelto en mis suspiros
«á poner fuego en su alcázar.
«Mil promesas la hicisteis,
«y despues mil amenazas;
«dulces ofertas tras esto,
«y despues fuerza tirana.
«Mil halagos y dulzuras,
«engaños y quejas falsas;
«y engaños y quejas viles.
«vengaré sin mas palabras.
«¿Caballeros sois vosotros?
«No sois sino vil canalla,
«pues por afrentosos medios
«procurais vuestra privanza.
«¿Qué agravio mi alma os hizo
«que agraviais asi mi alma?
«¿La Mora que estaba en ella
«tanto os costaba dejarla?
«Si fuerza de amores vuestros
«á perseguirla os forzara,
«yo que sé qué es fuerza de amor,
«yo sé que os la perdonara;
«pero por ser tercería
«de fementidas entrañas,
«me pagarán vuestras vidas
«la muerte de mi esperanza.
«¡Ay Mora fácil, ay Mora!
«¡y como en doradas cuadras
«y bien trazados jardines
«mil traidores te regalan!
«¡Ay que presto te vencieron!
«¡qué presto los gustos pasan!
«¡Qué poco vale la fe
«si quien la dió no la guarda!
«¡Cuánto mejor le estuviera
«á mi dicha y á tu fama
«ser nuevo ejemplo de amor
«á la morisma de España!
«¡Qué bien pareciera en tí
«despreciar promesas falsas!
«¡Y qué bien manchar tu lecho
«con muerte, y no con infamia,
«si te quitaran la vida,

«y el honor no te quitaran!
«¿Mas qué dije? Vive, amiga,
«sin honor y con mudanza,
«verás que guarda mi pecho,
«con mil agravios de guarda,
«las cenizas de tu olvido,
«y de mi querer las brasas.
«Verás trocadas las suertes,
«yo quejoso y tú olvidada:
«tú finalmente muger,
«hombre yo, que el nombre basta.»
Con esto firmó su reto,
en que su combate aplaza;
á Zulema se lo envia,
y él se apercibe á batalla.

8.º

Albayaldos el de Olías
leyó la carta de Azarque,
y aun apenas la hubo leido
cuando á buscalle se parte.
Por cada letra que tiene
jura matar un Azarque,
tal que si Azarques llovieran
no hay hartos para que él mate.
Con la cólera que lleva
repite parte por parte
las palabras de la carta
con que añade su corage.
No visto damascos yo,
ni asisto en zambras, ni bailes,
que es de femeniles pechos,
y el ocio repugna á Marte.
Mi vida no te agradezco,
pues poco me importa y vale;
mas pues al mundo le importa,
todo el mundo te lo pague,
si es que se puede pagar
vida que quita millares
de vidas á los Cristianos,
porque vivas tú en solaces.
No tiro bohordos yo,
sino lanzas penetrantes
con que he horadado mas pechos
que piedras tienen las calles.
No voy á juegos de cañas,
cual tú celoso rumiaste,
ni por celos disminuyo
el bonete y los plumages,
albornoz, marlota, galas,
medallas, manga y volante:
muy furioso hiendo, y quiebro
en las enemigas haces
petos, y yelmos, y grevas,
lanzas, y picas, y alfanges:
ni trato al tierno Cupido,
que el amor es intratable,
pues en pechos valerosos
siempre predomina Marte:
ni yo amenacé á tu dama,
ni jamás le envié mensage,
que es vileza amenazar
á quien no puede vengarse.
Ni yo lo solicité
por con el Rey congraciarme,
pues me congracio con él

sirviéndole con mi alfange:
ni yo le conquisto damas,
sino reinos y ciudades;
pues yo nunca me he preciado
de razones elegantes,
porque nunca son curiosos
los varones militares.
A las diez del dia dices
que contra mí al campo sales:
pésame porque me alargas
tanto el plazo de matarte:
pero no verás el dia
de las partes orientales,
porque aquesta noche pienso
de tus palabras vengarme.
Estas jactancias que dices,
para mí muy poco valen,
porque siempre son soberbios
los que cuál tú son cobardes.
Desafias á Zulema,
sabiendo bien, como sabes,
que una vez que te agravió
no pudiste de él vengarte.
Dices, Moro, que el alcázar
con tus suspiros abrases;
mas palabras y suspiros
cosas son que lleva el aire.
Esto entre sí iba diciendo
Albayaldos contra Azarque,
picando el caballo aprisa
con deseo de encontrarle.

9.°

El valiente Moro Azarque,
preso en la fuerza de Ocaña,
no por traidor á su Rey,
mas por leal á su dama;
á Toledo le traian,
que los jueces de su causa,
que son unos recios celos,
dicen que muera quien mata.
Ya por el aire relumbran
las cien banderillas blancas
de los ginetes que el Moro
tenia y trae para guarda.
Otros ciento le reciben
que vienen haciendo plaza,
y guiando para donde
manda el Rey que preso vaya.
Entrando por la ciudad,
los graves ojos levanta
á las temidas paredes
de su respetada casa:
grandes gritos suenan dentro;
que en ellas presos estaban
sus amigos y sus deudos
de Toledo y de la Sagra.
Azarque dió una gran voz,
diciendo: Abrid las ventanas
los que me llorais, y oidme:
abrieron, y asi les habla:
«La vida de mis mayores,
«que representa mi estátua,
«mis proezas, por quien ciño
«corona de roble y palma,
«acaballas pudo amor,
«que lo mas eterno acaba,

«que el tiempo ni la fortuna
«jamás osaron mirallas:
«importaba á su nobleza
«que de mi sangre las manchas
«estos umbrales tiñeran,
«no del tablado las gradas.
«Llorad esto solamente,
«porque á cargo de la fama
«está el darme eterna vida
«con su trompa y con sus alas:
«¡paredes, deudos y amigos,
«cupo en vos dureza tanta!
«¿No hay una herbolada flecha
«para estorbar esta infamia?
«¿A las manos de un verdugo
«quereis que mi vida vaya?
«¿A las vuestras no muriera
«sin pregones mas honrada?
«¿Cómo es que no me entendeis?»
En esto los de la guarda
hicieron andar la yegua
y al pregonero avisaban
gritase: *esta es la justicia*
que nuestro Rey hacer manda
al Moro Azarque, traidor
contra su corona sacra.
¿Corona llamais al gusto,
dijo Azarque, de que ataja
con mi muerte cierto fuego
que quiso abrasalle el alma?
Por hacer lisonja al Rey,
¡tanto puede una mudanza!
Celindaja en su balcon
exenta y risueña estaba.
¡O firmezas mugeriles,
qué pocas fuerzas que bastan
á mellar vuestros aceros,
y á batir vuestras murallas!
Vióla Azarque, y al Sargento
dijo: solas dos palabras
tengo yo que hablar aquí;
no me niegues esta gracia.
Dos, y mil podrás, le dice,
que pues no huye la cara,
á tu muerte y á tu afrenta
holgárase de escuchallas.
«En mi prision, dijo el Moro,
«mi corazon me mostraba
«en tu presencia el olvido,
«que es fe de mugeres varias.
«Dobló tu firmeza al fin
«una corona pesada,
«con la cual en tus flaquezas
«reinas siendo vil vasalla.
«El sol azul que saqué
«en mi cielo de esperanza,
«tu pecho eclipsarle pudo,
«que es tierra que el Rey levanta.
«Del chapitel de tus glorias,
«cumbre peligrosa y vana,
«hasta el centro de tus penas
«soberbiamente me lanzas:
«Azarque soy, no es posible,
«pues tanto el tiempo me agravia
«que á los flacos haga duelo,
«y á los valientes venganza.»
En esto de entre la gente,
sin que lo vieran, disparan
á Celindaja una flecha,

justa pero mal tirada:
clavada está en el balcon
hasta la mitad del asta,
en la cual iba esta letra:
Otra para el Rey se guarda.
Viva Azarque, grita el vulgo;
muera el Rey y Celindaja;
y fue tan grande el ruido
que dió el eco en el alcázar.
Celindaja dijo al Rey:
del pueblo indignado aplaca
la insolencia, no permitas
que á ti se vuelvan sus armas:
porfia el Rey en que muera:
la popular furia mata
á los guardas, libra el preso,
y á quien le ofende amenaza:
Celindaja y el Rey huyen,
Azarque á Olias se pasa,
y amor de todos se rie,
que sus paces son batallas.

ROMANCE DE ALBENZAIDE.

Con amarillas divisas,
azar de fortuna avara,
y desesperada empresa
de ausencia desesperada;
descubiertas sus pasiones,
y al brazo izquierdo la adarga,
y en ella de Amor y Marte
una reñida batalla,
que sobre partir un Moro
dudosamente se traba;
pero llevan por despojos,
Marte el cuerpo, Amor el alma;
y por divisa esta letra:
Sepa aquesto Galiana:
por la deleitosa vega,
del Rey de Toledo Audalla,
por cuyos llanos estiende
Tajo sus ondas doradas,
Albenzaide, Capitan,
vencedor famoso en armas,
y sólo de sí vencido
porque el alma es tributaria;
junto á los palacios ricos
de aquella Mora gallarda,
que há Galiana por nombre,
y es de amor belleza y gala,
haciendo penoso alarde
de los tormentos que pasa,
en una alazana yegua
pasea la vega llana:
á tomar va la licencia
y bendicion de su dama,
que el Rey le envia al socorro
de su deudo el de Granada,
que le tiene en gran aprieto
el de la mano horadada.
Mándale luego partir;
mas dice Amor que no parta,
que suele hacer en amores
la ausencia burlas pesadas,
y por madrastra la siente
quien mejor de ausencia escapa;
pero todo lo atropella
temor de cobarde fama,

y la honra le hace fuerza,
que ya es honra la desgracia.
Ve á Galiana puesta
Albenzaide á la ventana,
cogiendo el delgado viento
que hondea en las frescas aguas:
salúdanse con los ojos,
y encuéntranse con las almas:
hácela el Moro mesura,
y Galiana se la paga.
El mirar sirve de lengua,
que la lengua está vedada,
y aunque el Moro hablar quisiera,
la plática Amor baraja;
que en sus pasiones no hay vado,
y anéganse las palabras,
y asi mueren en su pecho
mil razones mal logradas;
mas ya de esta despedida
hizo el oficio una carta,
y un lastimoso papel
que dió el Moro á su criada,
que está puesta en el balcon,
que al lado tiene la casa.
Llégase Albenzaide á ella,
y el adarga en alto alza:
muéstrale la empresa y mote,
y con lágrimas la encarga
que pues la partida sabe,
sepa aquesto Galiana.
La Mora se lo promete,
y tambien ser su abogada,
y agradecido de aquesto
aquel Capitan de ansias
hácia Toledo se vuelve;
vuelve á su bien las espaldas,
y vueltas, la Vega mira
dó sus pensamientos pasa.
Maldiciendo va de honra
la obligacion y las cargas:
de tener cargas se queja,
de ser Capitan se agravia,
pues por el sueldo de un Rey
pierde el de su esperanza.

ROMANCES DE SARRACINO.

1.°

Galiana está en Toledo,
labrando una rica manga
para el fuerte Sarracino
que por ella juega cañas.
Matizaba por divisa,
con seda amarilla y parda,
empresa que lleva el Moro
en el campo de la adarga:
una flecha de Cupido,
que en un pedernal tocaba,
sacando muchas centellas,
y por letra: *Pocas bastan.*
Estaba á su lado izquierdo
una cautiva cristiana,
llorando memorias vivas
entre muertas esperanzas:

Galiana la pregunta
del llanto la triste causa,
y los ojos en la flecha
la responde: *Pocas bastan:*
libertad tuve algun dia;
mas fue libertad de dama,
pedernal algunas veces,
y otras veces cera blanda.
En este tiempo que digo
me quiso, mas que á su alma,
un Cristiano Caballero
de los de la Cruz de grana:
híceme sorda á sus quejas;
mas fue su porfia tanta,
que vino á sacar centellas
de una piedra dura, helada.
Apenas le quise bien
cuando fortuna voltaria
hizo que la muerte dura
probase en él su guadaña.
Murió por ser cosa mia
entre mil moriscas lanzas,
quedando yo prisionera
de tu pariente Abenamar.
En mi alma el monumento
de sus cenizas se guarda,
y la memoria importuna
de cenizas fuego saca.
Así te dé Dios ventura,
Señora, en eso que labras,
que mires por tus deseos,
que son traidores de casa,
y que dejes que mi llanto
apriesa del pecho salga,
que aunque ves que lloro mucho,
mucho que llorar me falta.

2.°

Aquel firme y fuerte muro,
en defensa de su patria,
y bravo y fiero leon
contra la nacion cristiana;
el que dió tantos asaltos,
y escaló tantas murallas;
al que teme todo el mundo
por su fuerte brazo y lanza;
el que las mezquitas pobres
tiene ricas, y adornadas
de victoriosos trofeos,
memoria de sus hazañas,
y el que enjaeza el caballo
de las cabezas de fama,
y el mas que todos querido,
y servido de las damas,
y á quien le dan sus favores
en los saraos y zambras,
y á quien todas le presentan
para los juegos de cañas
ricas mangas y almaizares,
y divisa de su adarga,
y el mas bien quisto en la corte
de Almanzor, Rey de Granada;
es el fuerte Sarraceno,
que estando malo en la cama,
á su cabecera tiene
la flor de belleza y gala,

que es una graciosa Mora,
que Celia ó Cielo se llama,
que mas el nombre de Cielo
que no el de Celia le cuadra:
á quien tiene el dios Cupido
cuenta de pagarle parias,
y asi su mal es ninguno,
pues con tanto bien se paga,
y todos juzgan por gloria
el mal que en la cama pasa;
y aquel que mas salud tiene
trocara de buena gana
con su larga enfermedad
aunque nunca se acabara:
pero á él no le satisface,
ni para alegrarle basta,
y es porque el Moro está ausente
de su hermosa Galiana,
y con suspiros le dice:
«¿Gloria y amor de mi alma,
«dónde estás que no te veo,
«dulce bien, dulce esperanza
«del corazon que te adora,
«y que tú propia traspasas!
«Muy presto será mi muerte,
«si tú en visitarme tardas:
«no hagas hechos de fiera,
«pues tienes de angel la cara,
«pues tú con tu hermosa vista
«resucitas á quien matas.»
Y en esto diciendo, el Moro
pide con mortales ansias
que le den tinta y papel
para escribirle una carta.

ROMANCES DE ZAIDA LA DE TOLEDO.

1.°

Por las riberas del Tajo,
donde mas su curso estiende,
junto á la ciudad famosa
que por su muro lo tiene,
un Bencerrage gallardo,
á quien el amor ofende,
al tiempo que está en su gloria,
y en la mayor quedar puede,
en un overo que al viento
en la ligereza escede,
camina el Moro vestido
de morado, azul y verde.
Va á las fiestas que en Ocaña
un Moro de los Gomeles
hace por servir á Aja,
que ya por esposa tiene.
De cinco escuadras de cañas
que ha ordenado el Moro alegre,
una encargó al Bencerrage,
mozo de años dos y veinte;
que aunque es tan mozo, una lanza
tan bien con el brazo mueve,
como una liviana caña
que ligera el aire hiende.

¡O cielos, dice, pluguiera
á Alá que los alquiceles
á mí y á un Moro traidor
trocara en armas la suerte!
¿Cómo podré jugar cañas
con un falso que se atreve
á turbar la dulce gloria
que tan bien mi fe merece?
¿Cómo, Señora, de esta alma
crédito das al que miente,
agraviando mi fe pura,
que á solo tu gusto atiende?
Yo jamás he publicado
que en nada me favorece,
y siempre guardé el secreto
que á tu mucho amor se debe.
No será posible, Zaida,
que descubra eternamente
la secreta gloria mia:
ruego á amor que me la niegue,
y que jamás, bella Mora,
me muestres tu rostro alegre,
y entre lanzas enemigas
me den afrentosa muerte,
y que del todo olvidada
de saberla no te pese,
si la fe que te he jurado,
Mora mia, no cumpliere;
y la cifra de mi adarga
esta declaracion pruebe,
pues va sembrada sobre aguas,
cual ves de pequeños peces,
que jamás sonido alguno
con la lengua formar pueden;
y si no fuere mas mudo,
mude amor mi alegre suerte,
y castigue el cielo santo
una lengua que me vende,
pues yo el morir le dilato
por tu amor que me detiene,
que á no estar él de por medio
no tirara caña leve,
sino lanza que pasara
el pecho de quien me ofende.

2.°

En un dorado balcon,
cuya fuerte y alta casa,
quebrando manso las olas
toca el Tajo con sus aguas;
hecha cuidadosos ojos
estaba la hermosa Zaida,
tendiendo su atenta vista
por el camino de Ocaña.
Con el cuidado que nace
de una amorosa esperanza,
mira por si acaso viese
un Bencerrage á quien ama.
A cada bulto que asoma,
la atenta vista repara,
porque todos le parecen
el Bencerrage que aguarda.
De lejos algunas veces
le llena de gloria el alma,
lo que llegado mas cerca
le entristece y desengaña.
¡Ay mi Bencerrage, dice,
si anteayer me viste airada,

ya mis ojos me disculpan,
que con lágrimas me bañan!
Arrepentida las vierto
de imaginar que á mi causa
fuiste el mas triste y gallardo
de cuantos jugaron cañas:
aunque estaba, si lo adviertes,
con justa causa agraviada,
pues ví de enemiga lengua
desdorar mi honesta fama.
Si tú no diste ocasion,
perdona á tu humilde Zaida,
y si por tuya la tienes,
no te pese que sea honrada.
A ley de bueno el secreto
debido á mi estado guarda,
pues no faltará la fe
de esta Mora que te ama.
Dice, y vió que el Bencerrage,
gallardo á su puerta llama,
y ligera baja á darle
brazos, cuello, pecho y alma.

3.º

El Bencerrage que á Zaida
entregada el alma tiene,
en sus colores publica
que de su luz vive ausente.
De leonado viste el Moro,
porque su fe no consiente
que alma ni cuerpo en ausencia
vista colores alegres.
Con blanca y leonada toca
aprieta un rojo bonete,
y en él con tres plumas negras
cubre moradas y verdes.
En las moradas publica
su fe, que no desfallece,
por mas que la ausencia triste
su fiero rigor aumente.
Por las verdes vive el Moro
cuando mas su pasion crece,
porque se las dió su Zaida
para que en ausencia espere:
mas quien gozó alegre estado
cual él le gozó presente,
es bien que con luto cubra
memorias de ausentes bienes.
En un hermoso caballo
que lo blanco hurtó á la nieve,
solo, aunque no de pasiones,
pasea el Moro valiente.
No le llega el acicate
para que brioso huelle,
porque aun en esto procura
su mucha pasion se muestre.
Llegado el Moro al balcon,
donde á su dama ver suele,
viéndose tan léjos de ella
nuevo dolor le enternece.
¡Ay balcones venturosos
que fuisteis mi cielo alegre,
y por mi corta ventura
ya sois desiertas paredes!
No esteis ufanos y altivos,
aunque dorados y fuertes,
que una humilde casería
en la ventura os escede.

En ella mi Zaida hermosa
á su placer se entretiene,
obligada de su honor,
de sus padres y parientes.
Si tú quisieras, ¡oh Zaida!
trocado hubiera por verte
esta ciudad, y mi casa
por solo un pajizo albergue,
que su humildad y pobreza
tuviera por rica suerte,
como fuera en el lugar
que con tu gloria enriqueces.
Mándasme que ausente viva,
y es dar licencia á la muerte,
que la mal hilada estambre
de mi corta vida quiebre.
Esto dijo el Bencerrage,
y amor que le favorece,
en zéfiro se trasforma
que blando sus plumas mueve:
pero muévelas de forma
que las hace que se truequen,
y las negras no parezcan,
viéndose claras las verdes.
Atento lo mira el Moro,
y en aquel prodigio advierte,
que será desconocido
si el cielo no lo agradece.
Las plumas negras arranca,
verdes y moradas quiere,
las negras entrega al viento
que las esparza y las lleve.
Creció su soplo, y ligero
con mil regates revuelve,
hasta hacer que las plumas
en casa de Zaida se entren.
Viólo, y satisfecho el Moro,
dijo: «Así es justo se ordene,
«que pues mi ausencia te alcanza
«parte de mi luto lleves.»

ROMANCES DE BRAVONEL, DE ZARAGOZA.

1.°

Bravonel de Zaragoza
al Rey Marsilio demanda
licencia para partirse
con el de Castilla á Francia.
Trataba amores el Moro
con la hermosa Guadalara,
Camarera de la Reina,
y del Rey querida ingrata.
Bravonel, por despedida
y en servicio de su dama,
hizo alarde de su gente
un martes por la mañana.
Alegre amanece el dia,
y el sol mostrando su cara
madrugaba para verse
en los hierros de las lanzas.
Llevaba su compañía
marlotas de azul y grana,
morados caparazones,
yeguas blancas alheñadas.

Por el coso van pasando
donde los Reyes aguardan;
colgada estaba la calle,
y la esperanza colgada:
aguardaba todo el vulgo
á Bravonel y á su gala,
y la Reina con ser Reina
á todo el vulgo acompaña.
Ya pasa el Moro valiente,
ya las voluntades pasan;
mas muchas se van con él
que no es posible parallas.
No lleva plumas el Moro,
que como de veras ama,
juró de no componerse
de plumas ni de palabras.
En la adarga berberisca
con su divisa pintada,
tan discreta como el dueño,
y como el dueño mirada,
lleva una muerte partida
que juntarse procuraba,
con un letrero que dice:
No podrás hasta que parta.
Delante del real balcon
hasta el arzon se inclinaba,
hace á las damas mesura,
levantádose han las damas;
pero no lo pudo hacer
la hermosa Guadalara,
que el grave peso de amor
por momentos la desmaya.
Suplicó la Reina al Rey
que hubiese á la noche zambra,
y el Rey por dalle contento
dice que mande aplazalla.
Toda la gente se alegra;
llorando está Guadalara,
pues es mártes, y hace sol,
cierta señal de mudanza.

2.

Avisaron á los Reyes
que ya las nueve eran dadas,
y que Bravonel pedia
licencia para su zambra.
Juntos salieron á verla,
aunque apartadas las almas,
Bravonel tiene la una,
y la otra Guadalara.
De la cuadra de la Reina
iban saliendo las damas,
Guadalara viene enmedio
de Adalifa y Celindaja,
dos Moras que en hermosura
á todas hacen ventaja,
y tambien en las desdichas
de aficiones encontradas.
De morado, azul y verde
está la sala colgada,
las alfombras eran verdes
porque huellen esperanza.
A cierta seña tras esto
se oyeron á cada banda
concordados instrumentos
y penas desconcertadas.

Bravonel entró el primero,
y dando á entender que guarda
amor, secreto y firmeza,
esta divisa sacaba:
un potro de dar tormento
entre coronas y palmas,
con una letra que dice:
Todas son para el que calla.
Azarque primo del Rey,
muy azar con Celindaja,
abriendo puerta al rigor
de sus encubiertas ansias,
traia en un cielo azul
una cometa bordada,
y esta letra entre sus rayos:
Cometa celos quien ama.
Záfiro por Adalifa,
un tiempo su apasionada,
mostró con esta divisa
de sus tormentos la causa.
Una viuda tortolilla
en seco ramo sentada,
y un mote que dice así:
Tal me puso una mudanza.
Guadalara y Brabonel
tiernamente se miraban,
que cansados de penar
de disimular se cansan.
Mucho se ofenden los Reyes
y mucho el amor se ensalza,
en ver que allanan sus flechas
á las Magestades altas.
Azarque y Záfiro hubieron
sobre no sé qué palabras....
Sí lo supe; celos fueron
de Adalifa y Celindaja:
pierden al Rey el respeto,
paró la fiesta en desgracia,
que entre celos y sospechas
no hay danzas sino de espadas.

3.°

Despues que en el mártes triste
mostró alegre el sol la cara,
tiene la suya cubierta
la hermosa Guadalara;
no quiere ver ni ser vista
despues que Bravonel falta,
ni mostrar el rostro alegre,
porque tiene triste el alma.
Mucho siente el acordarse
de la noche de la zambra,
fin de toda su alegria,
y principio de sus ansias.
Acuérdase de la empresa
que su Bravonel llevaba,
y suspirando decia:
Todas son para el que calla.
Procura encubrir su pena,
no quiere comunicalla,
porque no pierda la fuerza
el dolor que el alma pasa:
no advierte cuán mal se encubre
el fuego que el alma abrasa,
porque el fuego ha de salir
por los ojos del que calla.
Crecen celos y sospechas,

y con ausencia tan larga
está cierta de que quiere,
dudosa si es olvidada.
Pasados bienes la afligen,
presentes males la cansan,
esperanzas la entretienen,
desconfianzas la acaban:
dobla el llanto porque el Rey
mandó á los guarda-damas,
que no consientan que escriba
á Bravonel Guadalara,
creyendo que larga ausencia
causará en ella mudanza,
y que así le vendria á ser
agradecida su ingrata:
para alivio de su pena
no pudiendo escribir carta,
pensando en su Bravonel,
pidió ella una rica almohada.
Sobre un tafetan leonado,
color que á tristes agrada,
mostrando firmeza y pena
una alta peña labraba,
desde donde nace un rio
que un prado marchito baña,
y en lengua mora esta letra:
Muy mayor es Guadalara.
Con esto pasa la vida
que es la muerte desastrada,
hasta ver á Bravonel
que es de sus penas la causa.

4.°

Alojó su compañía
en Tudela de Navarra,
Bravonel de Zaragoza
que va caminando á Francia.
Con sus mansas hondas Ebro
parecia que llamaba
á la esquina de un jardin,
frontero de su ventana.
El Moro finge que son
amigos que le avisaban,
que pasan á Zaragoza
y que vea si algo manda.
¡Amadas ondas! las dice,
de vosotras fio el alma,
y estas lágrimas os fio;
si no son muchas, llevadlas.
Pasais por junto á un balcon
hecho de verjas doradas,
que tiene por celosías
clavellinas y albahacas:
allí me cumple que todas
gritando mostrais las ansias,
de este Capitan de agravios
que va caminando á Francia:
y si por dicha saliere
á miraros Guadalara,
procurad que entre vosotras
vea mis lágrimas caras.....
Mal he dicho: no las vea
que me corro de llorarlas,
y de que en mi pecho duro
cupiesen tiernas entrañas.
El bravo me llama el vulgo,
no se desmienta mi fama;

á fuera enredos de amor
que me embarazais las armas.
Tras esto oyó que á marchar
tañen trompetas bastardas,
y que aguardan sus ginetes
le dijo un cabo de escuadra.
Quitó la partida muerte
divisa agorera y mala,
y en su bandera pónia,
adivinando bonanza,
encima de un nuevo mundo
con grande vuelta una espada,
y en arábigo una letra:
Para la vuelta de Francia.
Alegróse Bravonel,
y en un overo cabalga,
diciendo: «para la vuelta
«no es un mundo mucha paga.»

5.°

Bravonel de Zaragoza,
y este Moro de Villalba,
hijo de Celin Gomel,
aquel que fuera de España
dió muestra de su persona
contra la enemiga espada;
traen los dos competencia
por la Mora bella Zaida,
hija del gran Alfaquí,
Consiller del Rey Audalla,
el que en cosas de la guerra
tiene su voto en Granada:
sin esto, el mayor Alcaide
del Xarife que está en Guardia
gobernando el Señorío
y Reino de Lusitania.
Para conseguir su empresa
Bravonel, luego despacha
con un Moro su criado
á Zaragoza una carta,
á pretender que su padre
le responda á su demanda.
Fuéle contraria fortuna,
y fue su suerte contraria,
pues su padre le responde
muy fuera de lo que él anda;
y así aunque es Moro gallardo
desiste de la demanda,
mas no de rendir contino
á Celinda vida y alma.
El de Villalba se parte,
llevando á la bella Zaida
retratada en un papel
é impresa dentro en el alma:
y aunque de partirse triste,
alegre pues la esperanza,
que es mensagera del tiempo
y espera traerá bonanza.
Del océano las olas
rompe para irse á su patria,
y el aire con mil suspiros
sacados de allá del alma;
y para se consolar
mira el retrato, y le habla,
dice: «Trasunto de aquella
«Mora, que enamora y mata
«mil apasionados pechos,
«y al mismo amor avasalla;

«Alá permita, Señora,
«que sea mi suerte tan alta,
«que pueda nombrarme tuyo
«en los saraos y zambras.»
Con esto se parte el Moro,
y queda la bella Zaida
neutral á entre ambas partes,
tan altiva cuanto dama.

6.º

A la sombra de un laurel
junto de una fuente clara,
dó vertia sus cristales
en una negra pizarra;
en las riberas famosas
que el agua del Ebro baña,
y en un jardin dó tenia
el Rey Marsilio á sus damas;
con pluma, tinta y papel
sentada está Guadalara,
escribiendo sus pasiones
á quien de ellas es la causa:
en arábigo le escribe,
y aljofarando su cara,
á cada letra que pone
parece que se desmaya:
soltó la pluma en el suelo,
papel y tinta, turbada,
y turbado el pensamiento
acude aprisa á la playa,
como aquella que adivina
que de su Moro las aguas
alegre nueva le traen,
con que alegra tanto el alma:
el rio contra costumbre
y las aguas luego paran,
mostrando que Bravonel
en ellas está, y no habla:
mira la Mora el misterio
de las aguas y descansa:
«¡Amadas ondas, les dice,
«del corazon y del alma!
«aunque mudas por las señas
«me descubris á la clara,
«que visteis á Bravonel
«en Tudela de Navarra.
«¿Decisme que quedó triste?
«¡mas triste quedó mi alma!
«pues de dia no reposa,
«y de noche no descansa;
«que el mártes cuando partió
«salió el sol con tal pujanza,
«diferente á las divisas
«que mi Bravonel llevaba.»
En esto llegó la Reina
y el Rey, con todas sus damas,
y viendo en tierra un papel
para alcanzarlo se abaja;
leyóle el Rey para sí,
y en leyéndole, le rasga,
porque no digan las gentes
que es de alguna de sus damas.
Al ruido de los Reyes
dejó el rio Guadalara,
mas no pudo ser tan bien
que el Rey no la sintió, y calla.

7.º

Con valerosos despojos
del valor que tuvo en Francia,
su gallardo y fuerte brazo,
en Tudela de Navarra
entra bravo Bravonel,
alegre de su esperanza,
y él mismo lleva la nueva
de la sangrienta batalla.
Albricias en Zaragoza
entra pidiendo á su dama,
de quien está tan pagado
que el verla tiene por paga;
y puesto junto á un balcon,
hecho de verjas de plata,
solo por los ojos negros
reconoce á Guadalara;
porque todos de un metal
le parecen á quien ama,
el fino oro los cabellos,
lo blanco plata cendrada.
Miraba el vestido verde,
y las mejillas miraba,
y el Moro finge que son
clavellinas y albahacas.
Las clavellinas le encienden,
la albahaca le desmaya,
que es de natura en amor
una esperanza muy alta.
Suspenso está Bravonel,
Guadalara muda estaba,
aunque los ojos de entrambos
con lenguas de amor se hablan.

ROMANCE DE HOMAR, LUSITANO.

El gallardo moro Homar
que en Africa residia,
ilustre en sangre y nobleza,
y aunque villano en la dicha;
no en villanas pretensiones,
puesto que amaba y servia
con vida, hacienda y persona
á la bella mora Ziza:
á quien el incauto Moro
muy muchas veces decia,
que allá en la fuente de Almeida
vaya para hablarle un dia.
A esto responde la Mora:
«¡Ay Homar de mi alma y vida!
«¡Cómo me mandas que vaya
«á ser dos veces cautiva,
«una de tí, y luego otra
«de ese Capitan de Arcilla,
«á quien no se escapa Moro,
«ni Mora que no cautiva,
«porque es Marte en el valor
«y Ulises en maestrías!»
La Mora cumple su ruego
despues de larga porfia;
pero aun no hubo bien llegado
dó su muerte está vecina,
cuando salió el Lusitano
de dó emboscado yacia,

y cautivando la Mora,
se va la vuelta de Arcilla.
El Sarraceno que vió
cautivo el bien de su vida,
al Capitan humillado
con humilde voz decia:
«Suplícote si algun tiempo
«tuviste en amor desdicha,
«permitas que pueda hablar
«con la que llevas cautiva.»
Concedida la licencia,
el Moro así habla á Ziza:
«Yo te juro, dulce esposa,
«por Pluton y Proserpina,
«de librarte, ó morir antes
«de media luna cumplida.»
La Mora triste y llorosa
al gallardo Moro mira,
diciéndole: «Ya es tarde
«para seguir tu porfia:
«y pues tan tarde viniste,
«vuelve Moro á tu Alcaidía,
«y procúrala guardar
«mejor que guardaste á Ziza.»
Corrido y avergonzado
el Moro se alzó en la silla,
y cubierto de su adarga
arremete en valde, aprisa
contra la segura gente,
mas allí perdió la vida.
La desconsolada Mora
junto del cuerpo tendida,
de su mal logrado amante
con triste canto decia:
Rompa mi blanco pecho
este puñal agudo,
pues mi desdicha pudo
sacarme á tal lugar, y á mi despecho.
Es bien que le acompañe
en triste sepultura,
el mio sin ventura,
y que la tierra con mi sangre bañe.
Sirva de aviso eterno
este mi triste amor y desvarío,
que si será, y yo fio,
mientras hubiere estío y frio invierno.
Arranquen mis entrañas
las aves carniceras,
tambien las bestias fieras
naturales y estrañas;
quedando solo el nombre
de los dos que murieron,
porque bien se quisieron
dignos de eterna fama y de renombre.
Pesaroso el Capitan
por ver la presa perdida,
se recogió con su gente
para su fuerza de Arcilla.
Y porque en memoria fuese
puso en mármol esculpida
esta lamentable historia
del moro Homar y de Ziza.

ROMANCE DE MOSTAFA.

Sembradas de medias lunas
capellar, marlota y manga,
y de perlas el bonete,
con plumas verdes y blancas;
el gallardo Mostafá
se parte rompiendo el alba,
á donde la armada fuerte
de su Rey le espera y llama;
y de la mar las trompetas,
chirimías, pitos, flautas,
anafiles, sacabuches,
le hacen la seña y la salva.
Cabalga el bizarro Turco
á la brida y la bastarda
en un caballo mas blanco
que la blanca nieve helada.
Ligero, brioso y fuerte,
con unas eses por marcas
que hasta en el caballo quiere
mostrar su fe limpia y casta.
Pártese el bizarro Turco
á la conquista de Malta,
y á otra mayor conquista
que tiene en su pecho y alma;
y de la mar las trompetas,
chirimías, pitos, flautas,
en voz formada le dicen:
general, embarca, embarca.
Responde el amor por él:
¿á dó, fortuna, me llamas?
¿quieres te busque en el mar,
pues en la tierra me faltas?
¿Piensas que de la mar pueden
la multitud de las aguas
aplacar la mayor parte
de este fuego que me abrasa?
Y con este sentimiento
por delante el balcon pasa,
á dó le amanece el dia
á la noche de sus ansias;
y reparándose todas,
viendo presente la causa,
dispuesta á darle favores,
que ya de desden se cansa:
hermosa Zaida, la dice,
si mi presencia te enfada,
dame una prenda á tu gusto
con la licencia que parta.
De tu partida me pesa,
le responde, pero basta
con que lleves esta prenda,
de aquestas manos labrada.
En los estribos el Moro,
del capellar en la manga,
las dulces prendas recoge
de la que le prende y mata.
Descubre un lienzo labrado
de oro fino y seda parda,
con la rueda de fortuna
á lo vivo dibujada:
«y de la mar las trompetas,
«chirimías, pitos, flautas,
«en voz formada le dicen:
«General, embarca, embarca.»
No tan aprisa, enemigos;
dejadme gozar la palma,

que mis deseos encumbra,
y mis razones ensalza;
y porque á la cumbre suba,
tan solo mi Zaida falta,
que quieras tú dar la mano
á quien das mano y palabra.
Conténtate por agora,
dice la bella Sultana,
que el tiempo lo cura todo,
y como venga no tarda.
De alegre y contento el Moro
mudo con los ojos habla,
y pártese porque es fuerza,
y el cuerpo parte sin alma;
«y de la mar las trompetas,
«chirimías, pitos, flautas,
«añafiles, sacabuches,
«le hacen la seña y salva.»

ROMANCES DEL ALBANES (1).

1.°

Criábase el Albanés
en las cortes de Amurates,
no como prenda cautiva
en rehenes de su padre,
sino como se criara
el mejor de los Sultanes:
del gran Señor regalado,
querido de los Bajaes,
gran Capitan en la guerra,
gran cortesano en las paces,
de los soldados escudo,
y espejo entre los galanes.
Recien venido era entonces
de vencer, y de ganalle
al de Hungría dos banderas,
y al Sofi cuatro estandartes.
¿Mas qué aprovecha domar
invencibles Capitanes,
ni contraponer el pecho
á mil peligros mortales,
si un niño ciego le vence,
no mas armado que en carnes,
y en el corazon le deja
dos arpones penetrantes;
dos penetrantes harpones,
que son los ojos suaves
de las dos mas bellas Turcas
que tiene todo el Levante?
Bien conoció su valor
Amor, pues para enlazalle
un lazo vió que era poco,
y quiso con dos prendalle.

2.°

Tuvieron Marte y Amor
un dia grandes combates,
en unas reales fiestas
en las cortes de Amurates.
Juntas pues muchas naciones
de Moros, Turcos y Alarbes,

(1) Este romance es de Góngora, y hace alusion al famoso Duque de Alba.

entre todos se señala
el Albanés muy pujante,
que ha llevado de las justas
á pesar de los Bajaes,
el lauro de la victoria;
pero quiso Amor premiarle
con el favor que Arselinda
desde un corredor le hace:
Turca ilustre de valor,
descendiente de Sultanes,
la cual le envia un recado
al palenque con dos pages.
El Albanés le recibe
con apacible semblante,
y ya cuando de la plaza
mandó el Sultan que le saquen,
y que resuenen las trompas,
los pífanos y atabales,
quiso fortuna envidiosa,
para mas entronizarse,
que se quejase al Sultan
un Bajá valiente y grave,
diciendo: «Mire tu Alteza
«cómo el honor se reparte,
«que se hace agravio á muchos
«que mas que el Albanés valen.»
Dijo el Sultan: «Pues quereis
«parte de su honor quitarle,
«al que matare un leon
«el premio pretendo dalle.»
El Bajá salió primero,
y el Leon al Bajá sale
tan furioso, que le hizo
de un encuentro muchas partes.
El Albanés valeroso,
desnudo su cuerpo sale,
poniendo su mente en Dios,
con un baston recio y grande.
El Leon arremetió,
y una amorosa voz sale
de Arselinda que decia:
¡Santo Alá! querais librarle.
Tuvo gran cuenta el guerrero,
y para mejor matarle,
metió en la boca al Leon
el baston, y presto ase
de un corto y fino puñal
con que dos heridas hace
al Leon en las entrañas,
por dó vida y sangre salen.

3.°

Regocijada y contenta
está la hermosa Arselinda,
turca de mucho valor,
y del Gran Sultan sobrina.
Procedióle este contento
del gran placer y alegría
que le causó la victoria
de su Albanés aquel dia.
Consigo hace la dama
una amorosa porfia:
ella á sí propia pregunta,
y ella á sí se respondia.
Dime, Arselinda, que estás
por un cautivo cautiva,

¿quien supiere tus amores,
qué dirá de tí, Arselinda?
Pero pasado este trance,
en que el honor le retira,
llega el bullicioso Amor,
y de nuevo en ella aspira,
por lo cual la dama dice:
¡Ay Albanés de mi vida,
el mas valiente y galan
que encierra en sí la Turquía!
¡Cuán bien andante será
la que en tu favor recibas,
porque aunque cautivo estás
eres Señor, y de estima!
No quiso mas aguardar
á que el Amor la persiga,
y un Genízaro llamando,
al Albanés se lo envia:
dice en un papel que venga,
á media luna corrida,
á verla por el jardin,
á dó aguardando estaria.
El Albanés recibió
el recado, y respondia,
que le agradece el favor,
y que será obedecida.
Juntos pues los dos amantes,
el Albanés le decia:
¿Qué me quereis, mi Señora,
bien del bien del alma mia?
No quiero, gallardo amigo,
que muestres tu valentia
mañana con los Bajaes,
por mi gusto y tu porfia:
solo pretendo que entiendas
que soy tu esclava y cautiva,
para en cuanto me mandares,
sin reservar alma y vida.
El Albanés le responde:
escuchad, bella Arselinda,
y notad que soy de Albania,
y vos criada en Turquía;
y que nací y soy cristiano,
y por mi fe perderia
mil mundos si los tuviese;
y otros tantos, Arselinda,
perdiera por vuestro gusto,
sin punto de cobardía,
ni anteponer el afrenta
que de mí el Sultan reciba.
Con esto se despidió,
dejando sola Arselinda,
la cual triste y lamentando
de su fortuna, decia:
Puse mi contento
en parte cautiva,
y dejóme viva
para mas tormento.
Vencíme de amor
por un Albanés,
que aunque esclavo es,
es Marte en valor:
sube su loor
al quinto elemento,
y dejóme viva
para mas tormento.
No le ablandaron
mis tiernas razones,
ni las ócasiones
que la demostraron,
cuando agua hallaron
mis ojos sin cuento,

pues siendo cautiva,
me dejó á mí viva
para mas tormento.
De mi liviandad
yo tengo la culpa,
pues que no hay disculpa
á tal libertad:
mis ojos, llorad,
dejad el contento,
porque me dió vida
para mas tormento.
Es mas insufrible
dejar de quererlo,
pues aborrecerlo
seráme imposible,
y dolor terrible
el que por él siento,
pues me dejó viva
para mas tormento.

ROMANCE DEL VIEJO REDUAN.

Desde un alto mirador
estaba Arselia mirando
las cristalinas corrientes
del sacro y dorado Tajo.
A veces miraba el agua,
otras la tierra y el campo,
otras pensaba en las cosas
que la daban mas cuidado.
No está pensando la Mora
en el cortesano trato,
porque tiene el pensamiento
en un Príncipe aldeano,
que en las riberas de Tormes
es noble Alcaide afamado,
aunque no sigue la corte
de Almanzor, Rey Toledano.
En amorosas pasiones
tiene el sentido ocupado,
cuando llegó aunque de lejos
á vista de su palacio
el anciano Reduan
en un ruano caballo,
viejo Alcaide, y no vellido,
gallardo y enamorado;
y como reparó el Moro
el mirador ocupado
de un resplandeciente sol,
quedó suspenso y mirando.
Procura disimular
el anciano enamorado
el gran fuego que le enciende
su caduco pecho helado.
Paséase haciendo piernas,
muy á lo disimulado;
pero viéndole la Mora,
le dice con pecho airado:
¡Ay Moro, cómo me cansas!
¡cómo me tienes cansado
el sufrimiento en pensar
que estés por mí amartelado?
¿No reparas que ya tienes
la barba y cabello cano,
grande calva y poco pelo,
y que te tiemblan las manos?
¡Qué poco duelo que tienes
de mis florecientes años,

pues quieres se compadezcan
con tu vejez y otros daños!
El Moro bien entendió
casi todo lo que ha hablado,
á lo cual respondió: El sol
todo lo tiene á su mando;
y como á éste te pareces
le das calor á mis años,
y haces al helado pecho
altivo, feroz, lozano.
Mostró al volver una letra
sobre un capellar dorado,
que dice: *Pues que me atrevo,*
algo puedo y algo valgo.
En el adarga traia
un sol con ardientes rayos,
y por orla aquesta letra:
Sin duda dos soles hallo:
pero viendo que la Mora
con tal desden le ha mirado,
encubrió el sol de la adarga
con un almaizar pajado,
diciendo: «Pues se anubló
mi sol, quiero esté tapado
el que pintado traia,
del que es natural sacado.»
Con esto el Moro se vuelve,
y la Mora se ha tornado
á ocuparse de principio
en los primeros cuidados.

ROMANCE DE DRAGUTA.

En el espejo los ojos,
en los cabellos el peine,
en la vida el desengaño,
los deseos en la muerte;
su belleza acrecentada,
porque la tristeza á veces
alegres milagros hace
desmintiendo al tiempo alegre:
dos naves por arracadas,
con dos soles por trinquetes,
gargantilla de azabache
con perlas de nueve en nueve;
de esmeraldas y zafiros
colgada de ella una sierpe,
cruel divisa del alma,
y de sus iras crueles:
rica almalafa vestida,
amarilla, blanca y verde,
colonia azul de Turquia
que ciñe su blanca frente;
Draguta recien casada
con un deudo de Hamete,
aquel secretario Real
y Alcaide de los Donceles;
y casada por su tio,
porque favores pretende
para ser grande Alfaquí
si al Rey Chico le pluguiere:
á su prima Elcazara
que consolarla pretende,
de su estado y de su tio
se quejaba tiernamente.
Alá te perdone, padre,
que antes que tú fallecieses
mis altivas esperanzas
no estribaban en los Reyes;

y no te perdone Alá,
Zegrí, que tu sangre vendes,
para comprar dignidades,
que no sé si las mereces.
Tu vida anciana y caduca
que por momentos descrece,
quieres hacer perdurable
con esta que al mundo viene.
No curaste de mi dicha
mirando tus intereses,
como si fuera el casarme
por quince dias ó veinte.
Bien parece que no sabes
que tantos enojos cueste
un enemigo ordinario,
que rehusar no se puede.
Condiciones encontradas
trabada guerra mantienen,
á donde lidian las almas
hasta que los cuerpos mueren.
¿Pensabas cuando llorase
que con joyas que me dieses
me podria yo acallar
como las demas mugeres?
Collar de perlas me diste;
mas las que mis ojos llueven
enternecerán si vivo
á los diamantes mas fuertes.
Los brazaletes y anillos
son esposas que me tienen
cautiva y desesperada,
de que mi dicha las quiebre.
Prima mia Eleazara,
hoy hace justos dos meses
que vi á mi Moro enemigo
en una fiesta solemne:
con atencion me miraba,
y con desprecio miréle,
tanto, que dije entre mí:
¿Todo el mundo se me atreve?
¿tan dejada te parezco?
¿eres tú tan insolente
que aunque me prometas reinos
mis favores te prometes?
No te me pongas delante,
Morillo cuitado, vete,
que pensaré que me amas,
y al momento moriréme.
Estas cosas dije de él,
y quiso despues mi suerte
que le obedezca de dia,
y que á su lado me acueste:
que si no le digo amores
de mi tibieza se queje,
y que á recibirle salga,
cuando á perseguirme viene:
que todos me llamen suya
sin poder decir que mienten;
que diga que le doy gusto
cuando él á mi gusto ofende;
que tener hijos de mí
con razon presuma y piense;
que mi alegre condicion
triste suegra la gobierne.
Prima, cuando te casares,
por tus ojos que no peques
contra la fe de tu gusto,
y que en mi daño escarmientes.
Con tus esperanzas cumple,
aunque te culpen las gentes,
que nunca pudo olvidarse
lo que agradó para siempre.

En esto vino un recado
que al jardin de Zaida fuese,
y enlutado el corazon
se fue vestida de verde.

ROMANCES DE ZORAIDE.

1.°

Entró Zoraide á deshora
á buscar su amigo Tarfe,
con acelerados pasos,
y con turbado semblante.
Toma tus armas, le dice,
que me importa que te armes;
ha de ser luego, no quieras
que la tardanza me agravie:
el cuento de mi venida
te contaré por la calle,
si con la pasion y enojo
á decírtelo acertare.
Tarfe acudió á sus armas,
ciñóse su corvo alfange,
quitó al bonete las plumas
por mejor disimularse.
Salen con tanto silencio
que ni las nocturnas aves
sienten sus secretos pasos,
ni los veladores canes.
Zacatin y Plaza nueva
atraviesan sin hablarse,
que Tarfe no le pregunta,
ni dice nada Zoraide.
Al entrar por los Gomeles
volvieron á repararse,
que vieron en un balcon
un almaizar puesto al aire.
Solia Celinda bella
poner estos almaizares
á Zoraide en otro tiempo,
cuando era dichoso amante;
y ahora es señal rabiosa,
que quiere desengañarle
la señal que señalaba
sus placeres y solaces.
Limpió sus ojos el Moro
creyendo que le engañasen;
mas el mar que entró por ellos
con el desengaño sale.
A su Celinda aborrece,
porque se antepone antes
á la gloria de sus bienes
la presencia de sus males;
y aunque el Moro es valeroso,
pueden tanto los pesares,
y mas si nacen de amores,
que vencen las libertades.
Dió con él, uno en el suelo,
no sabe que hacerse Tarfe,
que los remedios son pasos,
y los desmayos son grandes.
En aqueste punto estando
llegó Zurman Bencerrage,
Moro que Celinda aguarda,
de gran gentileza y talle:
Tarfe que le vió venir,
dejando á su amigo, sale

á contradecirle el paso,
diciendo: vuelve, no pases.
El Moro que en casos de honra
es no menos arrogante,
le responde, ¿quién sois vos?
medio desnudo el alfange.
Tarfe no le quiso hablar,
sino que las armas hablen,
y que averigüen de entrambos
quién ha de estar en la calle.
Sacan los alfanges fieros,
derriban los capellares,
y tiranse fuertes golpes
con pensamientos mortales.
Crece la rabia y desden,
la fuerza, rabia y corage,
y saltan vivas centellas
de los duros pedernales.
Fue venturoso Zurman,
llevóle de un golpe Tarfe
cinco plumas amarillas,
y la mitad del turbante.
Acudió gente al ruido,
que forzaron de apartarse:
Tarfe se volvió á su amigo,
á quien halló como de antes,
y en brazos le vuelve á casa;
que nada siente Zoraide,
pues celos y mal de amores
son un parasismo grande.

2.°

El contento de tu carta
se templó, Alcaide, con verte
celoso de tu Celinda,
aborrecido y ausente;
porque es un mal el de celos
que solo el alma consiente,
donde lidian los sentidos
hasta que los cuerpos mueren.
Estás, amigo, quejoso,
desesperado, impaciente,
y no me espanto que es mal
harto peor que el de muerte:
da algun vado á tus congojas,
que no es razon que la gente
entienda que tu valor
te lo atropellan mugeres.
Si te ha ofendido Celinda,
muera ella y quien te ofende,
que no pierdes tu nobleza
en matar al que es aleve;
porque en semejantes casos
mucha mas honra se pierde
en disimular agravios,
que no en que muera vil gente.
Dices que de diamante
tiene el pecho quien te ofende,
mas yo te digo que
de blanda cera le tienes:
si dices que tus suspiros
le van á helar en su nieve,
es que nobles pensamientos
en bajos pechos se pierden.
Si la debes mil abrazos,
ella otros tantos te debe,
con que queda bien pagada
de lo que da fácilmente:

y pues ella no entendió
lo que ganaba en perderte,
cree que no merecia,
Alcaide, que la quisieses;
y no quieras mas venganza
que ver que por él se muere,
que pues es de ruin linage
la pagará cual merece.
Dentro de muy breve tiempo
verás trocadas las suertes,
y ella echará de ver
lo que ha perdido en perderte;
que cual meson de tablilla
son contino las mugeres,
que siempre á los mas estraños
mas regalan y mas quieren.
Son cual natural espejo
á dó solo los presentes
ven su natural retrato,
sin rastro de los ausentes:
son un mar donde se anegan
los mas sabios y prudentes,
y en el amor mas mudables
que veleta en chapiteles.

ROMANCE DE ZERBIN.

Desde hoy mas renuncio, Mora,
tu fe, tu amor y palabra,
tu desden y mi recelo,
de celos, furor y rabia.
Quiero dar luz á mis ojos,
y dar libertad al alma,
y salir de esta tormenta
al mar claro de bonanza.
Yo vi bien tu oscuro pecho,
que el ser oscuro fue causa
de curar el mio llagado
de la amorosa batalla.
Ya no pretendo tu amor,
ni de tu amiga Daraja,
que sois dos falsas sirenas,
desechadas en la Alhambra.
Ya no quiero estar celoso
de un pobre Morisco Audalla,
de los mas viles Genizaros
de la ciudad de Granada.
Ya no daré nombre falso
á tu hermosura y tu gracia,
llamándote en mis abrazos
divina y bella Diana.
Ya no quiero ver tu calle,
ni hacer seña á tu ventana,
ni aguardar desde las diez
á que Apolo rompa el Alba.
Ya no quiero tus favores,
ni tu bordada almalafa,
para salir á las fiestas
que trazaba por tu causa.
Ya no tendré que gastar
mas cequíes de oro y plata,
para esmaltar tu cifra
en el campo de mi adarga.
Ya no sacaré libreas
de colores á tu gracia,
para que vieses en ellas
la sujecion de mi alma.
Ya no ofreceré á tu gusto
sonetos, quintas, ni cuartas,

villancicos, ni canciones,
leves tercetos, ni octavas.
Ya no esmaltaré en el templo
de tu amor y tu fe falsa,
las palabras y favores
que sin aficion me dabas.
Ya no haré los ojos rios,
ni del pecho haré alquitara,
para ofrecer á tu amor
los despojos de tu alma.
Ya quiero andar sosegado,
y no parecer fantasma,
aguardándote de noche
para gustar de mis ansias.
En fin, no confiaré
en tus fingidas palabras,
que eres Circe encantadora
de las que de amor se abrasan.
Esto el valiente Zerbin
dijo espresando sus ansias,
y de sus quejas la Mora
desdeñosa se burlaba.

ROMANCES VARIOS.

AYALA EN UN JUEGO DE CAÑAS.

El sol la guirnalda bella
del mas cristalino aljofar
alumbraba al medio curso
al mar y tierra redonda,
cuando en la plaza de Tunez,
cuyos balcones adornan
mil soles claros de oriente,
del amor flechas hermosas,
delante el gran Alfaquí,
nieto del de la Corona,
que las columnas de Alcides
puso con esfuerzo y honra;
entra brioso y galan
á la Morisma Española,
Rindaro, Señor de Colcos,
con atabales y trompas:
encubertada la yegua
de tela amarilla y roja,
desde el copete esparcido
hasta la enrizada cola.
Viene á mantener sortija,
celebrando la victoria
del Rey Felix de Granada,
gran defensor de Mahoma.
Siguen los aventureros
ufanos la plaza toda,
llenos de rubíes y perlas
y de ambar labradas pomas.
El mayorazgo de Ayala
entra con ornato y pompa,
silla con arzon de plata,
y á los fines bellas borlas:
de negro y blanco se viste,
porque la ingrata que adora

dejó en blanco su ventura,
y asi negra se la torna:
de los Avalos Xarife,
Almoradifes de Ronda,
sale un gallardo mancebo
con quien el sol era sombra,
morada y verde librea,
el color de sus congojas,
porque le tienen morado
golpes de esperanzas locas:
un Bajá sale de azul,
llena de espejos la ropa,
y por mote: *Sol y espejo*
de amor y penas celosas.
De hojas de yedra un salvage,
por ser su dama leona,
hojas de esperanzas leves
que el aire marchita y doma.
Un pobre Aliatar ilustre,
vestido de holanda tosca,
sale á correr bien corrido
de las faltas que le sobran;
la letra dice: *Quien tiene*
mucha sangre y plata poca,
salga de lienzo á las justas,
porque amortajan su gloria.
Bravonel sale de verde,
rico alquicer y marlota,
con unas eses de plata,
y esta empresa de su historia:
una esperanza rendida
como del viento las hojas,
y una fe que lo sustenta,
y por letra: *Firme, y sola.*
Los Zaides van de tela
de color de la amapola,
sembradas mil esmeraldas
por los bonetes y tocas:
delante un negro Cupido
con flechas de oro vistosas,
y el mote: *Tesoro ofrece,*
y en negro carbon se torna.
Dos capitanes que al viento
sus banderas enarbolan,
sacan blancas tunicelas,
y á trechos de oro unas rocas:
la castidad significan,
que flores produce y corta,
y la letra: *Teñiréla*
con sangre que cruz adorna.
Bizarros pasan la tela,
colgados precios y argolla;
ya dan licencia los jueces,
y al correr dulzainas tocan:
parten Rindaro y Baxan,
mas el Moro el precio goza
ofreciéndole á su madre
la bella Celaura Mora.
Con el Xarife asegunda,
y tambien lleva la joya;
mas fortuna rebatida
la suerte y hados soborna,
que de Ayala el mayorazgo
galan el premio le toma,
dándole á la bella ingrata,
que con alma y vida honra.
Celina, que el Moro sirve,
dice dél cruel celosa:
Ayala, tú me mataste,
Ayala en el eco nombra.
Lleva un Capitan sortija,
y el pobre Aliatar llevóla,

los Zaides corren iguales,
el Salvage un lado toca.
Bravonel la yegua pica,
y su ventura malogra,
viniendo de la carrera
á quien dice, y así llora:
pues le pesa á mi cruel
de que en su servicio corra,
yo no me espanto que huya,
que aun tú ves que es firme
onza:
no son fiestas para tristes,
mi fe me sale engañosa,
mas no es mucho, si amo á
quien
los animales asombra.
Invenciones entran nuevas,
corre Píndaro con todas,
ganadas al fin por lances,
precios y pechos de Moras.
La noche da fin al juego,
las lanzas ligeras tronchan,
que no hay fiesta que no acabe,
y sin hazar es dichosa.

ROMANCE DEL ALCAIDE DE FLORENCIA.

El Alcaide de Florencia,
sucesor de sus murallas,
en la plaza de Madrid
alegre juega las cañas,
con marlota y capellar
conforme á la nueva usanza,
todo cuajado con emes,
divisa que al mundo espanta,
cuyos sentidos preciosos
como sentidos en plaza,
cada cual acomodó
dando diferentes trazas.
Unos dicen que la M
puso sobre blanca estampa,
porque lo blanco en la muerte
es donde mas se señala:
otros que letra de piernas
sacó, porque ha visto tantas,
que para echarlas de sí
fue necesario jugarlas.
Otros dicen, que medroso
de que la fortuna escasa
le ha de dar algun disgusto,
del miedo puso las armas.
Otros que por las mentiras
que se dicen entre damas,
con M significó
de sus marañas la causa.
Cada cual conforme al juicio
de su hueca calabaza,
interpretó la divisa
segun lo que se le alcanza.
Una lanza sacó al hombro,
banderilla negra y blanca,
un alfange cortador,
la cuchilla corta y ancha,
en un caballo ligero,
larga crin y cola larga,
saltador, de paso altivo,
que apenas los pies estampa.
A la señal de clarines,
y de trompetas y cajas,

repite el eco gracioso,
al volver de las espaldas,
adarga, adarga, adarga,
encubre la cabeza, el paso alarga.
Trabóse la escaramuza,
la mas graciosa y gallarda
que se pudo imaginar,
rompiendo el aire las cañas;
y acabada por un rato,
cercada toda la plaza,
dos á dos y tres á tres
corren con parejas lanzas.
Al toril abren la puerta,
y cada cual se prepara,
unos de cortos rejones,
y otros vuelven las espaldas;
pero el Alcaide famoso
á quien la fortuna aguarda,
con corona de laurel
para engrandecer su fama,
á vista del gran Senado
su altivo caballo para.
Un toro sale furioso
la cola toda enroscada,
como si solo saliera
para semejante hazaña,
hácia el caballo arremete
que le espera cara á cara.
Jugando el corto rejon
su dueño el brazo levanta,
y al bajarle, la soberbia
del furioso toro baja.
Tendido quedó en el suelo
midiendo la arena blanca,
y con grande regocijo
á gritos canta la Fama:
que la cifra de las emes
es del que montes abaja,
y del que tiemblan los Moros,
y el que fuertes toros mata.

TORNEO.

El encumbrado Albaicin,
junto con el Alcazaba,
dos horas antes del dia
tocaron al alborada;
Vivaconluz le responde
con clarines y dulzainas,
y el noble Vivataubin
con pífanos y con cajas.
Luego las torres bermejas
Generalife y la Alhambra,
solemnizando la fiesta
alzaron sus luminarias.
Gomeles y Sarracinos,
Tarfes, Chapices y Mazas,
Portavises y Vanegas,
Aliatares y Ferraras,
Adalifes y Bordaiques,
Abencerrages y Audallas,
Azarques con los Alferves
madrugaron á la zambra,
que la ordenó Reduan
con Muza su camarada,
para allanar el destierro
de Abenzulema el de Baza.

Iba Reduan delante
en una yegua alazana,
vestido de verde oscuro
con un almaizar por banda;
con plumas de tres colores,
una esfera en la medalla,
y enmedio della esta cifra:
Mucho mas mi empresa es alta.
Luego tras este seguia
Muza, en una yegua baya,
de amarillo y naranjado
con una toca encarnada:
por divisa un corazon
que le atraviesa una espada,
y en el pomo aqueste mote:
Mas crueldad usó Daraja.
Bravonel iba vestido
de azul y franjas moradas,
con una luna menguante
encima una toca blanca;
y con la délfica luz
del sol, encubre su cara,
y al rededor esta letra:
Sin luz mengua mi esperanza.
Azarque, que de la guerra
vino, quiso entrar con armas,
las cuales trajo del mar
con el agua deslustradas:
lleva en medio del escudo
colores diferenciadas,
y en la orla aqueste mote:
Diferentes son mis ansias.
Salió Celino y Muley,
Galbano y el fuerte Audalla,
vestidos de una color
en cuatro hacaneas blancas:
estos, porque sus amigas
quedaban en la Alpujarra,
entraron de una librea
y con mochilas colgadas;
albornoces colorados
con guarda-soles de plata,
y todos aquesta letra:
A la vuelta nos aguardan.
Luego tras estos venian
por el Zacatin las damas,
que con el son de las trompas
sintieron ser avisadas.
Reduan que via el tropel
manda parar mientras pasan,
que no es razon que mugeres
vayan en la retaguarda.
La primera del paseo
era la hermosa Daraja,
que pues es por su respeto,
es bien que sea Capitana:
vestida de raso blanco
y la mano levantada,
con que el robicundo rostro
tapaba con una manga:
una toca de telilla
y el cabello en las espaldas,
y un collar ante sus pechos
que á un carbunco la luz tapa:
adornó la bella frente
con una bella esmeralda,
y en medio de ella esta cifra:
Yo la culpa y tú la causa.
Luego tras ella briosa
llegó la bella Zoraida,
los ojos en Reduan
y en Abenumeya el alma:

vestida de verde oscuro
con rapacejos y franjas,
y en una franja este mote:
Mas juicio y menos gracias.
Llegó Fátima y Celinda,
Sarracina y Celindaja,
Xarifa y Zaida, Zulema,
Adalifa y Albenzaida,
todas con moradas tocas
y almalafas plateadas,
y en los verdes almaizares
dice un mote: *El color basta.*
Así llegaron por órden
á la fuerza del Alhambra,
donde fueron recibidas
de la Reyna Guadalara.

JUEGO DE CAÑAS.

Suspensos estaban todos
colgados de una esperanza,
que de la fiesta promete
la diversidad de galas.
Nadie en la plaza se mueve,
con estar toda la plaza
llena de bizarros Moros,
y de damas las ventanas.
Esperábase una fiesta,
fiesta entre ellos nunca usada,
que mantiene Reduan
por una dama cristiana.
Cristiana trae la divisa
y de Cristiano las armas,
y en la targeta este mote:
Mi ley dejo, y aun no basta.
Rompió luego este silencio
un moro Zegrí, que entraba
tan libre, que del amor
yelo es siempre de su dama:
traia en un pardo arnes
mil víboras esmaltadas,
y él entre todas desnudo
royéndole las entrañas.
Las damas de piadosas
la mano le dan, y sacan,
y él la suya huyendo, dice:
Mas el remedio me daña.
Traia las armas verdes,
verde el escudo y la adarga,
diciendo: *Corta es la vida*
para tan larga esperanza.
De plumas grabó un arnés,
que el viento las arrebata,
y esta letra: *Nadie fie*
de plumas ni de palabras.
De dos mil aventureros
se pobló toda la plaza,
cuyos motes no leí
por verles jugar las cañas.

OTRO IDEM.

Cubierta de seda y oro,
y guarnecida de damas,
está la plaza de Gelves,
sus terrados y ventanas,

con la flor de Moros nobles
de Sevilla y de Granada,
que como el trato es de amores
los cubre de orin las armas.
Gente es que tienen los Reyes
de ambos reinos alistada,
para hacer contra Cristianos
una presa de importancia.
Ya pues lidiados los toros
y hechas ya suertes gallardas,
de garrochas y bajillas,
de rejones y de lanzas;
plancenteros se aperciben
á hacer un juego de cañas,
al son de sus tamborines
y clarines y dulzainas.
Despues que mudado hubieron
los caballos de la entrada,
y publicadas sus quejas
en motes, cifras y galas,
en contrapuestos partidos
por cuatro puestos cruzaban,
que de dos en dos cuadrillas
han de jugar cara á cara.
Los primeros que pusieron
los caballos en la plaza,
fueron el bravo Almadan,
y Azarque, Señor de Ocaña,
el uno amante de Armida,
y el otro de Celindaja,
contra los cuales salió
de la cuadrilla contraria
el animoso Gazul,
el desdeñado de Zaida,
y el esposo de Xarifa,
la hija del moro Audalla.

De la cuadrilla tercera
la delantera llevaba
Lasimali Escandalife
el Gobernador de Alhama,
y Mahomad Bencerrage,
valiente Moro de fama,
Alcaide de los Donceles
y Virey del Alpujarra,
que de dos damas Zegríes
son esclavas sus dos almas,
contra los cuales furiosa
salió la cuadrilla cuarta.
Llevaban la delantera,
con gentil donaire y gracia,
Benzulema el de Jaen
y el Corregidor de Baza,
que sirven en competencia
á la hermosa Felisalva,
la hija de Boazan
y prima de Guadalara:
mas como tiene la gente
que aguardándoles estaba,
en tormenta los deseos
y los ánimos en calma;
enclavados en las sillas
y embrazadas las adargas,
los unos contra los otros
á un tiempo pican y arrancan,
y trabando el bravo juego,
(que mas parecia batalla,
donde con destreza mucha
allí algunos se señalan)
los unos pasan y cruzan,
los otros cruzan y pasan,
desembrazan y revuelven,
revuelven y desembrazan:

cuidadosos se acometen,
se cubren y se reparan,
por no ser en sus descuidos
Paraninfos de sus faltas,
que es desdichada la suerte
para aquel que mal se adarga,
que las cañas son bohordos
y los brazos son bombardas:
mas como siempre sucede
en las fiestas de importancia,
tras un general contento
un azar y una desgracia,
sucedió al bravo Almadan,
que contra Zaide jugaba,
que al arrancar de sus puestos,
cebado en mirar su dama,
por tirar tarde un bohordo
tomó la carrera larga,
y fuera á parar la yegua
donde la vista paraba,
tan léjos de su cuadrilla
que cuando quiso cobralla,
no pudo encubrir la sobra
ni pudo suplir la falta,
y sus vencidos amigos
en cuyo favor jugaba,
le dejaron envidiosos
del bien por quien los dejaba;
pues fingiendo que no entienden
las voces que el Moro daba,
dicen á sus compañeros:
Caballero, adarga, adarga;
y partiéndose revuelven
con su cuadrilla cerrada.
Corrido el Moro valiente
de una burla tan pesada,
los ojos como dos fuegos,
y el rostro como una gualda,
calóse el turbante airado
y empuña una cimitarra.
Haciendo para su yegua
de dos espuelas dos alas,
furioso los acomete,
los atropella y baraja:
la gente se alborotó,
y las damas se desmayan;
ya vierten sangre las burlas
y en la plaza se derrama.
No queda Moro en barrera,
ni ha quedado alfange en vaina;
almas y suspiros lloran
y los brazos no se cansan.
La noche se puso en medio,
con la sombra de su cara
puso treguas al trabajo
y límite á la venganza.
Y en tanto que por derecho
se justifica su causa,
tomó el camino de Ronda
con seis amigos de guarda.

ASALTO DE BAZA.

Arriba gritaban todos
los que dan asalto á Baza,
con el valiente Lisardo
que con mil Moros la asalta.
Cuando el pie en la escala pone,
como amor le mueve el alma,

por decir viva su Rey,
dijo al subir de la escala:
«Viva Lisarda, viva;
«mas luego vuelve y dice:
«Arriba, arriba.»
Pesa mas su pensamiento
que el acero de sus armas:
son mas altas sus memorias
que las almenas mas altas.
Dió la lengua á su deseo
como el deseo le manda,
y dijo á vuelta de aquellos
que á sus espaldas gritaban:
«Viva Lisarda etc.»
¡Pero qué mucho que el Moro,
si vive con la esperanza
de que su Lisarda viva,
pida que viva Lisarda!
Señal que en el corazon
no hay voz que pueda alcanzalla;
con sus ansias sus memorias,
y asi publican sus ansias:
«Viva Lisarda etc.»
Como era viva la voz
pensó que al cielo llegaba,
al cielo de la que adora,
que por su cielo la llama:
piensa que á Lisarda aspira,
y no que asaltaba á Baza,
y enmedio de esta victoria
asi publica en voz alta:
«Viva Lisarda etc.»

BATALLA ENTRE UN MORO Y UN CRISTIANO
EN EL CERCO DE GRANADA.

A vista de los dos Reyes,
Isabel y don Fernando,
puesto á Granada cerco,
sale un Moro y un Cristiano.
El Moro arrogante y fiero,
furioso y determinado,
y en el adarga este mote:
Todo lo allana mi brazo.
Pues el Cristiano animoso
no sale menos lozano,
que es mancebo y floreciente,
y de nacion Lusitano.
Muestra bien en su apostura
su esfuerzo, valor y estado,
y en un retrato que lleva,
el principio de su daño.
Con arrogancia y denuedo
el Moro le habló al Cristiano,
diciendo: «Saber quisiera
«de qué Rey eres vasallo,
«porque en solo haberte visto
«te estoy tan aficionado,
«que por sola tu amistad
«casi me hiciera Cristiano.»
No quiso el aventurero
dejar de ser cortesano,
y dícele al Moro: «Soy
«de la nacion Lusitano,
«y del Rey Don Juan Segundo
«soy y seré su vasallo.

« Soy Don Francisco de Almeida,
« en mi patria bien nombrado,
« y codicioso de honra,
« la quietud menospreciando,
« vine á servir á los Reyes
« Isabel y Don Fernando. »
« Agora digo que eres
« de algun linage villano,
« y que por no ser cual mues-
tras
« te has venido desterrado;
« pues dejas tu propio Rey
« por servir al que es estraño,
« que si por honra lo haces,
« en Africa tiene campo. »
« No quisiera responder
« á tus razones, pagano;
« y si doy respuesta, es
« por dar á tu yerro el pago. »
Apártase el Sarraceno,
y tambien el Lusitano,
para tomar de la vega
lo que les es necesario;
y cual hambrientos leones
vuelven ligeros picando
los acicates aprisa,
y las lanzas enristrando.
El Cristiano quitó al Moro
de la cabeza el tocado,
y el Moro dió en el escudo
descomponiendo el retrato,
que fue causa que volvió
el gallardo Lusitano
tan presto y furioso al Moro,
que antes de ser amparado,
con la adarga le partió
el hombro y derecho brazo;
y cortando la cabeza
se la llevó al Rey Don Fernando,
el cual se lo tuvo en mucho,
y dijole: « Hidalgo honrado,
« pedid cumplidas mercedes,
« que todo os será otorgado. »

ROMANCES MORISCOS

SATÍRICOS, JOCOSOS Y BURLESCOS.

1.°

Tanta Zaida y Adalifa,
tanta Draguta y Daraja,
tanto Azarque y tanto Adulce,
tanto Gazul y Abenamar;
tanto alquicer y marlota,
tanto almaizar y almalafa,
tantas empresas y plumas,
tantas cifras y medallas;
tanta ropería Mora,
y en banderillas y adargas
tanto mote y tantas motas,
¡muera yo si no me cansan!
¡Oh rubio galan de aquella
que sus brazos trocó en ramas,

porque no fuesen los tuyos
prision de su imágen casta!
¡Oh Parnaso, sacro monte!
¡Oh Aganipe, fuente sacra!
¡Oh Pegaso que nos diste
con tu pie coplas en agua!
¡Hijas de Júpiter sumo,
y de Memoria su amada,
nueve soberanas Musas
de cien mil necios mesadas,
ved que vuestros adivinos
en arábigo trasladan
el zumaque de sus chollas,
y el comienzo de sus cartas!
Renegaron de su ley
los romancistas de España,
y ofrecieron á Mahoma
las primicias de sus gracias.
Dejaron los graves hechos
de su vencedora patria,
y mendigan de la agena
invenciones y patrañas.
Los Ordonos, los Bermudos,
las Rasuras y Mudarras,
los Alfonsos, los Enricos,
los Sanchos, y los de Lara,
¿qué es de ellos? ¿y qué es del
Cid?
¡Tanto olvido y gloria tanta!
¿Ninguna pluma las vuela?
¿Ninguna Musa las canta?
Justicia, Apolo, justicia,
vengadores rayos lanza
contra Poetas Moriscos
que la tu deidad profanan,
y aun á la nobleza altiva
satirizan y disfrazan,
haciendo infame al famoso,
y á la temerosa osada.
Dales calambre en sus diestras,
y á sus voces dales asma;
derrámales los tinteros,
pues la honra te derraman:
á los endecheros veda,
por cuyos ojos echan agua
el niño Amor, y su madre,
cebollas pica en sus caras.
Manda que quien no traduzga
graves odas ó epigramas,
que en los gramáticos sotos
la pedante yerba pazca,
y que el papel no encarezca
por desprecio de su dama,
mas conocida que ruda,
y mas que nariz sonada:
y á los que del nectar tuyo
les das con divina taza,
que á nuestra España no olviden,
por quien eres les encarga.
Aficiónense los niños
á contar proezas altas,
los mancebos á hacellas,
los viejos á aconsejallas.
Buen Conde Fernan-Gonzalez
por el val de las Estacas,
Nuñovero, Nuñovero,
viejos son, pero no cansan.
Al fin, por merced te pido
que vedes las moras zambras,
y que á metrizantes legos
les des por laureles cañas.

2.º

¡Ah! mis señores Poetas,
descúbranse ya esas caras,
desnúdense aquesos Moros,
y acábense ya esas zambras:
váyase con Dios Gazul,
lleve él diablo á Celindaja,
y vuelvan esas marlotas
á quien se las dió prestadas,
que quiere Doña María
ver bailar á Doña Juana
una *Gallarda* española,
que no hay danza mas gallarda;
y Don Pedro y Don Rodrigo
vestir otras mas galanas,
ver quien son estos danzantes,
y conocer estas damas;
y el señor Alcaide quiere
saber quien es Abenamar,
estos Zegries, Aliatares,
Adulces, Zaides y Audallas;
y de qué repartimiento
son Celinda y Guadalara,
estos Moros y estas Moras
que en todas las bodas danzan;
y por hablarles mas claro,
asi tengan buena Pascua,
¿ha venido á su noticia
que hay Cristianos en España?
¿Quieren que diga el herege
que en nuestra fe sacrosanta,
de los nombres de la pila
se nos sigue alguna infamia?
¿Saben si alguna nacion
Persa, Scita, ú Otomana,
á nuestros nombres celebran,
y cantan nuestras hazañas?
Si dicen que no lo ignoran,
¿por qué las cuentan y cantan
en nombre de los Moriscos,
abatiendo nuestras lanzas,
y cubren nuestras naciones
de alquiceles y almalafas,
y mil falsos testimonios
á los Moriscos levantan?
¡Están Fatima y Xarifa
vendiendo higos y pasas,
y cuenta Lagarto Hernandez
que danzan en el Alhambra!
¡Estanse los Aliatares
tejiendo seras de palma,
y Almadan sembrando coles,
y levantales que rabian!
¡Viene Arbolan todo el dia
de cavar cien aranzadas,
por un puñado de harina
y una tarja horadada,
y viene otro delincuente,
y sácale á la otra mañana
á la gineta, y vestido
de verde y flores de plata!
¡Y al Zegrí que con dos asnos
de echar agua no se cansa,
y el otro disciplinante
píntale rompiendo lanzas!
¡Hace Muza sus buñuelos;
dice el otro: aparta, aparta,

que entra el valeroso Muzá,
cuadrillero de unas cañas!
Los de la Santa Hermandad,
por delitos que otros hagan,
os saquen samaritanos
á virotazos el alma:
dejais un fuerte Bernardo,
vivo honor de nuestra España,
asombro de la Morisma,
temor general de Francia:
dejais un Cid Campeador,
un Diego Ordoñez de Lara,
un valiente Arias Gonzalo,
y un famoso Rodrigo Arias;
y aquellos héroes famosos,
dignos de gloriosa fama,
que eternizó sus memorias
la conquista de Granada,
y celebran chusmas Moras
vuestros cantos de cigarra,
hechos pobres mendigantes,
del Albaicin á la Alhambra.
Si importa celar los nombres,
¿por qué lo impiden las causas?
¿por qué no vais á buscarlos
á las selvas y cabañas,
á las banderas francesas,
ó á las legiones romanas,
á Cartago ó á Sagunto,
ó á la felice Numancia?
¡Mas dó vuelas, pluma mia!
Tente que vas desmandada,
que haces mal en condenar
invencibles ignorancias.

3.º (*)

¿Por qué, señores Poetas,
no volveis por vuestra fama;
pues en comun vuestras obras
yo no sé quién os las mancha?
Mal parece que esteis mudos
cuando inocentes os llaman,
y acudiendo á las demas
dejais vuestras propias causas.
Un miembro de vuestro cuerpo
quiere romper vuestras galas;
un Judas de vuestro gremio,
que jamás un Judas falta.
¿Qué le aprovecha á Gazul
tirar al otro la lanza,
si hoy un ninfo del Leteo
quiere deshacer sus zambras,
como si fuera Don Pedro
mas honrado que Abenamar,
y mejor Doña María
que la hermosa Celindaja?
Si es español Don Rodrigo,
español fue el fuerte Audalla,
y sepa el señor Alcaide
que tambien lo es Guadalara.
Si una *Gallarda* española
quiere bailar Doña Juana,
las zambras tambien lo son,
pues es España Granada.

(*) Este romance es una respuesta al anterior.

Si este triste maldiciente
de vestidos tiene falta,
podréisles dar porque calle
vuestras marlotas de gracia;
y entienda el mísero pobre
que son blasones de España,
ganados á fuego y sangre,
no (como él dice) prestadas;
y que es honra de esta tierra
que hagan sus fiestas y danzas
con lo que un tiempo ganaron
con espada, dardo y lanza.
No es culpa si de los Moros
los valientes hechos cantan,
pues tanto mas resplandecen
nuestras célebres hazañas;
que el encarecer los hechos
del vencido en la batalla,
engrandece al vencedor,
aunque no hablen de él palabra.
No es bien que el Cid, ni Bernardo,
ni un Diego Ordoñez de Lara,
un valiente Arias Gonzalo,
un famoso Rodrigo Arias,
cuyas obras de ordinario
eran correr las campañas,
entren á danzar compuestos
entre el amor y las damas:
á Muza le está bien esto,
á Arbolan y Galiana,
á los Zegries y Aliatares,
que siempre de amor trataban.
Ni es bien que traigan los nombres
de las banderas Romanas,
de Cartago ó de Sagunto,
ni de nuestra audaz Numancia;
que Scipion huye de amores,
Scevola está en las brasas,
y Aníbal no se entretiene
en danzar ni en jugar cañas;
y es quitarles de sus nombres
y afeminarles las armas
enemigas del sosiego,
por emprender cosas altas.
¡Los perros del matadero
te saquen, traidor, el alma,
pues por ensalzarte á tí,
á tantos buenos maltratas!
¡Y el cielo te traiga á tiempo
que pidas de casa en casa,
como pobre mendigante,
del Albaicin á la Alhambra!
Darro cuando dél bebieres
enturbie sus claras aguas,
y las del manso Genil
se tornen sangre de vaca.
Apolo con sus consortes
te sienten en una albarda,
y en lugar de su licor
te den agua de zarazas.
No te falte en Peralvillo
un palo y soga ensebada,
y en conclusion te apedreen
los Moros de la Alpujarra.

4.ª

Oidme, señor Belardo,
oid y escuchad un poco,
y templad vuestro instrumento
si acaso le teneis boto;
y si de una vez no acaban
vuestros llantos y sollozos,
repartidlos por semanas
hasta que se agote el pozo.
¿Y si está mal acordado,
por qué echais la culpa al otro
que de Sidonia salia
á impedir el desposorio?
Y si le faltan clavijas
hacedlas de un suace flojo,
y no saldrá el son turbado,
antes manso, ledo y ronco.
Si vos haceis testamento,
tambien lo puede hacer otro;
y si haceis un codicilo,
yo lo haré tambien y todo.
Si muere el pastor Belardo,
tambien acaba Medoro,
y si vos moris por Filis,
yo por Silvia peno y lloro;
pero estais en todas partes,
y no puede en ningun modo
dejar de topar con vos
ningun Cristiano ni Moro.
Sois un mapa general,
y en nombre sois un Antonio;
Calepino en traducciones,
desde el uno al otro polo.
Una vez sois Moro Adulce
que está en la prision quejoso,
porque le dejó Celinda,
y es que os dió Filis del codo:
otras veces os mostrais
Bravonel ó Maniloro,
y otras veces sois Azarque,
ó Muza valiente Moro:
otras veces Reduan,
que se atrevió á ganar solo
á la ciudad de Jaen
con gran grita y alboroto:
y al fin, por no me cansar,
sois la parte, sois el todo,
para dar gusto á las damas
con un romance gracioso,
como es decir, si me acuerdo:
«Agua va, que las arrojo:
«todo Cristiano se aparte,
«que trae el curso furioso;»
y porque no entendais
que estais sin causa quejoso,
os pido que os contenteis
con tener un nombre solo;
y no echeis culpa á las aves,
al olmo y su verde tronco,
diciendo, sirven sus varas
de garrochas para el toro;
la cual verdad os concedo,
y que acertasteis en todo,
pues en las armas sois buey,
segun lo afirma Colodro.
Recoged vuestro gaban,
y echad el zurron al hombro,

no deis causa que se diga,
Belardo, que estais ya loco;
y lo mas cierto será
que no sustenteis á hombros
la Babilonia del mundo;
dejad que la sufran otros.

5.º

Triste pisa y afligido
las orillas de Pisuerga,
el ausente de su dama,
el desterrado Zulema;
Moro Alcaide, y no vellido,
amador con ajaqueca,
arrocimado de cara,
y carigordo de pierna.
No lleva por la marlota
bordadas cifras, ni letras
en el campo de la adarga,
ni en la banderilla letra;
porque es el Moro idiota,
y no ha tenido poeta
de los sastres de este tiempo,
cuyas plumas son tijeras.
Los ojos tiene en el rio,
cuya corriente los lleva
envueltos entre las olas,
llorando su triste ausencia.
Tanto llora el hi de pu...
que si el año de la seca
llorára en una haza mia
me acudiera á cien fanegas.
Los espacios que no llora,
de memorias se alimenta,
porque le da el corazon
lo que los ojos le niegan.
Pienso se hace de memorias,
rumiando glorias y penas,
como rábanos mi mula,
ó una mona berengenas.
Contempla luego en Alaxa,
en quien mientras la contempla,
olas de imaginacion
ó se las traen ó las llevan;
y ella se está merendando
durazmicos en su huerta,
y tirándole los cuescos
á quien tal pasa por ella.
Ojos claros, cejas rubias,
al vivo se le presentan,
lanzando rayos los ojos,
y flechas de amor las cejas.
El Moro contemplativo
á los de su dama vuela,
como á los ojos del buho
cernícalos de uñas negras.
¡Ay Mora bella, le dice,
no menos dulce que bella,
no estraguen tu condicion
las condiciones de ausencia!
¡Ay Moro mas gemidor
que el eje de una carreta,
pues no soy tu Mora yo,
no me quiebres la cabeza!
Recibe allá mis suspiros,
y el llanto en aquesta tierra
donde el Rey me ha desterrado,
y mis cuidados me entierran.

Llore alto, Moro amigo,
suspire recio y con fuerza,
que han de andar llanto y suspiros
mas de noventa y tres leguas.
En esto ya salteado
de una varonil vergüenza,
á lavar el tierno rostro
de su caballo se apea.
Tambien se apeó el galan,
porque quiere en el arena
sembrar peregil guisado,
para vuestras reverencias.

6.°

Ese Moro ganapan,
que no llevára un jumento
tanta carga y sobrecarga,
como le cargó su dueño;
remiso de haber salido
de noche con tanto peso,
se volvió á peon á Ronda,
canonizado por necio,
y dejó la yegua baya
pacentando en un centeno,
que es cifra con que la yegua
podrá pacer un invierno.
Cuanto llevaba el vestido
iba el Moro maldiciendo,
porque todo pesa tanto,
que va descansando á trechos.
Quitó á la marlota azul
los eslabones de acero,
no queriendo ser esclavo
mientras que no fuese negro;
y del capellar pajizo
quitó los tempranos veros,
para contentar muchachos
cuando los piden sin tiempo;
y apeando el unicornio
se puso en él caballero,
que parece disparate
llevarlo en el hombro izquierdo.
Las espigas se comió,
porque iba el Moro hambriento,
y por ahorrarse de costa
al pájaro torció el cuello.
Al delfin sacó las tripas
porque iba casi hediendo,
y por ser cosa del mar,
vendello en Ronda por fresco.
Quitó de los borceguíes
todos los dorados sellos,
para si por cuartos falsos
pudiese pasar en trueco.
Con su tienda de invenciones
llegó el Moro, amaneciendo
el cielo con mil nublados,
juntados por tantos vientos.
Los que le encuentran cargado,
cuál piensa que es repostero,
sobre acémila cargada
de algun Señor de estos Reinos;
cuál piensa que es mercería,
cuál es guadamacilero,
cuál librero de aventuras
de Amadis, Orlando, ó Febo;

cuál viendo sus invenciones
piensa que es taller de viejo
de algun maestro de trazas,
con invenciones al tiempo;
cuál viendo tantos enigmas
piensa que es doctoramiento,
que á ser el Moro Cristiano
bien pudiera servir de ello.
Renegando viene el Moro
del Poeta que le ha puesto
un pipote de disfraces
para que él vaya muriendo.
Juramento hace el Moro,
juramento viene haciendo
de no poner mas divisas,
porque es de amadores necios.

Viendo el Alcaide de Ronda
la confusion del mancebo,
le manda que se reporte
de invenciones y de cuentos;
y que no es algarabía
aquello, sino gallego,
y bonete de disfraces,
árbol de muchos injertos:
que es taberna ó bodegon,
pintado de fuera y dentro,
para entretener muchachos,
urracas, monas y cuervos.
Mandó declararse al Moro,
y por negocio indigesto,
que le pongan al ombligo
un parche de buenos versos.

7.°

Toquen aprisa á rebato
las campanas de Baeza,
y el valiente Reduan
ponga cerco á sus fronteras.
Azarque indignado y fiero,
las franjas de oro y seda
las coja y las aderece
para otra nueva librea.
Alce del suelo el bonete,
remiende la tunicela,
no vuelen astas al aire;
basta que vuele la lengua.
Ensillenle el potro rucio,
denle lanza como entena,
con mas medallas y plumas
que tiene la Lybia arenas:
salgan Moros de Granada,

hagan honrosas empresas,
elija el Rey mas Alcaides
que tiene casas su tierra:
háganse zambras de noche,
suenen cajas y trompetas,
jueguen cañas en Toledo,
celébrense nuevas fiestas;
y para empezar su zambra
pida Bravonel licencia,
y el Rey por ver á su Mora
de grado se la conceda.
Haga alarde de su gente,
y saquen nuevas libreas,
y la hermosa Guadalara
alguna desgracia tema.
Cuélguense todas las calles
de brocados, varias sedas;

no quepan en los balcones
damas que salgan á vellas.
Entre el valeroso Muza,
diga: Aparta, afuera, afuera,
y sígale la cuadrilla
con su costosa librea;
y el animoso Gazul
de su Zaida forme quejas,
y penetre con los ojos
las paredes que la encierran.
El desterrado Abenamar
mire el camino que lleva,
demande los aparejos
envidioso y con afrenta.
Al camino de Toledo
se parta Zaida la bella
á buscar á su Gazul,
que la media alma le lleva;
póngase á llorar Belisa
de pechos sobre una almena,
la partida de su esposo,
suene la pieza de leva.
La villana de las borlas,
enamorada de verlas,
limpie la gruesa camisa
por de dentro y por defuera;
quítese las alpargatas,
y desempeñe las medias,
póngase botin polido,
pues se le dan en la aldea;
haga el amor tantos tiros
que no le queden saetas,
y adorne sus puertas francas
de las sangrientas cabezas.
No me canse mas Belardo
con su Filis y su estrella,
pues de puro deslustrada
dió de lucero en cometa.
Sus endechas pastoriles
caido han de puro viejas,
y tiene con su destierro
cansadas muchas orejas.
No temple ya su instrumento
ni le ponga cuerdas nuevas,
que si poner se debian,
él era bien digno de ellas.
No se meta con las varas,
si estan derechas ó tuertas;
pues en él no han descargado,
por muy dichoso se tenga.
Deje á la gran Babilonia,
y á quien la rige y gobierna,
no levante algunas nubes,
que sobre su casa lluevan.
Preguntóme cierta dama
este Belardo quién era,
y cuando su suerte supo
me dijo de esta manera:
¡Miren qué Grande de España
para que á lástima mueva!
¡Qué pérdida del armada!
¡Qué muerte de Rey ó Reina!
entre los toscos pastores,
en el soto y en la vega,
al son de sus instrumentos
puede cantar sus endechas.
Quéjese á los duros robles,
á las desiertas sirenas;
llame á Apolo y al Flechero,
podrá ser que de él se duelan,
porque bien considerado
las que llora por tragedias,

segun la culpa que tuvo
fue muy liviana la pena.
El que á Adalifes y Azarques
sacó costosas libreas,
saque para sí un bonete
y verá lo que le cuesta.
Pues que de la secta Mora
las ceremonias enseña
disfrazadas en romance,
señal que desciende de ellas;
porque me dijo un refran
un tiempo una buena vieja:
El que las sabe mejor,
ese tañe las gambetas:
y para mí yo lo creo,
porque su rostro demuestra
haber nacido en Granada,
y criádose en la Sierra.
Hay necios abandonados,
fisgones en las comedias,
que viendo un romance de estos
se quedan la boca abierta.
Unos dicen: ¡gran concepto!
Otros: ¡famosa es la letra!
y asi entienden lo que dicen,
como los cuellos que llevan.
¡Majaderos de vosotros!
que os engañan y embelesan
con fingidas necedades
y engañosas apariencias;
no hagais caso de Gazul,
reios cuando se queja,
rogadle á Azarque no rasgue,
y que Cristiano se vuelva.
Esto dijo un estudiante
enfadado de Poetas,
que quieren por un romance
ser dioses acá en la tierra.

8.° (*)

Ensíllenme el asno rucio
del Alcalde Juan Llorente;
denme el tapador de corcho,
y el gaban de paño verde:
el lanzon en cuyo hierro
se han orinado los meses,
el casco de calabaza,
y el vizcaino machete;
y para mi caperuza
las plumas del tordo denme,
que por ser Martin el tordo
servirán de martinetes:
pondréle el orillo azul
que me dió para ponelle
Teresa la del Villar,
hija de Pascual Vicente;
y aquella patena en cuadro
donde de laton se ofrecen
la madre del Virotero
y aquel Dios que calza arneses;
tan en pelota y tan juntos
que en ciegos nudos los tienen,

(*) Este romance es de Góngora, parodiando al morisco que empieza: «Ensíllenme el potro rucio.»

al uno redes y brazos,
y al otro brazos y redes,
cuyas figuras en torno
acompañan y guarnecen
ramos de nogal y espinas,
y por letra: *Pan y nueces.*
Esto decia Galayo
antes que al Tajo partiese,
aquel yegüero lloron,
aquel jumental ginete,
natural de dó nació,
de yegüeros descendiente;
hombres que se proveen ellos
sin que los provean los Reyes.
Trajéronle la patena,
y sospirando mil veces
del Dios garañon, miraba
la dulce Francia y la suerte.
Piensa que será Teresa
la que descubren y prenden
agudos rayos de envidia,
y de celos nudos fuertes.
Teresa de mis entrañas,
no te gazmies ni ajaqueques
que no faltarán zarazas
para los perros que muerden.
Aunque es largo mi negocio,
mi vuelta será muy breve:
el dia de San Ciruelo,
ó la semana sin viernes.
No te parezcas á Venus,
ya que en beldad le pareces,
en hacer de tantos huevos
tantas frutas de sartenes.
Cuando sola te imagines,
para que de mi te acuerdes,
ponle á un pantuflo aguileño
un reverendo bonete.
Si creciere la tristeza
una lonja cortar puedes
de un jamon, que bien sabrá
tornarte de triste alegre.
¡Oh cómo sabe una lonja
mas que todos cuantos leen,
y rabos de puerco mas
que lenguas de Bachilleres!
Mira, amiga, mi pantuflo,
porque verás si lo vieres
que se parece á mi cara
como una leche á otra leche.
Acuérdate de mis ojos,
que estan cuando estoy ausente
encima de la nariz
y debajo de la frente.
En esto llegó Bandurrio
diciéndole que se apreste,
que para sesenta leguas
le faltan tres veces veinte.
A dar pues se parte el bobo
estocadas y reveses,
y tajos orilla el Tajo
en mil hermosos broqueles.

9.°

Lleve el diablo el potro rucio
del Alcaide de los Velez,
y á mí si subiere en él
cuando las cañas se jueguen,

que ya me tiene enfadado
ser tan comun á las gentes,
que lo suben los muchachos
y lo corren las mugeres.
En las cocinas lo afilan,
en los caminos lo muelen,
de los establos lo arrojan
que por viejo lo aborrecen,
y los mozos de caballos
cuando almohazarle suelen,
al son de las almohazas
dan con el potro de Velez;
y las tristes lavanderas
aun apenas amanece,
cuando en las peñas del rio
al potro lavan y tuercen.
Los calceteros le cosen,
los tejedores le tejen,
los pasteleros le empanan,
los cocineros le cuecen;
entre la carne le pican,
en los tizones le encienden,
y de aqueste potro cantan
al son de los almireces.
Los zapateros le ahorman,
los panaderos le ciernen,
los arrieros le acosan
y molineros le muelen;
los herreros le maltratan
y con los fuelles le encienden,
los carboneros le ahuman,
los roperos le revenden:
los sombrereros le aforran
y con él hacen caireles;
los tintoreros le tiñen
de colores diferentes:
los jubeteros le ojalan,
los pregoneros le venden,
los tundidores le tunden
y con el potro anochecen.
Solo falta que en el campo
en los árboles le enjerten,
y que en medio de las plazas
á la pelota le jueguen;
porque anda ya tan corrido,
que si alguna vez se pierde,
le conocen las del Rastro
y á mi casa me lo vuelven:
en fin anda tan cansado
que á cada paso se pierde:
lleve el diablo el potro rucio
y á quien mas que yo le quiere.

10.

Colérico sale Muza
de la torre de Comares,
arrastrando la marlota,
y desnudo el rico alfange.
No va de esta suerte el Moro
por matar el Bencerrage,
que le desmintió en Palacio,
mas por vengar el ultrage
que le hacen los Poetas
en canciones y romances;
y yendo de esta manera
le salió al encuentro Azarque,
y él pensó que era Poeta
cuando le vió de tal talle,

Dejadme, le dijo Muza,
que los vestidos arrastren,
que me duelen ya los lomos
de andar cargado de trages;
que los Poetas novicios
se desvelan en sacarme,
compuesto de mas colores
que tapete de levante.
Ya hacen de mí platillo
las damas en todas partes,
llamándome Anton Pintado,
y es justo que así me llamen,
pues me pintan los Poetas
como retazo de sastres,
ó capisayo de mona,
ó como lienzo de Flandes.
No hay borra de tundidor
dó mas colores se hallen;
pues me pintan ya de verde,
ya de blanco, rojo y jalde:
y así voy determinado
antes que adelante pase,
no dejar Poeta á vida
desde el Darro hasta el de Gante.
Dificil cosa emprendeis,
le respondió el bravo Azarque,
si á todo el género humano
no matais con ese alfange:
sabed, que son los Poetas
como la hidra espantable,
que si una cabeza cortan
luego de ella siete salen:
y si matais un Poeta,
con sátiras y romances
que compondrán, quedaréis
ahogado entre cantares.
Dejalles, pues que ya os dejan,
y dan en cantar de Azarques,
naciendo ayer de la tierra
como Anteon de Gigante.
¿Desciendo yo por ventura
del Conde Fernan Gonzalez,
Señor de los Castellanos,
de los Laras y Guzmanes,
para que me traigan todos
mas corrido por las calles
que manto de Sevillana,
ó cortesana pleiteante?
Y con todo sufro y callo,
porque ellos sufran y callen,
y trato bien los Poetas,
porque ellos mal no me traten.
Verdad decis, dice Muza,
que mejor será dejalles,
hasta que nuestras historias
los amohinen y cansen.

II.

Por las riberas de Alberche,
un rio de Talavera,
en cuya corriente anidan
las lechuzas y cigüeñas;
adonde el fuerte Sanson
luchó con la primavera,
y desafió á los vientos
y al Dios Marte en lucha fiera:
á donde vino á parar
un marinero de Eneas,

cuando en el mar de Sicilia
fueron perdidas sus velas,
y á donde Venus la diosa
abrasó desde su esferá
á un avaro carretero
que le arrastraba su estrella:
corriendo sale Cupido
temeroso de la abeja,
que en los jardines de Chipre
le picó en la mano diestra:
y tras él un fuerte Moro,
en una yegua overa,
semejante á Rodamonte
en el brio y ligereza.
Van á prender á Abenamar,
por cierto daño que hiciera
su yegua entre dos linderos,
junto á Toledo en la huerta.
Desde léjos ven un bulto,
y adivinando quien era,
iban echando juicios
por ver quien mejor acierta.
Cual dice que es Doña Urraca
la que se quedó suspensa,
luego que del Rey Don Sancho
llegó la siniestra nueva;
ó la dueña que en Sidonia
estuvo por compañera
de la Reina Doña Blanca
en la prision dura estrecha.
Yendo en aquestos debates
ambos hacen una apuesta,
que al que mejor acertase
le diese el otro una prenda.
Señaló el robusto Moro
para la conquista fiera
un alfange damasquino
que del tahalí le cuelga.
Usó Cupido de maña,
y sin que el Moro lo entienda,
para divisar mejor
abajó un poco la venda,
y por si algo pudiese
ganar en aquella empresa,
puso en contra del alfange
el arco, aljaba y saetas.
Llegan los competidores
y desengañados quedan,
de que es el valiente Audalla
que va la vuelta de Teba.

12. (*)

¿De cuando acá tantos fieros,
Señora Zaida la bella?
¿Qué confesion revelé
para tanta penitencia?
Agradézcame que callo
las cosas que son de veras,

(*) Este romance es una contestacion jocosa al que empieza: «Mira Zaide que te aviso.»

que lo que dije, no importa
que se sepa ó no se sepa.
¿Quién le notó aquella carta,
que segun es de discreta,
el que no la conociere
habrá de culpar mi lengua?
¡O qué bien su cuento sabe!
¡A fe que es buena la letra,
de reñirme y de alabarme
porque mucho mas lo sienta!
Como bárbaro me halaga
para descubrir la vena,
y á vuelta de sus blanduras
mete la aguda lanceta.
¿No sabe que me parece
en las cosas que me veda,
que le truge yo la mano
cuando formaba las letras?
porque á fe de noble Moro,
que todo cuanto me ruega,
lo pensaba hacer sin falta
aunque no me lo pidiera.
¡Este sí que es puro amor
nacido de entrañas buenas,
pues á dos cuerpos tan grandes
una voluntad gobierna!
Diga cual llama su calle
para no pasar por ella,
que como es canton su casa
á dos calles señorea.
Yo no quiero tener pleitos
que gusto de obedecerla;
mas no quiero que sean dos,
pues una sola me niega.
Mándame que á sus cautivas
ni las hable ni las vea,
y tan de veras lo pide
como si alguna tuviera;
porque en su casa Cristianas
imposible será haberlas,
pues su buen ejemplo basta
para que ni aun lo merezca.
Dice que las damas hacen
banquetes; pero que advierta
que han de comer y callar
los que en la mesa se sientan.
Si algun banquete me hizo,
busque quien se lo agradezca,
pues comida de uno solo
servia para cincuenta.
Ni son banquetes costosos
los que las damas ordenan,
pues favores cuando mucho
son los platos de sus mesas:
y es plato el de los favores
que á uno solo bien sustenta,
mas si muchos comen dél
ni les hace ni les presta.
Y cierto, Señora Zaida,
qué de hacer esto me pesa,
que no es de mi condicion
descubrir faltas agenas;
mas razon, cólera y celos,
tres Oidores de mi Audiencia,
siendo razon Presidente
firmaron esta sentencia.

13.

¡Valga el diablo tantos Moros
como por momentos sacan
esos Poetas novatos
dotados de tantas jarcias!
¿Son por dicha buhoneros
que van á vender medallas,
ó reatas de recueros
que tan sin duelo las cargan?
¿No mirarán que un caballo
corre mal si le embarazan,
que le basta un hombre encima
con lanza, espada y adarga?
¿Para qué los entapizan
y los cubren de gualdrapas,
de alamares, rapacejos,
de listones, borlas, bandas?
Déjenlos á los cuitados,
que se quejan que los cansan,
y que á caballo los suben
cargados de empresas varias:
que los cobijan de estrellas
siendo la suya tan mala,
cual no la dé Dios á nadie
cuando en su desgracia caiga:
que á su pesar les dan soles
y medias lunas á cargas,
y aun dicen hubo un poeta
que quiso hacer dos un alma.
¡Miren alma, y mas de un Moro,
hecha dos, qué tal quedara!
Sí: pareciera pedazos
de pelota cuarteada,
que los ahitan con motes
que por pienso no les pasan,
y los atiestan de empresas
sin tener en que llevarlas:
que los cansan y fatigan,
que los muelen y embarazan,
y que los emparamentan
y los ahogan con mantas,
sin mirar si es junio ó julio
cuando de calor se abrasan,
y que aun apenas les dejan
dó arrimar la cimitarra:
que con fogosos cometas
los chamuscan las pestañas,
y que en sus frágiles hombros
al celeste globo cargan:
que mas á cuento les viene
vender sus higos y pasas,
y el hacer sus gananzuelas
con sus rábanos y llantas,
y el navegar con sus recuas
desde Tendilla á Pastrana,
que estarse desvaneciendo
en invenciones soñadas;
que con dos Moras mugrientas
que les cuezan unas habas,
tienen lo que han menester
sin Xarifas ni Darajas:
que yeguas, color de cisnes,
con cola y clin aleñada,
há muchos dias que dicen
que en sus tiendas no se gastan;
que mas quieren dos pollinas
que dos borricos les paran,

para que de feria en feria
aceite y jabon les traigan,
que el potro rucio ensillado
aunque de las yerbas salga,
y que el otro de Gazul
que se arrodilló en la plaza,
que como perro de ciego
le enseñó el Moro mudanzas,
para que hiciese en San Lucar
reverencias á su dama.
Dicen que los dos datilados
ya no les sirven de nada,
y que mas les aprovecha
de esparto unas alpargatas.
Pues miren, por vida mia,
Señores, en que se cansan,
que los propios Moros dicen
que los levantan que rabian.

Fin del Romancero de Romances Moriscos.

INDICE ALFABETICO

DEL ROMANCERO DE ROMANCES MORISCOS.

A

Abindarraez y Muza..... Pág. 66
Abrasada en viva llama..... 59
Acompañado aunque solo..... 83
Admirada está la gente..... 76
Afuera, afuera, aparta, aparta..... 75
¡Ah! mis Señores Poetas..... 225
Al Alcaide de Antequera..... 163
A la orilla del Genil..... 83
A la sombra de un laurel..... 201
A la vista de los Velez..... 154
Albayaldos el de Olias..... 187
Albornoces y turbantes..... 13
Alcaide Moro Aliatar..... 149
Al camino de Toledo..... 122
Algun fronterizo Alarbe..... 58
Al lado de Sarracina..... 166
Alojó su compañía..... 199
A los soldados que hacian..... 20
A los suspiros que Audalla..... 109
A los torreados muros..... 131
Al tiempo que el sol se esconde..... 37
Al venturoso Zegrí..... 142
A media legua de Gelves..... 30
Amete Alí Bencerrage..... 126
Antes que el sol su luz muestre..... 173

Aquel esforzado Moro..... 136
Aquel firme y fuerte muro..... 192
Aquel Moro enamorado..... 118
Aquel que para es Amete..... 116
Aquel rayo de la guerra..... 72
Aquel valeroso Moro..... 134
Ardiéndose está Xarife..... 164
Arrancando los cabellos..... 17
Arriba gritaban todos..... 221
Así no marchite el tiempo..... 11
A sombras de un acebuche..... 140
Avisaron á los Reyes..... 197
A vista de los dos Reyes..... 222
A un balcon de un chapitel..... 62
Azarque, ausente de Ocaña..... 182
Azarque, bizarro Moro..... 179
Azarque, indignado y fiero..... 185
Azarque, Moro valiente..... 150
Azarque vive en Ocaña..... 185

B

Batiéndole las hijadas..... 123
Bravonel de Zaragoza..... 196
Bravonel de Zaragoza..... 200

C

Católicos caballeros..... 64
Celalba, Mora que al mundo..... 133
Celoso vino Celin..... 104
Celoso y enamorado..... 69
Cese, Zaida, aquesa furia..... 54
Colérico sale Muza..... 235
Con amarillas divisas..... 190
Con dos mil ginetes Moros..... 89

Con el título de grande. 151
Con semblante desdeñoso. 128
Con su riqueza y tesoro. 159
Contemplando estaba en Ronda. 107
Con valerosos despojos 202
Criábase el Albanés. 205
Cual bravo toro vencido. 31
Cuando de los enemigos. 22
Cuando el noble está ofendido. 51
Cuando las veloces yeguas. 86
Cuando por prados amenos. 26
Cubierta de seda y oro. 219
Cubierta de trece en trece. 130

D

De aljofar grande y cuajado. 81
De celos del Rey su hermano. 74
De la armada de su Rey. 157
Del Alhambra á media noche. 137
De la naval con quien fueron. 148
De léjos mira á Jaen. 92
De los trofeos de amor. 34
Del perezoso Morfeo. 38
Denme el caballo de entrada. 152
¿De cuándo acá tantos fieros. 237
Descargando el fuerte acero. 158
Desde hoy mas renuncio, Mora. 213
Desde un alto mirador. 208
Desesperado camina. 21
De Sevilla partió Azarque. 18
Despues de los fieros golpes. 108
Despues que con alboroto. 67
Despues que el fuerte Gazul. 35
Despues que en el martes triste. 198
Desterró al moro Muza. 74

De su fortuna agraviado. 8
De verde y color rosado. 127
De unas cañas que jugaron. 84
Diamante falso y fingido 91
¿Díme, Bencerrage amigo. 49
¿Dí, Zaida, de qué me avisas? 48

E

Echada está por el suelo. 155
El Alcaide de Florencia. 216
El Alcaide de Molina. 124
El animoso Celin. 103
El Bencerrage que á Zaida. 195
El contento de tu carta. 212
El eco de las razones. 183
El encumbrado Albaizin. 217
El Espejo de la corte. 115
El gallardo Abenumeya. 39
El gallardo Abenumeya. 41
El gallardo moro Homar. 202
El mas gallardo ginete. 147
El mayor Almoralife. 156
El Rey Marruecos un dia. 178
El sol la guirnalda bella. 214
El valiente moro Azarque. 188
En dos yeguas muy ligeras. 60
En el aceruelo Arlaja. 143
En el espejo los ojos. 209
En el mas soberbio monte. 6
En el tiempo que Celinda. 32
En la ciudad Granadina. 68
En la fuerza de Galera. 18
En la mas terrible noche. 175
En la prision está Adulce. 121
En la reja de la torre. 95

En la vega está Xarife 167
En Palma estaba cautiva 102
Ensillenme el asno rucio 233
Ensillenme el potro rucio 14
Entre leonados rubíes 9
Entró Zoraide á deshora 211
En un alegre jardin 176
En un aposento oscuro 140
En un balcon de su casa 16
En un dorado balcon 194
Ese Moro ganapan 230
Estando toda la corte 36

F

Fatima y Abindarraez 70
Fiel secretario Lisáro 169
Fijó pues Zaide los ojos 44
Fuerte, galan y brioso 10

G

Galanes, Damas Gomeles 111
Galunes los de la corte 110
Galiana está en Toledo 191
Gallardo en armas y trages 78
Gallardo pasea Zaide 55

H

Hacen señal las trompetas 86

L

La bella Zaida Zegrí 28
La calle de los Gomeles 78

La hermosa Zara Zegrí 101
La libre Zara que un tiempo 93
La mañana de San Juan 97
La noche estaba esperando 119
Las riberas del Genil 87
Las soberbias torres mira 100
Límpiame la jacerina 24
Lisaro, que fue en Granada 172
Lo que puede aborrecida 139
Los ojos vuelve á Granada 85

Ll

Lleve el diablo el potro rucio 234

M

Mal os quieren Caballeros 132
Marlotas de dos colores 81
Memoria del bien pasado 56
Mientes, y si acaso el Rey 117
Mira el cuerpo casi frio 82
Mira, Muza, que te aviso 77
Mira, Tarfe, que á Daraja 113
Mira, Zaida, que te digo 47
Mira, Zaide, que te aviso 45
Mora Zaida, hija de Zaide 63

N

No con azules tahalíes 153
No faltó, Zaide, quien trujo 53
No la Reina de las aves 168

O

Ocho á ocho y diez á diez 180
Oidme, señor Belardo 228

P

Ponte á las rejas azules 107
Por arrimo su albornoz 5
Por divertirse Celin 98
Por la plaza de San Lucar 29
Por la puerta de la Vega 105
Por las riberas de Alberche 236
Por las riberas del Tajo 193
¿Por qué, señores Poetas 226
Preso en la Torre del Oro 148
Pues que te vas, Reduan 90

R

Recoge la rienda un poco 15
Reduan, anoche supe 50
Regocijada y contenta 206
Resuelto ya Reduan 93

S

Sale de un juego de cañas 146
Sale la estrella de Venus 25
Sembradas de medias lunas 204
Si tan bien arrojas lanzas 22
Si tienes el corazon 52
Sobre destroncadas flores 161
Sobre el acerado hierro 80
Sobre lo verde y las flores 144

Su remedio en el ausencia 6
Suspensos estaban todos 219

T

Tambien soy Abencerrage 125
Tan celosa está Adalifa 12
Tanta Zaida y Adalifa 223
Toquen aprisa á rebato 231
Triste pisa y afligido 229

V

Valga el diablo tantos Moros 239
Vestido el cuerpo de cielo 99

U

Una parte de la vega 160

Y

Ya llegaba Abindarraez 71
Ya por el balcon de oriente 171
Ya que la aurora dejaba 43

Z

Zaide esparce por el viento 57
Zaide ha prometido fiestas 42

EN LA LIBRERÍA DE CUESTA,

frente á las gradas de San Felipe el Real, y en la de SANCHEZ, *calle de la Concepcion, se hallarán los libros siguientes:*

Cartilla de Agentes y pretendientes, ó Manual de ministerios, tribunales y oficinas: contiene todas las dependencias del Gobierno, y reune en un solo volúmen la práctica de los tribunales, ministerios y oficinas segun se observa en el dia; obra indispensable á los agentes, pretendientes, curiales y oficinistas.=Un tomo en 4.° á 16 rs. en rústica y 20 en pasta.

Manual y direccion de Alcaldes ordinarios y pedáneos de los pueblos de España: contiene esta obra las obligaciones, atribuciones y facultades de los Alcaldes ordinarios y pedáneos, Regidores de las ciudades y de los pueblos, Mayordomo de Propios, Diputados y Personero del Comun, Alcalde de la Hermandad, Fiel medidor y de romana, Fiel de fechos y demas individuos de los Ayuntamientos, y un apéndice con las atribuciones de los Corregidores y Alcaldes mayores, y la Real Instruccion de Corregidores de 15 de mayo de 1788.= Un tomo en 8.°, á 6 rs. en rústica y 8 en pasta.

Comentarios á las Leyes de Toro, segun su espíritu y el de la legislacion de España, por Don Juan Alvarez Posadilla.=Un tomo en 4.°, á 30 rs. en pasta.

Coleccion de discursos forenses pronunciados en de-

fensa de algunos inocentes acusados, con un discurso sobre la administracion de la justicia criminal, estractados de las obras de Mr. Servan, célebre Abogado frances. = Un tomo en 8.°

Heineccii Recitationes in elementa juris civilis secundum ordinem Institutionum: editio prima hispana. = Dos tomos en 8.°, á 20 rs. en pasta.

Manual del Cocinero, Cocinera y Repostero, con un tratado de *Confitería* y *Botillería*, y un método para *trinchar* y *servir* toda clase de viandas, y la cortesanía y urbanidad que se debe usar en la mesa, acompañado de una lámina que esplica el modo de trinchar. = Un tomo en 8.°

El Secretario español, ó nuevo estilo de escribir cartas y sus respuestas, precedido del ceremonial que debe observarse, y advertencias importantes puestas al principio de cada género de cartas, con la direccion de cartas, reglas y precios para viajar en las Diligencias y Mensagerías, y la guia de Postas. = Un tomo en 8.°, á 8 rs. en rústica y 10 en pasta.

Romancero de Romances Moriscos, compuesto de todos los de esta clase que contiene el Romancero general impreso en 1614, recopilados por Don Agustin Duran. Si este Romancero obtuviese una favorable acogida continuaremos publicando, no solo los demas romances moriscos que se hallan repartidos en otros Romanceros, sino tambien los amorosos, los pastoriles, los históricos, los heróicos, y los satíricos y burlescos que puedan honrar nuestra literatura. = Un tomo en 8.° marquilla.

Discurso sobre el influjo que ha tenido la crítica moderna en la decadencia del teatro español. = Un tomo en 8.°, á 5 rs. en rústica.

Química. Compendio de esta ciencia y de sus aplicaciones á las Artes, escrita en frances por Mr. Desmarest,

y traducida al castellano por Don José Luis Casaseca. Esta obra está destinada para servir de testo á los alumnos del Real Conservatorio de Artes, y arreglada á los conocimientos actuales de esta ciencia. = Dos tomos en 8.° con una lámina.

Elementos de Higiene, ó Arte de conservar la salud y prolongar la vida, por Tourtelle. = Dos tomos en 8.°, á 30 rs. en pasta.

Lecciones del Doctor Broussais sobre las Flegmásias gástricas, llamadas fiebres continuas esenciales de los Autores, y sobre las Flegmásias cutáneas agudas. = Un tomo en 4.°, á 16 rs. en rústica y 20 en pasta.

Formulario y recetario Médico-quirúrgico con muchas etimologías, y el modo de obrar de cada medicamento en nuestra naturaleza, por Don Felix Eguía. = Dos tomos en 8.°, á 16 rs. en pasta y 12 en rústica.

Historia natural y descripcion de la Langosta, y modo de destruirla. = Un tomo en 8.°, á 3 rs. en rústica.

Tratado económico de la cria de Gallinas, y estincion de fieras dañosas á los ganados: por Don Francisco Dieste y Buil. = Un tomo en 4.°, á 12 rs. en rústica y 16 en pasta.

Guia Veterinaria: por Rus. = Cuatro tomos en 8.°, á 44 rs. en pasta.

La Gatomáquia. Poema burlesco del célebre Lope de Vega. = Un tomo en 12.°, á 6 rs. en rústica y 8 en pasta.

El Murciélago alevoso: graciosa invectiva del Maestro Gonzalez, á 6 cuartos.

El Licorista, ó Arte de destilar y componer todo género de licores y aguardientes, con un apéndice para hacer toda clase de sorbetes y ponches. = Un tomo en 8.°, á 6 rs. en rústica y 8 en pasta.

Manual de Señoritas, ó Arte para aprender toda cla-

se de costuras, bordados en hilo, algodon, lana, sedas, al trapo, pasado y cañamazo, con el Arte de modista ó costurera. = Un tomo en 8.° con láminas, á 12 rs. en rústica y 14 en pasta.

El nuevo Robinson, adornado con 12 láminas finas, y una carta ó mapa que señala con puntos los sitios en que á Robinson le sucedieron sus principales aventuras. = Dos tomos en 8.°, á 26 rs. en pasta.

El Veterano: anécdota suiza. = Un cuaderno en 8.°, á 2 rs. en rústica.

El Oráculo de los Preguntones: juego gracioso y divertido de 24 preguntas y 12 respuestas cada uno. = Un cuaderno en 8.°, á 2 rs.

Las cinco órdenes de Arquitectura de Vignola: por Don Diego de Villanueva. = Un tomo en folio, á 26 rs. rústica y 30 en pasta holandesa.

El Alcalde Juan Zurron: gracioso juguete de representado para celebrar la pascua de Navidad, á real.

Oficio de la Virgen, puesto en castellano por Don Juan Crisóstomo Piquer. = Un tomo en 8.°, á 10 rs. en pasta.

Catecismo de Ripalda, añadido por el Padre Martinez con oraciones para la Misa, modo de emplear el tiempo, y el ofrecimiento del Rosario. = Un tomo en 8.° de letra gruesa y buen papel, á 4 rs. en pergamino y 6 en pasta.

Meditaciones sobre los Novísimos, por el Padre Pinamonte, de la Compañía de Jesus. = Un tomo en 12.°, á 6 rs. en pasta.